

PUBLICAR

En Antropología y Ciencias Sociales

Año XXIII N° XXIV / Diciembre 2025 ISSN 0327-6627 / ISSN (en línea) 2250-7671

CGA

Colegio de Graduados
en Antropología de la
República Argentina

- ▶ **Prólogo**
Agostina Gagliolo

Dossier: "Cultura material situada: perspectivas latinoamericanas sobre los objetos en la vida social"

- ▶ **Introducción**
María Jazmín Ohanian, María Florencia Blanco Esmoris y Santiago Alzugaray
- ▶ **Un artefacto etnográfico del socialismo: la libreta de abastecimiento desde La Habana, Cuba**
Adrian Fundora García
- ▶ **Cadeiras de corte: materialidades cotidianas e marcadores sociais da diferença nos salões de beleza do Distrito Federal (Brasil)**
Vanessa Paula Ponte
- ▶ **Los alcauciles: continuidad y cambio entre generaciones en una finca familiar al sur del Área Metropolitana de Buenos Aires**
Noelia Soledad Lopez
- ▶ **La dimensión relacional de las materialidades en las formas de habitar el entorno marítimo-costero en Uruguay**
Leticia D'Ambrosio Camarero
- ▶ **Red de agua y saneamiento en un barrio del conurbano bonaerense: reflexiones sobre una infraestructura a la deriva**
María Florencia Girola
- ▶ **Del mate a meta. Alarmas comunitarias, grupos y smartphones en las tramas de la vigilancia vecinal**
Joaquín Vélez
- ▶ **Antropología y tecnologías digitales: viñetas etnográficas sobre la vida de jóvenes en el conurbano bonaerense**
María Gimena Perret Marino y Verónica Lía Zalocchi
- ▶ **Cadenas operativas de producción cerámica en el Gran Chaco Americano (siglos XX y XXI)**
José Sanmillán

Reseñas y comentarios de libros

- ▶ **Vázquez, Melina y Spataro, Carolina.**
Sin padre, sin marido y sin Estado. Feministas de las nuevas derechas. (Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2025, 270 pp.)
Juan Ignacio de Andrade Bertello

Resúmenes de tesis

- ▶ Denise Welsch
- ▶ Luisina Morano
- ▶ Nuria Caimmi



Revista del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina

Año XXIV N° XXXIX/ Diciembre 2025

ISSN 0327-6627 // ISSN (en línea) 2250-7671

<https://publicar.cgantropologia.org.ar/index.php/revista>

PUBLICAR – En Antropología y Ciencias Sociales, Revista del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina, es un espacio de tradición pluralista dirigido a difundir trabajos inéditos en todas las áreas de la Antropología.

La publicación se propone difundir investigaciones, entrevistas y reseñas de libros, dando a conocer trabajos de índole teórico-metodológica y estudios de caso específicos referidos a cuestiones de interés actual.

La Revista se presenta como un órgano de publicación con referato que prioriza los trabajos de los asociados al Colegio, pudiendo eventualmente solicitar artículos a otros especialistas en diferentes áreas del conocimiento.

PUBLICAR concibe la Antropología como una disciplina en permanente diálogo con otras ciencias sociales y humanas, comprometida con una interpretación crítica tanto del presente como del pasado.

Directora:

- Diana Lenton

Sección Etnología y Etnografía, Instituto de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires y CONICET.

Editora responsable:

- Agostina Gagliolo

Institut für Sozial und Kulturanthropologie, Freie Universität Berlin.

Sección Antropología Social, Instituto de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires y CONICET.

Comité Editorial:

- Ramiro Fernández Unsain

Universidad Católica de Santos, Brasil.

- Bárbara Galarza

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la provincia de Buenos Aires y CONICET.

-Samanta Guiñazú

Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Procesos de Cambio, Universidad Nacional de Río Negro y CONICET.

- Julia Puzzolo, Centro de Estudios en Antropología y Salud, Instituto de Investigaciones Adolfo Prieto, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

- Sandra Tolosa, Sección Etnología y Etnografía, Instituto de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires y CONICET.

Consejo Académico Asesor:

- Elisenda Ardevol

Estudios de Humanidades y Filología, Universitat Oberta de Catalunya. España.

- Roberto Da Matta

Pontificia Universidad Católica de Rio de Janeiro. Brasil.

- John Gledhill

Departmento of Social Anthropology, University of Manchester. Inglaterra.

- Esteban Krotz

Unidad de Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Yucatán y Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana. México.

- Federico Neiburg

Programa de Post-graduación en Antropología Social, Museo Nacional, Universidad Federal de Rio de Janeiro. Brasil.

- Myriam Tarragó

Museo Etnográfico, Universidad de Buenos Aires y CONICET. Argentina.

Corrección de estilo:

Amaru Sosa

Diagramación:

Luciana Gazzotti

Indizaciones y directorios:

Publicar-En Antropología y Ciencias Sociales forma parte de las siguientes bases de datos, directorios, índices, catálogos y redes académicas: ErihPlus (European Reference Index for the Humanities and Social Sciences), Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas, DOAJ (Directory of Open Access Journals), Latindex Catálogo 2.0, Dialnet, MIAR (Matriz de Información para el Análisis de Revistas), REDIB (Red Iberoamericana de Innovación y Conocimiento Científico), Dardo, Malena, Dora, Latin Rev y Red Sara.

ÍNDICE

Prólogo – Diciembre 2025

Agostina Gagliolo.....	5
------------------------	---

Dossier

Introducción al dossier “Cultura material situada: perspectivas latinoamericanas sobre los objetos en la vida social” María Jazmín Ohanian, María Florencia Blanco Esmoris y Santiago Alzugaray	7
---	---

Un artefacto etnográfico del socialismo: la libreta de abastecimiento desde La Habana, Cuba Adrian Fundora García.....	20
---	----

Cadeiras de corte: materialidades cotidianas e marcadores sociais da diferença nos salões de beleza do Distrito Federal (Brasil) Vanessa Paula Ponte.....	42
--	----

Los alcauciles: continuidad y cambio entre generaciones en una finca familiar al sur del Área Metropolitana de Buenos Aires Noelia Soledad Lopez	62
---	----

La dimensión relacional de las materialidades en las formas de habitar el entorno marítimo-costero en Uruguay Leticia D'Ambrosio Camarero	81
--	----

Red de agua y saneamiento en un barrio del conurbano bonaerense: reflexiones sobre una infraestructura a la deriva María Florencia Girola.....	105
---	-----

Del mate a meta. Alarmas comunitarias, grupos y smartphones en las tramas de la vigilancia vecinal Joaquín Vélez.....	131
--	-----

Antropología y tecnologías digitales: viñetas etnográficas sobre la vida de jóvenes en el conurbano bonaerense María Gimena Perret Marino y Verónica Lía Zalocchi	150
--	-----

Cadenas operativas de producción cerámica en el Gran Chaco Americano (siglos XX y XXI) José A. Sanmillán	172
---	-----

Reseñas

- Vázquez, Melina y Spataro, Carolina. Sin padre, sin marido y sin Estado. Feministas de las nuevas derechas. (Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2025, 270 pp.)
Juan Ignacio de Andrade Bertello 196

Resúmenes de tesis

- Bodhisattvas de la Tierra. Subjetividades, moralidades y la construcción de la mirada humanista en el budismo Soka argentino
Denise Welsch 200
- Entre cuidados y violencias. Una etnografía con niñxs en un barrio en proceso de gentrificación de una agrolocalidad media bonaerense
Luisina Morano 203
- Alimentación infantil: aproximaciones a los saberes de pediatras de centros de salud
Nuria Caimmi 207

Prólogo

[AGOSTINA GAGLIOLO]

Institut für Sozial und Kulturanthropologie, Freie Universität Berlin
Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Buenos Aires / Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas (CONICET)
Editora responsable Revista PUBLICAR

Con enorme alegría presentamos la edición N° 39 de la revista PUBLICAR - En Antropología y Ciencias Sociales. En un contexto de profundización del desmantelamiento de los organismos de Ciencia y Tecnología y de las Universidades Nacionales Argentinas, continuar sosteniendo esta revista se vuelve un significativo logro para quienes conformamos su equipo editorial. La situación que hemos caracterizado en ediciones anteriores (por ejemplo en los prólogos y dossier temáticos de Julio y Diciembre 2024) continúa golpeando con crudeza la actividad antropológica y de las ciencias en general en nuestro país. Tanto para lxs colegas insertxs en la gestión, como para aquellos dedicados a la docencia y/o la investigación, los dos últimos años han presentado múltiples y complejos desafíos. Muchxs han tenido que irse del país, otrxs tantos han recurrido al pluriempleo aumentando significativamente su carga laboral y empeorando sus condiciones de vida. Desde la revista, persistimos en nuestro compromiso con la labor antropológica de observación y análisis de los hechos sociales y nuestra firme creencia en el valor de nuestra disciplina y sus aportes para la transformación de la realidad social. Es por ello que no cesamos en los esfuerzos desplegados para continuar con su edición y agradecemos enormemente a todxs aquellxs colegas que colaboran en este arduo proceso.

En este número, lxs invitamos a leer el dossier temático “Cultura material situada: perspectivas latinoamericanas sobre los objetos en la vida social” coordinado por María Florencia Blanco Esmoris, María Jazmín Ohanian y Santiago Alzugaray. En él, encontrarán una apuesta al análisis de las materialidades en y desde América Latina. Los ocho artículos que lo componen trazan reflexiones situadas acerca de objetos cotidianos, tecnologías, prácticas de producción e infraestructuras que se articulan para abordar dimensiones materiales, afectivas y sociales de múltiples objetos y artefactos en la región.

En la sección de reseñas, Juan Ignacio de Andrade Bertello nos propone una lectura fundamental para los tiempos que corren. El libro de Melina Vázquez y Carolina

Spataro “Sin padre, sin marido y sin Estado. Feministas de las nuevas derechas” abre una ventana para la comprensión de un fenómeno aún poco explorado en la región: la participación de las mujeres y la constitución de lo que se denomina como feminismos de derecha.

Los resúmenes de tesis que traemos en este número buscan acompañar la difusión del trabajo de colegas que se inician en la profesión en un momento sumamente adverso y desafiante. Así, les proponemos la lectura de dos tesis de doctorado y una de licenciatura. Denise Welsch y su tesis “Bodhisattvas de la Tierra. Subjetividades, moralidades y la construcción de la mirada humanista en el budismo Soka argentino” nos propone sumergirnos en el proceso de construcción de un *self* moral a partir de la práctica y cosmovisión del budismo de la Soka Gakkai Internacional de Argentina (SGIAR). Luisina Morano, por su parte, analiza las tramas de cuidados y violencias en un barrio popular en su tesis titulada “Entre cuidados y violencias. Una etnografía con niñxs en un barrio en proceso de gentrificación de una agrolocalidad media bonaerense”. Finalmente, en su tesis de Licenciatura “Alimentación infantil: aproximaciones a los saberes de pediatras de centros de salud”, Nuria Caimmi propone un repaso por la alimentación infantil en tanto núcleo problemático dentro del campo de la salud local, recuperando los saberes contruidos por pediatras de centros de salud públicos en una localidad bonaerense.

Esperamos que disfruten de este número y que continuen acompañándonos en las siguientes ediciones de nuestra revista.

Dossier
Cultura material situada:
perspectivas latinoamericanas
sobre los objetos en la vida social

Dossier
Situated Material Culture:
Latin American Perspectives
on Objects in Social Life

Dossiê
Cultura material situada:
perspectivas latino-americanas
sobre os objetos na vida social

Cultura material situada: perspectivas latinoamericanas sobre los objetos en la vida social¹

[MARÍA JAZMÍN OHANIAN]

Centro de Investigaciones Sociales
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Instituto de Desarrollo Económico y Social-Universidad de Tres de Febrero
jaz.ohanian@gmail.com

[MARÍA FLORENCIA BLANCO ESMORIS]

Centro de Investigaciones Sociales
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Instituto de Desarrollo Económico y Social-Universidad de Tres de Febrero
flor.blancoesmoris@gmail.com

[SANTIAGO ALZUGARAY]

Unidad Académica,
Comisión Sectorial de Investigación Científica,
Universidad de la República
salzugaray@csic.edu.uy

Resumen

Este dossier propone mirar las materialidades como elementos que configuran, orientan y transforman la vida social en América Latina. A partir de estudios sobre objetos cotidianos, infraestructuras, tecnologías y prácticas productivas, las contribuciones muestran que las cosas no son meros acompañantes de la experiencia humana, sino componentes activos de relaciones afectivas, técnicas y políticas. La convocatoria que originó este número buscó abrir un espacio para pensar con y sobre las cosas desde perspectivas situadas, en una región donde las materialidades han sido frecuentemente interpretadas desde miradas externas. Los artículos reunidos recuperan enfoques que entrelazan lo material, lo emocional y lo social, y componen un panorama en movimiento: investigar la cultura material desde y en la región implica no solo adaptar marcos teóricos previos, sino generar nuevas formas de comprender cómo las sociedades negocian desigualdades, memorias e innovaciones a través de sus objetos. Palabras clave: cultura material, objetos cotidianos, vida social, América Latina.



Situated Material Culture: Latin American Perspectives on Objects in Social Life

Abstract

This dossier proposes an approach to materialities as elements that shape, guide, and transform social life in Latin America. Based on studies of everyday objects, infrastructures, technologies, and productive practices, the contributions show that things are not mere accompaniments to human experience, but active components of affective, technical, and political relationships. The call for papers that gave rise to this issue sought to open a space for thinking with and about things from situated perspectives, in a region where materialities have often been interpreted from external viewpoints. The articles in this issue draw on approaches that intertwine the material, the emotional and the social, composing a shifting landscape: researching material culture from and within the region involves not only adapting previous theoretical frameworks, but also generating new ways of understanding how societies negotiate inequalities, memories and innovations through their objects.

Keywords: material culture, everyday objects, social life, Latin America.

Cultura material situada: perspectivas latino-americanas sobre os objetos na vida social

Resumo

Este dossiê propõe olhar para as materialidades como elementos que configuram, orientam e transformam a vida social na América Latina. A partir de estudos sobre objetos cotidianos, infraestruturas, tecnologias e práticas produtivas, as contribuições mostram que as coisas não são meros acompanhantes da experiência humana, mas componentes ativos de relações afetivas, técnicas e políticas. A convocatória que originou este número buscou abrir um espaço para pensar com e sobre as coisas a partir de perspectivas situadas, em uma região onde as materialidades têm sido frequentemente interpretadas a partir de olhares externos. Os artigos reunidos recuperam abordagens que entrelaçam o material, o emocional e o social, e compõem um panorama em movimento: investigar a cultura material a partir da região e na região implica não apenas adaptar marcos teóricos prévios, mas gerar novas formas de compreender como as sociedades negociam desigualdades, memórias e inovações por meio de seus objetos.

Palavras-chave: cultura material, objetos cotidianos, vida social, América Latina.

Introducción

La invitación abierta a presentar artículos para un dossier sobre cultura material en América Latina fue, más que una apuesta académica, una apertura hacia la exploración de sensibilidades, gestos y modos de pensar con las cosas. En una región donde las materialidades han sido históricamente leídas desde marcos exógenos —ya sea como “vestigios culturales”, “evidencias arqueológicas” o “testimonios de alteridad”—, reunir investigaciones que las piensen desde perspectivas situadas y relacionales constituye un movimiento político a la vez que teórico-metodológico. La presencia relativa de espacios que desde la antropología social y cultural se han dedicado a este campo en el continente no ha impedido,¹ sin embargo, el desarrollo de reflexiones originales que articulan las dimensiones materiales, técnicas, sensoriales, afectivas y políticas de las cosas.

En antropología, hablar de objetos, cosas o materialidades nunca es sencillo. Los términos proliferan y cada uno abre un campo semántico específico: cultura material, vida social de los objetos, cosas, agencias materiales, ontologías de la cosa, infraestructuras del cotidiano, ensamblajes socio-técnicos, tecnologías, artefactos, entre muchos otros. Esta pluralidad, lejos de ser un obstáculo, constituye aquí una potencia: da cuenta de la variedad de maneras en que la disciplina ha buscado comprender cómo la materialidad no solo acompaña la vida social, sino que la constituye, la orienta y la transforma.

Las preguntas que guiaron nuestra convocatoria continúan, de algún modo, organizando esta introducción: ¿qué tradiciones teóricas han definido la relación entre sujetos y objetos en la antropología del Norte Global? ¿Qué investigaciones y desde qué perspectivas están produciendo aportes a los estudios de la cultura material en América Latina? ¿De qué maneras los trabajos actuales sobre objetos, infraestructuras y materialidades generados en la región pueden intervenir en esta agenda, ampliarla o incluso reconfigurarla?

Los artículos que integran este dossier responden a estas preguntas desde escenarios, problemas y metodologías diversas. Juntos, trazan un mapa en movimiento que evidencia que pensar la cultura material desde América Latina no es simplemente aplicar marcos ya existentes, sino abrir nuevas rutas conceptuales y etnográficas para comprender las formas materiales de la vida social. Con ello, este dossier busca no sólo identificar algunas de las discusiones sobre cultura material en el continente, sino también contribuir —desde el sur— a una conversación antropológica más amplia sobre lo que las cosas hacen y deshacen en nuestras sociedades.

El peso de las cosas o cómo se han estudiado los objetos en la antropología social y cultural en el Norte Global

El estudio antropológico de la cultura material tiene una trayectoria extensa y heterogénea, que ha acompañado los desplazamientos epistemológicos de la disciplina. Como sabemos, desde los inicios de esta, los objetos ocuparon un lugar central en la producción del conocimiento sobre las diferencias culturales. Tanto es así que desde finales del siglo XIX y durante gran parte del siglo XX, fueron “testimonios materiales”

¹ En Argentina se destaca el Programa del Grupo de Estudio y Trabajo sobre Cultura Material (GTCM) perteneciente al Centro de Antropología Social (CAS). Otro espacio que trabaja esta temática es el Proyecto CMAP radicado en la Universidad Nacional de Mar del Plata que, desde la impronta de la antropología filosófica, se interroga por la hibridación entre humanos y ambientes.

o “vestigios” de las “culturas lejanas” aquellos que la antropología buscaba clasificar, ordenar y exhibir. En ese marco, el museo etnográfico —recordemos por ejemplo el *Pitt Rivers Museum* en Oxford (Reino Unido) que data de 1884— se convirtió en el dispositivo privilegiado para ordenar y narrar el mundo: una arquitectura del saber donde los objetos, despojados de sus contextos, se volvían testigos mudos de culturas transformadas en colección. Esa mirada museológica condensaba el gesto colonial de la antropología clásica: transformar lo vivo en muestra, lo cotidiano en documento, lo relacional en cosa (Grechi, 2023).

Así, desde los primeros enfoques evolucionistas y difusionistas, donde los objetos eran concebidos como indicadores del desarrollo cultural o de la transmisión técnica, hasta las perspectivas simbolistas y estructuralistas del siglo XX, la materialidad fue entendida, sobre todo, como un soporte para el significado social. Frente a la lógica clasificatoria que, descontextualiza, silencia y ordena según jerarquías civilizatorias, las críticas comenzaron a gestarse avanzado el siglo XX a partir una relectura profunda del lugar de las cosas en la antropología, que dialogó con los modelos estructuralistas y análisis interpretativos (Moreyra y Alves Mateus Ventura, 2020).

La ecología cultural introdujo una comprensión distinta de las materialidades al centrarse en la relación humano-ambiental. A mediados del siglo XX, autores como Julian Steward (1955) o Marvin Harris (1979) situaron los objetos, las técnicas y los entornos dentro de sistemas adaptativos más amplios. Las cosas dejaban de ser simples portadoras de significado para entenderse como mediaciones entre cultura y ambiente, como respuestas materiales a condiciones ecológicas y económicas específicas. Si bien estas aproximaciones mantuvieron cierto funcionalismo, abrieron un terreno fértil para pensar la dimensión material de la vida social como parte de un conjunto de relaciones dinámicas, ecológicas y productivas.

La antropología de la técnica aportó un giro decisivo en la comprensión de los objetos al situar la atención en los modos de hacer, en las prácticas y en los saberes implicados en los procesos técnicos. Desde la llamada escuela francesa de la antropología de la tecnología, autores como André Leroi-Gourhan (1943, 1945) y Pierre Lemonnier (1992) propusieron estudiar la técnica como una dimensión constitutiva de la cultura, inseparable de las estructuras sociales, cognitivas y simbólicas. En esa línea, Haudricourt (1964) subrayó la necesidad de comprender las relaciones entre humanos y objetos a partir de gestos, movimientos y modos de acción, mientras que Sigaut (1985) insistió en que toda práctica técnica supone una forma de pensamiento y una lógica propia. Estas perspectivas desplazaron la mirada desde el objeto acabado hacia el proceso, revelando que los artefactos son cristalizaciones de relaciones sociales, saberes incorporados y decisiones colectivas.

Asimismo, las ideas de la relación de co-construcción entre tecnología y sociedad (Bijker et al. 1987) y de sistemas sociotécnicos (Hughes, 1991), centrales al campo de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología, contaron con aportes desde la antropología (Pfaffenberger, 1992a; 1992b) en fecundo y constante diálogo con la sociología, historia y filosofía de la ciencia y la tecnología. En particular, con relación a las formas en que los ideales, valores y visiones de mundo de las personas que diseñan tecnologías se imbrican en los artefactos, a su vez generando nuevas formas de socialidad, profundizando relaciones de poder, generando transformaciones sociales alineadas a valores hegemónicos. La tecnología, social y culturalmente construida y social y culturalmente constituyente, a su vez reconfigura prácticas de poder, imaginarios,

discursos, en procesos contextuales y desiguales (Escobar, 1994). Tim Ingold, por su lado, ha abogado por modificar las visiones que primaban en la disciplina (posibilista y determinista) que situaban a la tecnología como agencia externa a la sociedad y la cultura, para promover una aproximación en la que tecnología y sociedad/cultura están siempre imbricadas e incorporadas (Ingold, 1997).

En esta línea de revisiones críticas a los modos en que la antropología ha pensado la relación entre materialidad y vida social, la obra de Annette B. Weiner supuso una relectura profunda de la tradición clásica al recuperar dimensiones de la cultura material invisibilizadas por los enfoques centrados en el intercambio masculino. En *Women of Value, Men of Renown* (1976), y más sistemáticamente en *Inalienable Possessions: The Paradox of Keeping-While-Giving* (1992), Weiner cuestiona la interpretación de Bronislaw Malinowski sobre los trobriandeses, ampliando el análisis del intercambio al mostrar que ciertos bienes no pueden comprenderse únicamente desde la lógica del prestigio masculino asociada al *kula* y, con ello, llamó la atención sobre el rol de las mujeres en las dinámicas de reproducción social.

A partir de su estudio sobre los rituales mortuorios, mostró que las mujeres cumplían un papel político y social decisivo dentro del *kula*, lo cual resultó clave para comprender la estructura interna de los subclanes trobriandeses. Justamente, al hacer las faldas con hojas de manojos de bananas para los rituales mortuorios, las mujeres generaban las condiciones de posibilidad de la circulación de bienes y prestigio (Ohanian, Faccio y Blanco Esmoris, 2020). Como señala Gabriela Novaro (2010), la investigación de Weiner permitió advertir que, aunque los hombres lograran acumular prestigio y autoridad en vida, estos desaparecían con su muerte si las mujeres del linaje no realizaban el rito que transfería ese prestigio a los descendientes.

En las décadas de 1970 y 1980, los trabajos de autores como Mary Douglas y Baron Isherwood (1979), Arjun Appadurai (1986) y Daniel Miller (1987) por nombrar algunos, contribuyeron a redefinir el campo al situar los bienes y objetos en el centro de las prácticas de consumo, intercambio y comunicación. Sobre ese trasfondo se desplegó, un conjunto de enfoques que profundizaron en *la vida social de los objetos*. Con Appadurai (1986), ese *seguir a las cosas* implicó analizarlas como entidades con trayectorias propias, insertas en circuitos de valor, deseo y poder. En la misma línea, Igor Kopytoff (1986) propuso la *biografía cultural de los objetos*, mostrando cómo éstos atraviesan procesos de singularización y mercantilización que revelan las tensiones entre economía y moralidad. Daniel Miller (1987, 2005), con su antropología social del consumo, colocó la materialidad en el corazón de la vida cotidiana: los objetos, lejos de ser meros reflejos culturales, son constitutivos de los afectos, los vínculos y las identidades. Esta perspectiva de cuño interdisciplinario, dado que pretendía articular arqueología con antropología, queda materializada en la conocida *Journal of Material Culture* que fuera fundado por Christopher Tilley y el mencionado autor en 1996.

A partir de los años 2000, la antropología de la cultura material experimentó un nuevo giro, influido por la fenomenología, los estudios de ciencia y tecnología (*Science and Technology Studies* - STS) y la teoría actor-red. Por su parte, Bruno Latour (1991, 2005) propuso una mirada relacional donde los objetos —o “actantes”— participan activamente en la composición del mundo social, enfatizando en la agencia y su vitalidad. Autores como Tim Ingold (2007, 2011), Webb Keane (2003) y Jane Bennett (2010) (esta última desde la teoría política) propusieron concebir las cosas como actantes o participantes en redes que desbordan las dicotomías sujeto–objeto, humano–

no humano, y naturaleza-cultura.

Los esfuerzos institucionales por dar cuerpo a esta agenda han consolidado novedosos espacios como el *Center for Material Culture Studies* (CMCS) de la *University of Delaware*. Su propuesta parte de una premisa amplia y profundamente contemporánea: todas las cosas que las personas hacen —y todas las maneras en que esas cosas, a su vez, actúan sobre el mundo— son parte constitutiva de la cultura (Guerrón Montero, 2012; Helton, 2024; Wasserman, 2020). Desde esta perspectiva expansiva, el CMCS procura nuclear una diversidad de recorridos y disciplinas borrando las fronteras entre artefactos, materiales y prácticas.

Este desplazamiento —de la cosa como evidencia a la cosa como agente— transformó el modo de pensar las relaciones entre personas, materialidades y entornos. En lugar de tratar a los objetos como ilustraciones de la cultura, la antropología comenzó a verlos como componentes constitutivos del lazo social, como mediadores entre tiempos, escalas y cuerpos. Así, la llamada “antropología de la cultura material” abrió un campo fértil de preguntas: ¿qué nos dicen los objetos cuando los pensamos como parte activa de las relaciones sociales? ¿Cómo circulan, se desgastan, se reparan y adquieren nuevos significados? ¿Qué historias se condensan en su materialidad, y qué afectos movilizan en quienes los usan, los heredan o los desechan?

Los objetos entonces, ya no solo “representan” vínculos o identidades, sino que los producen y los sostienen en situaciones de dislocación, pérdida o espera. En este marco, autores como Christou y Janta (2019) muestran cómo los objetos con los que las personas componen sus expectativas, recuerdos y afectos participan activamente en la (re)configuración de identidades migrantes, mientras que McGuire (2020) propone entender la migración contemporánea como una experiencia *material y sensual en el tiempo*. Estas perspectivas inscriben la materialidad en el centro de los procesos sociales, mostrando que las formas del habitar, del recordar y del desplazarse se traman en relación con las cosas, los residuos y las infraestructuras que las posibilitan o las restringen. A partir de este giro, los estudios sobre los “objetos migrantes” y las materialidades del desplazamiento (De León y Cameron, 2019; Marcoux, 2001) abren un campo emergente que articula antropología de la cultura material, estudios de movilidad y patrimonio contemporáneo.

Materialidades insurgentes desde y en América Latina

En América Latina, la reflexión antropológica sobre la cultura material se ha tejido desde temprano con el papel de instituciones museológicas que no sólo organizaron colecciones, sino que se convirtieron en espacios estratégicos para disputar las formas legítimas de narrar las historias nacionales frente a los modelos clasificatorios heredados del colonialismo. Museos como el Museu Nacional da Universidade Federal do Rio de Janeiro (Brasil), fundado en 1818, el Museo Nacional de Antropología de México (México), inaugurado en 1964, y el Museo de La Plata (Argentina), creado en 1888, fueron centros donde se debatió activamente cómo representar a los pueblos originarios, cómo situar la diversidad étnica y cómo imaginar la nación más allá de los marcos eurocéntricos que habían dominado la producción científica del siglo XIX. Aunque estas instituciones participaron de proyectos estatales que, a menudo, reprodujeron jerarquías raciales pero también habilitaron —a través de sus colecciones, curadurías y controversias internas— espacios para reconfigurar el sentido político y epistemológico de las cosas. Aquí, como práctica antropológica museográfica, los

objetos no pueden entenderse al margen de las historias y las moralidades que los produjeron y los siguen atravesando (Ohanian, 2021; Van Geert et al, 2016).

A partir de los años 1990 y 2000, los aportes de la *ecología política latinoamericana* y de los *estudios decoloniales* ampliaron el campo de la cultura material. Comenzaron a surgir análisis etnográficos sobre las materialidades del territorio (Gordillo, 2014), la naturaleza y el extractivismo. Autores como Arturo Escobar (1999, 2015) y Eduardo Viveiros de Castro (1998) impulsaron una crítica profunda al dualismo naturaleza/cultura y propusieron pensar las materialidades como parte de ontologías relacionales. En esta línea, Marisol de la Cadena (2015) mostró cómo entidades como “la montaña” en los Andes no son recursos ni símbolos, sino presencias políticas que desbordan las categorías modernas de objeto. Estas perspectivas, articuladas a los movimientos indígenas y afrodescendientes, convirtieron a América Latina en un laboratorio teórico sobre ontologías múltiples, donde lo material no es pasivo ni secundario, sino un agente con capacidades de producir mundo.

En Brasil, la antropología de la técnica ha elaborado una contribución distintiva al estudio de los objetos al comprender la técnica como un modo de composición entre materiales, cuerpos y formas de vida. Desde los trabajos pioneros de Gilberto Velho (1981) sobre tecnologías urbanas y procesos de modernización, hasta las investigaciones de Fabio Mura (2011), el campo ha mostrado que la técnica no se reduce a un dispositivo instrumental, sino que constituye una lógica de producción de formas capaz de organizar y transformar mundos (Ohanian, 2022). En el ámbito amazónico, Mura (2019) ha analizado cómo prácticas como la fabricación de instrumentos, la caza o la transformación corporal participan en tramas complejas de interacción donde los objetos median vínculos entre humanos, animales y entidades no humanas, en estrecho diálogo con las perspectivas de Tânia Stolze Lima (1999), Laura Riva (2002), Eduardo Viveiros de Castro (1998) y Carlos Fausto (2020), quienes han descrito cosmologías en las que las cosas tienen agencia, visibilidad propia y capacidad de afectar la vida social. En conjunto, estas investigaciones —nutridas tanto por la tradición francesa de Leroi-Gourhan como por debates contemporáneos de influencia recíproca con quienes elaboraron y desarrollaron la teoría del actor-red— consolidan en Brasil una antropología de la técnica que entiende los objetos como agentes dinámicos, capaces de articular saberes, disputas y formas específicas de *morar* y transformar el entorno. Desde América Latina, esta perspectiva adquiere un espesor particular, al recuperar las experiencias materiales de comunidades que históricamente fueron convertidas en objeto de colección o de estudio, sea un grupo de indígenas o poblaciones agrupadas por clase social. La investigación de Blanco Esmoris (2021a y b) en Argentina se apoya y dialoga con producciones de la región, al retomar y articular aportes de la arqueología de los objetos, la antropología del consumo y las ecologías culturales. En particular, integra las propuestas de Lopes Rochedo (2018) sobre los objetos familiares y el linaje material, así como las elaboraciones de Cavalcanti (2009) para teorizar desde la vivienda, la morada y las infraestructuras cotidianas, junto con los aportes de Motta (2014) sobre la relación entre vivienda, economía y formas de vida doméstica. Desde este marco, examina la vivienda —o la casa— como una *materialidad moral* (Blanco Esmoris, 2021a) central en las experiencias de las clases medias, donde las formas de habitar, equipar y sostener el hogar condensan aspiraciones, ansiedades y regímenes afectivos orientados a construir y afirmar pertenencias sociales aún en contextos inciertos. Al situar los objetos y las materialidades domésticas en el centro del análisis,

su trabajo muestra cómo estos ensamblajes participan activamente en la producción de valor y en la configuración de modos de estar en el mundo.

Restituir la vida social de las cosas implica, entonces, devolverles su potencia relacional y política: comprender cómo las materialidades participan en la creación y sostenimiento de mundos, y cómo en ellas se anudan las continuidades, los conflictos y las reinvenções de la vida social latinoamericana. Este dossier se inscribe en esa conversación. El conjunto de artículos reunidos propone explorar antropológicamente la densidad social, simbólica y técnica de las materialidades que habitan distintos paisajes latinoamericanos, examinando los modos en que los objetos intervienen, median, configuran y expresan relaciones sociales, formas de conocimiento y prácticas cotidianas.

En primer lugar, Adrián Fundora García invita a pensar la libreta de abastecimiento cubana como un artefacto del socialismo. A través de su historia prolongada y de las múltiples apropiaciones que ha tenido, el autor muestra cómo este objeto ha mediado relaciones afectivas y políticas entre la ciudadanía y el Estado. La libreta, más que un instrumento burocrático, se revela como un condensador de sentidos culturales y memorias colectivas, capaz de transformar ontológicamente las relaciones entre las personas y el sistema político. Desde esta mirada, los objetos cotidianos se constituyen en potentes reveladores de las continuidades y mutaciones del lazo social.

En el caso de Vanessa Paula Ponte, el foco se desplaza hacia la vida urbana brasileña y las materialidades cotidianas de los salones de belleza. Su análisis etnográfico sobre las sillas de corte en el Distrito Federal muestra cómo estos objetos, aparentemente banales, participan activamente en la producción de corporalidades, diferencias sociales y raciales, así como experiencias de poder. A partir del trabajo con niños y niñas de contextos diversos y contrastantes, la autora evidencia cómo las sillas de corte funcionan como dispositivos materiales donde se reproducen —pero también se negocian— jerarquías e imposiciones de género, clase y raza, revelando la capacidad de los objetos de encarnar tensiones estructurales y abrir espacios para la agencia infantil. Por su parte, Noelia López sitúa su mirada en los vínculos entre personas, cultivos y linaje familiar en una finca agroecológica del sur del Área Metropolitana de Buenos Aires donde realizó un prolongado trabajo de campo. A través del seguimiento etnográfico de los alcauciles, propone entender cómo las prácticas de siembra, reconocimiento y clasificación de las plantas condensan afectos, saberes y continuidades entre generaciones. Los alcauciles, en tanto objetos vivos y relacionales, permiten pensar las formas en que el trabajo hortícola sostiene la transmisión familiar del oficio y del sentido de pertenencia. Estos objetos hablan de las relaciones sociales, de parentesco y de la construcción de comunidad.

Por otro lado, Leticia D'Ambrosio Camarero, propone una reflexión etnográfica sobre las materialidades del habitar marítimo-costero en Uruguay. A partir del trabajo con pescadores artesanales, surfistas y biólogos marinos, explora cómo objetos como chalanas, tablas de surf o papers científicos median las relaciones entre humanos y no humanos en el entorno costero. Inspirada en la teoría del actor-red y la fenomenología del habitar, su propuesta considera estas materialidades como entidades activas, epistémicas y relacionales que configuran modos específicos de conocer y experimentar el mar, componentes dinámicos de ecologías de relación que tejen pertenencias, jerarquías y sentidos del entorno.

En una línea que vincula infraestructura y experiencia, María Florencia Girola examina las prácticas cotidianas de gestión y reparación de la red de agua y saneamiento en el barrio Roberto Arlt (La Matanza). Su análisis etnográfico muestra cómo los habitantes, ante la precariedad de las infraestructuras estatales, se vuelven responsables de la reproducción material de los sistemas que sostienen la vida. A través de sus prácticas, los objetos técnicos —bombas, pozos, cañerías, plantas depuradoras— adquieren significados sociales y afectivos que configuran modos específicos de habitar y experimentar la ciudad en situación de relegación urbana.

En el artículo de Joaquín Vélez, las alarmas comunitarias, grupos y smartphones en la ciudad de La Plata se analizan como ensamblajes sociotécnicos que producen nuevas formas de vigilancia y control vecinal. A partir de etnografías sobre redes de “vecinos en alerta”, el autor muestra cómo los objetos digitales y las infraestructuras de seguridad reconfiguran las fronteras simbólicas y materiales del espacio urbano, generando formas de sociabilidad y regulación que, aunque buscan producir seguridad, también refuerzan procesos de exclusión y alterización.

En sintonía con lo anterior, el trabajo de M. Gimena Perret Marino y Verónica Lía Zallochi, *Antropología y tecnologías digitales: viñetas etnográficas sobre la vida de jóvenes en el conurbano bonaerense*, indaga cómo los dispositivos digitales —particularmente los celulares y redes sociales— configuran nuevas formas de habitar, narrarse y relacionarse en contextos urbanos periféricos. A través de un enfoque etnográfico multisituado, las autoras muestran cómo los objetos digitales no sólo median la sociabilidad juvenil, sino que se integran a los procesos de subjetivación, desnaturalizando las fronteras entre lo virtual y lo cotidiano. Las viñetas etnográficas permiten pensar la vitalidad de lo tecnológico como parte constitutiva de las experiencias de los jóvenes, antes que como una mera herramienta externa.

Finalmente, el trabajo de José Sanmillán reconstruye las cadenas operativas de producción cerámica en el Gran Chaco americano a partir de registros etnográficos del siglo XX y XXI. Desde la antropología de la tecnología, examina cómo los procesos técnicos, las cualidades materiales y las representaciones simbólicas convergen en los modos de hacer cerámica entre grupos indígenas de las familias lingüísticas mataco-mataguayo y guaycurú. Su análisis muestra que las tecnologías no son sólo procedimientos materiales, sino también expresiones de sistemas de sentido, organización social y cosmología.

En conjunto, estas contribuciones proponen pensar las materialidades como actores centrales en la configuración de la vida social latinoamericana. Desde cerámicas y cultivos hasta infraestructuras, tecnologías y objetos cotidianos, los artículos reunidos muestran que los objetos no solo acompañan la experiencia humana, sino que la constituyen, abriendo interrogantes sobre las relaciones entre técnica y afecto, producción y reproducción, memoria y transformación. La cultura material, en estas aproximaciones, se vuelve un prisma desde el cual observar cómo las sociedades latinoamericanas negocian su lugar en un mundo atravesado por desigualdades, herencias y continuidades, pero también por innovaciones y nuevas formas de habitar.

Bibliografía

- Appadurai, A. (Ed.). (1986). *The social life of things: Commodities in cultural perspective*. Cambridge University Press.
- Bennett, J. (2010). *Vibrant matter: A political ecology of things*. Duke University Press.
- Blanco Esmoris, M. F. (2021a). Habitar la “casa”, experimentar la clase. Aspiraciones compartidas y alternativas materiales en familias de clases medias en Haedo (Buenos Aires, Argentina). *Revista Antropológicas*, (17), 4-13.
- Blanco Esmoris, M. F. (2021b). Etnografía del sueño habitado. La “casa propia” para las clases medias del Gran Buenos Aires (Argentina). Tesis Doctoral. San Martín: Universidad Nacional de San Martín.
- Bijker, W. E., Hughes, T. P., & Pinch, T. J. (1987). *The social construction of technological systems: New directions in the sociology and history of technology*. Cambridge: MIT Press.
- Cavalcanti, M. (2009). “Do barraco à casa: tempo, espaço e valor(es) em uma favela consolidada”. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 24(69), 69-80.
- Christou, A. y H. Janta. (2019). The Significance of Things: Objects, Emotions and Cultural Production in Migrant Women’s Return Visits Home. *The Sociological Review* 67 (3), 654–671. <https://doi.org/10.1177/0038026118816906>.
- De la Cadena, M. (2015). *Earth beings: Ecologies of practice across Andean worlds*. Duke University Press.
- De León, J., & Cameron, G. (2019). Lasting Value: Engaging with the Material Traces of America’s Undocumented Migration “Problem”. In Holtorf and Scarre Pantazatos (Eds.) *Cultural Heritage, Ethics and Contemporary Migrations* (Pp. 70–86). London: Routledge.
- Douglas, M. & Isherwood, B. (1979). *The World of Goods. Towards an Anthropology of Consumption*. Lugar: Basic Books.
- Escobar, A. (1994). Welcome to Cyberia: Notes on the Anthropology of Cyberculture [and Comments and Reply]. *Current Anthropology*, (2)11–31.
- Escobar, A. (1999). Antropología y desarrollo. *Maguaré*, 14, 42–73.
- Escobar, A. (2015). *Decrecimiento, post-desarrollo y transiciones: Una conversación preliminar*. https://ru.ceiich.unam.mx/bitstream/123456789/3742/1/Decrecimiento_postdesarrollo_y_transiciones_Interdisciplina_v3n7.pdf
- Fausto, C. (2020). *Art effects: Image, agency and ritual in Amazonia*. University of Nebraska Press.
- Gordillo, G. (2014). *Rubble: The afterlife of destruction*. Lugar: Duke University Press.
- Guerron Montero, C. (2012). All in One Pot: The Place of Rice and Beans in Panama’s Regional and National Cuisine. En Barbosa, L. Wilk, R. (Eds.) *Rice and Beans: A Unique Dish in a Hundred Places* (Pp. 161- 179). Lugar: Berg Publishers.
- Grechi, G. (2023). *Decolonizzare il museo. Mostrazioni, pratiche artistiche, sguardi incarnati*. Lugar: Mimesis.
- Harris, M. (1979). *Cultural materialism: The struggle for a science of culture*. Lugar: Random House.
- Haudricourt, A.-G. (1964). Nature et culture dans la civilisation de l’igname: L’axe domestication des plantes et domestication des hommes. *L’Homme*, 4(1) 40–50.
- Helton, L. (2024) *Scattered and Fugitive Things. How Black Collectors Created*

- Archives and Remade History*. Columbia University Press.
- Hughes, T. P. (1991). From Deterministic Dynamos to Seamless-Web Systems. *Engineering as a Social Enterprise* (7), 25.
- Ingold, T. (1997). Eight Themes in the Anthropology of Technology. *Social Analysis: The International Journal of Social and Cultural Practice* 41(1), 106–38.
- Ingold, T. (2007). Materials against materiality. *Archaeological Dialogues*, 14(1), 1–16.
- Ingold, T. (2011). *Redrawing anthropology: Materials, movements, lines*. Ashgate Publishing, Ltd.
- Keane, W. (2003). Semiotics and the social analysis of material things. *Language & Communication*, (23), 409–425. [https://doi.org/10.1016/S0271-5309\(03\)00010-7](https://doi.org/10.1016/S0271-5309(03)00010-7)
- Kopytoff, I. (1986). The cultural biography of things: Commoditization as process. En A. Appadurai (Ed.), *The social life of things: Commodities in cultural perspective* (pp. 64–91). Cambridge University Press.
- Latour, B. (1991). *Nous n'avons jamais été modernes: Essai d'anthropologie symétrique*. Lugar: La Découverte.
- Latour, B. (2005). *Reassembling the social: An introduction to actor-network-theory*. Oxford University Press.
- Lemonnier, P. (1992). *Elements for an Anthropology of Technology*. Museum of Anthropology, University of Michigan: Ann Arbor.
- Leroi-Gourhan, A. (1943). *L'homme et la matière*. Paris: Albin Michel.
- Leroi-Gourhan, A. (1945). *Milieu et techniques*. Paris: Albin Michel.
- Lopes Rochedo, A. (2018). Emoções narradas: entre herança, dádiva e joias de família. *Etnografias Contemporâneas*, 4(7). Recuperado a partir de <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/etnocontemp/article/view/470>
- Marcoux, J. S. (2001). The Refurbishment of Memory. En Miller (ed.), *Home Possessions. Material Culture behind Closed Doors* (Pp. 69-86). Oxford: Berg.
- McGuire, R. H. (2020) “The Materiality and Heritage of Contemporary Forced Migration.” *Annual Review of Anthropology* 49(1), 175–191. <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-010220-074624>.
- Miller, D. (1987). *Material culture and mass consumption*. Lugar: Basil Blackwell.
- Miller, D. (2005). *Materiality*. Duke University Press.
- Moreyra, C. y Alves Mateus Ventura, M. (2020). Introducción al Dossier “Historia de la cultura material. Objetos, agencias, procesos”. *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, (18), 1-10.
- Motta, E., (2014). Houses and economy in the favela. *VIBRANT - Vibrant Virtual Brazilian Anthropology*, 11(1), 118-158.
- Mura, F. (2011). De sujeitos e objetos: um ensaio crítico de Antropologia da técnica e da tecnologia. *Horizontes Antropológicos*, 17(36), 95-125.
- Mura, F. (2019). *À procura do “bom viver”: território, tradição de conhecimento e ecologia doméstica entre os Kaiowa*. Rio de Janeiro: ABA Publicações.
- Novaro, G. (2010). Guía para la lectura del texto de Annette Weiner. En M. R. Neufeld y G. Novaro (comps.), *Introducción a la antropología social y política. Relaciones sociales. Desigualdad y poder* (pp. 107- 116). Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras/Universidad de Buenos Aires.
- Ohanian, M. J., Faccio, Y. y Blanco Esmoris, M. F. (2020) Annette B. Cohen/Weiner: notas sobre una trayectoria antropológica singular. *Revista Cuadernos de Antropología*. (30)2, 1-15. Revista del Laboratorio de Etnología María Eugenia Bozzoli Vargas de la

- Universidad de Costa Rica (UCR). San José, Costa Rica. ISSN electrónico: 2215-356X
- Ohanian, M. J. (2021) La ESMA, sus alumnos y sus posesiones inalienables. *Cuaderno [Ensayos]. Revista del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*. (131), 37-49. ISSN: 1668-0227
- Ohanian, M. J. (2022) Todo lo que pasa, pasa en el buque. Los suboficiales de la Armada Argentina y su comunidad técnica en el mar. *Espaço Ameríndio*, (16) 3, 253-285.
- Pfaffenberger, B. (1992a). Social Anthropology of Technology. *Annual Review of Anthropology* (21), 491–516.
- Pfaffenberger, B. (1992b). 'Technological Dramas'. *Science, Technology, & Human Values* 17(3), 282–312. doi: 10.1177/016224399201700302.
- Riva, L. (2002) *Trekking Through History: The Huaorani of Amazonian Ecuador*. Columbia University Press
- Sigaut, F. (1985). More (and enough) on technology!. *History and Technology*, 2(2), 115–132.
- Steward, J. H. (1955). *Theory of culture change: The methodology of multilinear evolution*. University of Illinois Press.
- Stolze Lima, T. (1999). The two and its many: Reflections on perspectivism in a Tupi cosmology. *Ethnos*, 64(1), 107–131.
- Van Geert, F., Arrieta Urtizberea, I., & Roigé, X. (2016). Los museos de antropología: del colonialismo al multiculturalismo. Debates y estrategias de adaptación ante los nuevos retos políticos, científicos y sociales. *Catalão-GO* (16)2, 342-360. <https://hdl.handle.net/2445/118747>
- Velho, G. (1981). *Individualismo e cultura: notas para uma antropologia da sociedade contemporânea*. Lugar: Jorge Zahar Editor.
- Viveiros de Castro, E. (1998) Deixis cosmológica y perspectivismo amerindio, *Revista del Real Instituto Antropológico*, (4), 3, 469-488.
- Wasserman, S. (2020). *The Death of Things: Ephemerality and the American Novel*. University of Minnesota Press. <https://doi.org/10.5749/j.ctv17db3zm>
- Weiner, A. B. (1976). *Women of Value, Men of Renown: New Perspectives in Trobriand Exchange*. University of Texas Press.
- Weiner, A. B. (1992). *Inalienable Possessions: The Paradox of Keeping-While Giving*. University of California Press.



María Jazmín Ohanian es antropóloga (UBA), Magister en sociología de la cultura (IDAES), Doctora en antropología social (IDAES) y becaria Postdoctoral de CONICET. Integra el Centro de Antropología Social donde co-coordina el Grupo de Trabajo “Cosas cotidianas” (Cultura Material). Es especialista en estudios militares y actualmente investiga las disputas intra-estatales en relación a la gestión patrimonial del pasado de la Armada Argentina, mediante el análisis de la vida social y material del buque de guerra ARA “Santísima Trinidad”.



María Florencia Blanco Esmoris es Doctora en antropología social por la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (EIDAES) de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Se desempeña como investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) afiliada al Centro de Investigaciones sociales (CIS). Integra el Centro de Antropología Social (CAS) donde co-coordina el Grupo de Trabajo “Cosas cotidianas” (Cultura Material). Es especialista en estudios sobre la habitabilidad de la vivienda y actualmente investiga la materialidad y la moralidad que configura los procesos de movilidad social descendente en las periferias urbanas.



Santiago Alzugaray es Licenciado en Cs. Antropológicas y Magister en Ciencias Humanas opción Antropología de la Cuenca del Plata por la Udelar, y Doctor en Antropología Social por la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Es Profesor Adjunto de la Udelar e investigador Nivel 1 del Sistema Nacional de Investigadores en Uruguay. Trabaja sobre transiciones a la sustentabilidad en la producción agropecuaria, desde una perspectiva de la antropología de la ciencia y la tecnología.

Un artefacto etnográfico del socialismo: la libreta de abastecimiento desde La Habana, Cuba¹

[ADRIAN FUNDORA GARCÍA]
Universidad Iberoamericana de México
fundoragarcia91@gmail.com

Resumen

Este artículo discute las posibilidades etnográficas de los objetos mundanos en calidad de artefactos potenciadores de relaciones en la vida cotidiana. El caso de la libreta de abastecimiento en Cuba muestra cómo las interacciones diacrónicas de los cubanos con este objeto, sostenidas durante más de seis décadas, han transformado las relaciones afectivas con el sistema político del socialismo bajo la Revolución. El argumento gira en torno a que la creación de sentidos culturales vernáculos conduce a una variación de las asignaciones originales del objeto y perfilan relaciones ontológicamente transformativas de las definiciones y conceptos asentados universalmente por su materialidad. En clave metodológica, el texto discute los desafíos de una antropología que problematiza las relaciones contruidas en torno al pasado y establece derroteros para esquivar las dicotomías inherentes a las oposiciones binarias de categorías que, en última instancia, tienden a reducir la complejidad de los fenómenos de estudio al aspirar a una verdad absoluta.

Palabras clave: artefactos etnográficos, racionamiento, libreta de abastecimiento, tecnologías políticas del socialismo

An ethnographic artefact of socialism: the *libreta de abastecimiento* from Havana, Cuba

Abstract

This essay discusses the ethnographic possibilities of mundane objects as artifacts that enhance relationships in everyday life. The case of the ration book in Cuba shows how Cubans' diachronic interactions with this object, sustained for more than six decades, have transformed affective relationships with the political system of socialism under the Revolution. The argument revolves around the creation of vernacular cultural me-



¹ Artículo recibido: 10 de marzo de 2025. Aceptado: 25 de julio de 2025.

anings that lead to a shift in the object's original assignments and outline ontologically transformative relationships with the definitions and concepts universally established by its materiality. From a methodological perspective, the article discusses the challenges of an anthropology that problematizes relationships constructed around the past and establishes paths to avoid the dichotomies inherent in binary oppositions of categories that ultimately tend to reduce the complexity of the phenomena under study by aspiring to an absolute truth.

Keywords: ethnographic artefacts, modern rationing systems, *libreta de abastecimiento*, political technologies of socialism

Um artefato etnográfico do socialismo: a *libreta de abastecimiento* de Havana, Cuba

Resumo

Este artigo discute as possibilidades etnográficas de objetos mundanos como artefatos que potencializam relações na vida cotidiana. O caso do livro de racionamento em Cuba mostra como as interações diacrônicas dos cubanos com esse objeto, sustentadas por mais de seis décadas, transformaram as relações afetivas com o sistema político do socialismo durante a Revolução. O argumento gira em torno da criação de significados culturais vernaculares que levam a uma mudança nas atribuições originais do objeto e delineiam relações ontologicamente transformadoras com as definições e conceitos universalmente estabelecidos por sua materialidade. De uma perspectiva metodológica, o artigo discute os desafios de uma antropologia que problematiza relações construídas em torno do passado e estabelece caminhos para evitar as dicotomias inerentes às oposições binárias de categorias que, em última análise, tendem a reduzir a complexidade dos fenômenos em estudo ao aspirar a uma verdade absoluta.

Palavras-chave: artefatos etnográficos, sistemas modernos de racionamento, *libreta de abastecimiento*, tecnologias políticas do socialismo

Un artefacto de la vida cotidiana

Al referirse a los objetos mundanos, Pierre Lemonnier (2012:13) afirmó que los artefactos materiales de la vida cotidiana evocan de manera silenciosa aquellas reglas, tensiones y aspectos indecibles de las relaciones sociales, al punto de trazar sus propias estrategias, prácticas, ansiedades y esperanzas. Los objetos, cosas o artefactos de la cultura material, no sólo han estado de moda en la antropología (Miller 2015[2005]), sino que cada cierto tiempo están de regreso (Neurath, 2015) o son redescubiertos (Appadurai 1991[1985]; Myers 2001; Drazin y Küchler 2015; Di Giminiani et. al. 2015; Küchler y Carroll 2021). A diferencia de los collares y brazaletes involucrados en los circuitos del don en Melanesia (Malinowski 1986[1922]; Mauss 2009[1924]) los objetos mundanos son más difíciles de encasillar en campos analíticos asentados, como la antropología del intercambio y el valor o el llamado “arte primitivo”, los cuales han generado sus propias teorizaciones. De modo que este tipo de artefactos revela trayectorias tan disímiles y heterogéneas en lo teórico como etnográficamente contingentes en el campo de la cultura material.

Un objeto mundano puede ser cualquier cosa material, pero, sobre todo, califican aquellos artefactos de uso cotidiano, cuya importancia está medida por su instrumentalidad y valor de uso. A menudo, se trata de objetos que no están comprometidos, en un inicio,

en espacios ceremoniales, rituales o sagrados. Se trata de cosas producidas en cantidades y carentes de exclusividad o interés como piezas de colección. Si bien la etiqueta de “mundano” resulta útil para marcar el área en donde estos pueden encontrarse, en la circulación corriente de cosas en el sentido más ordinario de la vida cotidiana, en lo adelante se constatará cómo dicho calificativo estaría lejos de establecer una analogía con cosas socialmente inertes, carentes de variabilidad relacional y agenciamientos de distinta índole.

A propósito, este artículo explora las posibilidades teóricas de los objetos mundanos o artefactos cuando están enredados en intensos entornos de sociabilidades y relaciones etnográficas. El caso de la libreta de abastecimiento en Cuba expande dichas posibilidades, a pesar de ser tomada por los cubanos como un objeto común, corriente y rutinario, por su uso cotidiano para cubrir necesidades básicas de alimentación. En las antropologías materiales del “socialismo real” el interés por los objetos mundanos ha ocupado un espacio marginal (Buchli 1999). Sin embargo, esto no disminuye su importancia, de tal manera que los realizadores del largometraje *Good Bye Lenin* (Dir. Wolfgang Becker. Alemania, 2003) eligieron algo tan mundano como un pomo en conserva de pepinillos *Spreewald* para hacer creer a la coprotagonista -postrada y convaleciente- que el socialismo se mantuvo intacto en Alemania Oriental.

En comparación con otros artefactos del socialismo atados al pasado, la libreta sigue vigente y produce sentidos que se reinventan culturalmente, a expensas de su larga duración como “objeto de racionamiento”. Si bien fue presentada en 1962 como medida temporal y coyuntural ante la escasez de alimentos y mercancías básicas, tras la estatización de la propiedad y la adscripción al socialismo (Fundora 2017), en lo adelante, ha formado parte de la estructura económica, delimitando una esfera especial de valor, disociada de la oferta-demanda y nombrada: sistema de distribución normada². En su composición material, se trata de un documento oficial con validez legal por un año, de tipo cuaderno rectangular con portada de cartón y hojas de papel, de unos 13 cm de largo y 8 de ancho. Actualmente contiene veinte páginas seriadas e impresas con índices de entradas para los registros de la información, como nombre y apellidos, sexo y edad de las personas que conforman el *núcleo de consumidores*. Un concepto que funge a efectos burocráticos como categoría intermedia entre la unidad habitacional, el grupo doméstico y presupuestal, cuyo jefe suele coincidir con el jefe de hogar en las jerarquías familiares.

La libreta se puede encontrar en el interior de los hogares: sobre la mesa del comedor, colocada en un rincón de la cocina, encima de la losa o dentro de la jaba (bolsa de plástico) del pan. Por la calle, es fácil identificarla en la mano de los transeúntes, junto a una jaba, en el bolsillo de los pantalones, sobresaliendo de una cartera o sobre la consola del automóvil. Su vida útil está prevista para un año de duración legal, de enero a diciembre. Al ser un objeto de uso cotidiano, elaborada con materiales endebles, como papel y cartón delgado, es común que se deteriore, al rasgarse, doblarse o desajustarse de su prensado por presillas metálicas. Una razón ante la cual los cubanos suelen forrarla con papel de revista o envoltura de plástico, lo cual es, además, uno de los signos visibles de su personalización. Una vez invalidada, la mayoría de la gente suele tirarla a la basura y utilizar la nueva, entregada por el expendedor, volviéndola a forrar o reciclando el forro de la anterior. Otros la guardan durante meses, por si acaso faltó algún

² SDN en adelante.

producto del año anterior, con la esperanza de que este sea dispensado y no perder así el derecho de adquisición.

Cada persona, en calidad de ciudadano o residente en el país, tiene derecho a recibir una libreta como titular del núcleo o a ser inscrito en una existente, de acuerdo con la localidad de residencia en donde tenga legalmente inscrita su dirección oficial. Para esto, necesitará un documento que demuestre la propiedad de un inmueble o la autorización del titular de otro para inscribirse en la libreta constituida para ese núcleo. A su vez, la gestión tiene validez en la Oficina de Registro de Consumidores (ORC) adscrita al Ministerio de Comercio Interior (MINCIN), con presencia en cada municipio del país. Ahí se archivan los expedientes, actualizan informaciones sobre los núcleos y realizan trámites burocráticos, como altas, bajas, traslados, etc. A pesar de que en la portada de cada libreta puede leerse la rúbrica: “Esta libreta no es un documento de identificación”, su portación sirve para representar a personas ante fenómenos, como la movilidad interna, emigración, nacimientos, enfermedades, fallecimientos, constitución o reestructuración de grupos domésticos, etc.

La tendencia de una libreta acredita a cualquier familiar o vecino autorizado para *sacar los mandados*; noción que nombra el acto social de compra de las *cuotas, mandados o productos normados*, dispuestos durante seis décadas y hasta 2024, a partir del día primero de cada mes, según las temporalidades fijadas para cada uno, entre diarias, semanales, novenales, quincenales, mensuales y trimestrales. La *canasta básica normada* o *canasta familiar normada*³ integra la dieta básica en Cuba y sus cantidades y variedad han variado por épocas, entre alimentos, mercancías básicas y bienes de uso duradero. La clasificación de las cuotas se divide entre *productos de población* y de *dietas médicas*; cada uno con un régimen de distribución y cantidades diferenciadas y un subsidio estatal sobre el costo de producción e importación. Los *mandados* no son acumulables y se adquieren durante el mes en las bodegas⁴, carnicerías y comercios estatales de previa asignación al núcleo, según la cercanía al domicilio de inscripción oficial. Las sociabilidades con los expendedores locales, como el bodeguero o el carnicero, constituyen un valor medido por la importancia de las acciones para acceder a cuotas adicionales, revendidas a precios de mercado negro. De este modo, *sacar los mandados* constituye un hecho social total,⁵ cuya costumbre inventó a lo largo de seis décadas lo que llamo una cultura de lo normado, activada desde la planificación del consumo del mes hasta crear códigos con sentidos propios, como las paradojas creadas por el SDN: “hay, pero no te toca”; “te toca, pero no hay”.

³ El patrón básico consiste en arroz, frijoles, carne y viandas: papa, boniato, malanga, ñame, plátano macho y yuca.

⁴ Las bodegas son los pequeños comercios locales en donde se dispensa la cuota normada.

⁵ Desde la perspectiva de Mauss (2009[1924]), la acción colectiva de *sacar los mandados* califica como un hecho social total, debido a sus múltiples interconexiones con varios órdenes sociales, económicos y políticos de la vida cotidiana, como la economía doméstica, la ubicación geográfica, el estatus legal residencial, el ordenamiento burocrático local, entre otros.



Figura 1. Libreta de abastecimiento, 2019. Fotografía de Adrian Fundora García

Al igual que en las ciencias económicas (Díaz 2010), los estudios antropológicos sobre la libreta como objeto central han sido escasos y dispersos (Fundora 2016; 2017; 2021). Los acercamientos suelen limitarse a menciones, descripciones de su funcionamiento o análisis como un objeto transversal en otros fenómenos de interés, como la distribución estatal y el consumo de alimentos (Padilla 2002; Pertierra 2011; Wilson 2014; Rodríguez 2020), la elaboración de comidas y planificación de la economía familiar (Garth 2020; Pertierra 2008), la “erradicación” de la pobreza (Rodríguez y Carriazo 1987) y la hambruna (Muñiz y Vega 2004) o las relaciones con el Estado revolucionario a través del sistema estatal de aprovisionamiento (Lewis, Lewis y Rigdon 1978; 1980[1977]; Medea y Collins 1985; Mesa et. al. 2021). En el llamado “giro a la materialidad” de los estudios cubanos, enfocado en las prácticas “modernas” de intercambios y consumos materiales (Cabrera, 2021:164), la libreta ha estado también ausente. Es probable que en esta ausencia haya repercutido su relegación a lo mundano, por lo cual no ha resultado tan interesante o tomada suficientemente en serio por sí misma, en vez de en conexión con otros fenómenos. Sin embargo, al igual que otros objetos mundanos, se encuentra “(...) en el corazón de los sistemas de pensamiento y prácticas de sus creadores y usuarios: consolida las formas de vida de las personas y, en varios casos, su lugar en el cosmos” (Lemmonier 2012:13).

Ante la imposibilidad de analizar en este espacio cada uno de los ámbitos territoriales, temporales y temáticos de la cultura de lo normado desde grupos poblacionales y estratos socioeconómicos diferenciados, este texto se enfoca en una pregunta descriptiva con fines metodológicos: ¿en qué escenarios la libreta se convierte en un artefacto

to etnográfico que conecta conceptos y definiciones diferentes a los de su asignación universal, dictaminada por la materialidad? En términos de contingencia etnográfica: ¿cuáles son los sentidos vernáculos que conducen a mis interlocutores cubanos a especular en términos reflexivos que la libreta de abastecimiento es una cosa distinta a una cartilla de racionamiento? Al final, esbozo qué implicaciones epistemológicas tendría una variación de la naturaleza de la libreta, ahora como un objeto-de-otro-concepto. Esto ofrece un alcance parcial sobre qué papel desempeñan los artefactos mundanos en la estabilidad y mutación de los sistemas sociales, económicos y políticos (Lemmonier 2012:14)

Tales interrogantes se sitúan en una de las agendas recientes de la antropología de las cosas u objetos (Appadurai 1991[1985]), de la cultura material (Thomas 1991; Tilley 2006), las materialidades (Miller 2015[2005]) y tecnologías (Ingold 2010). Se trata de la ontología orientada a los objetos (Henare, Holbraad y Wastell 2007; Holbraad y Pedersen 2021[2017]; González 2022), la cual contempla la posibilidad de que la definición y el concepto asignado universalmente a las cosas -léase aquí cualquier tipo de objetos mundanos- varíe por desajuste etnográfico con los dictámenes originales de la materialidad. Su origen avizora el giro ontológico de la antropología social, en la formulación de Holbraad y Pedersen (2021[2017]), cuyas críticas y desarrollos teóricos posteriores abandonaron muy rápido el potencial de la formulación original de Henare, Holbraad y Wastell (2007), de suma utilidad para los estudios sobre objetos mundanos y su potencial como artefactos etnográficos. Este texto trae de regreso dicha orientación, la cual tuvo cierta resonancia en debates desde América Latina (Di Giminiani et. al. 2015). En este caso, la etnografía se sitúa en un Estado revolucionario y socialista del Caribe, en el contexto de las convivencias sostenidas entre 2017-2024 con familias en vecindarios céntrico-urbanos de La Habana, capital de la República de Cuba.

Las cosas materiales como artefactos etnográficos

El estudio de las interacciones con las cosas materiales y el potencial de dichas relaciones para crear conocimientos y moldear experiencias ha sido asociado a la arqueología (Hodder 1989) y a la antropología sociocultural. *Taongas*, objetos sagrados, espíritus, dones, mercancías, bienes, agentes, tecnologías, etc., son algunos de los estatus asignados a las cosas por la antropología sociocultural del siglo XX. La puesta en relación de las cosas en sociedades y culturas “arcaicas” o “primitivas”, “modernas” o “industrializadas”, ha servido para entender el funcionamiento de circuitos de intercambios ceremoniales y formas contractuales (Malinowski 1986[1922]); Mauss 2009[1924]; el rol de los objetos como signos y bienes de consumo (Baudrillard 2016[1968], Douglas e Isherwood 1990[1979]); su potencial para escribir historias de vida y biografías culturales (Kopytoff 1991[1986]; Hoskins 1998); entre otras relacionalidades.

De acuerdo con Alessandro Questa (2013), cualquier intento por discutir cada una de las trayectorias antropológicas de los objetos conllevaría a una revisión casi total de la disciplina. Esto se debe a la larga historia de la noción de materialidad (Lemmonier 2012) a lo que se le añaden las complejidades propias de los desarrollos de las corrientes, como las inclinadas a explicar la coexistencia de dones y mercancías (Gregory 2015[1982]), las dinámicas de alienabilidad e inalienabilidad (Weiner 1992) o las abundantes revisiones y críticas al transaccionismo maussiano (Lévi-Strauss 1979[1950]; Godbout 1997[1992], Godelier 1998[1996]; Graeber 2018[2001]). Las posibilidades de una antropología sobre las cosas son tan variadas como extensas.

En ajuste al interés de este texto, la propuesta de Appadurai (1991[1985]) sobre las políticas de valor en la vida social de las cosas fue una de las primeras en exhibir la variabilidad del estatus material de las mercancías en las sociedades “modernas”. En contraste, Alfred Gell (2016[1998]) popularizó la posibilidad de que las cosas contengan índices de acciones humanas que las desplacen según las agencias originalmente depositadas y distribuidas por relaciones sociales. Con posterioridad, Daniel Miller (2015[2005:323]) popularizó una perspectiva más relacional de las cosas, al plasmar que la materialidad no existe por separado de la gente, sino a través de relaciones mutuamente conformadoras o dialécticas o: “¿cómo las cosas que la gente hace, hacen a la gente?”.

Estas relaciones constituyeron uno de los ámbitos críticos a los artificios occidentales de la modernidad, sobre todo a partir de que Marilyn Strathern (2023[1988]) demostrara cómo la capacidad relacional de los artefactos es capaz de desarticular los supuestos universales de definiciones y conceptos hegemónicos, como el género. Un sendero seguido por Bruno Latour (2007[1991]; 2008[2005]), al apostar por los ensamblajes híbridos entre personas y cosas con agencias distribuidas. En consecuencia, la separación cartesiana entre personas con agencia y cosas inertes se quiebra ante los vínculos relacionales (Knappett 2005) y transformativos, los cuales apuntan a intersticios de zonas conceptuales en constante creación y disputa (Di Giminiani et. al. 2015).

La ontología orientada a los objetos (Henare, Holbraad y Wastell, 2007) se colocó sobre estos tópicos para tomar en serio las capacidades analíticas y metodológicas de las cosas a partir de sus involucramientos etnográficos. La propuesta llama a des-teorizar las cosas de sus connotaciones analíticas previas, quedando como una unidad heurística abierta para ser llenada con datos etnográficos, esto es, con las relaciones, conexiones, sentidos, códigos y significados que la gente les atribuye. La acción implica que, al ser rellenas, estas puedan definir un nuevo concepto explicativo, diferente del asignado originalmente e impongan sus propios términos culturales de entendimiento, hasta el punto de llegar a una emancipación conceptual (Holbraad 2015) del concepto originalmente asignado por la objetificación de la materialidad. Dicho desplazamiento de los conceptos universales contribuye al abandono del “prejuicio etnográfico” en el que Holbraad y Pedersen (2021[2017]:229) indican que, a menudo, quedan atrapadas las cosas al ser analizadas a través de conceptualizaciones etnográficamente ajenas. Por tanto, el manejo de las cosas en tanto etiquetas heurísticas abre la posibilidad de una materialidad con contenidos ontológicamente variables, cuya oscilación queda a expensas de los entornos relacionales y culturales específicos en que las cosas se convierten en objetos-de-otra-cosa u objetos-de-otro-concepto (Holbraad 2012).

Si bien otros desarrollos continuaron un sendero posthumanista, vinculado a las poblaciones indígenas (González 2015; Neurath 2015), el centro de la propuesta original es el problema ontológico de base que subyace sobre lo material (González 2022), en donde no habría que asumir qué son las cosas. A través de su potencial ontológicamente variable, los artefactos etnográficos contribuyen a expandir los conceptos y categorías (Riles 2006), creando un potencial que les otorga capacidades conceptuales legítimas (Dant 2005), al punto de imponer rutas analíticas y agendas teóricas diferentes para así actualizar aspectos importantes de la organización social, la cultura, y los sistemas de pensamiento (Lemmonier 2012).

Entre cartillas y cupones: las economías políticas del racionamiento en el siglo XX

De acuerdo con su materialidad, la libreta de abastecimiento es una cartilla que se explica a través del concepto de racionamiento; una asignación escasamente cuestionada. El origen de esta asignación es universal y data del contexto de las guerras mundiales, cuando el racionamiento institucional y materializado a través de las cartillas llegó a convertirse en un “modo de vida” (Tonsmeyer, Haslinger y Laba 2018:70) en países como Gran Bretaña (Zweiniger-Bargielowska 2002), Estados Unidos (Bentley 1998), la Unión Soviética (Goldman y Filtzer 2015), España (Gago 2007) y otros. Su función era regular los precios y ejercer un control sobre los abastecimientos en las economías de guerra o bien para administrar los recursos sujetos a restricciones temporales y artificiales de consumo (De Scitovsky 1942). Como políticas económicas, en la práctica, impusieron más un límite legal al consumo que una garantía para la obtención real de alimentos (Cox 2013).

Desde las escasas referencias en la teoría antropológica, Mary Douglas (1974[1967]) diferenció los sistemas modernos de racionamiento del racionamiento “primitivo”, el cual no produjo cartillas, aunque las comparaciones arrojan semejanzas entre ambos, como el igualitarismo en la distribución, la sujeción de los intereses privados a las demandas colectivas y la utilización del control centralizado de los recursos como un mecanismo de poder, en tanto regulador de la acumulación. Aunque las cartillas aparecen como una invención de la modernidad, el racionamiento ha estado lejos de ser un fenómeno propio de esta sino un “estado normal” en cualquier sociedad para garantizar la “cohesión de grupo social” (Lévi-Strauss 1969: 68-69).

La utilización política de estos sistemas durante la Segunda Guerra Mundial alcanzó dimensiones biopolíticas en los países de ocupación nazi (Tonsmeyer, Haslinger y Laba 2018). En Estados Unidos, el gobierno federal intentó vincular las cartillas al concepto de patriotismo, presentando el ahorro como una contribución a la industria de guerra, lo cual no evitó la incurrencia en el mercado negro (Bentley 1998). Mientras que, en Gran Bretaña, los intereses del laborismo pretendieron relacionar en 1945 las cartillas al concepto de “socialismo de guerra” (Collingham 2012:159), consistente en la conversión de la austeridad y el reparto equitativo en una política social con fines electorales. Una vez finalizada la guerra, las restricciones artificiales al consumo fueron levantadas con el triunfo de los conservadores, en 1952 (Zweiniger-Bargielowska 2002). Paradójicamente, en los países del bloque socialista, el racionamiento estuvo lejos de verse como una política socialista y las cartillas, como un instrumento económicamente deseable (Goldman y Filtzer 2015), sino como un método de distribución regional o nacional ante la escasez temporal de productos (Fundora 2017). En ninguno de estos casos llegó a desvincularse de las cartillas el concepto de racionamiento, manteniéndose su estatus material como instrumento económico, con una existencia excepcional y sujeta a coyunturas temporales.

Racionando el socialismo en Cuba

En su visita a Cuba a mediados de la década de 1980, Medea Benjamin y Joseph Collins (1985) se preguntaron si el racionamiento podría verse acaso en este país como una política socialista. En otra parte, Medea, Collins y Scott (1984) habían advertido que el alto costo económico de la libreta era preferible por el gobierno para así validar las retóricas que presentaban a Cuba como uno de los países con índices elevados en

el consumo de alimentos en América Latina y el Caribe, lo cual servía para legitimar el socialismo a través de la igualdad social. Sus conclusiones eran que este logro estaba lejos de atribuirse a la economía del país sino a la distribución; una afirmación que desplazaba toda la atención hacia las políticas socialistas de la Revolución.

Desde el triunfo de la Revolución en 1959 la alimentación pasó a ser uno de los objetivos prioritarios de las políticas públicas o sociales, junto con el acceso universal a la salud, educación, vivienda, empleos, etc. En 1960 Ernesto Guevara, en su cargo como presidente del Banco Nacional de Cuba, declaró que el deber principal de los dirigentes revolucionarios era velar por que nadie se quedara “sin comer” (Muñiz y Vega 2004:49) o pasara “hambre” (Benjamin y Collins 1985:328). Sin embargo, a raíz del conflicto de intereses con los Estados Unidos -un mercado que en 1959 importaba el 85% de las mercancías (Pino Santos 1961) y la intervención estatal de las empresas extranjeras y nacionales en 1960, los abastecimientos comenzaron a disminuir. En 1961 la escasez de mercancías básicas constituía una preocupación nacional (Díaz 2004[2001]).

En julio del mismo año, el gobierno aplicó por vez primera una medida de racionamiento para la manteca de cerdo y aceite vegetal. Aunque no introdujo cartillas de uso familiar, reguló la compra a una libra (lb) mensual por persona. Esta medida fue captada por las retóricas nacionalistas como respuesta a la “agresión imperialista” e implementación de la “igualdad revolucionaria” (Fundora 2017:39). Ante el desabastecimiento de otros productos, el 30 de marzo de 1962 el gobierno introdujo en La Habana y veintiséis ciudades del país el sistema de control de abastecimientos (actual SDN), materializado por la libreta de abastecimientos. El principio de distribución quedó esbozado por Fidel Castro (1962:9), entonces primer ministro, a través de la frase de que: “(...) de todas maneras a algunos les tocará menos de lo que les toca a otros, pero a muchos les tocará más (...) de manera que le toque a cada cual lo que le corresponde”. Las cuotas cubrieron una gama de productos⁶, divididos por grupos etarios de niños hasta 7 años, adultos y ancianos a partir de los 60. Las personas con dietas médicas por enfermedades crónicas y embarazadas recibieron cantidades adicionales de carne, leche y viandas.

La expansión del sistema continuó en diciembre de 1962 con la intervención estatal de las bodegas y comercios que permanecían bajo propiedad privada. Durante el verano de 1963, fue extendido a todo el país mediante la creación de la Oficina de Control de los Abastecimientos (OFICODA) [actual ORC], con el objetivo de institucionalizar y homogeneizar las burocracias locales. En este año entró en circulación una libreta de cupones para ropa, calzado, enseres domésticos, juguetes, módulos matrimoniales, de cumpleaños y de canastilla⁷. Con la añadidura de productos, como café, pan, cigarros, tabaco, ron y otros, la canasta normada cubrió más de 200 productos (Muñiz y Vega 2004:114), los cuales garantizaron el consumo básico del mes. Al no existir otras opciones en cantidades de oferta-demanda hasta la década de 1980 los cubanos crearon la costumbre de planificar su economía doméstica a partir de los *mandados* y comple-

⁶ La cuota por persona de 1962 consistía en: mensual: 1 lb de manteca y aceite, 6 lb de arroz, 1 ½ lb de frijoles, garbanzos, judías o lentejas, 6 latas de leche condensada o evaporada, 1 jabón de lavar y tocador, 1 caja de detergente, 2 onzas de mantequilla, 1 pasta dentrífica. Semanal: 12 onzas de carne de res, 2 lb de pollo, 1 ½ lb de pescado, 5 huevos, 3 ½ lb de viandas. Diario: 1 litro de leche.

⁷ El módulo matrimonial incluía bienes para la conformación de un hogar, como cazuelas, sábanas, tenedores, etc. El de nupcias y cumpleaños dispensaba cerveza, refresco, cake, etc., y el de canastilla, biberones, pañales, sábanas, etc.

mentar las raciones en el mercado negro, en donde expendedores y usuarios revendían cuotas o intercambiaban en forma de trueque los productos, a expensas de sanciones legales y morales.



Figura 2. Bodega en 1956. Recuperada por Adrian Fundora García de la revista Bohemia.

A propósito, las conexiones políticas de la libreta con la defensa de la Revolución y la construcción del socialismo aparecieron en el texto impreso al reverso del primer documento, en 1962: “Con esto estarás ayudando a la más rápida victoria en este frente, el de nuestra revolución socialista”. Estas conexiones depositaron una agencia política sobre la libreta a través de consignas popularizadas, como: “¡Dice la libreta que a Cuba se respeta!”⁸. En adición, un análisis sobre los discursos oficiales de la prensa, entre 1962 y 1964 (Fundora 2016) reveló que a partir de la creación de la OFICODA se constata una disminución gradual de las referencias públicas al término racionamiento, así como de las retóricas sobre el carácter coyuntural de la libreta. El hecho de que las nomenclaturas oficiales no recuperaran el término cartilla de racionamiento es indicador de una intención estatal por construir eufemismos y sentidos de excepcionalidad, con códigos culturales que asienten un campo propio de sentidos que permitan distanciar al caso cubano de cualquier referencia universal. Basta con atender al lenguaje de la libreta: *cuota* por raciones, *libreta* por cartilla, *abastecimiento* por racionamiento.

⁸ Notas de diario de campo, La Habana, noviembre de 2018.



Figura 3. Propaganda a favor de la libreta por la Asociación de Jóvenes de Rebeldes en 1962. Recuperada por la Biblioteca Nacional de Cuba.

En adición, Díaz (2010) advirtió sobre esta misma época el nexo de la libreta con la construcción del “hombre nuevo” del Che Guevara (2016[1965]), entendido desde este ámbito como aquella persona revolucionaria que se conforma con las cuotas mensuales, en oposición al consumismo capitalista. Otros autores, como (Muñiz y Vega 2004:14), señalaron la aspiración estatal de que el comercio interior fuera asumido con un criterio “científico-político”. Ambas retóricas cedieron ante la crisis económica del llamado Periodo Especial, en la década de 1990. Desde entonces, la vinculación de la libreta al socialismo varió de un carácter constructivista de la sociedad y la persona al de objeto de supervivencia del sistema político.

La prolongación de los efectos de esta crisis hasta la actualidad, evidentes en la pérdida de valor del trabajo y del salario (Rodríguez 2020) en combinación con el impacto social de las reformas estatales de reajuste económico, como la dolarización parcial de los comercios de oferta-demanda, contribuyeron a la multiplicación de las desigualdades sociales (Espina 2006; Zabala 2015) y el empobrecimiento (Rodríguez 2011). Tras la reducción de cuotas y a expensas de la crisis, la libreta alcanzó a cubrir el consumo de entre diez y quince días, pasando a ser presentada por las retóricas estatales como un objeto de la justicia social (Díaz 2010), mantenida para evitar la aplicación de soluciones neoliberales.

Las reformas económicas y sociales del gobierno de Raúl Castro, caracterizadas por la expansión del sector privado y la retirada del Estado como garante del bienestar, dispusieron desde 2010 la eliminación gradual y ordenada de la libreta. Las retóricas sacrificiales la muestran desde entonces como una suerte de objeto anacrónico del socialismo cubano, por representar una “gratuidad” con alto costo estatal, la cual fomentaría, supuestamente, conductas expectantes de los subsidios estatales y prácticas de

trueques, reventas y mercado negro (Cuba 2010). A pesar de ello, su sacrificio ha sido pospuesto cada año para validar la retórica gubernamental de que, únicamente con el mantenimiento del socialismo bajo la Revolución, ningún cubano quedará desamparado⁹. Sin embargo, entre 2023 y 2024, a raíz de la agudización del desabastecimiento estatal, la canasta se ha venido reduciendo hasta la cuota mensual de 5 lb de arroz, 2 lb de azúcar refinada, 1 lb de azúcar moreno, 1 lb de granos y 1 pan diario. Estas cuotas ya no están aseguradas a inicios de mes, llegan incompletas o con atrasos de meses. El resto de los productos como café, aceite, cigarros y otros pueden arribar hasta un par de veces al año. A expensas de lo que mis interlocutores acuñan como la “desaparición”¹⁰ de los productos, el mantenimiento de una “canasta básica para todos” es utilizado por el actual gobierno de Miguel Díaz-Canel¹¹ para reivindicar la vigencia del socialismo y refutar las acusaciones sobre un giro neoliberal de la Revolución, en medio de un escenario de escasez de productos estatales, encarecimiento de los vendidos en los comercios privados, así como en el mercado negro.

Notas a partir de una situación social

La antropología preocupada por los objetos cuenta con asideros metodológicos para tratar con los artefactos que remiten constantemente al pasado. Por ejemplo, las biografías culturales (Kopytoff 1991[1991]) permiten diferenciar cada uno de los momentos en que varía la importancia material de la libreta y las relaciones afectivas en cada época. Sin embargo, en situaciones en donde las vivencias generacionales son contadas de manera diferente por distintas personas y cada una de las versiones aspira a capitalizar la “verdad”, el desafío metodológico se coloca la imposibilidad aparten de coexistencia de un único régimen de verificación lineal del pasado.

Uno de los grupos familiares habaneros con quienes emergió este tipo de desafío fue la familia Gutiérrez¹², con quienes presencié un evento público que creó situaciones particulares de realidad (González 2022). Se trató de una situación social, consistente en las interacciones colectivas ocurridas en un mismo espacio y tiempo (Gluckman 2013[1940]), la cual terminó por derivar en lo que Turner (1974) llamó un drama social. Estos ocurren cuando los acontecimientos históricos conflictúan los planos íntimos de la vida y se rompe alguna convención social, regla, código, ley o contrato. Así quedan expuestas las contradicciones estructurales e inconsistencias de las interpretaciones que entran en competencia por (des)legitimar discursos afines a los relatos históricos. Si bien las ambigüedades e inconsistencias no suelen solucionarse, las dinámicas de oposición y cooperación revelan el potencial etnográfico de las divergencias (Díaz 2014).

Los Gutiérrez son una familia extendida y nativa de La Habana, a quienes conocí desde 2016 en el marco de la búsqueda de interlocutores de grupos etarios con más de 60 años, motivado por el interés de rastrear las múltiples etapas del sistema de distribución normada en Cuba (Fundora 2021). Su composición es de clase media, piel blanca e integrada por cinco grupos domésticos y cuatro presupuestales¹³, residentes en

⁹ Disponible en: <http://www.cuba.cu/gobierno/rauldiscursos/2010/esp/r181210e.html>

¹⁰ Notas de diario de campo, La Habana, noviembre de 2024

¹¹ Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=LAjnAbKtgKk>

¹² Todos los nombres y referencias personales fueron cambiados.

¹³ Se considera como grupo presupuestal al grupo familiar visto desde el criterio económico, es decir, a través de la capacidad de generación de ingresos. Su observación adquiere importancia, sobre todo, en el

unidades habitacionales separadas del municipio céntrico del Cerro. La jefa de familia, Valeria Gutiérrez, una anciana de 83 años, jubilada del sector estatal fue quien fungió como facilitadora principal del contacto con el resto de los grupos y con las redes de parientes, amigos y vecinos.

La situación descrita a continuación ocurrió en diciembre de 2019 y consistió en la celebración de una comida familiar en honor a la visita de Alfredo Gutiérrez, de 80 años y residente en Miami. La excepcionalidad de su visita se debió a haber sido la primera vez en que visitaba a la familia de Cuba, después de haber emigrado en los años sesenta junto con sus padres, en desacuerdo con el rumbo socialista de la Revolución. Sus lazos de parentesco se afianzan a Valeria y Armando Gutiérrez, de 79 años, jubilado del sector estatal y quien es, al igual que Valeria, una figura de autoridad familiar. Aparte de mi persona, otro de los invitados fuera de la familia fue Osvaldo Valdés, de 83 años, piel blanca, jubilado y excombatiente de la Revolución. A pesar de su avanzada edad, trabajaba como albañil en la casa de Armando Gutiérrez.

El lugar de la comida fue la vivienda considerada como la casa de familia; un apartamento ubicado en los llamados edificios Pastorita del municipio Cerro, donado por el gobierno revolucionario en 1960 a Armando Gutiérrez (padre), fallecido en 1995. En esta vivienda persiste una regla establecida para mantener la armonía en las reuniones familiares: “no se habla de política”. Su origen data de la década de 1950, cuando bajo el pluripartidismo capitalista proliferaron los desacuerdos entre los hermanos de Armando, debido a sus afiliaciones a partidos políticos diferentes. En tiempos del unipartidismo de la Revolución, su cumplimiento fue exigido con rigor de ley, a causa de la reducción de lo político a los binarismos “a favor” y “en contra” de la Revolución y el socialismo. Desde entonces, hablar de política y hacerlo “en contra” del sistema político conlleva un riesgo de sanciones sociales, laborales y policiales. A pesar del apoliticismo declarado de los Gutiérrez en esta ocasión la regla fue rota.

Todos los grupos reunidos declararon no depender de los *mandados*, sin embargo, no dejaban de recibirlos, ya que estos garantizaban el consumo de los primeros siete y diez días del mes¹⁴, para luego comprar productos adicionales en las tiendas estatales de oferta-demanda. Pero ese día no se habló de economía, consumo o racionamiento y sobrevino un conflicto cuando Alfredo afirmó que la libreta había sido un “invento de la Revolución” para “repartir parejo la miseria”¹⁵. Osvaldo intervino para recordar que la Revolución había “creado” la libreta para “distribuir igualitariamente todo lo que había”. Armando matizaba los comentarios para recalcar los términos medios, para él, entre la abundancia selectiva del capitalismo y la pobreza generalizada en las calles. “¡Cómo ahora que la gente pasa hambre! Exclamó Alfredo. “¡Sí, pero nadie se ha muerto de hambre!” Contestó Osvaldo.

contexto de familias extendidas, en donde conviven varios grupos residenciales bajo una misma unidad habitacional y pueden compartir o no gastos en conjunto.

¹⁴ En 2019 los *mandados* consistían en: 7 lb de arroz, 1 ½ de aceite, 4 lb de azúcar refinada y 1 de morena, 10 onzas de frijoles, 4 onzas de café, 1 caja de fósforos, 10 huevos, 1 lb de pollo, 11 onzas de pollo por pescado, 1 ½ de picadillo de soya, 1 ½ de mortadela. Trimestral: 400g de pasta alimenticia y 115 de sal. Para infantes de hasta dos años: 7 cajas de compota y 226g de picadillo de res, 1kg de leche hasta los siete años y 8 bolsas de yogurt de soya entre siete y trece años. Adultos mayores de sesenta y cinco: 1kg de polvo de soya. Para las dietas médicas: 1lb adicional de pollo.

¹⁵ Notas de diario de campo, La Habana, diciembre de 2019.



Figura 4. El bodeguero, 2022. Fotografía tomada por Adrian Fundora García

La discusión se había adentrado en la búsqueda de un equilibrio entre los beneficios y pérdidas bajo el socialismo, resumida en una paradoja de los Gutiérrez que reproduce los binarismos políticos de la Revolución, entre el “antes [de la libreta y la Revolución] cuando la gente se iba de compras y había de todo, pero la abundancia les tocaba a menos”; y un “ahora [durante la libreta y el socialismo] cuando hay cada vez menos cosas, aunque les toque por igual a todos hacer los *mandados*”. La actitud del resto de los comensales era de expectación hasta que Pablo Gutiérrez -de 52 años e hijo menor de Valeria- recordó la intervención estatal en 1962 de la bodega propiedad de su abuelo paterno; un tema sensible en este grupo. A pesar del

apoliticismo declarado del abuelo, la confiscación fue justificada en la generalización de que todos los comercios privados estarían “en contra del socialismo” y fomentaban la “especulación y el ocultismo” de mercancías. Cuando Valeria Gutiérrez intervino para exigir que dejara de hablarse de “política” no se había producido un consenso. Cada participante defendía su propia situación de realidad, mezclando vivencias personales con los relatos históricos oficializados, en disputa por la verdad.



Figura 5. Sacando los mandados, 2023. Fotografía tomada por Adrian Fundora García

Memoria de la libreta, memoria del socialismo

Al haber estado ausente las conexiones con el racionamiento, las narrativas anteriores, bien pudieran figurar como historias alternativas o mitos de origen acerca de la libreta. La antropología ha tratado los mitos de origen o fundación para explicar los cambios sociales entre los *kachin* de Alta Birmania (Leach (1975[1964])), los relatos de los *baruya* (Godelier, 2005[1982]) o el origen del mundo según los *balineses* (Geertz 2000[1980]). Sin embargo, de tomarse estas historias como míticas, no sólo estaría negándosele su lugar como “momentos de verdad” (González 2015:122) sino que continuaría la búsqueda de una narrativa estable, que sirva como criterio de validación para el resto de las historias. No menos importante en el plano de la materialidad: se reproduciría el señalado prejuicio etnográfico, consistente en que las otras definiciones de la libreta que no estén alineadas con el racionamiento ocuparían un plano alternativo en lugar de uno central.

La centralidad de dichas historias emergió en las respuestas provistas por otros interlocutores habaneros, con quienes había desarrollado relaciones de confianza con fines de trabajo de campo etnográfico, a la pregunta de: ¿qué es la libreta? En particular, me centré en el grupo de adultos mayores de entre 60 y 85 años, quienes habían vivido la mayor parte de su vida bajo la Revolución y poseían, como valor añadido, un correlato comparativo con la vida prerrevolucionaria, bajo el capitalismo republicano. Los criterios de este grupo resultaron contradictorios, al expresar que se trataba de: “un aporte decisivo de la Revolución a cualquier país que quiera hacer el socialismo”; una “copia del comunismo soviético”; “un socialismo solidario”; “una cosa nuestra que no se le hubiera ocurrido a nadie más”, “un objeto de la miseria y el fracaso del socialismo en Cuba”; una “voluntad política del Estado por repartir igualitariamente, más que la posibilidad real de hacerlo”¹⁶.

Al profundizar después de la situación con los Gutiérrez con Osvaldo Valdés, en el espacio privado del interior de su hogar, en el municipio céntrico-habanero de Playa, sobre por qué creía que la libreta había sido creada por la Revolución, negó cualquier nexo con el término racionamiento, porque la libreta había distribuido, no sólo lo que había, sino “hasta lo que sobraba”. Según su argumento, el término racionamiento no refleja la realidad y es, además, “contrarrevolucionario”, porque “nunca se llegó a racionar” sino a “distribuir parejo lo que no escaseaba” y ahí enumeró los artículos “no básicos”: ron, cigarros, dulces, juguetes, etc. La idea era que “todos pudieran comprar” y su conclusión: “¿en dónde más se les hubiera ocurrido repartir ron igualitariamente y subsidiado? Por ende, definir la libreta como un objeto de racionamiento equivaldría a una distorsión de la voluntad original de la libreta, definida finalmente por Osvaldo como “una cosa política del socialismo nuestro”¹⁷. Una afirmación que cobra sentido si se compara con el racionamiento soviético del “socialismo real” tardío, sobre el cual Verdery (2017[1996]) encontró que, por el contrario, buscaba limitar la demanda en vez de repartir para igualar el acceso, ante la imposibilidad de satisfacer el consumo de toda la población.

En contraste con la reducción de la canasta normada, en 2024 aumentaron en La Habana las especulaciones sobre cómo se vería una Cuba sin libreta. Para Isabel Rojas, de 58 años, trabajadora en el sector estatal, dependiente de los *mandados* y residente

¹⁶ Notas recopiladas en La Habana, entre 2022, 2023 y 2024

¹⁷ Notas de diario de campo, La Habana, 2022 y 2023

en el municipio Cerro, las retóricas sacrificiales de la libreta son una manera de socavar el socialismo “desde adentro de la Revolución”. El desplazamiento forzoso de las economías domésticas a las nuevas “bodegas privadas”¹⁸ para así reponer “todo lo que ya no viene a la libreta” es un motivo de frustración y ansiedad constante y en ascenso, debido a los altos precios en los nuevos espacios de la abundancia selectiva -las MYPIMES y las tiendas estatales dolarizadas-, en contraste con la escasez observada en las bodegas y otros comercios estatales, en pesos cubanos. Lo peor para ella es que la naturalización de esa “supervivencia individualista” funge como un antivalor del socialismo. Otros interlocutores, de entre 55 y 65 años, experimentaron la misma sensación de abandono y frustración ante los altos precios de la comida y por la escasez de bienes “baratos”, vendidos por el Estado, lo cual se perfila, cada vez más para ellos, como el escenario probable para la Cuba del futuro inmediato; uno en donde el mayor surtido de mercancías no saldrá del mercado privado y el estatal dolarizado. No obstante, según las especulaciones de Isabel: “mientras el socialismo se mantenga, la libreta no será eliminada [...] ¡No pueden hacerlo, porque son la misma cosa!”. Una analogía reversible para enfatizar en que el día que esto suceda será porque “el socialismo ya dejó de existir”. Isabel logra imaginar una Revolución sin libreta, pero no al socialismo cubano sin esta última, cuya ausencia comprometería el “legado histórico y político” de la Revolución; el equivalente a una suerte de aniquilamiento propio. Esto es: una teoría nativa de la interdependencia, articulada en un futuro “sin libreta” como equivalente a uno “sin socialismo”.



Figura 6. Bodega en 2023. Fotografía tomada por Adrian Fundora García.

¹⁸ Se trata de MYPIMES expandidas desde 2022, dedicadas a la importación y reventa de alimentos y mercancías básicas altos precios y acorde con la oferta-demanda.

Bajo la máscara del artefacto: una tecnología política del socialismo

La libreta de abastecimiento en Cuba es algo más que un ejemplo caribeño de los sistemas modernos de racionamiento, el cual no explicaría por sí solo la necesidad estatal de su prolongación en las diferentes temporalidades. Su ensamblaje con el concepto de socialismo, en tanto política de distribución de alimentos, se conecta con los sentidos ligados a las configuraciones culturales de lo político y las relaciones (des)afectivas de los cubanos con el Estado revolucionario a través de su sistema político. Estos enredos de relaciones proporcionan los escenarios vernáculos en que la libreta se convierte en un artefacto etnográfico, con variaciones sujetas a contenidos ontológicamente variables, al punto de quedar definida como una *cosa política del socialismo* practicado por la Revolución cubana.

Al subvertirse las asignaciones universales del racionamiento, en relación con los dictámenes originales de la materialidad asignada a la libreta como cartilla, se proporciona un ejemplo de objetos mundanos que se escapan de la materialidad, por emancipación conceptual (Henare, Holbraad y Wastell 2007; Holbraad 2015). Esto refleja una variación de su definición universal, como una cartilla material a una política inmaterial, que no se explica ya tanto, después de tomar en serio sus involucramientos etnográficos, a través del concepto de racionamiento sino a través del de abastecimiento, lo cual equivale a decir en este contexto: una política socialista de distribución de alimentos. De ahí se revela como un artefacto engañoso, cuyo desenmascaramiento etnográfico deja al descubierto los equívocos de la materialidad (González 2022) y un potencial de relaciones ontológicamente transformativas (Holbraad y Pedersen 2021[2017]). Con otras palabras, la transformación relacional de la cartilla a una política estatal revolucionaria implica un primer nivel de registro sobre la capacidad de la libreta para impulsar relaciones ontológicamente transformativas, esto es, al cambiar su definición, ser o esencia, ahora como un objeto ligado a la Revolución cubana, la cual se la apropió e intentó construir un campo propio de sentidos nativos. Al mismo tiempo, dicha transformación continúa por un siguiente nivel, epistemológico, al sustituirse el concepto vinculante para su entendimiento -el racionamiento y su explicación economicista- por el de abastecimiento y su mejor discernimiento como una noción de antropológica política que permite entender las relaciones particulares, generacionales y altamente personalizadas y (des)afectivas de los cubanos con el Estado revolucionario. La libreta se vuelve, así, una muestra de objetos mundanos que se encuentran en el corazón de los sistemas de pensamientos y prácticas (Lemmonier 2012) e influyen en las relaciones interpersonales (González 2015).

Estos sentidos nativos conducen a especular sobre hacia dónde apuntarían, finalmente, las implicaciones epistemológicas una variación ontológica de esta naturaleza conceptual. Si bien existieron intentos previos al caso cubano por hacer variar una cartilla de racionamiento hacia el socialismo, como el caso británico examinado, dicha variación no llegó a producirse. La insistencia del gobierno revolucionario por mantener la libreta es reveladora de su instrumentalización funcional a la política para el mantenimiento del socialismo, a expensas de la contracción de su oferta real e implosión de los significados históricos que entraron en contradicción consigo mismos, desde las reformas económicas y sociales de 2010. Si bien el control totalizado de los recursos por una autoridad central no deja de ser un mecanismo de poder (Douglas 1974[1967]), entonces, tendría sentido afirmar que la nueva variación epistemológica de la libreta, después de su variación ontológica, estaría más cercana al campo de las tecnologías políticas, en

este caso, para el mantenimiento o desmantelamiento del socialismo.

En contraste con otras tecnologías políticas (Risor 2015), de poder (Foucault 2014; Di Giminiani 2015) o de la imaginación (Sneath, Holbraad y Pedersen 2009), en este texto hay discusiones que apuntan en la dirección anterior, como la teoría nativa de la interdependencia *libreta-socialismo-Revolución*, la paradoja de los Gutiérrez sobre la abundancia selectiva y la escasez generalizada, así como las conceptualizaciones contingentes de la libreta, como una *cosa política del socialismo* en Cuba. En el sentido tecnológico, la libreta sirve como un dispositivo de conocimientos sobre la socialidad y las personas cubanas, así como un archivo de comunicaciones con datos e información estadística -la ciencia del Estado moderno-, con capacidades heurísticas para exhibir las resonancias, disonancias y adaptaciones normativas, forzosas y creativas de la vida cotidiana en Cuba bajo el socialismo.

Para finalizar, en los términos metodológicos de una reconstrucción retrospectiva del pasado, este texto demuestra la esterilidad de la búsqueda por una versión canónica, lineal o única del pasado, puesto que cada persona exhibe su propio régimen de veracidad de acuerdo con las vivencias experimentadas. Caer en la validación de una sola versión y la consecuente invalidación de otros regímenes de veracidades equivaldría a contribuir a la reproducción de las oposiciones binarias que generan categorías simplificadoras de lo político, como las posturas “a favor” y “en contra”, impulsadas desde las racionalidades estatales. La apuesta etnográfica apuntaría, más bien, por las verdades múltiples que se revelan a partir de las zonas grises, intermedias entre las oposiciones. En esta zona, las capacidades obviadas, rutinarias y más o menos silenciosas de un objeto tan mundano como la libreta, permiten trascender los binarismos políticos opuestos y salir del círculo vicioso de quién tiene la razón-verdad. Cuando Revolución-explica-a-libreta, el movimiento metodológico aparece captado por las racionalidades estatales, pero cuando libreta-explica-a-Revolución, dicho movimiento se revela menos estandarizado y es anti sintético, al regresar cargado de las verdades múltiples que matizan y desestabilizan cualquier pretensión de una verdad hegemónica en lo político. Así, los objetos mundanos que son convertidos metodológicamente en artefactos etnográficos, con capacidades de variaciones ontológicas e imposición de nuevas agendas epistemológicas, revelan el potencial heurístico de los objetos que se escapan de la materialidad, sin dejar de perder su cualidad relacional para continuar moldeando las experiencias humanas, en otros tipos de involucramientos contingentemente etnográficos.

Bibliografía

- Appadurai, A. (1991[1985]). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México D.F.: Grijalbo
- Baudrillard, Jean (2016[1968]). *El sistema de los objetos*. Ciudad de México XXI: Siglo XXI
- Medea, B. y Collins, J. (1985). Is rationing socialist? Cuba's food distribution system. *Food Policy*, 10(4), 327-336
- Benjamin, M. y Collins, J. y Scott, M. (1984). *No free lunch: food and revolution in Cuba today*. San Francisco: Institute for Food and Development Policy
- Bentley, A. (1998). *Eating for Victory. Food Rationing and the Politics of Domesticity*. Chicago: University of Illinois Press
- Buchli, V. (1999). *An Archaeology of Socialism*. New York and Oxford: Berg

- Cabrera Arus, M. (2021) The matter of things: A material turns in Cuban scholarship. *Journal of Latin American Cultural Studies*, (30)2, 163-173
- Castro Ruz, F. (1962). Informa el primer ministro Fidel Castro sobre el abastecimiento y su regulación. *Obra Revolucionaria*, 7
- Collingham, L. (2012). *The Taste of War. World War II and the Battle for Food*. New York: The Penguin Press
- Cox, S. (2013). *Any Way You Slice It. The Past, Present and Future of Rationing*. London and New York: The New Press
- Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado y de Ministros (2010) *Anteproyecto de lineamientos de la política económica y social de la Revolución y el Partido*. La Habana, Cuba
- Dant, T. (2005). *Materialilty and Society*. England: Open University Press
- De Scitovsky, T. (1942). The Political Economy of Consumers Rationing. *The Review of Economics Statistics*, 24(3), 114-124
- Di Giminiani, P. (2015). Documentos, mapas y otras tecnologías de poder en las negociaciones de tierra mapuche (sur de Chile). En: Di Giminiani, P.; González Varela, S.; Murray, M.; y Risor, H. (coord.). *Tecnologías en los márgenes: antropología, mundos materiales y técnicas en América Latina* (pp. 151-180). México D.F.: Bonilla Artigas
- Di Giminiani, P.; González Varela, S.; Murray, M.; y Risor, H. (2015). *Tecnologías en los márgenes: antropología, mundos materiales y técnicas en América Latina*. México D.F.: Bonilla Artigas
- Díaz Acosta, J. (2010). Consumo y distribución normada de alimentos y otros bienes. En: O. E. Pérez (comp.) *Cincuenta años de la economía cubana*. (pp. 333-362). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales
- Díaz Castañón, M. (2004[2001]). *Ideología y Revolución. Cuba, 1959-1963*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales
- Díaz Cruz, R. (2014). *Los lugares de lo político, los desplazamientos del símbolo. Poder y simbolismo en la obra de Victor W. Turner*. Ciudad de México: Gedisa
- Douglas, M. (1974[1967]). El racionamiento primitivo. Un estudio del intercambio controlado. En: Raymond Firth (comp.) *Temas de Antropología Económica*. (pp. 122-149) México D.F.: Fondo de Cultura Económica
- Douglas, M.; Isherwood, B. (1990[1979]). *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. México D.F., Grijalbo
- Drazin, A.; Küchler, S. (2015). *The Social Life of Materials*. London: Boomsbury
- Espina Prieto, M. (2006). Controversia. El consumo, economía, cultura y sociedad. *Temas*, (47) 65-80
- Foucault, M. (2014). *Las redes del poder*. Buenos Aires: Prometeos
- Fundora García, A. (2016). *La libreta de abastecimiento cubana en su dimension simbólica: genesis histórica, 1959-1963*. Tesis de Diplomado en Antropología Sociocultural. La Habana: Instituto Cubano de Antropología
- Fundora García, A. (2017). La libreta de abastecimiento en la cotidianidad del cubano. Aproximaciones para una mirada antropológica. *Catauro. Revista Cubana de Antropología*, 19 (37), 25-48
- Fundora García, A. (2021). *Del 'ir de compras' al 'sacar los mandados': sociabilidades, prácticas y discursos sobre la libreta de abastecimiento en La Habana, Cuba*. Tesis de Maestría. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana de México
- Gago González, J. (2007). *El pequeño comercio en la posguerra castellana. De la car-*

- tilla de racionamiento a los supermercados. España: Junta de Castilla y León
- Garth, H. (2020). *Food in Cuba: The Pursuit of a Decent Meal*. California: Stanford University Press
- Geertz, C. (2000[1980]). *Negara. El Estado-teatro en el Bali del siglo XIX*. Barcelona: Paidós
- Gell, A. (2016[1998]). *Arte y agencia. Una teoría antropológica*. Buenos Aires: SB
- Gluckman, M. (2013[1940]). El puente: Análisis de una situación social en la moderna Zululandia. En: Montserrat Pérez Cañedo (coord.). *Cosmopolíticas. Perspectivas antropológicas* (Pp. 115-143). Madrid: Editorial Trotta
- Godbout, J. (1997[1992]). *El espíritu del don*. México D.F.: Siglo XXI Editores
- Godelier, M. (1998[1996]). *El enigma del don*. Barcelona: Paidós Ibérica
- Godelier, M. (2005[1982]). *La producción de grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. Madrid: Akal
- Goldman, W. y Filtzer, D. (2015). *Hunger and War. Food Provisioning in the Soviet Union during World War II*. U.S.A.: Indiana University Press
- González Varela, S. (2015). Cuando los objetos se convierten en personas: una aproximación estética a la materialidad en la capoeira Angola en Brasil. Di Giminiani, P.; González Varela, S.; Murray, M.; y Risor, H. (2015). (comp.) *Tecnologías en los márgenes: antropología, mundos materiales y técnicas en América Latina*. México D.F., Bonilla Artigas, pp. 107-124
- González Varela, S. (2022). *El arte de engañar: ensayos de antropología social*. Ciudad de México: Bonilla Artigas
- Graeber, D. (2018[2001]). *Hacia una teoría antropológica del valor. La moneda falsa de nuestros sueños*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica
- Gregory, C. (2015[1982]). *Gifts and Commodities*. HAU Books
- Guevara, E. (2017[1965]) *El socialismo y el hombre nuevo*. México D.F.: Siglo XXI
- Henare, A.; Holbraad, M.; Wastell, S. (2007). *Thinking Through Things. Theorising Artefacts Ethnographically*. London: Routledge
- Hodder, I. (1989). *The Meaning of Things*. London: Routledge
- Holbraad, M. (2012). Things as Concepts: Anthropology and Pragmatology. En: G. Pereira (ed.) *Savage Objects*, Portugal: Guimarães INCM, pp. 17-32
- Holbraad, M. (2015[2011]). ¿Puede hablar la cosa? En: Di Giminiani, P.; González Varela, S.; Murray, M.; y Risor, H. (comp.) *Tecnologías en los márgenes: Antropología, mundos materiales y técnicas en América Latina*. México D.F.: Bonilla Artigas, pp. 339-361
- Holbraad, M. y Pedersen, M. (2021[2017]). *El giro ontológico. Una exposición antropológica*. Madrid: Nola
- Hoskins, J. (1998). *Biographical Objects. How Things Tell the Stories of People's Lives*. New York: Routledge
- Ingold, T. (2010). *Bringing Things to Life: Creative Entanglements in a World of Materials*. Manchester : Editorial?
- Knappet, C. (2005). *Thinking Through Material Culture: An Interdisciplinary Perspective*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press
- Kopytoff, I. (1991[1986]). La biografía cultural de las cosas: La mercantilización como proceso. Arjun Appadurai (comp.) *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. (pp. 89-124) México D.F.: Grijalbo
- Küchler, S.; Carroll, T. (2021). *A Return to the Object*. London: Routledge

- Latour, B. (2007[1991]). *Nunca fuimos modernos*. Argentina: Siglo XXI
- Latour, B. (2008[2005]). *Reensamblar los social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial
- Leach, E. (1975[1964]). *Sistemas Políticos de la Alta Birmania. Estudios sobre la estructura social kachin*. Barcelona: Anagrama
- Lemmonier, P. (2012). *Mundane Objects. Materiality and Non-Verbal Communication*. Left Coast Press Inc.: California
- Lévi-Strauss, C. (1969). *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona: Paidós Ibérica
- Lévi-Strauss, C. (1979[1950]) Introducción a la obra de Marcel Mauss. Marcel Mauss. *Sociología y Antropología*. (pp. 13-42) Madrid: Editorial Tecnos
- Lewis, O., Lewis, R., Rigdon, S. (1978). *Neighbors. Living the Revolution. An Oral History of Contemporary Cuba*. Urbana, Chicago, Londres: University of Illinois Press
- Lewis, O., Lewis, R., Rigdon, S. (1980[1977]). *Cuatro hombres. Viviendo la Revolución. Una historia oral de Cuba contemporánea*. México D.F.: Joaquín Mortiz
- Malinowsky, B. (1986[1922]). *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Editorial Planeta-Agonistini, Barcelona
- Mauss, Marcel (2009[1924]). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz
- Mesa et. al. (2021). State and life in Cuba: calibrating ideals and realities in a state-socialist system for food provision. *Social Anthropology/Anthropologie Sociale* (2021) 28, 4 803–826
- Miller, D. (2015[2005]). *Materialidad*. Di Giminiani, P.; González Varela, S.; Murray, M.; Risor, H. (comp.) *Tecnologías en los márgenes: antropología, mundos materiales y técnicas en América Latina*. (pp. 289-338) México D.F.: Bonilla Artigas
- Muñiz, M.; Vega, A. (2004). *El pan cierto de cada día*. Buenos Aires: Nuestra América, Pablo de la Torriente Editorial
- Myers, F. (2001). *The Empire of Things: Regimes of Value and Material Culture*. U.S.A.: School of American Research Press and James Currey Ltd
- Neurath, J. (2015). Personas jícara y personas flecha. Una cultura material. Di Giminiani, P.; González Varela, S.; Murray, M.; y Risor, H. (comp.) *Tecnologías en los márgenes: antropología, mundos materiales y técnicas en América Latina*. (pp. 181-210) México D.F., Bonilla Artigas
- Padilla Dieste, C. (2002). *Entre frijoles, papa y ají. La distribución de alimentos en Cuba*. México D.F., Universidad de Guadalajara
- Pertierra, A. (2008). En Casa: Women and Households in Post-Soviet Cuba. *Journal of Latin American Studies*, 40 (4), 743–767
- Pertierra, A. (2011). *Cuba: The Struggle for Consumption*. U.S.A.: Caribbean Studies Press
- Pino Santos, O. (1961). *El imperialismo norteamericano en la economía de Cuba*. Ciudad de La Habana: Gobierno Revolucionario
- Questa, A. (2013). *The Place of Things in Anthropology*. U.S.A.: Universidad de Virginia, [documento inédito]
- Riles, A. (2006). *Documents. Artifacts of modern knowledge*. U.S.A.: The University of Michigan Press
- Risor, H. (2015). Los muñecos colgados y los cuerpos del Evo: el ejercicio de soberanía y las tecnologías políticas transformativas. En: Di Giminiani, P.; González Varela, S.;

- Murray, M.; Risor, H. (coord). *Tecnologías en los márgenes: antropología, mundos materiales y técnicas en América Latina* (pp. 93-105). México D.F.: Bonilla Artigas
- Rodríguez García, J. y Carriazo Moreno, G. (1987). *Erradicación de la pobreza en Cuba*. Ciudad de La Habana: Editorial de Ciencias Sociales
- Rodríguez Ruiz, P. (2011). *Los marginales de Alturas de Mirador*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz
- Rodríguez Ruiz, P. (2020). *Moros y cristianos: una aproximación a las condiciones del consumo de alimentos y el trabajo en Cuba*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz
- Sneath, D.; Holbraad, M.; Pedersen, M. (2009). Technologies of Imagination: An Introduction. *Ethnos*, 74(1), 5-30
- Strathern, M. (2023[1988]). *El género del don. Problemas con las mujeres y problemas con la sociedad en Melanesia*. Ciudad de México: Clásicos y Contemporáneos en Antropología
- Thomas, N. (1991). *Entangled objects: exchange, material culture, and colonialism in the Pacific*. U.S.A.: Harvard University Press
- Tilley, C. et. al. (2006). *Handbook of Material Culture*. London: Sage Publications
- Tonsmeyer; T.; Haslinger, P.; Laba, A. (2018): *Coping with Hunger and Shortage under German Occupation in World War II*. Suiza: Palgrave
- Turner, V. (1974). *Dramas, Fields, and Metaphors. Symbolic Actions in Human Society*. Ithaca and London: Cornell University Press
- Verdery, K. (2017[1996]). *¿Qué era el socialismo y por qué se desplomó?* Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica
- Weiner, A. (1992). *Inalienable Possessions. The Paradox of Keeping-While-Giving*. Los Angeles: University of California Press
- Wilson, M. (2014). *Everyday Moral Economies. Food, Politics and Scale in Cuba*. UK: Wiley-Blackwell
- Zabala, M. (2015). Equidad social y cambios económicos en Cuba: retos para la atención a la pobreza y las desigualdades. M. P. Espina y D.Echevarría (coord.) *Cuba: los correlatos socioculturales del cambio económico*. (pp. 32-49) La Habana: Editorial de Ciencias Sociales
- Zweiniger-Bargielowska, I. (2002). *Austerity in Britain: Rationings, Controls, and Consumption, 1939-1955*. New York: Oxford University Press



Adrian Fundora García es Doctorante y Maestro en Antropología Social (UIA, México). Licenciado en Estudios Socioculturales (UNAH, Cuba). Investigador en un proyecto sobre historia comparada y epistemología crítica de las antropologías nacionales en Haití y Cuba. Estudia la cultura material, postsocialismos, pobreza, urbanidad, consumo, medioambiente, políticas públicas y economías en América Latina y el Caribe.

Cadeiras de corte: materialidades cotidianas e marcadores sociais da diferença nos salões de beleza do Distrito Federal (Brasil)¹

[VANESSA PAULA PONTE]

Departamento de Antropologia, Universidade de Brasília
nessaponte@gmail.com

Resumo

Este estudo etnográfico analisa o papel das cadeiras para cortes de cabelos em salões do Distrito Federal, Brasil, como elementos mediadores na construção da imagem corporal infantil. Interagindo em pesquisa com crianças de 6 a 12 anos provenientes de diversos contextos socioeconômicos e culturais. O estudo revela como estes mobiliários transcendem sua funcionalidade aparente para atuar como dispositivos materiais que incorporam e reproduzem relações de poder associadas a gênero, classe e raça. O trabalho destaca particularmente a capacidade de agência das crianças, que não se posicionam como receptores passivos de normas estéticas, mas desenvolvem estratégias criativas de reiteração, resistência, negociação e/ou ressignificação frente às imposições veiculadas por meio destes artefatos. As cadeiras de corte emergem, assim, como objetos que materializam tensões sociais mais amplas. A análise demonstra como estes elementos cotidianos do ambiente urbano simultaneamente podem tanto reforçar desigualdades estruturais quanto abrir espaços para práticas emancipatórias. O estudo contribui para a compreensão da complexa inter-relação entre cultura material, corporeidade infantil e reprodução/contestação de padrões estéticos normativos na sociedade brasileira contemporânea.

Palavras-chave: Materialidades, Infâncias, Corporalidades

Las sillas de corte: materialidades cotidianas y marcadores sociales de diferencia en salones de belleza del Distrito Federal (Brasil)

Resumen

Este estudio etnográfico analiza el papel de las sillas de corte de pelo en salones de belleza del Distrito Federal, Brasil, como elementos mediadores en la construcción de la imagen corporal infantil. A través de la investigación con niños de 6 a 12 años de



¹ Artículo recibido: 21 de mayo de 2025. Aceptado: 8 de octubre de 2025.

diversos contextos socioeconómicos y culturales, el estudio revela cómo estos muebles trascienden su aparente funcionalidad para actuar como dispositivos materiales que encarnan reproducen relaciones de poder asociadas al género, la clase y la raza. El trabajo destaca, en particular, la agencia de los niños, quienes no se posicionan como receptores pasivos de normas estéticas, sino que desarrollan estrategias creativas de reiteración, resistencia, negociación y/o resignificación frente a las imposiciones transmitidas por otros actores. Las sillas de corte emergen así como objetos que materializan tensiones sociales más amplias. El análisis demuestra cómo estos elementos cotidianos del entorno urbano pueden promover simultáneamente desigualdades estructurales y abrir espacios para prácticas emancipadoras. El estudio contribuye a la comprensión de la compleja interrelación entre cultura material, corporalidad infantil y la reproducción/contestación de estándares estéticos normativos en la sociedad brasileña contemporánea.

Palabras clave: Materialidades, Infancias, Corporalidades

Cutting chairs: everyday materialities and social markers of difference in beauty salons of the Federal District (Brazil)

Abstract

This ethnographic study analyzes the role of haircut chair beauty salons of the Federal District, Brazil, as mediating elements in the construction of children's body image. Through research with children aged 6 to 12 from diverse socioeconomic and cultural backgrounds, the study reveals how these pieces of furniture transcend their apparent functionality to act as material devices that embody and reproduce power relations associated with gender, class, and race. The work particularly highlights the agency of children, who do not position themselves as passive recipients of aesthetic norms, but rather develop creative strategies of reiteration, resistance, negotiation, and/or resignification in the face of impositions transmitted by other actors. Cutting chairs thus emerge as objects that materialize broader social. The analysis demonstrates how these everyday elements of the urban environment can simultaneously promote structural inequalities and open spaces for emancipatory practices. The study contributes to the understanding of the complex interplay between material culture childhood embodiment, and the reproduction/contestation of normative aesthetic standards in contemporary Brazilian society.

Keywords: Materialities, Childhoods, Embodiment

Introdução

O presente artigo deriva de uma pesquisa de doutorado que investigou a construção da imagem corporal de crianças entre 6 e 12 anos, oriundas de diversos contextos socioeconômicos e culturais, frequentadoras de salões de beleza em Brasília. A etnografia evidenciou os posicionamentos e as negociações infantis diante da presença marcante do mercado da beleza e da valorização de padrões estéticos restritivos em seu cotidiano. O estudo demonstrou a capilaridade da beleza, destacando suas conexões com dimensões mais amplas da vida social, como consumo, saúde, sociabilidade, mídia, processos educativos, discriminação corporal e politização do embelezamento.² Realizei uma pesquisa multissituada em 35 estabelecimentos do Distrito Federal, representativos de diferentes capitais culturais e econômicos, desde espaços sofisticados no Plano Piloto até aqueles em áreas de infraestrutura precária localizadas na Ceilândia.³ Para esta análise, o foco recai sobre quatro salões estrategicamente selecionados, estabelecendo diálogo com estudos sobre práticas de embelezamento (Cruz & Gomes 2002, Bouzón 2010, Arango 2016) que evidenciam como padrões estéticos são negociados segundo intersecções de gênero, raça e classe social.

Os quatro salões analisados neste artigo localizam-se em áreas com perfis socioeconômicos distintos: Plano Piloto (Asas Norte e Sul - regiões centrais planejadas, alta renda, IDH elevada e concentração de servidores públicos) e Ceilândia (área mais populosa, 26km do centro, menor renda média). Destaca-se um salão na Asa Sul próximo à rodoviária, especializado em cabelos crespos e cacheados, que funciona como zona de transição socioespacial, atraindo clientela diversificada de várias Regiões Administrativas, predominantemente de classes populares.

Metodologicamente, o estudo alinha-se aos estudos interdisciplinares sobre infância desenvolvidos desde 1980, que reconhece meninas e meninos como sujeitos históricos ativos na construção da realidade social, como seres criadores de saberes, e desconstrói a ideia de infância como universal. Fundamento-me, teórica e metodologicamente, nas reflexões de Sarmiento (2003), Cohn (2005, 2013) e Corsaro (2011), que ressaltam a importância da realização de pesquisas socioantropológicas que primem pelo protagonismo dos pontos de vista das crianças, valorizando, assim, estudos feitos *com elas* e não simplesmente *sobre elas*.

O trabalho etnográfico priorizou a observação participante e conversas informais (Sousa 2014) com crianças entre 6 e 12 anos, seus familiares e profissionais dos salões,

² Nesta pesquisa, a categoria “beleza” é compreendida como um fenômeno social e histórico, transcendendo a mera aparência física. Seguindo Sant’Anna (2000, 2014) e Vigarello (2006), entende-se beleza como ação e comportamento socialmente situados, que se transformam conforme contextos históricos, econômicos e culturais específicos. Cada sociedade desenvolve suas próprias estratégias estéticas, como observa Del Priore (2004) sobre as técnicas corporais aplicadas desde o nascimento. No Brasil, principalmente a partir do século XIX, a beleza tornou-se um “capital” e um “dever moral”, integrando o tripé “beleza, felicidade e saúde” que impulsiona a moderna indústria do corpo.

³ A distribuição de estabelecimentos de beleza em Brasília é especialmente densa, sendo 10 vezes mais comum encontrar um salão/instituto de beleza do que uma padaria e 12 vezes mais que uma farmácia (Correio Braziliense, “Reis do salão”, Serviço Brasileiro de Apoio às Micro e Pequenas Empresas [Sebrae]). O Sincaab-DF contabiliza mais de 7 mil estabelecimentos na capital, empregando 13,8 mil profissionais, com média de 20 novos negócios iniciados mensalmente. Isto reflete uma tendência nacional: o Brasil possui 342 mil salões formalmente registrados, com cerca de 7 mil inaugurações mensais (Sebrae 2013). Considerando a informalidade do setor, estima-se que o número total ultrapasse 1 milhão de estabelecimentos (Sebrae 2013:17).

conduzidas mediante rigorosos protocolos éticos.⁴ A construção do conhecimento ocorreu através de metodologias lúdicas e colaborativas, estabelecendo uma relação dialógica com as crianças - não como “nativa”, mas como “uma adulta diferente” que interage e aprende com elas (Pires 2007).

Para o recorte analítico deste artigo, direciono meu olhar investigativo para as cadeiras de corte como protagonistas silenciosos do universo estético infantil, examinando como estes objetos aparentemente ordinários materializam e medeiam elações de poder complexas vinculadas a marcadores sociais de gênero, classe e raça. Longe de serem meros suportes funcionais, estas cadeiras - com seus formatos, núcleos e disposições específicas - configuram uma “tecnologia silenciosa de gênero” (Lauretis 1987) que orienta, disciplina e, ocasionalmente, permite subverter normatividades estéticas desde a primeira infância. O estudo busca compreender as distintas formas de interação, negociação e resistência das crianças em relação a estes objetos e suas funções associadas, bem como analisar como estas materialidades cotidianas refletem e reproduzem desigualdades estruturais no contexto urbano brasileiro. Através desta análise, pretende-se revelar como os elementos materiais do dia a dia tanto manifestam quanto perpetuam disparidades sociais presentes nas cidades brasileiras.

Para o estudo das cadeiras de corte como materialidades pedagógicas, busco inspiração teórica em Miller (2013), cuja proposição de que “as coisas fazem pessoas tanto quanto as pessoas fazem coisas” ilumina a potência transformadora desses objetos cotidianos. Justamente por sua aparente insignificância, as cadeiras de corte exercem uma influência profunda e muitas vezes imperceptível na construção social dos corpos infantis. Complementarmente, mobilizo a perspectiva de Appadurai (1986) sobre a “vida social das coisas”, analisando estas cadeiras como objetos dotados de biografias culturais e trajetórias sociais específicas, cujos significados são constantemente renegociados nos circuitos de valor e poder que atravessam os diferentes territórios urbanos. Ao evidenciar como estes artefatos aparentemente banais participam ativamente da construção de corporalidades infantis distintas este estudo busca oferecer uma compreensão de como marcadores sociais da diferença são materializados, reproduzidos e, ocasionalmente, contestados através das mais ordinárias materialidades do cotidiano.

Nesse horizonte, este trabalho tem como objetivo central (1) examinar a materialidade das cadeiras de corte como tecnologias de gênero que orientam performances corporais infantis; (2) compreender as distintas formas de interação, negociação e resistência das crianças com estes objetos; e (3) analisar como estas materialidades cotidianas refletem e reproduzem desigualdades estruturais no contexto urbano brasileiro. O artigo organiza-se em quatro seções complementares: inicialmente, exploro a arquitetura social e material dos salões infantis, evidenciando como as cadeiras de corte atuam como dispositivos pedagógicos na formação da imagem corporal; na segunda parte, investigo a multiplicidade de práticas e significados presentes nos salões selecionados, revelando como essas materialidades cruzam marcadores de gênero, raça e classe na formação de corporalidades infantis distintas; na terceira parte, analiso as cadeiras de corte como espaços de afetos, produção de identidades e política, examinando como constituem locais de negociação, resistência e ressignificação para as relações das crianças com seus corpos; por fim, na quarta parte, sendo esta a conclusão, integro as principais descobertas etnográficas com teorias antropológicas sobre objetos

⁴ A pesquisa que origina o artigo foi aprovada pelo Comitê de Ética da UNICAMP.

cotidianos, demonstrando como estas cadeiras aparentemente simples participam ativamente nos processos de socialização e construção identitária na infância brasileira contemporânea.

Arquiteturas da beleza: as cadeiras de corte como dispositivos pedagógicos e a multiplicidade de práticas e significados

Cada salão constitui um microcosmo próprio de códigos e técnicas, evidenciado primordialmente nas cadeiras de corte que funcionam como “tronos cerimoniais” de uma pedagogia silenciosa da beleza. Seguindo Miller (2013), estas cadeiras não são meros objetos funcionais, mas participantes ativas na construção de corporalidades e subjetividades infantis. Como argumenta Faria (2007: 101), “As paredes falam, têm ouvidos, guardam segredos, dão arrepios, emocionam, fazem-nos lembrar, sonhar, pensar. Em toda organização espacial há uma forma silenciosa de ensino”. Esta pedagogia espacial materializa-se nas cadeiras através de suas propriedades físicas específicas - texturas, formatos, cores - que agem sobre os corpos das crianças, moldando experiências corporais duradouras que se inscrevem como técnicas corporais socialmente aprendidas e culturalmente incorporadas (Mauss, 2003).

Esta pedagogia materializa-se nas cadeiras de corte que, em suas diferentes configurações, comunicam expectativas estéticas específicas. Tomando a perspectiva de Appadurai (1986) sobre a vida social dos objetos, estas cadeiras circulam entre diferentes regimes de valor. Assim, na Asa Sul, nas mediações da rodoviária, o salão especializado em cabelos crespos exibe imagens de mulheres negras próximas às cadeiras, porém privilegiando fenótipos com cabelos cacheados com movimento e feições afiladas, enquanto silencia representações de homens negros e pessoas negras retintas. Nos outros três salões situados na Asa Norte e Asa Sul, as cadeiras são cercadas por representações de crianças brancas de cabelos lisos, especialmente meninas loiras. Na Ceilândia, ao redor das cadeiras de corte mais simples, atrizes e modelos reiteram o padrão liso, longo e loiro. Estas diferentes configurações visuais revelam como as cadeiras participam de circuitos diferenciados de valor estético, onde determinadas imagens são consideradas mais ou menos adequadas conforme o contexto socioespacial. A disparidade entre as aparências físicas das crianças posicionadas nas cadeiras de corte e as imagens que as circundam revela, como sugere Butler (2002), uma função normativa poderosa. As cadeiras, longe de serem meros suportes, transformam-se em palcos onde a “citação” de determinadas formas físicas normatiza e cria uma inteligibilidade em torno das formas consideradas dignas de representatividade. Miller (2013) nos ajuda a compreender como esta função não é apenas simbólica, mas emerge das propriedades materiais específicas das cadeiras: sua altura, que posiciona as crianças em relação às imagens circundantes; sua orientação estratégica para os espelhos; sua capacidade de enquadrar e expor determinados corpos. Do alto destas cadeiras, crianças com características físicas diversas percebem sua sistemática ausência nas representações que as cercam, experimentando corporalmente uma exclusão que se materializa através do próprio objeto que ocupam.

As cadeiras dos salões, voltadas estrategicamente para espelhos que duplicam e expõem os corpos, são cercadas por uma materialidade que reforça padrões específicos. Nos termos de Appadurai (1986), estas cadeiras funcionariam como “objetos de singularização” - artefatos que marcam fronteiras sociais e estabelecem critérios de pertencimento. Diante dessas cadeiras, clientes contemplam não simplesmente seus

reflexos, mas também as imagens idealizadas que os circundam, participando de um ritual de comparação e adequação dos que é mediado pelas propriedades materiais do objeto.

Nos quatro salões observados, as cadeiras de corte funcionam como dispositivos centrais de uma pedagogia da beleza (Ponte, 2023) que orienta não somente as crianças, mas funcionários e familiares sobre as formas de olhar e tratar os corpos. Estas cadeiras, longe de serem objetos neutros, são tecidas por uma complexa tessitura de discursos produzidos pela indústria de beleza, medicina estética, indústria farmacêutica, setores da mídia e da publicidade. Seguindo a Miller (2013), devemos reconhecer que estas cadeiras não apenas refletem estes discursos, mas participam ativamente de sua produção através de suas configurações materiais específicas. Posicionadas nestas cadeiras, as crianças aprendem que a beleza física é um triunfo que se traduz em poder e possibilidade de trânsito social.

No centro desta pedagogia materializada nas cadeiras de corte – presente nas diferentes realidades sociais estudadas – ter uma aparência física bela é crucialmente uma conquista e um trabalho minucioso que exige dedicação. A cadeira de corte funciona como um trono onde as crianças aprendem que precisam colocar suas aparências físicas no centro de suas preocupações. Nestas cadeiras, a produção da beleza passa a ser uma preocupação estruturante da vida e de suas relações com a saúde, o consumo, as práticas de higiene e as mídias. Como argumenta Butler (2003) sobre o gênero e trazendo um paralelo com a beleza, não temos uma beleza, nós a fazemos por meio dessa pedagogia materializada nas cadeiras de corte. Assim, no corpo a corpo com estas materialidades, as crianças vão reiterando, negociando, tensionando, confrontando e resistindo às suas diretrizes, revelando o que Miller (2013) denomina “agência dos objetos” - a capacidade das cadeiras de escaparem às intenções de seus produtores e gerarem efeitos não antecipados.

Nos salões da Asa Norte e Asa Sul, as cadeiras de corte para os primeiros cortes são rigorosamente segmentadas por gênero: carros e motos para meninos, tronos de princesas e estrelas para meninas. As capas colocadas sobre as crianças nestas cadeiras também são divididas por cores e personagens, copiando vestidos de princesas ou trajes de super-heróis. A vida social destas cadeiras, nos termos de Appadurai (1986), revela-se através dos rituais que as cercam: “Mamãe, vamos atender essa princesa?!”, “Vamos, gatinha”, “E esse garotão da mamãe?”, “Vamos, príncipe. Sua vez!”. Os adjetivos “bonita/o” e “linda/o” são recorrentemente mencionados, iniciando cada atendimento com um elogio à beleza física.

Em volta das cadeiras de corte, os profissionais executam uma verdadeira coreografia para realizar o corte apesar da movimentação das crianças, iniciando um processo de disciplinamento corporal. Alguns estabelecimentos oferecem “certificados de primeiro corte” como souvenirs – prática que simboliza o início de uma relação duradoura com a cadeira do salão. As justificativas dos funcionários são reveladoras: “Aqui é como se fosse uma escola da beleza e tudo começa no primeiro corte nesta cadeira”, “É uma lembrança do início da vida dos pequenos nestas cadeiras do salão”. Estas narrativas evidenciam como as cadeiras acumulam biografia cultural, tornando-se repositórios de memórias e marcos identitários.

Já no Salão situado na Ceilândia, a ausência de cadeiras de corte especializadas para crianças transforma os colos dos pais nas primeiras cadeiras improvisadas. Esta diferença material revela como a vida social das cadeiras é estratificada por classe social:

enquanto em estabelecimentos privilegiados as cadeiras funcionam como objetos de prestígio, nas periferias elas são substituídas por arranjos improvisados. Apesar disso, as capas de corte mantêm estampas diferenciadas por gênero, demonstrando como determinadas tecnologias de gênero persistem mesmo quando os objetos materiais são mais simples.

À medida que as crianças crescem e acumulam experiências nas cadeiras de corte, os choros de resistência cessam e a intimidade com estes objetos é construída. Em muitas situações, o momento na cadeira passa a ser prazeroso, sobretudo quando as cadeiras se assemelham a brinquedos de parques de diversões. Acompanhei crianças adentrando os salões com espontaneidade, dirigindo-se diretamente às suas cadeiras preferidas, movimentando-se com familiaridade no espaço. Esta familiaridade revela como, nos termos de Miller (2013), as cadeiras e as crianças se co-constituem mutuamente através de interações repetidas.

Durante a pesquisa, notei que crianças entre 4 e 12 anos dirigem-se sem hesitar às cadeiras convencionalmente estipuladas para seus gêneros desde os primeiros contatos com os salões. Quando sentadas nestas cadeiras, os estímulos dialogados se intensificam. Meninos ouvem: “Vamos ficar bonito pras namoradinhas?”. Meninas escutam: “Vamos, princesa?”. Esta automaticidade revela como as cadeiras operam como tecnologias materiais que naturalizam diferenças de gênero através de suas propriedades físicas.

Episódios de resistência às cadeiras genderizadas são particularmente reveladores da força normativa destes objetos. Angélica, 5 anos, preferiu sentar-se na cadeira em formato de moto, contrariando sua mãe que insistia na cadeira em formato de estrela. Augusto, 4 anos, foi fisicamente impedido pelo pai de usar a cadeira de princesa. Estes episódios evidenciam como as cadeiras podem tanto reproduzir quanto possibilitar a contestação de normas de gênero, dependendo de como sua materialidade é apropriada. Desse modo, cadeiras e crianças entrelaçam-se mutuamente, constituindo-se em uma trama sensível onde corpo, consumo e subjetividade se moldam e se transformam continuamente.

Para além das resistências diante da divisão binária das cadeiras, observamos um dos ensinamentos mais marcantes transmitidos por esses mobiliários: a noção de que a produção da aparência física implica consumo intenso. Do alto destas cadeiras, as crianças visualizam produtos nas prateleiras circundantes, absorvendo que os gestos que embelezam têm um preço. Este aprendizado ressoa em suas brincadeiras: loja no shopping, cartão de crédito, compra de produtos, parcelamento, tudo visível do horizonte proporcionado pelas cadeiras, que funcionam como pedagogas silenciosas do consumo estético.

Neste cenário materializado em diferentes configurações conforme as realidades socioeconômicas, as crianças conferem prestígio às mercadorias que compõem a produção do embelezamento. Estes objetos, visíveis do alto das cadeiras, passam não somente a representá-las, mas a exercer uma força de ação que vigora em suas rotinas. Desse modo, crianças e cadeiras delineiam uma relação dialética, um entrelaçamento dinâmico em que ambos se constituem mutuamente. No bojo desse entrelaçamento, as formas de se relacionar com o corpo e a produção de subjetividades são profundamente delineadas.

Contudo, é imprescindível, como propõe Mol (2002), não naturalizar “a lógica da escolha” quando analisamos as cadeiras de corte. A autora nos estimula a questionar

o que está em jogo quando fazemos escolhas. No que tange às escolhas em torno do consumo da beleza, é preciso confrontar a ideia neoliberal de liberdade absoluta diante da forte atuação de empresas do embelezamento e ditames sociais. Como Mol argumenta, “escolhas não decorrem da existência de várias maneiras de fazer as coisas. Elas também dependem da existência de momentos em que essas maneiras diferentes podem ser levadas em consideração” (Mol 2002:301). No caso das cadeiras de corte, seguindo Miller (2013), trata-se de compreender como os diferentes atores performam essa realidade através de suas interações com as propriedades materiais específicas destes objetos. Significa problematizar como as crianças produzem seus corpos, performando práticas cotidianas mediadas por materialidades que simultaneamente constroem e possibilitam determinadas formas de ser.

A análise da vida social das cadeiras de corte, inspirada em Miller (2013) e Appadurai (1986), revela como estes objetos aparentemente simples participam ativamente de processos complexos de socialização e construção identitária. Suas trajetórias biográficas - da produção industrial à circulação em diferentes contextos socioeconômicos - carregam consigo sedimentações de valor que materializam hierarquias sociais. Contudo, como demonstram os episódios de resistência infantil, estas cadeiras também podem tornar-se veículos de contestação e experimentação, evidenciando como a vida social dos objetos escapa às intenções de seus produtores e usuários.

Iniciemos este exercício de reflexão focando, mais minuciosamente, nas cadeiras de corte como materialidades que interseccionam simultaneamente marcadores de gênero, raça e classe, mas também como objetos dotados de uma vida social própria. Para compreender como estas materialidades operam na construção da beleza infantil, é necessário primeiro reconhecer que, nos termos de Appadurai (1986), as cadeiras de corte possuem uma “vida social” - elas circulam, acumulam significados e transformam-se em diferentes contextos culturais. Appadurai nos convida a seguir as trajetórias dos objetos, observando como eles adquirem e perdem valor, como entram e saem de diferentes esferas de troca, e como participam ativamente da construção de identidades sociais.

Pensemos nas figuras contrastantes de um trono de princesa e de um carro de guerra presentes nos salões do Plano Piloto. Cada um destes formatos sugere determinada disposição corporal e subjetiva: os carros possibilitam rodar a direção, apertar buzinas, estimulam movimento e ruído; ao contrário, o trono não produz sons nem suscita tantos movimentos, incentivando contenção e postura. Consequentemente, estas materialidades distintas produzem técnicas corporais e repertórios de movimento profundamente diferenciados conforme o gênero.

Para compreender como estas materialidades operam na formação corporal infantil, recorro a de Lauretis (1987:18) e seu conceito de “tecnologias do gênero”: mecanismos institucionais e sociais que possuem o “poder de controlar o campo da significação social e produzir, promover e ‘implantar’ representações de gênero”. Na perspectiva da autora, as tecnologias de gênero contribuem para perpetuar diferenças estereotipadas na distinção entre masculino e feminino, produzindo corporalidades distintas que reverberam em formas específicas de subjetivação.

Seguindo a perspectiva de Miller (2013), devemos reconhecer que estes objetos não são meros receptáculos passivos de significados culturais impostos externamente. Miller argumenta que os objetos participam ativamente da constituição das pessoas, em uma relação dialética na qual sujeitos e objetos se co-constituem mutuamente. As cadeiras

de corte, portanto, não apenas refletem diferenças de gênero preexistentes - elas participam ativamente da produção dessas diferenças através de suas propriedades materiais específicas. A textura do assento, o formato que convida a determinadas posturas, as cores que evocam determinados universos simbólicos, todos estes elementos materiais agem sobre os corpos das crianças, ressoando em experiências corporais que podem se sedimentar como disposições duradouras.

Esta compreensão dialoga diretamente com o conceito de *habitus* proposto por Bourdieu (2009 [1980]), entendido como um sistema de disposições duráveis e transponíveis que estrutura as práticas e representações sociais. O *habitus* se forma através da incorporação de estruturas sociais objetivas, traduzindo-se em esquemas de percepção, pensamento e ação que operam frequentemente de modo pré-reflexivo. No caso das cadeiras de corte infantis, podemos compreender como estes objetos materiais funcionam como agentes na constituição de um *habitus* generificado através da repetição de experiências corporais específicas, como por exemplo sentar-se em superfícies com determinadas texturas, assumir posturas particulares, ou ser envolvido por determinados universos cromáticos, entre outras. Assim, as crianças vão internalizando disposições que naturalizam distinções de gênero, fazendo com que o que é socialmente construído apareça como segunda natureza.

As cadeiras de corte, com seus formatos, cores e disposições, materializam precisamente estas tecnologias de gênero, operando silenciosamente na fabricação de corpos infantis generificados desde os primeiros contatos com o ambiente estético. Aqui, a contribuição de Miller (2013) é fundamental: ele nos mostra como os objetos não são simplesmente “usados” pelas pessoas, mas como estabelecem relações de co-constituição. A cadeira-trono não apenas serve para sentar uma menina - ela participa ativamente da produção de uma corporalidade “feminina” através de suas propriedades materiais específicas. O assento elevado, o encosto ornamentado, a rigidez que exige postura ereta - todos estes elementos atuam como agentes materiais na produção de uma subjetividade generificada.

Segundo Appadurai (1986), podemos rastrear as trajetórias biográficas destas cadeiras para compreender como elas adquirem diferentes valores em contextos distintos. Nos salões de classe média alta da Asa Norte e Asa Sul, as cadeiras-trono e carros-guerra funcionam como mercadorias de prestígio, sinalizando um investimento estético elaborado em certas infâncias. Suas superfícies brilhantes, seus acabamentos detalhados e seus designs temáticos complexos as posicionam como objetos de desejo, capazes de agregar valor simbólico tanto aos salões quanto às famílias que podem pagar por estes serviços.

Contudo, nas regiões periféricas como Ceilândia, estas mesmas cadeiras podem estar ausentes ou presentes em versões mais simples, revelando como a vida social dos objetos é profundamente marcada por desigualdades estruturais. Aqui, a ausência de cadeiras temáticas não significa ausência de tecnologias de gênero, pelo contrário, as marcações de gênero persistem através de outros elementos materiais: as cores das capas de corte, a paleta cromática dos produtos utilizados, ou o design distintivo de suas embalagens. O que Appadurai (1986) chamaria de “regimes de valor” - os critérios culturais que determinam quando, como e por quem os objetos são considerados valiosos - operam aqui de forma claramente estratificada.

A perspectiva de Miller (2013) sobre a agência dos objetos nos permite compreender como as cadeiras de corte não funcionam apenas como instrumentos de disciplinamento,

mas também como possibilidades de resistência. Miller argumenta que os objetos podem tanto reproduzir quanto subverter as intenções dos atores sociais, possuindo uma “agência” própria que pode escapar ao controle humano. As cadeiras de corte, mesmo quando projetadas para reforçar binarismos de gênero, podem ser apropriadas pelas crianças de formas imprevistas.

Esta diferenciação material produz comportamentos corporais distintos que pude observar repetidamente durante a etnografia. Inúmeras vezes, presenciei meninas sentando-se na cadeira em formato de trono: endireitavam as colunas, juntavam as pernas, arrumavam os vestidos, colocavam as mãos uma sobre a outra, num conjunto de gestos contidos e delicados. Esta postura contrastava nitidamente com a movimentação frenética, frequentemente observada, dos meninos nas cadeiras-carro. Como mencionamos anteriormente, contudo, as propriedades materiais destas cadeiras também propiciavam momentos de subversão: Angélica, 5 anos, persistentemente contrariava as expectativas maternas, manifestando seu desejo de utilizar a moto ao invés do trono de estrela. Augusto, 4 anos, demonstrava interesse pela cadeira de princesa, sendo fisicamente redirecionado pelo pai.

Estas pequenas resistências revelam o que Miller (2013) denomina “humildade dos objetos”: a capacidade dos objetos de escaparem às intenções conscientes dos atores sociais e produzirem efeitos não antecipados. As cadeiras, mesmo quando projetadas para disciplinar corpos infantis segundo normativas binárias de gênero, podem tornar-se veículos de experimentação e contestação dessas mesmas normas. A persistência de Angélica em ocupar a cadeira-moto, apesar da insistência materna pela cadeira-estrela, não pode ser reduzida a uma simples preferência por determinadas propriedades materiais do objeto. Sua escolha pode representar uma recusa deliberada aos significados de gênero cristalizados na cadeira-princesa, uma forma de dissidir - nos termos de Butler - às expectativas de feminilidade que o objeto materializa. Ao escolher a moto, Angélica pode estar afirmando outras possibilidades de ser menina, contestando a equação automática entre feminilidade e passividade ornamental que o trono representa.

De modo semelhante, o interesse de Augusto pela cadeira de princesa, embora violentamente interrompido pela intervenção paterna, pode sinalizar um desejo de experimentar estéticas e corporalidades que lhe são sistematicamente negadas. A atração pelas cores, pelo brilho, pela ornamentação não é necessariamente “apolítica” ou “inocente” - pode representar uma forma de questionar os limites impostos à expressão masculina. Estes episódios evidenciam que a vida social das cadeiras não se reduz às intenções de seus fabricantes ou às expectativas dos adultos. As crianças, em seus encontros com estes objetos, podem tanto apoderar-se de suas propriedades materiais de formas imprevistas quanto mobilizá-los estrategicamente como instrumentos de contestação das normas de gênero. A agência dos objetos, neste sentido, opera em múltiplas direções: eles podem tanto facilitar a reprodução de estruturas normativas quanto propiciar aberturas para experimentações dissidentes, dependendo de como são apropriados pelas crianças em suas micropolíticas cotidianas, ainda que estas resistências sejam frequentemente contidas ou punidas pelos adultos presentes.

Contudo, se as cadeiras de corte podem funcionar como espaços de contestação das normas de gênero para algumas crianças, para outras elas operam primordialmente como dispositivos de exclusão racial que sequer permitem o acesso inicial ao objeto. Enquanto Angélica e Augusto podiam ao menos negociar qual cadeira ocupar -

revelando uma certa liberdade de movimento dentro do salão -, outras crianças se veem impedidas de adentrar estes espaços ou de permanecer neles. A dimensão racial da vida social das cadeiras de corte revela-se de forma particularmente aguda quando consideramos os mecanismos de exclusão observados na etnografia. Uma cena ocorrida no salão de classe média alta situado na Asa Norte ilustra essa dinâmica: uma menina negra de cabelos crespos foi orientada a procurar um «salão especializado», sob o argumento de que seu cabelo seria «mais demorado» de tratar.

Neste episódio, a cadeira de corte transforma-se no que Appadurai (1986) chamaria de “objeto de singularização”: um objeto que marca fronteiras sociais e estabelece critérios de pertencimento. A cadeira, neste contexto, não é apenas um móvel funcional, mas um território racializado onde alguns corpos são bem-vindos e outros precisam justificar sua presença. Sua materialidade - o assento acolchoado, o design infantil, a promessa de transformação estética - torna-se inacessível para determinados corpos, revelando como a vida social dos objetos é atravessada por hierarquias raciais.

Miller (2013) nos ajuda a compreender como esta exclusão não é apenas simbólica, mas profundamente material. A cadeira negada comunica uma mensagem corporal clara: determinados cabelos, determinadas texturas, determinadas estéticas não se adequam às propriedades materiais deste objeto. A própria arquitetura da cadeira - projetada para cabelos lisos, para determinados tipos de corte, para certas técnicas de manuseio - materializa uma norma racial que se apresenta como tecnicamente neutra. A sugestão de que a menina procure um “salão especializado” revela como diferentes objetos circulam em circuitos espaciais e sociais específicos. Nos salões especializados em cabelos crespos, as cadeiras de corte são circundadas por imagens de meninas e mulheres negras, evidenciando como a vida social dos objetos pode ser reconfigurada em contextos diferentes. Aqui, as mesmas cadeiras que em outros contextos funcionavam como dispositivos de exclusão podem operar como objetos de afirmação identitária. É importante reconhecer, seguindo as reflexões das feministas negras sobre autodeterminação estética, como muitas mães e funcionárias esses salões, por meio de gestos carinhosos, elogios à beleza dos cabelos crespos e aos traços negroides, trabalham na construção de uma fortaleza identitária em corpos que, frequentemente, são inferiorizados na escola e em outros ambientes sociais. As cadeiras desses espaços especializados transformam-se, assim, em territórios de cura e proteção da confiança, onde a beleza negra não é apenas aceitação, mas celebrada como potência.

Contudo, mesmo nestes espaços “especializados”, as interseções entre raça e gênero persistem na materialidade dos objetos. A representatividade visual privilegia meninas negras com cabelos com movimento e feições mais afiladas e não representa com a mesma pujança meninos negros, revelando como as cadeiras continuam a participar de complexas tecnologias de gênero. Além disso, os preços elevados dos serviços especializados demonstram como a classe social também se inscreve na vida social dos objetos, determinando quem pode acessar quais versões das cadeiras de corte.

A análise das trajetórias das cadeiras de corte revela ainda como determinados objetos culturais - princesas, heróis, carros, tronos - circulam transversalmente através de diferentes contextos de classe social. Gabriel, 10 anos, e Luís, 9 anos, frequentadores do Salão na Ceilândia que ajudam seus pais vendendo mercadorias no semáforo, compartilham os mesmos universos ficcionais materializados nas cadeiras de corte que crianças de classe média alta. Esta circulação transversal das narrativas ficcionais, nos termos de Appadurai (1986), sugere a existência de “paisagens ideológicas” que

atravessam fronteiras de classe, mesmo quando materializadas através de objetos com diferentes níveis de elaboração material.

Bueno afirma que quando heróis e princesas “entram em cena, a partir do consumo de objetos e das brincadeiras, se juntam a outras personagens trazidas pelas crianças para evidenciar o quanto podem servir de fonte para um gênero que se aprende brincando” (Bueno 2012:15). Esta dimensão do aprendizado é inegável, contudo, seguindo Miller (2013), devemos reconhecer que as tecnologias de gênero materializadas nas cadeiras de corte vão além do lúdico: elas incidem na produção de uma corporalidade engendrada através de suas propriedades materiais específicas, imprimindo um ar de tão profunda normalidade que um número considerável de meninas se dirige automaticamente aos tronos de princesa assim como muitos meninos, aos carros, sem que qualquer palavra precise ser pronunciada.

Esta naturalização se potencializa porque, como observa Preciado (2012:1), a arquitetura material dos salões de beleza opera como “a mais discreta e efetiva das tecnologias de gênero”, criando “milhares de fronteiras de gênero, difusas e tentaculares, que segmentam cada metro quadrado do espaço ao nosso redor”. As cadeiras de corte funcionam analogamente aos banheiros públicos analisados por Preciado – espaços de inspeção onde se avalia a adequação de cada corpo aos códigos vigentes de masculinidade e feminilidade.

Miller (2013) nos ajuda a compreender como esta função reguladora não é apenas simbólica, mas emerge das propriedades materiais específicas dos objetos. A cadeira-trono, com sua rigidez e ornamentação, convida e orienta corpos contidos e posturas elaboradas. A cadeira-carro, com seus botões, volantes e buzinas, estimula e sugere movimento e ruído. Não se trata apenas de satisfazer a necessidade funcional de sentar-se para efetuar o corte, mas de uma interpelação material que solicita ao corpo relações específicas com as propriedades físicas do objeto. Esta relação, contudo, é mediada, social e simbólica - não um efeito mecânico ou físico estrito. As cadeiras influenciam corporalidades sem determiná-las absolutamente. Como demonstram os casos de Angélica, que persiste na escolha da cadeira-moto contrariando expectativas maternas, e Augusto, que manifesta interesse pela cadeira de princesa, as propriedades materiais dos objetos entram em negociação complexa com as agências infantis. A materialidade das cadeiras participa ativamente da construção de corporalidades generificadas, mas sempre através de processos de interpretação, apropriação e resistência; nunca como simples imposição que reduz corpos a efeitos automáticos da arquitetura material.

A análise da vida social das cadeiras de corte, inspirada nas propostas de Appadurai (1986) e Miller (2013), revela como estes objetos aparentemente banais participam ativamente da reprodução material de desigualdades estruturais. Suas trajetórias biográficas - da produção industrial à circulação comercial, do salão de elite ao salão periférico - carregam consigo sedimentações de valor que materializam hierarquias sociais.

Apesar disso, como Miller (2013) enfatiza, a agência dos objetos não se reduz à reprodução de estruturas sociais existentes. As cadeiras de corte também se constituem como palcos onde estas normatividades podem ser desafiadas através das agências das crianças. Quando Angélica resiste ao trono de princesa ou quando Augusto se interessa pela cadeira “feminina”, estes objetos tornam-se veículos de contestação e experimentação.

A cadeira de corte, elemento central dos salões de beleza, transcende, portanto, sua aparente neutralidade funcional para revelar-se como um ator social complexo. Muito além de um simples móvel onde clientes se sentam para transformar seus cabelos, ela representa um microcosmo das relações sociais, afetivas e políticas que permeiam a busca pela beleza. Quando uma criança se acomoda na cadeira de corte, ela não está simplesmente tentando modificar sua aparência física; está imersa em um ritual que simultaneamente adere, reitera, negocia, desloca e/ou contesta padrões estéticos socialmente estabelecidos.

Neste contexto, torna-se fundamental compreender como estas cadeiras participam também de uma economia afetiva mais ampla, particularmente no que tange à promessa de felicidade associada à transformação corporal. Ahmed (2010) examina criticamente a concepção de felicidade associada à beleza, revelando como a felicidade é apresentada como uma promessa direcionada a determinados objetos; no caso, o corpo considerado belo segundo padrões normatizados. A vida social das cadeiras de corte participa ativamente desta economia da felicidade: elas prometem transformação, adequação, pertencimento social através da modificação corporal.

Segundo Miller (2013), devemos reconhecer que esta promessa de felicidade materializada nos objetos não é inescapável. Os objetos possuem uma vida social que pode escapar às intenções de seus produtores e usuários. As cadeiras de corte podem tanto reproduzir quanto subverter os padrões estéticos dominantes, dependendo de como são apropriadas pelos diferentes atores sociais.

Escrutinar esse ideal de felicidade materializado nos objetos, propõe Ahmed (2010), permite inaugurar espaços não apenas para concepções mais amplas do que constitui um cabelo ou um corpo belo, mas também para novas formas de sociabilidade e produção de subjetividades. A análise da vida social das cadeiras de corte revela como determinados corpos são produzidos como “dignos” de ocupar estes objetos, enquanto outros são relegados à margem ou direcionados para circuitos “especializados”.

Vale frisar que a cadeira de corte não é apenas um local de submissão passiva aos padrões estéticos dominantes. Como Louro (2014) afirma, na linha de Paulo Freire, “os atores infantis não são receptores passivos de processos pedagógicos externos, mas agentes que participam ativamente desse empreendimento”. Segundo Miller (2013), devemos reconhecer que os próprios objetos também possuem agência, eles podem tanto reproduzir quanto subverter as intenções dos atores sociais.

Compreender a vida social das cadeiras de corte nos termos de Appadurai (1986) e Miller (2013) significa reconhecer que estes objetos não são meros receptáculos passivos de significados culturais, mas atores sociais que participam ativamente da construção de identidades, da reprodução de desigualdades e das possibilidades de resistência. Suas trajetórias biográficas revelam como gênero, raça e classe social se materializam em objetos aparentemente banais, ao mesmo tempo em que demonstram como a agência material dos objetos pode abrir espaços para contestação e transformação social.

A análise da vida social das cadeiras de corte evidencia, portanto, que os salões de beleza não são lugares de consumo frio, de instrumentalização de serviços, mas espaços complexos onde objetos e sujeitos se co-constituem mutuamente na produção de subjetividades, identidades e formas de pertencimento social.

A cadeira de corte: espaço de afeto, identidades e política

Os salões constituem territórios privilegiados de construção de laços afetivos, encontros significativos e sociabilidade pulsante. A cadeira de corte materializa esses intercâmbios, configurando-se como epicentro físico onde histórias se entrecruzam, confidências são compartilhadas e vínculos sociais se estabelecem. Seguindo a perspectiva de Miller (2013) sobre a co-constituição entre pessoas e objetos, estas cadeiras não são meros suportes passivos, mas participantes ativas na produção dos afetos que circulam pelos salões. As reflexões de Hooks (2016) sobre os rituais de alisamento capilar em sua infância ilustram esta dimensão afetiva das práticas estéticas: “Fazer chapinha era um ritual da cultura das mulheres negras, um ritual de intimidade”. Os salões contemporâneos podem ressoar essa tradição, transformando-se em espaços que transcendem a mera modificação estética para constituírem ambientes de pertencimento coletivo, onde as cadeiras funcionam como âncoras materiais destes vínculos.

A dimensão afetiva das cadeiras de corte revela-se através de camadas sutis de experiências emocionais que transcendem sua funcionalidade aparente. Estas materialidades tornam-se depositárias de memórias corporais intensas: o medo e o choro dos primeiros cortes, gradualmente substituídos pela familiaridade e pelo prazer; a ansiedade diante do espelho que duplica e expõe o corpo em transformação; a expectativa de aprovação social que permeia cada sessão. As cadeiras materializam tanto promessas de pertencimento quanto ameaças de exclusão, funcionando como palcos onde se encenam dramas afetivos complexos. Para algumas crianças, sentar-se nestas cadeiras representa momentos de cuidado afetuoso, de atenção exclusiva de adultos significativos, de conversas íntimas que fortalecem vínculos familiares e comunitários - ressoando a dimensão de intimidade e comunidade que Hooks (2016) identifica nos rituais capilares. Para outras, estas mesmas cadeiras convertem-se em territórios de sofrimento silencioso, onde a dor física dos procedimentos entrelaça-se com a dor existencial de precisar modificar o corpo para torná-lo aceitável. A cadeira acumula, assim, traços afetivos contraditórios: pode ser simultaneamente trono de valorização e banco impositivo, espaço de celebração e local de disciplinamento, objeto de desejo e instrumento de padronização. Esta ambivalência afetiva materializada nas cadeiras evidencia como os objetos não apenas mediam relações sociais, mas participam ativamente da produção de economias emocionais que moldam as relações das crianças com seus próprios corpos.

Nestes espaços, performances identitárias são constantemente ensaiadas, negociadas e apresentadas, permitindo às crianças experimentarem diferentes modos de ser e habitar o mundo através de suas aparências físicas. Aqui, a contribuição de Appadurai (1986) sobre as trajetórias biográficas dos objetos torna-se fundamental: as cadeiras de corte acumulam histórias, memórias e significados através de cada criança que as ocupa. Cada sessão adiciona camadas de significado à biografia cultural destas cadeiras, que se tornam repositórios de experiências identitárias diversas. Hooks (2016) nos convida a analisar as práticas de embelezamento para além de escolhas individuais isoladas, compreendendo-as em sua dimensão social e política. A cadeira torna-se, assim, o locus onde decisões aparentemente pessoais conectam-se a estruturas sociais mais amplas, onde microescolhas estéticas simultaneamente refletem e/ou contestam macropolíticas corporais.

Quando analisamos as experiências infantis nestas cadeiras, torna-se fundamental questionar criticamente as exigências desses padrões estéticos, os interesses a eles

vinculados e buscar horizontes alternativos, reconhecendo suas limitações físicas e subjetivas. Miller (2013) nos ensina que os objetos possuem agência própria, podendo tanto reproduzir quanto subverter as intenções humanas. A cadeira de corte pode configurar-se, portanto, não apenas como dispositivo de reprodução de normatividades estéticas, mas também como potencial espaço de subversão e reinvenção criativa, dependendo de como sua materialidade é apropriada pelos diferentes atores sociais.

Seguindo a perspectiva de Hooks sobre “o amor como prática de liberdade”, podemos conceber a cadeira de corte como território onde autorreconhecimento e afirmação da alteridade coexistem, possibilitando a elaboração coletiva de “concepções mais democráticas de beleza e novas formas de compreender o corpo”. Nos termos de Appadurai (1986), as cadeiras participam de diferentes “regimes de valor” pensados como sistemas culturais que determinam quando, como e por quem os objetos são considerados valiosos. Em alguns contextos, elas operam como dispositivos de exclusão; em outros, como instrumentos de afirmação identitária. A cadeira revela-se, assim, como microcosmo complexo onde se entrelaçam questões de beleza, consumo, afetividade, identidade e política.

Esta investigação evidencia que, na constituição desses vínculos mediados por práticas estéticas, o “cabelo belo” e o “corpo belo” são estabelecidos como marcadores determinantes para aceitação social. Diante disso, torna-se urgente conceber a beleza de forma mais abrangente e inclusiva nos diversos espaços de sociabilidade infantil, permitindo que as crianças não sejam compelidas a conformar suas existências a padrões estéticos restritivos. Em um movimento de alteridade, é essencial refletir, conforme Arroyo e Silva (2012), sobre o árduo processo de construção positiva da identidade corporal infantil, que “exige penosos processos de desconstrução de representações inferiorizantes e preconceituosas de seus corpos que a cultura social, midiática e até literária ainda reproduz”. Concordamos com os autores quando afirmam que esta construção positiva ultrapassa a agência infantil isolada, “dependendo das relações imbricadas entre criança e família, criança e adultos, no que concerne às lutas e conquistas de seus direitos individuais e coletivos” (Arroyo & Silva 2012).

O objetivo desta pesquisa não é responsabilizar familiares e profissionais dos salões pelas relações que as crianças estabelecem com seus corpos e cabelos, mas examinar criticamente como o contexto sociocultural orienta todos estes atores à adoção de determinados padrões estéticos. Buscamos problematizar as exigências destes padrões, os interesses subjacentes a eles e questionar suas limitações físicas e subjetivas, sempre considerando que, como Miller (2013) argumenta, as cadeiras participam ativamente desta orientação através de suas propriedades materiais específicas.

As cadeiras de salão podem transcender a mera reprodução de padrões estéticos restritivos para constituírem-se como espaços de elaboração de formas mais amplas e inclusivas de expressão corporal, transformando a percepção e valorização social dos corpos. Estas cadeiras, potencialmente, configuram territórios de celebração da diversidade estética, onde múltiplas expressões corporais e identitárias são reconhecidas e legitimadas. Cada intervenção capilar pode constituir um ato de afirmação e reconhecimento da multiplicidade estética. O fundamental é compreender como os contextos socioculturais destas crianças modulam o funcionamento destes espaços, determinando seus significados e práticas cotidianas e colocar isso em debate coletivo nos quais as vozes das crianças não são apenas ouvidas, mas realmente consideradas e priorizadas.

Considerações finais: materialidades, desigualdades e resistências nos espaços da beleza

Esta etnografia revelou como as cadeiras de corte em salões de beleza transcendem sua aparente funcionalidade, constituindo-se como poderosos dispositivos pedagógicos na construção social da corporalidade infantil. Seguindo a perspectiva de Miller (2013) sobre a co-constituição entre pessoas e objetos, as cadeiras de corte não são meros recipientes passivos de significados culturais, mas participantes ativas na produção de corporalidades infantis distintivas. Nos contextos estudados, estes objetos operam como tecnologias de gênero, marcadores de classe e mecanismos de inclusão/exclusão racial, materializando complexas relações de poder que moldam corpos e subjetividades através de suas propriedades físicas específicas.

A pesquisa documentou a significativa agência das crianças diante dessas materialidades normativas. Casos como os de Angélica e Augusto demonstraram capacidade de negociação e resistência às designações de gênero incorporadas nas cadeiras. Estas micropolíticas evidenciam como, mesmo confrontados com tecnologias materiais potentes, as crianças criam espaços de ressignificação e subversão criativa, revelando o que Miller (2013) denomina “agência dos objetos” - a capacidade dos objetos de escaparem às intenções conscientes dos atores sociais e produzirem efeitos não antecipados.

A imersão etnográfica revelou a complexa dualidade presente nas práticas de embelezamento. Em sua face construtiva, as cadeiras de corte materializam rituais que fomentam o autocuidado, a consciência corporal e o desenvolvimento da autoestima; neles floresce a dimensão lúdica que tece redes de pertencimento e reconhecimento. Contudo, estas mesmas cadeiras podem converter-se em palcos onde se manifestam dimensões potencialmente prejudiciais ao bem-estar psicológico e físico infantil. Particularmente preocupante é a fusão entre padrões estéticos normatizados e discursos de saúde que promovem a falsa correlação entre ideais de beleza e bem-estar integral; perspectiva sistematicamente desconstruída ao longo da pesquisa, evidenciando como a busca por corpos “belos” frequentemente compromete, em vez de promover, a saúde das crianças.

A análise das trajetórias biográficas das cadeiras, inspirada em Appadurai (1986), revelou como estas materialidades refletem e reproduzem desigualdades estruturais na sociedade brasileira contemporânea. O contraste entre cadeiras ergonomicamente sofisticadas, presentes em salões situados em bairros privilegiados da capital federal, e aquelas mais simples encontradas em estabelecimentos periféricos, materializa disparidades socioeconômicas profundas. Contudo, apesar destas diferenças materiais, verificou-se uma preocupante convergência nos padrões corporais considerados desejáveis: a valorização hegemônica do corpo magro, do cabelo liso, da pele sem imperfeições e das feições afiladas permeia tanto os espaços elitizados quanto os periféricos, evidenciando como determinadas “paisagens ideológicas” (Appadurai 1986) atravessam fronteiras de classe, ainda que materializadas com diferentes recursos.

São abundantes as cenas e narrativas documentadas que demonstram como, atrelados aos ensinamentos para a produção do corpo considerado belo, reverberam marcas indelévels de um passado colonial, do racismo estrutural persistente, do classismo e da heteronormatividade compulsória. Diante destas forças normalizadoras, observam-se, nas experiências cotidianas de crianças e adultos, complexos repertórios de gestos,

palavras, sentimentos e posicionamentos que oscilam entre movimentos de reiteração, negociação estratégica e resistência ativa frente a estas poderosas marcas sociais incorporadas.

Para além destas dimensões estruturais, o estudo iluminou como as cadeiras de corte constituem espaços de afeto, construção identitária e política. Nas interações que as circundam, as crianças elaboram percepções sobre pertencimento social, valor corporal e autoestima. A dimensão afetiva destas práticas, ressoando com as reflexões de Hooks (2016) sobre salões como espaços de intimidade e comunidade, revela estas cadeiras como participantes ativas na formação de vínculos sociais significativos, funcionando como o que Miller (2013) chamaria de “mediadores materiais” das relações humanas. O fazer da beleza almejada e o esforço hercúleo para alcançá-la intentam lograr com que as crianças não sejam alvos de críticas, discriminações e bullying. Nesse cenário, os salões de beleza vendem serviços que prometem o alcance dessa beleza normatizada e, para muitas crianças, pais e profissionais desses estabelecimentos, esses espaços são vistos como uma espécie de armadura, um escudo, uma proteção contra o bullying. A pesquisa mostra, no entanto, que os salões também são espaços abertos para experimentações, possibilidades de produção de corporeidades e podem ser palco para a desconstrução de padrões normativos, inclusive agenciada pelas crianças.

Esta pesquisa contribui para os estudos antropológicos sobre materialidades ao demonstrar como objetos aparentemente triviais atuam como mediadores potentes na construção de corporalidades distintivas, corroborando a proposição de Miller (2013) de que “as coisas fazem pessoas tanto quanto as pessoas fazem coisas”. As cadeiras emergem como personagens silenciosas, porém profundamente influentes nas biografias corporais infantis, participando ativamente do que Appadurai (1986) denomina “vida social das coisas”: processos pelos quais objetos adquirem, mantêm e perdem valor através de suas circulações sociais.

Seguindo Annemarie Mol (2002), precisamos questionar criticamente “a lógica da escolha” ao analisar estas materialidades, confrontando a ilusão neoliberal de liberdade absoluta diante da atuação sistemática de corporações do embelezamento, mídias e prescrições sociais que definem padrões de corpo e beleza. Como Mol argumenta, escolhas genuínas exigem não apenas alternativas viáveis, mas também contextos que permitam sua consideração efetiva. Trata-se de compreender como as crianças ativamente produzem seus corpos, performando e negociando práticas cotidianas mediadas por materialidades que simultaneamente limitam e possibilitam formas específicas de existência.

Esta etnografia aponta para a urgente necessidade de desenvolvermos uma pedagogia crítica da beleza que desafie a discriminação corporificada, construída a partir de um diálogo com as crianças e respeitando sua agência. Tal pedagogia necessita ser tecida desde as primeiras interações estéticas: os primeiros toques em cabelos, primeiros adornos escolhidos, primeiros elogios recebidos. Como nos ensina Paulo Freire (1991) “a sociedade social e política de que precisamos para construir a sociedade menos feia e menos arenosa, em que podemos ser mais nós mesmos, tem na formação democrática uma prática de real importância”.

As práticas de embelezamento devem ser analisadas como fenômenos sociais e políticos, e não apenas como escolhas individuais. Confrontar as assimetrias geradas por padrões estéticos excludentes constitui um desafio coletivo que exige mais que escuta, demanda o desenvolvimento de mecanismos que garantam efetiva participação

das vozes infantis nos espaços de decisão. Compreender a vida social das cadeiras de corte, nos termos de Miller e Appadurai, significa reconhecer que estes objetos são atores sociais complexos que participam ativamente da construção de identidades, da reprodução de desigualdades e das possibilidades de resistência.

É fundamental reconhecer que as cadeiras de corte podem constituir-se como espaços legítimos de cuidado, afeto e fortalecimento da autoestima infantil. Para muitas crianças, sentar-se nessas cadeiras representa momentos prazerosos de atenção personalizada, de construção de vínculos com profissionais e familiares, de experimentação criativa com a própria aparência. Os salões podem funcionar como territórios de celebração da diversidade estética, onde diferentes expressões corporais são reconhecidas e valorizadas. Contudo, estas mesmas cadeiras podem também tornar-se palcos de experiências profundamente ambivalentes, onde a busca por aceitação social se entrelaça com formas diversas de sofrimento.

A trajetória de Taila, menina negra de 10 anos, estudante de escola pública, exemplifica esta ambivalência de forma contundente. Taila relatava achar doloroso ter que abandonar seus tempos de brincadeira para ir ao salão, onde era submetida a procedimentos que causavam dor física, como a depilação das pernas e a retirada de sobrancelhas, práticas nas quais sua mãe insistia persistentemente. Esta insistência materna não era arbitrária ou cruel: Taila vinha sofrendo interpelações hostis por parte de meninos na escola devido aos pelos de suas pernas. A cadeira do salão tornava-se, assim, um espaço profundamente contraditório: se por um lado prometia protegê-la do bullying através da adequação estética, pelo outro, o isso acontecia ao custo de sua autonomia corporal, de seu tempo de infância e de sua integridade física. A dor experimentada naquela cadeira não era meramente física, mas existencial: a dor de precisar modificar seu corpo para torná-lo aceitável aos olhos alheios, de ver seu tempo de brincar sacrificado em nome de normas estéticas que ela não escolheu, de sentir na própria pele - literalmente - as exigências de um padrão que a rejeita.

Encerro com a questão provocadora formulada por Taila, que cristaliza a dimensão ética fundamental desta discussão: “Você acha certo uma pessoa ter sempre que sentir dor só porque os outros não gostam de uma coisa em você?”

Bibliografia

- Ahmed, S. (2010). *The promise of happiness*. Durham: Duke University Press.
- Appadurai, A. (1986). *A vida social das coisas: as mercadorias sob uma perspectiva cultural*. Niterói: EdUFF.
- Arango, L. G. (2016). Cuidado, emoções e condições de trabalho nos serviços estéticos no Brasil. En: A. R. P. Abreu, H. Hirata & M. R. Lombardi (Orgs.). *Gênero e trabalho no Brasil e na França: perspectivas interseccionais*. São Paulo: Boitempo.
- Arroyo, M. G. & Silva, M. R. (Orgs.). (2012). *Corpo infância: exercícios tensos de ser criança; por outras pedagogias dos corpos*. Petrópolis: Vozes.
- Bourdieu, P. (2009). *O senso prático* (M. Ferreira, Trad.). Petrópolis: Vozes.
- Bueno, M. E. (2012). *Girando entre princesas: performance e contorno de gênero em uma etnografia com crianças*. (Dissertação de Mestrado). Universidade de São Paulo, São Paulo, Brasil.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2003). *Problemas de gênero: feminismo e subversão da identidade*. Rio de

Janeiro: Civilização Brasileira.

Cohn, C. (2005). *Antropologia da criança*. Rio de Janeiro, Brasil: Jorge Zahar.

Cohn, C. (2013). Concepções de infância e infâncias: um estado da arte da antropologia da criança no Brasil. *Civitas*, 13(2), 221-244.

Corsaro, W. A. (2011). *Sociologia da infância*. Porto Alegre: Artmed.

Cruz, A. S. & Gomes, L. G. (2002). *Beleza negra: representações sobre o cabelo, o corpo e a identidade das mulheres negras*. Recife: Fundação Gilberto Freyre.

Del Priore, M. (2004). *História da criança no Brasil*. São Paulo: Contexto.

Faria, A. L. G. (2007). Loris Malaguzzi e os direitos das crianças pequenas. En: J. O. Formosinho, T. M. Kishimoto & M. A. Pinazza. (Orgs.). *Pedagogia(s) da infância: dialogando com o passado: construindo o futuro*. Porto Alegre: Artmed.

Freire, P. (1991). *Pedagogia da autonomia: saberes necessários a prática educativa*. São Paulo: Paz e Terra.

hooks, b. (2016, 11 de abril). Alisando o nosso cabelo [Straightening our hair]. *Portal Geledés*. <https://www.geledes.org.br/alisando-o-nosso-cabelo-por-bell-hooks/> (Trabalho original publicado em 1989)

Lauretis, T. de. (1987). *Technologies of gender: Essays on theory, film, and fiction*. Indiana University Press.

Louro, G. L. (2014). *O corpo educado: pedagogias da sexualidade*. Belo Horizonte: Autêntica, 2014.

Mauss, Ma. (2003). As técnicas do corpo. In: Mauss, M. (Editor?). *Sociologia e Antropologia*. Tradução de Paulo Neves (Pp. 399-422). São Paulo: Cosac Naify, .

Miller, D. (2013). *Trecos, troços e coisas: estudos antropológicos sobre a cultura material*. Rio de Janeiro: Zahar.

Mol, A. (2002). *The body multiple: ontology in medical practice*. Londres: Duke University Press.

Pires, F. (2007). Ser adulta e pesquisar crianças: explorando possibilidades metodológicas na pesquisa antropológica. *Revista de Antropologia*, 50(1), 225-270.

Ponte, V. P. (2023). *Entre cortes e espelhos: uma etnografia sobre a construção da imagem corporal de crianças em salões de beleza do Distrito Federal* [Tese de doutorado, Universidade Estadual de Campinas]. Repositório da Produção Científica e Intelectual da Unicamp, São Paulo.

Preciado, P. B. (2012). *Pornotopía: arquitectura y sexualidad en “Playboy” durante la guerra fría*. Barcelona: Anagrama.

Sant’anna, D. (2000). As infinitas descobertas do corpo. En: A. Piscitelli. (Org.). *Cadernos Pagu: corporificando gênero*. (Pp. 235-249). São Paulo: UniCamp.

Sant’anna, D. B. (2014). *História da beleza no Brasil*. São Paulo: Contexto.

Sarmiento, M. J. (2003). Imaginário e culturas da infância. *Cadernos de Educação*, 12(21), 51-69.

Serviço Brasileiro de Apoio às Micro e Pequenas Empresas (SEBRAE). (2013). *Anuário do trabalho na micro e pequena empresa: 2013 – Setor de serviços de beleza*. Sebrae.

Sousa, E. L. (2014). *Umbigos enterrados: corpo, pessoa e identidade Capuxu através da infância*. (Tese de doutorado). Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil.

Vigarello, G. (2006). *História da beleza*. Rio de Janeiro: Ediouro.



Vanessa Paula Ponte é bacharel em Ciências Sociais e mestre em Sociologia pela Universidade Federal do Ceará (UFC) e doutora em Ciências Sociais pela Universidade Estadual de Campinas (Unicamp). Atualmente é pós-doutoranda no Departamento de Antropologia da Universidade de Brasília (unb). É integrante da Rede Internacional de Pesquisa sobre Família e Parentesco (Rede Anthera) e do Núcleo de Estudos em Saúde Pública (Nesp/unb).

Los alcauciles: continuidad y cambio entre generaciones en una finca familiar al sur del Área Metropolitana de Buenos Aires¹

[NOELIA SOLEDAD LOPEZ]

Centro de Investigaciones Sociales, Centro de Antropología Social
Instituto de Desarrollo Económico y Social
noelia.sole.lopez@gmail.com

Resumen

En este artículo dirijo la atención analítica hacia los lazos que ligan a la familia Reyes y los alcauciles, a través de explorar los modos de proceder de las personas con sus cultivos en una de las quintas de una finca familiar donde distintos grupos domésticos ligados por relaciones de parentesco se dedican a producir verduras agroecológicas en un barrio al sur del Área Metropolitana de Buenos Aires. En ese contexto, reproducir alcauciles por semilla y reconocerlos en función de sus propiedades morfológicas (el color de la cabeza y el tamaño del tallo) son clasificaciones, procedimientos y habilidades que encarnan la relación íntima que las personas tienen con ellos. En la medida en que los alcauciles son parte de los lazos que unen a una familia a través del tiempo, propongo seguirlos analíticamente para entender cómo se relacionan la continuidad y el cambio entre dos generaciones en la forma de ejercer el oficio de *quinteros*.

Palabras clave: alcauciles, familias, parentescos, agroecología

The artichokes: continuity and change between generations on a family farm south of the Buenos Aires Metropolitan Area

Abstract

In this article I focus my analytical attention on the ties that bind the Reyes family and artichokes, by exploring how people handle artichokes on one of the family farm's plots, where different domestic groups linked by kinship relations are engaged in the

¹ Artículo recibido: 19 de mayo de 2025. Aceptado: 1 de octubre de 2025.

² Agradezco a Santiago Alzugaray, María Florencia Blanco Esmoris y María Jazmín Ohanian, por las generosas lecturas y por su apasionada manera de trabajar en este dossier. A Rosana Guber, Lorena Schiava y Aline Rochedo por sus comentarios antes, durante y después del seminario sobre "La cuestión de los linajes". Gracias a las familias que me recibieron en sus casas y en sus quintas durante todos estos años. En especial, agradezco a todas las quinteras y los quinteros que se tomaron el trabajo y el tiempo para enseñarme con generosidad, cariño y mucha paciencia.



production and commercialisation of agroecological vegetables in a neighbourhood of the south Buenos Aires Metropolitan Area. In this context, reproducing artichokes from seed and recognising them based on their morphological properties (the colour of the head and the size of the stem) are procedures and skills that embody the close relationship that people have with them. To the extent that artichokes are part of the bonds that unite a family over time, I propose to follow them analytically to understand how continuity and change relate between two generations in the way they practise the craft of *quinteros*.

Keywords: artichokes, families, kinship, agroecology

As alcachofras: continuidades e mudanças entre gerações em uma fazenda familiar ao sul da Área Metropolitana de Buenos Aires

Resumo

Neste artigo dirijo a atenção analítica para os laços que ligam a família Reyes e as alcachofras, explorando as formas como as pessoas lidam com as alcachofras em uma das quintas de uma fazenda familiar, onde diferentes grupos domésticos, ligados por laços de parentesco, se dedicam à produção e à comercialização de verduras agroecológicas em um bairro ao sul da região metropolitana de Buenos Aires. Nesse contexto, reproduzir alcachofras por semente e reconhecê-los de acordo com suas propriedades morfológicas (a cor da cabeça e o tamanho do tallo) são procedimentos e habilidades que encarnam a relação de proximidade que as pessoas têm com eles. Na medida em que as alcachofras fazem parte dos laços que unem uma família ao longo do tempo, proponho segui-las analiticamente para entender como a continuidade e a mudança se relacionam entre duas gerações na forma de exercer o ofício de *quinteros*. Palavras-chave: alcachofras, famílias, parentesco, agroecologia

Introducción: Seguir a los alcauciles

En este artículo describo y analizo los lazos que ligan a una familia con los alcauciles en una *finca*³ de un barrio en una localidad al Sur del Área Metropolitana de Buenos Aires. Se trata de la familia Reyes⁴. Nombro a la familia con el apellido paterno de la

³ Los términos nativos se presentan en bastardilla y aluden a formas de expresión y categorías locales. Serán aclarados en cada contexto de uso y en el caso de que sea necesario a los fines argumentativos del texto, se definirán en notas a pie de página con el objetivo de aclarar a qué aluden. Las comillas se usarán en algunas ocasiones para retomar frases literales de las personas, y en otras para explicitar y aludir a términos agronómicos o académicos que no son usados frecuentemente por los protagonistas de este texto. Se podrá entender su uso en función del contexto de las situaciones que se describen. Se llama *finca* a los terrenos de entre diez y seis hectáreas que, o bien pertenecen a una familia como propietaria –como en este caso–, o bien usufructúan una parte pagando un alquiler a los hijos de los dueños de los propietarios de los lotes originales, en su mayoría adquiridos durante la época de la colonia agrícola. En una finca, pueden haber varias quintas.

⁴ Los nombres y el apellido de la familia están cambiados, de la misma manera que lo están en mi investigación. Esta decisión es responsabilidad mía, es decir de la autora de esta descripción interpretativa sobre las personas, de sus actividades y de su cotidiano mundo circundante. La tomé no tanto para proteger a las personas de mis propias apreciaciones, sino para enfatizar el acto de pasaje a texto de lo vivido con ellas. Pero, cuando llevé estas páginas y hablamos sobre ellas alrededor de la mesa en una tarde tormentosa de abril de 2025, mientras se tornaba un tanto divertido adivinar quién era quién, una de las primeras cosas que me preguntaron fue: “¿Y por qué nos cambiaste los nombres?, ¿Nos hacés quedar mal?”. Al contrario, les contesté. Para mí quedan bien. Después de escucharme contarles

protagonista de este texto, Liliana Reyes. Las vecinas y los vecinos suelen identificar a la familia por el apellido que viene del lado paterno de ella. Reyes es un apellido conocido en este barrio que tiene una historia agraria peculiar, porque nació durante las políticas de colonización de la provincia de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XX. Liliana Reyes es hija de Carlos y Sara Reyes, uno de los primeros matrimonios que llegaron a la localidad cuando todavía era una colonia agrícola. Y es a Liliana Reyes a quien las vecinas y los vecinos hoy conocen y reconocen en su trato cotidiano como *doña* Liliana. Ana Díaz, nieta de Carlos Reyes e hija de Liliana Reyes y José Díaz, vive con su pareja y sus dos hijas en la misma finca. Ella me contó que lo primero que plantaron en el lote sus abuelos cuando llegaron fueron alcauciles. Y yo aprendí a sembrar alcauciles con su madre, Liliana Reyes.

Prestarle atención a los alcauciles, una verdura que varios miembros de la familia destacaron como significativa para ellos, habilita una veta para trabajar la relación entre los alcauciles, la familia y las relaciones de parentesco. Propongo seguir analíticamente a los alcauciles, porque a través de ellos se puede entender mejor una forma de hacer familia en la que consanguinizar y afinizar remiten a principios complementarios, no contrapuestos⁵. Esta apreciación, a su vez, me permite hacer una interpretación sobre la relación entre continuidad y cambio entre dos generaciones en la finca en relación a la forma de ejercer un oficio que las personas en el barrio definen con el término de *quinteros*⁶. Este artículo describe y analiza cómo la segunda generación que vive y produce en esta finca familiar encontró una forma de seguir ejerciendo el oficio que la ligaba a su antepasado, Carlos Reyes, mientras se vinculaba con una innovación más recientemente llegada al barrio, la agroecología.

Estas reflexiones surgen a partir de un trabajo de campo realizado entre 2019 y 2024 en un barrio al que yo llegaba desde la Ciudad de Buenos Aires para trabajar y aprender las labores agrícolas diarias en algunas *quintas*. En mi investigación doctoral trabajé con un grupo de *familias vecinas*⁷ que producen verduras y las venden en mercados frutihortícolas, ferias y bolsones de verduras en la cabecera del partido y la Ciudad de Buenos Aires. Hacía más de diez años que producían de forma agroecológica. Esa innovación había llegado a partir de las relaciones con sus técnicos agrónomos, quienes eran financiados por un programa de desarrollo rural⁸. Durante 2009, después de una tormenta que volteó muchos de los invernáculos en la zona, vecinas y vecinos se juntaron

oralmente esta historia escrita, sentados alrededor de la mesa de la casa de la familia Reyes, José, sacó su propia conclusión: “¡Nos privaste de la fama!”.

⁵ Louis Dumont (1975) sistematizó las dos teorías de la antropología social sobre el parentesco: la británica, que enfatizó la consanguinidad y produjo una teoría de los grupos de filiación (*descent groups*), y la francesa, que se centró en las relaciones de afinidad produciendo una teoría de la alianza matrimonial. El parentesco no es un tema pertinente en todo tiempo y lugar, como muestran las investigaciones de la antropóloga social argentina Hebe Vessuri en Tucumán (1973, 1984). La pertinencia de introducir un tema como el parentesco se me impuso a partir de notar la importancia de las relaciones entre las formas de producir y las formas de organización social en este barrio a partir del trabajo de campo.

⁶ La producción de frutas y verduras frescas de estación se hace en las *quintas*, las producciones que se sostienen cotidianamente de maneras diversas sobre la base del trabajo familiar según la situación de cada grupo doméstico, y para los que eventualmente se contrata mano de obra.

⁷ Esta era la forma en que frecuentemente se presentaban en distintas actividades.

⁸ Soledad Lemmi (2020) indagó en términos de una comunidad de prácticas las relaciones entre las y los horticultores y otros interlocutores en la zona, especialmente las y los técnicos agrónomos con quienes se vinculan en el ejercicio de la horticultura.

para armar primero un “grupo de productores” y después una “asociación”. A partir de 2013 empezaron a producir de forma agroecológica con el asesoramiento de sus técnicos. Algunos miembros de la familia Reyes son protagonistas de esa experiencia. En algunos estudios la agroecología se difunde y promueve como la alternativa frente al modelo de la agricultura industrial, es decir, en términos de modelos mutuamente excluyentes y en disputa (Rosset y Altieri, 2018)⁹. La transición se define como la transformación de los sistemas convencionales hacia sistemas de base agroecológica y se entiende como un “proceso multilineal de cambio” (Marasas Et al., 2012). Algunos especialistas sostienen que en esa transformación se avanza desde “niveles de menor complejidad” –reducir el uso de insumos de síntesis química– hacia “niveles de mayor complejidad” –cambios éticos y de valores en la producción, la comercialización y el consumo de alimentos– (Gliessman, 2002). Esa idea supone una concepción del tiempo como secuencia, porque implica el paso gradual y progresivo de una forma de producción a la otra.

Cuando los cambios en la forma de producir se hilvanan entre las generaciones de una misma familia se hacen más difíciles de entender en términos de modelos tan duales, y no implican la secuencia lógica de un tiempo lineal¹⁰. Desde la fluidez procesual de *hacer alcauciles*¹¹ en esta quinta, los cambios en la forma de producir estaban puestos al servicio de la continuidad de la familia; y las motivaciones y las cotidianas decisiones ligadas a lo que llamamos agroecología se marcaban con el pulso temporal de los ciclos de vida, de los cultivos y de las familias; porque eran inescindibles de la relación entre las personas, sus cultivos y sus tiempos.

En este texto los lazos que ligan a las personas entre sí y a ellas con los alcauciles se abordan analíticamente desde una aproximación material antes que desde una lectura simbólica. La relación entre los alcauciles y la familia Reyes no es metafórica, porque no implica la sustitución de uno de los términos por el otro, que permanecería en ausencia. Es analógica, porque las personas y los alcauciles se asocian por contigüidad y proximidad en una relación íntima, de co-presencia directa. La antropóloga social

⁹ En otras investigaciones la agroecología se tematiza de formas más matizadas, como un conjunto de prácticas que tensionan, antagonizan y se mezclan con otras provenientes de la agricultura convencional y de la orgánica con las que coexisten o se superponen, porque los territorios son entendidos en disputa (Díaz y Martínez, 2022).

¹⁰ Otras indagaciones antropológicas también intentan entender el sentido de esos procesos desde la perspectiva de sus protagonistas. La antropóloga Johana Kunin (2022) analiza cómo en un distrito rural de la pampa húmeda quienes promueven la agroecología como alternativa entran en relación con los destinatarios de esas prácticas, quienes pueden llegar a ignorarlas, rechazarlas o apropiárselas de maneras diferenciales. Romina Cravero (2022) plantea que en Córdoba la agroecología puede significar cosas muy distintas entre chacareros-chacareros, hippies neorrurales o agrónomos convencidos y propone hablar de “agroecologías” en plural. En la cuenca del río Santa Lucía cerca del área metropolitana de Montevideo en Uruguay, Victoria Evia, Santiago Alzugaray y Javier Task (2003) analizan las trayectorias en transición de productores lecheros y muestran que, al tiempo que implican el reconocimiento de lo que los autores llaman un legado tóxico, los cambios productivos también se encaran con dudas, dificultades y riesgo económico desde las granjas.

¹¹ *Hacer* tal o cual verdura es una forma muy extendida en el barrio de hablar de producir o cultivar en un sentido global. Suele tener un especial énfasis en el carácter de elaboración que tiene el hacer, es decir que incluye la disposición, el qué y el cómo se hace. A veces las personas dicen *hice acelga* o *hice lechuga* cuando se juntan para entregar la cosecha, pero incluso en esos contextos, entiendo que aluden a un sentido global de todo el proceso, porque para esta tarea específica y separada (para la cosecha) se suele usar el término *levantar*.

argentina Gabriela Schiavoni (2021) analiza la relación entre agricultores y especies comestibles en el nordeste de Misiones en términos de una asociación interespecie arraigada en un modo de propagación común a humanos y vegetales (Schiavoni, 2021: 19). Se trata de analogías que descansan en lo que llamó un formato de acción, esto es, en “un lazo general de contigüidad que los asocia sin el recurso a un diseño explícito” (Schiavoni, 2021:19). Para Schiavoni (2016) la antropología contribuye desde dos vertientes a la comprensión de ese formato de acción. En primer lugar, desde los aportes que consideran la sociabilidad entre los humanos, las cosas y el ambiente. Y en segundo lugar, desde los análisis que priorizan las acciones de emparentar, la forma de hacer parientes¹².

Esta propuesta se volvió una invitación a emprender una aproximación material acerca de cómo se asocian los alcauciles y la familia Reyes. Propongo dirigir la atención analítica hacia los modos de proceder de las personas en su interacción con los alcauciles. La propuesta es explorar los procedimientos caseros¹³ que ellas despliegan para propagar alcauciles por semilla: dejar que las plantas crezcan en un espacio próximo como el *invernáculo*¹⁴, producir semillas para sembrarlas en almácigos y clasificar a los alcauciles en función de sus propiedades morfológicas (en especial por el tamaño del tallo).

Estos procedimientos y formas de clasificación son distintos a los de la producción alcaucilera local, una de las más grandes del país, que se extiende en otras quintas del barrio y la localidad, pero también en un radio y escala mucho más amplio, donde la reproducción de este cultivo es más común por vía agámica, también llamada asexual o por estaca. La producción local mayoritariamente produce de la forma que se llama convencional y reproduce por estaca. La producción en esta finca es agroecológica y reproduce por semilla. Estas formas de propagar alcauciles no se corresponden con lo que solemos entender como una oposición entre agroecológicos vs convencionales¹⁵. Sin intentar hacer una generalización apresurada, busco identificar en qué radica la peculiaridad material del hecho de que, a diferencia de la forma más extendida, éstos alcauciles sean reproducidos por semilla. El objetivo del texto es mostrar la relación

¹² El papel de las mujeres en la construcción de las relaciones parentales y de autoridad en la finca y en el barrio es central. Como proponen Ohanian, Faccio y Blanco Esmoris (2022) la antropóloga Anette Weiner desligó analíticamente a las mujeres de su rol exclusivo de “productoras”, incorporándolas al mundo del intercambio desde una perspectiva que aunó cuestiones de género, parentesco y poder (pp. 11). Por su parte, la antropóloga noruega Kristi Anne Stølen ([1988]- 2004) trabajó sobre la continuidad y el cambio en las relaciones de género a lo largo de las generaciones en una colonia algodonera santafecina, y sus conceptualizaciones también contribuyeron a la comprensión de esos aspectos en mi investigación.

¹³ Me refiero a una forma de domesticación casera en el sentido de que los alcauciles se cultivan para usos domésticos y comerciales; y que se producen en la quinta de Liliana y José en la finca familiar. Esto podría vincularse con la distinción entre las nociones de “casa” y “familia” que trabajó la antropóloga Susana Narotzky (1988) en España. En este contexto, la quinta es la unidad productiva de base doméstica. La familia, extiende los vínculos más allá de la unidad doméstica, en la finca y en el barrio, donde también viven otros parientes.

¹⁴ En la literatura agronómica se llama “invernadero”, una tecnología que consiste en techar parte de la quinta con postes y nylon para poder cultivar verduras durante todo el año, incluso fuera de los ciclos estacionales de cada planta.

¹⁵ Desde un punto de vista agronómico, convencional sería un agroecosistema dependiente de un paquete tecnológico basado en el uso de agroquímicos, fertilizantes sintéticos, biotecnología y combustibles fósiles. Agroecológico, uno enfocado desde las relaciones entre sus componentes, con estrategias de diseño y manejo que potencian su autosuficiencia, reducen la dependencia de insumos externos y usan tecnologías de proceso (Marasas Et al., 2012).

íntima que las personas tienen entre sí y con los alcauciles, a través de explorar las asociaciones entre una forma de hacer verduras y una forma de hacer familia en el barrio, para analizar la continuidad y el cambio entre dos generaciones en la finca. Para esto, en el primer apartado describo la siembra de semillas en almácigos que aprendí junto a Liliana Reyes; mientras su pareja –José Díaz– preparaba los surcos con el tractor donde habría que trasplantarlos una vez que estuvieran más robustos –un cálculo a ojo hecho a base de que “tuvieran unas ocho hojitas”–. Mientras conocemos a la familia Reyes y las labores implicadas en sembrar alcauciles con Liliana, se empieza a notar la importancia que tienen para ella. Y descubro su capacidad para clasificar y diferenciar los alcauciles que *hacía* su papá (de tallo largo y cabeza violeta) de los que ellos *hacen* ahora (de tallo corto y cabeza violeta). En el segundo apartado describo la recolección de *garrapatas*, las semillas –o aquenios– que ella producía, juntaba y guardaba a partir de lo que llamaba *plantas madre*. Es el momento en que conozco los motivos por los que Liliana y José decidieron empezar a hacer verduras de manera agroecológica. En el invernáculo como espacio predilecto donde las plantas madre se reproducían a través de una polinización no controlada, encuentro la clave material para preguntarme en qué radica la diferencia de propagarlos por estaca. En el tercer apartado retomo una situación para mí inesperada –aunque no tanto para Liliana–, la presencia de hongos del suelo viviendo en los almácigos que básicamente y para decirlo pronto se los “comieron” antes de que alcanzaran el desarrollo necesario para poder plantarlos en el suelo. Recurriendo a un agrónomo, muestro cómo la forma en que los alcauciles entraban en interacción con estos hongos en el sustrato permite entender el carácter contingente de esta forma de propagarlos. En las conclusiones propongo una interpretación sobre los vínculos entre cambio y continuidad entre dos generaciones de la familia Reyes a partir de una lectura material de los lazos de parentesco, donde la producción de alcauciles queda asociada a una forma –entre otras posibles– de hacer familia en el barrio.

La familia Reyes: alcauciles de tallo corto y de tallo largo

Esta localidad nació como una colonia agrícola durante la gobernación de Domingo Alfredo Mercante durante 1947. A través de las acciones del Instituto Autárquico de Colonización, se compraron y lotearon tierras de una estancia ganadera en fracciones de entre cinco a diez hectáreas, que fueron asignadas a familias italianas primero, y luego japonesas y argentinas, quienes las pagaron en cuotas (De Marco, 2017). Ese proceso de colonización cambió la matriz socio productiva de la zona y el tipo de relación que tenía con las ciudades: de una actividad ganadera –en la estancia se dedicaban al engorde de ganado que se vendía a frigoríficos o se exportaba–, pasó a predominar la agrícola y empezó a estar ligada como proveedora de alimentos para el mercado interno –quedando una importante producción tambera–. La colonia se creó cerca de una capilla presbiteriana donde en 1854 se asentaron familias escocesas en terrenos donados por uno de los más grandes hacendados de la zona, a quien se le compraron los terrenos para fundar la colonia. Cuentan que estaba repleta de *cardos* –la flor nacional escocesa–, una especie distinta al alcaucil pero de la misma familia botánica. El alcaucil o *Cynara scolymus* L. –la especie botánica– se introdujo en la zona por inmigrantes italianos de la región Mediterránea (Ministerio de Agricultura, Pesca y Ganadería de la Argentina [MPAyG], 2016). Traído de zonas mediterráneas, se asentó como parte del paisaje en el contexto productivo de la colonia. Esta presencia

de los alcauciles se expresaba en la actualidad tanto en el conocimiento que tenían los quinteros para reconocerlos, como en las destrezas y habilidades asociadas a su cultivo. La familia Reyes llegó a la colonia a inicios de los años 50'. Carlos Reyes había nacido en La Rioja, en Argentina. Y Sara, su esposa, era hija de Victoria. Liliana llamaba la *abuela húngara* a Victoria. Su abuela había llegado al país desde el puerto de Hamburgo, cuando Sara era muy chiquita. Carlos y Sara se habían ido a vivir a un *lote pelado* donde habían tenido que edificar su casa, armar los alambrados y sembrar los árboles que con el tiempo taparon el viento en la bordura del terreno de la finca. Y tuvieron tres hijos, dos varones y a Liliana.

El alcaucil no fue el cultivo en el que se especializó Don Carlos en la *finca*, que después de unos años produjo gladiolos y radicheta. De hecho, era *radichero*. Se especializaron en la producción de radicheta. Por eso algunos miembros de la familia solían decirme “nosotros éramos radicheros”¹⁶. Pero los alcauciles fueron uno de los primeros cultivos que había sembrado Carlos Reyes cuando se asentó en este lote.

En esta *finca* los acuerdos informales impidieron la división de la propiedad por herencia a lo largo del tiempo, permitiendo que hoy tres grupos domésticos –segundas y terceras generaciones–, vivan y produzcan en la finca. No hay una separación de alambrados adentro del predio, sino acuerdos de palabra por los que tres grupos domésticos que mantienen relaciones de parentesco tienen su casa y su quinta en la finca. Liliana Reyes y José Díaz tienen su casa y su quinta. Analía Díaz junto a su pareja y sus hijas edificaron la casa recientemente y también tienen quinta en la que producen verduras de forma agroecológica. Y uno de los hermanos varones de Liliana Reyes vive en otra casa junto a su esposa y su hija en la misma finca. Este último grupo doméstico produce alfalfa forrajera y cría gallinas. Es muy frecuente que los parientes se manden cosas a través de las niñas y los niños: “Estos huevos te los manda la tía” o “anda a llevarle tomates a la abuela”.

Retomo aquí una distinción analítica que usaron los antropólogos sociales Eduardo Archetti y Kristi Anne Stølen (1975) en su investigación en una colonia santafecina de la Argentina. Mientras un grupo doméstico define el sistema de relaciones sociales basado en el principio de residencia que regula el proceso productivo, la familia se entiende como el sistema de relaciones sociales basado en el parentesco que regula derechos y obligaciones sobre la propiedad. Entre los miembros de la familia Reyes, los acuerdos más o menos informales impedían la división de la propiedad por herencia en el marco de un sistema de parentesco bilateral donde las hijas mujeres también heredaban.

Tengo que contar cómo se conocieron José y Liliana. José había llegado a la colonia con su familia desde Santiago del Estero y eran vecinos, vivían *al lado*, como solía contarme, en la finca de un portugués que *era apiero*¹⁷ para la que trabajaban. Liliana me contó que se conocían desde jóvenes. Con el tiempo se pusieron en pareja. Fue así que José se fue a vivir a la casa grande, junto con sus suegros, para vivir y trabajar en la finca. Liliana Reyes y José Díaz producían varias verduras en su quinta, formada por

¹⁶ Durante fines de los años ochenta y los noventa las explotaciones agrícolas familiares pasaron por un proceso de diversificación por el que dejaron de producir una sola verdura, como sucedía en la época de la colonia. Y a pesar de ese proceso las personas del barrio todavía hoy se referían a algunas de las familias más antiguas diciendo que eran *apieros*, *acelgueros* o *radicheros*. La vinculación entre una familia y la verdura en la que se habían especializado tenía que ver con la historia de la colonia.

¹⁷ Expresión usada en el barrio para hacer referencia a quienes se dedicaban a producir apio.

una parte techada y otra parte a cielo abierto. Ellos hacían verduras variadas según la estación. Y alcauciles. Toda la producción era agroecológica.

Estábamos en primavera, una época de bastante trabajo porque ya se habían cosechado las verduras *de invierno* y había que empezar a plantar las *de verano*. Este ciclo anual estaba definido por un criterio temporal que se ligaba a cuándo se *levantan* las verduras. Ellos llamaban *recambio* a este tiempo y era cuando tenían más trabajo. En la zona un ciclo anual de cultivos se divide en función de este gozne, que clasifica también a las verduras: hay verduras de verano y de invierno en las quintas.

Liliana producía las semillas de los alcauciles que sembramos en ese tiempo de recambio. Cuando me llamó teníamos que empezar a sembrar alcauciles¹⁸. José se ocupaba de preparar el terreno con el tractor para plantarlos. José y Liliana habían hecho un cálculo estimado de cuántos plantines iban a necesitar. Tenían pensado plantar sesenta planchas de almácigo (2940 plantines en total) al final de su quinta. José estaba preparando el terreno, es decir, armando los surcos haciendo varias pasadas de tractor con el arado. Eran bastantes plantines y probablemente en un día no íbamos a terminar. José comentó durante el almuerzo –solíamos almorzar juntos– que el día estaba lindo, así que nos iba a preparar la mesa para trabajar en la parte del patio de atrás de la casa. Les pregunté cuál era el momento de sembrar alcauciles. Me explicaron que tardaban en crecer, que lo ideal era plantarlos las primeras semanas de septiembre. Estábamos atrasados, había comentado Liliana. Estos alcauciles iban a dar en ocho meses. Así que en marzo o abril, si todo salía bien, iban a tener alcauciles para vender. Parecía una buena época considerando que iban a poder cosecharlos cuando no todos los tuvieran. Alcauciles suele haber en agosto. Y Liliana me explicó que “estos alcauciles son de acá. Son hijos de unos que plantó José hace rato y todavía dan”.

En ese momento no le di demasiada trascendencia a este comentario. Mientras lavábamos los platos después del almuerzo el día se había empezado a nublar, algo bastante típico en primavera. Liliana no sabía si la lluvia nos iba a dejar sembrar, en otro cotidiano ejemplo de cómo las labores en las quintas son versátiles. Mientras íbamos y veníamos de la cocina a la mesa para levantar los platos, me encontré contándole a Liliana que mi abuela preparaba alcauciles. Ella los hervía mientras hacía una vinagreta con aceite y limón. Y ella me contaba que sabía prepararlos rellenos.

En los almuerzos se solía comentar lo que se había hecho en la mañana y lo que se iba a hacer después. En ese contexto José había dicho que era “bueno tener un lotecito con alcauciles”. Su suegro siempre le decía: “si vos tenés un lotecito limpio, poné alcauciles. Los alcauciles te salvan”. José aludía a dos cualidades de los alcauciles: su rusticidad y su ciclo de desarrollo. Los alcauciles eran *rústicos* porque, como me explicó, no necesitaban demasiado cuidado para crecer y dar las cabezas¹⁹. Además, tenían un

¹⁸ Durante el trabajo de campo me ofrecí para ir a trabajar a las *quintas* de las familias en el barrio a partir de notar que, como ellas decían, *faltaba mano de obra*. Fue así que empecé a ir a algunas quintas a hacer distintas labores según las personas me lo requerían: era cuando me llamaban. Fui durante un ciclo anual a trabajar entre dos y tres veces por semana y en otros casos todos los días a tres quintas, pudiendo ver el ciclo entero de cultivos y haciendo tareas diversas, según lo que en cada *quinta* se necesitaba. Fue una apuesta de parte de quienes me recibieron, porque tenían que enseñarme labores que desconocía y en las que no era hábil. Por motivos distintos, esta experiencia los desconcertó tanto como a mí, en especial respecto de lo que estaban habituados a entender que hacía una investigadora social.

¹⁹ Se llama cabezas a las inflorescencias que se cosechan para comer, antes de que el alcaucil florezca.

ciclo de cultivo que llamó *largo*. El alcaucil no era como la espinaca o la lechuga, “que plantás y levantás a los cuatro meses”. Los alcauciles te salvaban porque no daban tanto trabajo y porque se vendían varios meses después de que se sembraban. Como se tardaba más en tener esa plata, no se la gastaba. Pero para eso necesitaban bastantes plantines. José sabía que los alcauciles eran más para “la gente de clase media”, que “les gustaban y los compraban ellos”. Así que los *hacían* para un cliente peculiar. Para José y Liliana los alcauciles eran a la vez un alimento doméstico y comercial. Liliana los preparaba rellenos y al escabeche, incluso hubo almuerzos en que los comimos. Y al mismo tiempo se producían para una clientela que reconocían como de clase media, que los buscaba y los compraba. Sabían que si hacían alcauciles, los iban a vender.

Para empezar a sembrar alcauciles ubicamos la mesa con caballetes debajo de un árbol que daba buena sombra. Mientras Liliana buscaba un tacho para cargar turba²⁰, me explicó que ella solía mezclarla con tierra del compost. Así, primero adelantamos la preparación de lo que agronómicamente se llama “sustrato”, es decir, el suelo provisorio en el que íbamos a sembrar las semillas de alcaucil. Además preparamos los recipientes para hacer los almácigos. Estos recipientes eran de un tamaño más grande a los que había conocido sembrando tomate, brócoli y coliflor en otras quintas del barrio. Los más comunes tienen ciento veintiocho celdas. Éstos tenían cuarenta y nueve. Entraban menos plantines pero tenían más espacio. Estábamos paradas sobre la extensa tabla de madera donde habíamos dispuesto cinco de esos recipientes que llenamos con el “sustrato”, la mezcla de tierra con piedrita y compost, hasta la mitad. Fue cuando Liliana dijo algo curioso: “ahora, las garrapatas”, mientras la veía irse a buscar lo que, después supe, eran las semillas de alcaucil. Trajo un bote grande bien tapado donde vi envueltas en bolsas o latitas, distintas y etiquetadas, las semillas que guardaba. Era detallista con las semillas. Cada latita o paquete tenía un papel con la fecha, el nombre y la procedencia. Por el color, sus veteados negros y marrones, yo hubiera dicho que las semillas se parecían a las de girasol. Y no entendí en ese momento por qué ella había hecho esta analogía con las garrapatas.

Después de llenar cada uno de los cinco recipientes que teníamos sobre la mesa con esa mezcla hecha de tierra con piedrita y compost, hicimos agujeritos en cada uno de los compartimentos de los recipientes con la yema de los dedos, para generarle espacio a las semillas. Era el momento de sembrar. Agarramos un puñadito en nuestras manos y las fuimos disponiendo de a dos. Estábamos ubicadas en cada extremo de la mesa. Al principio cada una se ocupaba de llenar un recipiente completo. Después de un rato nos dimos cuenta que tardábamos y cambiamos el procedimiento. Ahora, yo armaba la mitad del mismo recipiente de mi lado y Liliana hacía lo mismo del suyo en una acción a dúo. Avanzamos más rápido. En un momento se fue a buscar dos azulejos limpios. Ahí depositamos las semillas y así ganamos velocidad. Deslizábamos las semillas con el dedo desde el azulejo hacia el recipiente sin tener que agarrarlas una a una. Logramos bastante buen ritmo y precisión. Hacer las cosas con habilidad y destreza

En la literatura agronómica se les llama capítulos.

²⁰ La “turba” es un material orgánico formado por elementos de descomposición de vegetales en ecosistemas húmedos, muy usado en labores agrícolas. En la zona se comercializa en bolsas cerradas que se compran, en general, en una conocida semillería del barrio. Entre vecinos se reconocen, como muchos otros locales, por el apellido de la familia que lo atiende. En las casas suelen verse colgados los almanaques de esta semillería con el italiano apellido familiar –que también es el nombre de la semillería–, en una tipografía bien grande. Liliana la llamó tierra con piedrita.

suele comentarse en las quintas.

Nuestra conversación se daba en el fluir de este proceso. Los alcauciles eran el centro de esa acción a dúo. En ese momento comentó –de nuevo– que las semillas de estos alcauciles eran *hijas*²¹ de unas hileras que había plantado José. Y que se alegraba de que su papá hubiera llegado a ver por última vez alcauciles en la quinta. Empecé a prestarle un poco más de atención a lo que me estaba diciendo: “antes teníamos una hilera larga, muy larga de alcauciles. Todo por allá sembraba mi papá. Las plantas de mi papá eran enormes, como de un metro y medio. Y violetas. Estas no, son mucho más chicas”, comentó. Le pedí que me explicara un poco mejor. Ella había trasplantado algunas *plantas madre* en el invernáculo de un lote de híbridos que habían producido con José. Estos eran *otros alcauciles*, no los mismos que sembraba su papá. Los distinguía porque, aunque también tuvieran la cabeza violeta, éstos tenían el tallo más corto²². Mientras sembrábamos, me enteraba de que éstos alcauciles eran *hijos* de unas *plantas madre* que ella había trasplantado al *invernáculo* de entre los que José había cultivado a partir de unos híbridos.

Liliana me enseñó que había que elegir qué semilla sembrar priorizando las que estuvieran enteras y no tuvieran demasiadas vetas. Cuando terminamos, las cubrimos con tierra, apilamos los recipientes y los regamos. A medida que avanzábamos las nubes llegaban negras. El viento cambió. Ahora venía del sur. Nos iba a agarrar la lluvia, como había dicho Liliana. Decidimos pasar el procedimiento abajo del techo que se usaba como garaje de la casa, la misma casa *tipo chalet* con techo a dos aguas que había construido el padre de Liliana cuando habían llegado a la colonia y se habían encontrado con el *lote pelado*. José llegó para ponernos una lámpara sobre una de las vigas del techo de chapa. Estábamos empezando a quedarnos sin luz. Apenas habíamos hecho veintidós planchas de almácigo. Eran pocos, hacían falta sesenta. Apoyábamos las planchas una encima de la otra y las regábamos haciendo una leve presión sobre la capa de tierra que terminaba cubriendo las semillas que, con el tiempo, podrían germinar. Al rato Liliana dio por concluida la jornada: “Listo, acá terminamos hoy. No vamos a poder hacer más. Vamos a tomar algo caliente”.



Fotografía 1: alcauciles de tallo corto y cabeza violeta

²¹ Schiavoni (2021) notó que esta expresión era frecuente en los vegetales alimenticios y que estaba documentada en varias etnografías, a veces como un vínculo de maternidad –como sucede con los alcauciles– y otras veces como un lazo entre las distintas partes de una planta, entre la raíz y el tallo, como los taros en Malinowski ([1935] 1977).

²² Los estudios etnobotánicos de los huertos periurbanos de Pochettino, Hurrell y Bonicatto (2014) indican la presencia de dos etnovariedades de la misma especie botánica *Cynara cardunculus* L. alcaucil francés y alcaucil violeta. Según la clasificación de Liliana, los dos son violetas, la diferencia es el tamaño del tallo.

Semillas *garrapata*

Al día siguiente volví para seguir sembrando alcauciles con Liliana. Teníamos que hacer treinta y ocho planchas de almácigo más para los surcos que José había preparado con el tractor. El sol estaba radiante. Empezamos a sembrar preparando los materiales de la misma manera que el día anterior. A la hora ya teníamos un ritmo. En este tipo de labores el pensamiento queda muy cerca de la mano. Esa situación tiene la capacidad de producir momentos sumamente reflexivos. Quizás por eso casi todas las personas con quienes compartí esta sensación preferían trabajar con alguien en la quinta. En ese momento Liliana me dijo que ella no sabía bien por qué había fallecido su papá, que “acá siempre lo buscaban todos: si alguien necesitaba algo, si había que levantar una pared, si había que hacer algo por la luz. Él siempre hacía muchas cosas”²³. Levanté la cabeza para encontrarme con su mirada rompiendo el compás que estábamos haciendo con las manos, pero ella tenía la vista clavada en las semillas de éstos alcauciles. Fue cuando me di cuenta de lo importante que eran. Lo que me contaba estaba directamente en lo que hacíamos con las manos y por eso estas semillas participaban, a su manera, en el tejido de esa proximidad²⁴. Y nos quedamos en silencio.

Una voz radial nos fue trayendo de vuelta. José, que estaba haciendo otras labores, había enchufado un grabador con un alargue que pasaba por la parte de atrás del jardín de la casa. Así podíamos escuchar todos una radio local. Y sembramos hasta que se nos terminaron las semillas. “Pensé que iban a alcanzar”, comentó Liliana. Entonces me tocó aprender a recolectar semillas de la flor de la planta madre. “Ahora vas a ver porque les digo garrapatas”, me dijo mientras fuimos a buscar su tarro de semillas.

Fuimos juntas a ver a las plantas madre. Algunas habían pasado la fase de floración de los tiempos templados y estaban secas, pero otras empezaban a secarse²⁵. Si la cabeza del alcaucil no se cosecha antes de tiempo da flores lilas y azuladas que maduran atrayendo a las abejas, que permitirán la polinización. De las flores de esas plantas madre secas Liliana había recolectado las semillas. Liliana las dejaba desarrollarse para que se secaran. La selección de las plantas madre se hacía de manera casera. El *invernáculo* era el contexto de relaciones de proximidad física entre plantas trasplantadas de los lotes donde habían crecido a cielo abierto, y se elegían sin una preocupación especial por la pureza de la semilla, sin el propósito explícito de controlar genéticamente la descendencia²⁶. En el invernáculo crecía todo junto y cerca. Quien

²³ Efectivamente había hecho muchas cosas. La colonia había tenido una cooperativa y un Ateneo donde se hacían actividades sociales (De Marco, 2017). Carlos Reyes había tenido una presencia importante en El Ateneo en esos tiempos, no en la cooperativa, pero sí en las actividades sociales del Ateneo.

²⁴ Me refiero a que el contenido de lo pensado no se escinde de la situación concreta, que está en la mano, en lo que estamos haciendo. No hubiera podido notar lo significativo que eran los alcauciles para Liliana de no haber estado sembrándolos con ella.

²⁵ Los alcauciles son perennes. En la terminología botánica también se les llama vivaces. Son plantas que producen hojas y escapos florales en una época del año y como parte de su ciclo de desarrollo la parte aérea se seca y la planta entra en un período de reposo. Sobrevive a través de su tallo subterráneo que posee yemas caulinares que brotarán, volviendo a producir la parte aérea con la brotación y formación de las hojas. Para eso necesita de la vernalización, es decir, de la acumulación de horas de frío para que brote (MPAyG, 2021).

²⁶ No estoy en ningún momento contraponiendo formas de producir, de hecho mi argumento es que así no se viven las relaciones que solemos llamar convencionales y agroecológicas desde la quintas. La proximidad de lo que crece y se reproduce en el invernáculo es despreocupada, en el sentido de que no se propone controlar lo que se cruza, pero eso no significa que no haya relaciones de proximidad en otro

trabajaba el invernáculo era Liliana, ayudada por José para hacer sólo las cosas que ella necesitaba y le pedía, como pasar el tractor, podar plantas o quitar las ramas de los árboles. El asunto era que José, “no se mete”, como solía decirnos: “Ustedes me dicen lo que necesitan y yo se los hago”.

Una vez que estuvimos de nuevo en la parte de la casa donde sembramos el primer día, nos sentamos en dos *jaulas* –como se les dice a los cajones de verduras– con otro tarro entre nosotras donde estaban las flores secas de las plantas madre, bien abiertas y de diversos tamaños. Casi redondas, llenas de filamentos. Parecían hilos. Las flores tienen un color violeta que a medida que se va secando produce un centro lleno de pelitos gruesos y amarillos. Entre esa especie de filamentos (o hilos) había que ir sacando cada semilla. Las íbamos depositando en otro recipiente vacío. Esta labor minuciosa no se podía hacer más que sentadas. Ahora entendía por qué eran *garrapatas*. Las semillas se agarraban de los hilos de la flor seca y totalmente abierta del alcaucil y había que ir haciendo un poco de presión para retirarlas de a una, sin romperlas ni perderlas. Cada flor tenía una enorme cantidad de semillas. Mientras hacíamos esto, ella retomaba el hilo de la conversación que habíamos dejado: “El otro día estaban con gente acá, hablando de la agroecología. Y yo pensaba que al final nadie dice por qué uno hace las cosas”. Y este pensamiento también nacía de lo que estábamos haciendo: “Todos hablaban. Uno decía que los costos, el otro que los consumidores. Pero lo hacemos por nosotros. Yo no sé de qué se murió mi papá, pero para mí muchos problemas de salud son de las cosas que se usaban acá, de los químicos que eran muy fuertes. Y nadie cuenta esto, pero también cambiamos por nosotros”. Mientras, separábamos suavemente cada semilla-garrapata de los hilos de la flor de los alcauciles. Entendí que las maneras de hacer que se usaban antes implicaban el uso de productos que ponían en riesgo a la continuidad de la familia, como sabía Liliana. Entonces, cambiar era encontrar una manera de seguir, de sostener la continuidad de la familia a través del tiempo.

Cuando ya tuvimos bastantes semillas, las limpiamos para empezar a sembrarlas. Y otra vez se nos hizo de noche.



Fotografías 2 y 3: flores secas de la planta madre de alcaucil en el invernáculo.

tipo de producciones alcaucileras a cielo abierto, que reproduzcan por otras vías, usen o no productos de síntesis química.

La multiplicación de alcauciles por estaca se hace a partir de partes del tallo sin un sistema radicular desarrollado, que se cortan de plantas seleccionadas y se vuelven a plantar. Esas partes tienen la capacidad de generar nuevos individuos que replican una variedad estabilizada que mantiene el material genético de las plantas²⁷. La nueva planta es genéticamente idéntica a su progenitora, produciendo especímenes que mantienen las características buscadas en tamaño, crecimiento, número y color. La forma de propagación de alcauciles por la vía agámica (o asexual) –como mencioné, más extendida en la zona–, evita que se mezclen distintas variedades de alcauciles. Se trata de discontinuidades reconocidas oficialmente en cultivares. En 2016, a través de una resolución el Ministerio de Pesca, Agricultura y Ganadería de la Nación estableció la indicación geográfica, histórica y cultural de este cultivo²⁸. La clasificación de las variedades comerciales de la zona fueron: “alcaucil francés” de tipo Romanesco (o ñato²⁹) –los que cultivaba Carlos Reyes–, “alcauciles híbridos violetas” y “alcauciles híbridos verdes o blancos”. Estos últimos se producen a través de la multiplicación por semillas, mientras que los primeros se reproducen a través de la multiplicación por estacas.

Las semillas a partir de las que Liliana multiplicaba alcauciles eran *hijas*, de semilla, de los híbridos plantados por José. Un híbrido es el resultado del cruce de líneas genéticamente homogéneas hechas con el objetivo explícito de aumentar el rendimiento de la producción, la resistencia a enfermedades y ciertas características de las plantas (el color, la forma y el tamaño). Pero las semillas obtenidas de un híbrido no mantienen estables las características originalmente buscadas, porque no se pueden controlar las combinaciones de las líneas parentales en la descendencia. Por eso, desde distintas instituciones de desarrollo y desde las semilleras que hacen los plantines se desaconseja resembrarlas y no suelen ser consideradas de interés comercial. A diferencia de este marco oficial de acción, en esta forma de reproducir alcauciles no hay una preocupación por mantener la pureza de la simiente y no se pueden controlar las líneas parentales que le dieron las características originales a las plantas. La forma de reproducir alcauciles por semilla supone esta despreocupación por mantener estable el material genético de los especímenes que surgen de mezclas no planificadas, algo propio de esta forma de domesticación casera que da lugar a una variabilidad por la que no se sabe qué es lo que va a salir, a diferencia de la repetición por estaca. A través de esta forma de propagar alcauciles la continuidad estaba en el cambio, en la variabilidad de los descendientes. En esta forma de propagación las plantas madre quedaban lo suficientemente próximas como para que las abejas las polinizaran produciendo achenios viables (semillas con poder germinativo) que se

²⁷ Haudricourt (1964) estableció un contraste entre la organización clánica y la multiplicación por vástagos por una parte y la agricultura de semillas con líneas de descendencia por la otra. En la multiplicación por vástagos la continuidad está dada por la repetición, en la multiplicación por semillas la filiación sigue diversas vertientes en virtud de las que se obtienen individuos diferentes (Schiavoni, 2021:9).

²⁸ En ese marco de acción, la clasificación de los cultivares se realizó en base a la forma (esférica u oval), el tamaño y el color de la cabeza (agronómicamente se les llama capítulo) y a la precocidad (variedades tardías que necesitan haber pasado un período invernal antes de emitir los capítulos o variedades precoces capaces de producir en otoño).

²⁹ “En un comienzo el “ñato” era la variedad cultivada, se caracterizaba por ser una planta grande, muy vigorosa, que llegaba a tener más de un metro de altura” (MPAyG, 2016:3).

vinculaban por contigüidad en el *invernáculo*. Este formato de acción no implicaba una intención explícita y planificada de que dos líneas se unan en una síntesis única, estable y definitiva; dando lugar a la variabilidad de los descendientes en el tiempo. Se trataba, como plantea Schiavoni (2021) de un formato de acción no selectivo, basado en la proximidad, que conlleva un desinterés por el control de la descendencia y que no tiene el propósito explícito de obtener tipos estables.

Los alcauciles y los hongos del suelo

Seguí yendo a trabajar a la finca de la familia Reyes, y entre las cotidianas tareas de la quinta los almácigos de alcauciles crecían extendidos en una larga hilera junto a las suculentas, techados con una media sombra que los protegía. Cada tanto Liliana los regaba y mantenía la humedad de los almácigos. Nosotras seguimos dedicándonos a otras labores, como limpiar hileras de morrones en el invernáculo. Y me tocó aprender que la vida en la quinta es mucho más indeterminada, inestable y contingente que un plan explícito y deliberado, que la acción humana puede estar ligada a una intencionalidad más vaga e imprecisa. “Venían bien. Pero les agarró un honguito en el tallo”, dijo Liliana uno de los días en que llegué. “Tendríamos que haber usado cola de caballo”.

Por lo que pude averiguar, lo que tenían se llamaba “enfermedad de los almácigos”. Supe esto a través de Federico, a quien le pedí un poco de ayuda para entender qué podría haber pasado, igual que hacen las quinteras y los quinteros con sus cultivos. Federico es un agrónomo que trabaja con productores agroecológicos y que conoce la zona. Me comentó que los alcauciles pueden llegar a ser especialmente sensibles a podredumbres de raíz y de tallos ocasionados por un complejo de hongos. “Mira, los hongos que afectan los almácigos no son muchos. La mayoría se alimentan de tejido vivo. Yo no entiendo por qué no me llamaste antes por esto”, me dijo. “Pero hay otros, que le decimos hongos del cuello de la planta nosotros porque, justamente atacan el cuellito del plantín y lo tumban. Las esporas vienen en el compost. Esos pueden ser *Rhizoctonia*, *Sclerotium* y *Sclerotinia*. Son los más comunes”, comentó. Y me explicó algo que jamás hubiera podido saber por mi cuenta: que la espora del hongo se vitaliza en los sustratos, porque ahí están los azúcares y nutrientes que necesitan para desarrollarse. “Son hongos de sustrato, sí. Sería muy raro que estén en la semilla”, contesto Federico a mi inquietud por saber de dónde venían. Le conté que nosotras habíamos usado mitad tierra con piedrita (turba) y mitad tierra del compost para armar lo que se llamaba el sustrato, y le pregunté qué pensaba, si podría llegar a saberse un poco mejor si estarían adónde, en qué de la tierra. “Es más difícil saber eso, la turba es muy difícil que puedas saber de dónde viene. Pero si el sustrato que se usó, por ejemplo, es de volcado de macetas de otras producciones, es muy probable que tengan el hongo. Para evitar eso se tira un biofungicida antes de la siembra o en el trasplante”. Y me contó que en la zona “lo que se hacía antes, en la prehistoria te digo, ahora está prohibido, era usar bromuro de metilo³⁰. Ahora se usa la biofumigación.

³⁰ Es un gas que se prohibió, primero, por una serie de regulaciones internacionales en el marco de la adhesión del país a los Acuerdos de Montreal destinados a reducir la emisión de gases de efecto invernadero para no dañar la capa de Ozono. Se trató, primero de una serie de consideraciones ligadas a la salud ambiental. Pero, con el tiempo, se demostró que es riesgoso para la salud humana (Souza Casadhino, 2009).

Los exudados de las crucíferas son fungicidas biológicos. Mirá, el manejo del sustrato es clave”, me dijo. Con la expresión “prehistoria”, Federico estaba haciendo referencia a la forma de producir de antes, que ahora se llama convencional desde el ejercicio de su profesión. Efectivamente, en el tiempo en que se había fundado la colonia, las y los productores habían recibido capacitaciones implementadas junto a la entonces Universidad Eva Perón, que se hacían según los parámetros agronómicos propios de la época (De Marco, 2017)³¹.

Entonces recordé el comentario que había hecho Liliana acerca de que tendríamos que haber usado cola de caballo y entendí que apuntaba precisamente al uso de lo que se llama un bio preparado³². Nosotras podríamos haber usado un preparado hecho a base de cola de caballo que actuaba, justamente, como un fungicida. La cola de caballo es una planta que suelen tener los quinteros en la zona y que ella, de hecho, también tiene. No se trataba, entonces, de que Liliana no lo haya podido saber. Pero el “manejo del sustrato”, como se llama agronómicamente a las “prácticas culturales”³³ para multiplicar especies vegetales a través de la siembra por almácigo, está directamente ligado a la cualidad temporal del ciclo anual de una quinta: estábamos en tiempo de *recambio* y, como expliqué sobre su cualidad escurridiza, no da el tiempo para ponerse a hacer estas preparaciones desde las quintas.

Federico había dicho que estos hongos *ahogan* a la planta, que *voltean* el tallo para absorber sus nutrientes. Es decir que los alcauciles hacían su vida con otros organismos como los hongos que vivían en el sustrato que, a diferencia de las simbiosis micorrícicas que exploró Tsing (2021), tenían una relación en la que no se beneficiaban las dos partes³⁴. Y aprendí que en las labores de la quinta no había algo parecido a una cadena causal de eventos que desencadenaría un resultado, sino una buena dosis de indeterminación. Ese carácter contingente de una labor que involucraba tanto a las personas como a los alcauciles y a los hongos en el sustrato, era parte del cotidiano ejercicio del oficio. Seguir a los alcauciles también permite hacer preguntas sobre lo que Schiavoni (2022) llama los aspectos no intencionales de la domesticación de las plantas. Ahí había un lugar para entender lo que el hongo hacía en su interacción con los alcauciles en el sustrato, antes del trasplante. Como plantea Schiavoni (2022) las interacciones en los procesos de domesticación –incluyo las de alcauciles y hongos del suelo–, “permiten pensar una agricultura más que humana, en la que los humanos no son solo demiurgos transformadores” (pp. 151).

Continuidad y cambio entre generaciones en la finca

En uno de nuestros encuentros posteriores a los días en que sembramos alcauciles,

³¹ Por otra parte tan prehistórica no era, porque la forma de producir más extendida en la zona implicaba, hoy también, el uso de los productos que Liliana llamaba los químicos.

³² Posiblemente este conocimiento provenga de la relación que la familia tuvo, a través de la asociación de productores de la que son parte, con quienes impulsan una Fábrica de Bioinsumos de la Universidad de la Plata (no estoy al tanto si mantienen esta vinculación en la actualidad).

³³ El manejo de sustrato como práctica cultural suele hacer referencia en la jerga especializada a la manipulación de los componentes del suelo (tierra y materia orgánica, por ejemplo) a fin de crear las mejores condiciones para el crecimiento de las plantas.

³⁴ La bióloga argentina María Alejandra Rodríguez (2004) estudia los hongos del suelo y explica que desde el punto de vista de su relación nutritiva con el anfitrión, pueden ser biotróficos, es decir que obtienen su sustento directamente de las células vivas, o necrotróficos, es decir que destruyen la célula parasitada y luego absorben sus nutrientes. He aquí a *Rhizoctonia*, *Sclerotium* y *Sclerotinia*.

Liliana me recibió con un cuaderno en el que varias páginas tenían el título “Árbol genealógico de mi familia”. Era un tesoro lo que me entregaba. Le pregunté si podía armar una genealogía, como hacían los antropólogos, y me dijo que sí, que lo había estado haciendo para mí. Decidí incluir en esa genealogía a los alcauciles:

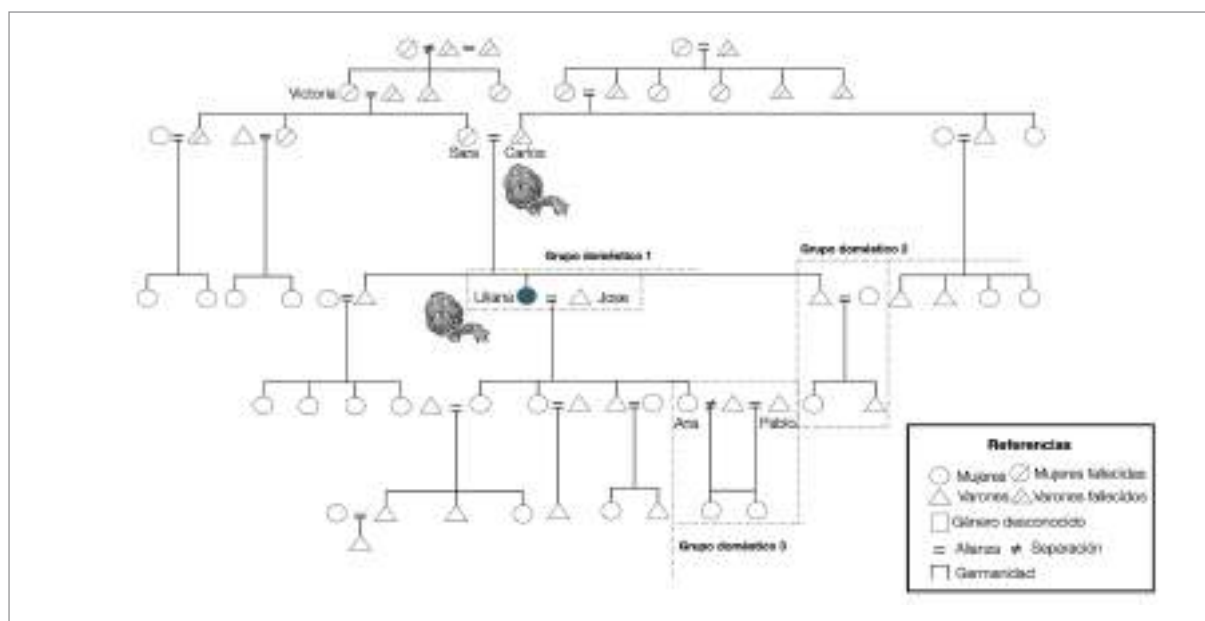


Gráfico 1. Genealogía de la familia Reyes.

Igor Kopytoff (1991) planteó que fue W.H.R. Rivers quien expuso lo que se volvió un instrumento valioso del trabajo de campo etnográfico, y propuso llevarlo más allá para pensar que una biografía puede concentrarse en cuestiones y acontecimientos innumerables, para destacar aquello que de otro modo permanecería oscuro. Según Kopytoff (1991) la terminología y las relaciones de parentesco pueden sobreponerse al diagrama genealógico para moverse en el tiempo, a través del movimiento real de un objeto particular, para advertir cómo pasa de una mano a otra (pp. 92). Seguir a los alcauciles en sus movimientos aporta elementos para entender cómo se vinculan dos generaciones de la familia Reyes en la finca así como la relación entre cambio y continuidad entre ellas.

En sus investigaciones sobre las analogías entre humanos y vegetales Schiavoni (2018) consideró el emparentamiento como un proceso que es el resultado de prácticas que están en relación con un mundo, y no como un dato anterior contenido en los individuos y transmitido a través de una línea de descendencia (pp. 315). En este sentido entiendo que seguir a los alcauciles habilita una lectura histórica de los lazos de parentesco donde la comunicación entre generaciones puede ser entendida como caminos entrelazados (Ingold, 2007).

A través de los alcauciles, la segunda generación de la familia Reyes podía encontrar su conexión con los ascendientes en una especie de linaje y, al mismo tiempo, podía cambiar la forma de producirlos vinculándose con una innovación como la agroecología. En ellos se pueden encontrar tanto elementos de continuidad como de cambio. Los alcauciles quedaban ligados a la continuidad de la familia Reyes a través de la relación

filial entre padre-hija, al tiempo que podían encarnar los cambios en la forma de producir entre generaciones a través de alianzas matrimoniales que seguían con el oficio. Entiendo que esos cambios en la forma de hacer agricultura estaban puestos al servicio de la continuidad de la familia a través del tiempo.

Los alcauciles son parte de los hilos –como los filamentos de sus flores secas– que trazan las relaciones de parentesco pasando por los vínculos filiales (entre Carlos y Liliana) y por las relaciones de alianza (entre Liliana y José) de maneras complementarias. En la medida en que están ligados al antepasado que fue su primer cultivador en esta finca, los alcauciles arman la continuidad de una filiación en el suelo, una especie de linaje. Para Liliana los alcauciles de tallo largo llevaban la marca de la pertenencia personal y doméstica de quien los había cultivado por primera vez en la finca, de su papá. Como me enseñó, los alcauciles que aprendí a sembrar con ella no eran los mismos que Carlos Reyes había plantado por primera vez en su finca y ella podía reconocerlos a partir del tamaño del tallo. La clasificación que hacía Liliana –distinta de la que se produce para los cultivares oficializados–, estaba basada en rasgos morfológicos que ella movilizaba para reconocer a los alcauciles que estábamos sembrando como *otros* alcauciles (de tallo corto). Los alcauciles de tallo corto, entonces, son otros próximos, y se vuelven la hebra para entender cómo se hacen parientes a través de una alianza, porque de la misma manera en que notó Schiavoni (2021), aquí también la elección del cónyuge se llevó a cabo al interior de “una red de conocimiento mutuo entre familias vecinas, unidas por lazos pre-existentes” (pp.115). En el barrio me encontré que los matrimonios entre vecinos fueron bastante frecuentes entre quienes hicieron colonia, como la pareja de José y Liliana. A través de ellos se estabilizaron lazos entre vecinos que también llegaron a experimentarse como una forma de proximidad (por ejemplo, cuando un suegro podía llegar a ser como un padre y un yerno incorporarse a la familia como un hijo). José mantenía un vínculo con su suegro, a quien “ya no lo tengo conmigo, lamentablemente”, como solía decirme cuando hablaba de él. En el hecho de que en un nuevo ciclo anual de cultivo José reanudara el esfuerzo de plantar un lotecito de alcauciles siguiendo el consejo de su suegro –“los alcauciles te salvan”–, había un elemento para entender la incorporación de otros próximos a través de las alianzas entre vecinas y vecinos, como una manera de hacer familia en el barrio. Desde el trato directo y personal que las personas tenían con sus alcauciles, ellos quedaban ligados como parte de los lazos materiales que unían a una familia a través del tiempo.



Fotografía 4: Alcauciles en la quinta.

Bibliografía

- Archetti, Eduardo y Stølen, Kristi Anne (1975). Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Souza Casadhino, Javier (2009). “La precarización en las condiciones laborales: su relación con el uso de plaguicidas y deterioro en la salud”. En: Benencia, R.; Quaranta, G. y Souza Casadinho, J. (Coord.), *Cinturón hortícola de la Ciudad de Buenos Aires. Cambios sociales y productivos* (pp. 127-147). Buenos Aires, Argentina: Ediciones CICCUS.
- Cravero, Romina (2022). *Agroecología para existir: La creación de modos de vivir y trabajar en el agro pampeano cordobés*. Buenos Aires, Argentina: Antropofagia.
- De Marco, Celeste (2017). *Colonizar el periurbano. El caso de la colonia agrícola 17 de octubre -La Capilla (Florencio Varela, 1946-1966)*. Bernal, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.
- Díaz, Candela Victoria y Martínez, Darío (2022). “Preparados, ferias y bolsones: agroecología, un horizonte de innovación en el sector hortícola del Gran La Plata”. En: Sergio C. y Elizabeth J. (Dir.), *Disputas en torno a la tierra y el territorio: valores, proyectos e imágenes en tensión* (pp.159-182). Buenos Aires, Argentina: Teseo.
- Dumont, Louis (1975) *Introducción a dos teorías de la Antropología Social*, CDMX, México: Anagrama.
- Evia, Victoria; Alzugaray, Santiago y Task, Javier (2003). “Environmental and embodied agro-toxic heritage in rural Uruguay: from recognition to transition to sustainability among dairy farmers”. En: Kryder-Reid, E., & May, S. (Eds.). *Toxic Heritage: Legacies, Futures, and Environmental Injustice* (1st ed.), pp. 203-213. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781003365259>
- Gliessman, Stephen (2002). *Agroecología: procesos ecológicos en agricultura sostenible*. Turrialba, Costa Rica: LITOCAT.
- Haudricourt, André-Georges (1964). Nature et culture dans la civilisation de l'igname: l'origine des clons et des clans. *L'Homme*, Tome 4, N° 1, pp. 93-104.
- Ingold, Tim (2007). “La línea genealógica”. En: *Líneas. Una breve historia* (pp. 149-168). Barcelona, España: GEDISA.
- Kopytoff, Igor (1991). La biografía cultural de las cosas: La mercantilización como proceso. En: Arjun Appadurai (Ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (pp. 89-122). CDMX, México: Grijalbo.
- Kunin, Johana (2022). Cuando los paradigmas agroecológicos y del parto respetado no encuentran las respuestas esperadas. *Sociedad y Religión*, N° 60, Vol. 32, pp. 2-23.
- Lemmi, Soledad (2020). “Aprendiendo a ser horticultor/a”. Comunidad de prácticas y participación periférica legítima y plena en familias hortícolas del Gran La Plata (Prov. de Buenos Aires, Argentina). En: Ana Padawer (Comp.), *El mundo rural y sus técnicas* (pp. 247-275). Buenos Aires, Argentina: Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.
- Malinowski, Bronislaw ([1935]-1977). *El cultivo de la tierra y los ritos agrícolas en las Islas Trobriand. Los jardines de coral y su magia*. Primera Parte. Barcelona, España: LABOR.
- Marasas, Mariana; [et al.] (2012). *El camino de la transición agroecológica*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Ediciones INTA.
- Ministerio de Agricultura, Pesca y Ganadería de la Argentina (2016). *Indicación Geográfica. Resolución N° 31/2016 Alcauciles Platenses*. Recuperado de <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/resolución-31-2016-260726>
- Ministerio de Agricultura, Pesca y Ganadería de la Argentina (2021). *La producción de alcaucil en Argentina*. Recuperado de https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/magyp_informe_alcaucil_2021.pdf

- Narotzky, Susana (1988). The ideological squeeze: “casa”, “family” and “co-operation” in the processes of transition. *Social Science Information*, 27(4), pp. 559-581. <https://doi.org/10.1177/053901888027004004> (Original work published 1988).
- Ohanian, María Florencia Jazmín, Faccio, Yanina y Blanco Esmoris María Florencia (2020). Annette B. Cohen/Weiner: notas sobre una trayectoria antropológica singular. *Cuadernos De Antropología*, 30 (2), pp. 2-15. <https://doi.org/10.15517/cat.v30i2.41122>
- Pochettino, María Lelia, Hurrell, Julio y Bonicatto, María Margarita (2014). Horticultura periurbana: estudios etnobotánicos en huertos familiares y comerciales de la Argentina. *Ambienta*, 107, pp. 1-15.
- Rodríguez, María Alejandra. (2004). *Hongos del suelo antagonistas de Sclerotinia Sclerotiorum: selección y estudio de potenciales agentes de biocontrol* (Tesis doctoral). Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. Universidad de Buenos Aires.
- Rosset, Peter y Altieri, Miguel (2018). “Introducción La agroecología en una encrucijada”. En: *Agroecología. Ciencia y política* (pp.21-31). Riobamba, Ecuador: Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología.
- Schiavoni, Gabriela (2016). La Transaccion de los Alimentos Domesticos. El régimen de familiaridad como forma de coordinación económica. *Revista Brasileira de Sociologia*, Vol. 04, N° 08, pp. 276-303.
- Schiavoni, Gabriela (2018). Familias de plantas y familias de humanos: la hibridación doméstica. *Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia y la tecnología*, Vol. 24, N° 47, pp. 161-178.
- Schiavoni, Gabriela (2021). Consanguinizary Afinizar. La domesticación de los animales, las plantas y los humanos en las acciones de desarrollo. *Revista De Antropologia*, 64(1), pp. 1-23 <https://doi.org/10.11606/1678-9857.ra.2021.184486>.
- Schiavoni, Gabriela (2022). ¿Agroecología o Agricultura más que humana?: La coordinación con las plantas como técnica agrícola. *Anuário Antropológico* [Online], V.47 N°1, pp. 150-169. Recuperado de <http://journals.openedition.org/aa/9399> DOI: <https://doi.org/10.4000/aa.9399>.
- Stølen, Kristi Anne [1988] (2004). *La decencia de la desigualdad. Género y poder en el campo argentino*. Buenos Aires, Argentina: Antropofagia.
- Vessuri, Hebe (1973). *Colonización y diversificación agrícola en Tucumán*, Departamento Socioeconómico. Facultad de Agronomía y Zootecnia de la Universidad Nacional de Tucumán (Inédito).
- Tsing Lowenhaupt, Anna (2021). *La seta del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Madrid: Capitan Swing.
- Vessuri, Hebe (1984). “Familia, parentesco y trabajo entre los proletarios rurales en Tucumán, Argentina”. *Etnia*, Número 31, pp. 61-91.



Noelia Soledad Lopez es doctora en Antropología Social por la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (EIDAES) de la Universidad Nacional de San Martín, maestra en Antropología Social por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) de México y licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires. Integra el Grupo de Estudio y Trabajo sobre “Cosas Cotidianas Cultura Material” del Centro de Antropología Social (CAS) y es docente en la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

La dimensión relacional de las materialidades en las formas de habitar el entorno marítimo-costero en Uruguay¹

[LETICIA D'AMBROSIO CAMARERO]

Centro Universitario Regional Este, Universidad de la República
Sistema Nacional de Investigadores, Agencia Nacional de Investigación e Innovación
treboles@gmail.com

Resumen

En este artículo propongo una reflexión etnográfica sobre la agencia de los objetos en la configuración de formas de habitar, conocer y experimentar el entorno marino-costero en una localidad de la costa Este de Uruguay. Se basa en un trabajo de campo de larga duración con pescadores artesanales, surfistas y biólogos marinos. La investigación explora una multiplicidad de procesos sociales en los que seres humanos y no-humanos han habitado el entorno, desplegando percepciones, conocimientos, habilidades, sociabilidades y desigualdades. Mediante una aproximación, con tintes de perspectiva simétrica y comparada, busqué pensar y mapear asociaciones entre actantes. De los datos etnográficos surgieron materialidades especiales: *chalanas*, tablas de surf y *papers* científicos. Destacados como entidades significativas para los interlocutores en la producción de conocimientos, en la búsqueda de sentidos de pertenencia e identificación, en sus relaciones y en la negociación de jerarquías. Así como se destacan por ser mediadores y recursos en las interacciones sociales y ambientales. Desde una perspectiva inspirada en la teoría del actor-red, la agencia de los objetos, la fenomenología del habitar y los debates ontológicos sobre la naturaleza, el análisis muestra cómo estas materialidades dan cuenta de una dimensión relacional. Lo técnico, lo sensorial, y lo ambiental se entrelazan en las maritimidades y los colectivos de naturalezas-culturas. El artículo propone pensar estas materialidades como componentes del vagabundeo y de la ecología de relaciones marítimo-costeras en las diferentes formas de habitar la costa y el mar. Todo ello me permitió pensar a los objetos no como soportes inertes sino como entidades activas, epistémicas y relacionales.

Palabras clave: Materialidades, etnografía costera, habitar, maritimidades



¹ Artículo recibido: 11 de Abril de 2025. Aceptado: 22 de Julio de 2025.

The relational dimension of materialities in the Ways of Dwelling within the Maritime-Coastal Environment in Uruguay

Abstract

In this article, I propose an ethnographic reflection on the agency of objects in shaping ways of inhabiting, knowing, and experiencing the marine-coastal environment in a locality on the eastern coast of Uruguay. The article is based on long-term fieldwork conducted with artisanal fishers, surfers, and marine biologists. The research explores a multiplicity of social processes in which humans and non-humans have inhabited the environment, unfolding perceptions, knowledge, skills, sociabilities, and inequalities. Through an approach informed by a symmetrical and comparative perspective, I sought to think through and map associations between actants. From the ethnographic data, specific materialities emerged as particularly relevant: fishing boats known as *chalanas*, surfboards, and scientific papers. These objects are highlighted by interlocutors as meaningful entities in the production of knowledge, in the search for belonging and identification, in the configuration of social relations, and in the negotiation of hierarchies. At the same time, they stand out as mediators and resources in both social and environmental interactions. Drawing on a perspective inspired by actor-network theory, object agency, the phenomenology of dwelling, and ontological debates on nature, the analysis shows how these materialities account for a relational dimension — one in which the technical, the sensorial, and the environmental are entangled within maritimities and nature-culture collectives. The article proposes to think of these materialities as components of wandering practices (*vagabundeo*) and of the ecology of maritime-coastal relations, shaping different ways of inhabiting the coast and the sea. This approach allowed me to consider objects not as inert supports but as active, epistemic, and relational entities.

Keywords: Materialities, coastal ethnography, dwelling, maritimities

A dimensão relacional das materialidades nas formas de habitar o ambiente marítimo-costeiro no Uruguai

Resumo

Neste artigo proponho uma reflexão etnográfica sobre a agência dos objetos na configuração de formas de habitar, conhecer e experimentar o ambiente marinho-costeiro em uma localidade do litoral leste do Uruguai. A análise baseia-se em um trabalho de campo de longa duração realizado junto a pescadores artesanais, surfistas e biólogos marinhos. A pesquisa explora uma multiplicidade de processos sociais nos quais humanos e não-humanos habitaram o entorno, mobilizando percepções, conhecimentos, habilidades, sociabilidades e desigualdades. A partir de uma abordagem inspirada por uma perspectiva simétrica e comparativa, busquei refletir e mapear associações entre actantes. Dos dados etnográficos emergiram materialidades específicas — *chalanas*, pranchas de surf e *papers* — destacadas pelos interlocutores como entidades significativas na produção de conhecimentos, na busca de sentidos de pertencimento e identificação, nas suas relações sociais e na negociação de hierarquias. Ao mesmo tempo, essas materialidades se sobressaem como mediadoras e recursos nas interações sociais e ambientais. A partir de uma perspectiva inspirada na teoria do ator-rede, na agência dos objetos, na fenomenologia do habitar e nos debates ontológicos sobre a natureza, a análise evidencia como essas materialidades expressam uma dimensão relacional, na qual o técnico, o sensorial e o ambiental se entrelaçam

nas maritimidades e nos coletivos de naturezas-culturas. O artigo propõe pensar essas materialidades como componentes do vagar, do *vagabundeio*, e da ecologia das relações marinho-costeiras, nas diferentes formas de habitar o litoral e o mar. Tal abordagem permitiu-me compreender os objetos não como suportes inertes, mas como entidades ativas, epistêmicas e relacionais, fundamentais na construção dos mundos sociais e ecológicos que se tecem nas margens do Atlântico Sul.

Palabras-chave: Materialidades, etnografía costeira, habitar, maritimidades

Introducción

En este artículo presento una serie de reflexiones en torno a los objetos, surgidas a partir de una investigación etnográfica de larga duración en una localidad de la región este de Uruguay, lo que se conoce como el conglomerado Maldonado-Punta del Este² y ciudades y localidades aledañas, por las que los interlocutores me llevaron. Tuve como objetivo analizar distintas formas de conocer, percibir y habitar el entorno marítimo-costero³, con el foco en el estudio de algunas prácticas económicas, recreativas y de producción de conocimiento. A través de las trayectorias, narrativas y corporalidades de los interlocutores: surfistas, pescadores artesanales y biólogos marinos⁴, busqué explorar los pliegues y procesos que se configuran en ese entorno, así como las múltiples formas de vagabundear en el mismo (Ingold, 2012), en distintos tiempos, ritmos y posibilidades. Y en particular en este trabajo me propongo examinar cómo determinadas materialidades (*chalana*, tabla, *paper*) median formas de habitar, conocer y jerarquizar en el entorno marino-costero y analizar su rol en la conformación de maritimidades. Entendiendo por estas a:

Un conjunto de varias prácticas (económicas, sociales y, sobre todo, simbólicas) resultante de la interacción humana con un espacio particular y diferenciado del continental: el espacio marítimo. La “maritimidad” no es un concepto ligado directamente al mundo oceánico en cuanto entidad física, es una producción social y simbólica (Diegues, 2003:30).

² Este departamento es el que presenta la mayor tasa de crecimiento poblacional en el país, con una importante migración desde otros departamentos, atrae a un número importante de turistas en la temporada de verano (desde comienzos del siglo XX) y tiene un crecimiento urbano muy significativo (D'Ambrosio, et al, 2010). De acuerdo a Altmann (2024) el conglomerado Punta del Este–Maldonado ha sostenido su perfil de exclusividad pese a la expansión cuantitativa del turismo: en menos de cuatro décadas, Uruguay pasó de un millón de arribos anuales a cuatro millones en los años previos a la pandemia (2017–2019) (Altmann, 2024).

³ Los actores sociales interlocutores de la investigación refieren, en sus relatos y prácticas, a diferentes partes del entorno marítimo- costero: en algunos momentos es la playa, lagunas; en otros es el mar, las islas y la costa.

⁴ Para cada práctica estudiada observamos que hay distintas formas de ser pescador artesanal, surfista e investigador en biología marina, pudiendo establecer, como herramienta metodológica, una clasificación que surge de las categorías nativas dentro de dichas prácticas. Estas son categorías nativas que generan algún matiz de alteridad en los modos de desarrollar las prácticas, en el lugar de origen, intereses, propósitos, acceso a recursos, etc.. Por razones de espacio en este artículo no nos detendremos en dichas clasificaciones.

En tal sentido con esta investigación busqué objetivar qué elementos, dimensiones y particularidades forman parte de esos modos de habitar y experimentar la costa y el mar, o sea dar cuenta de las humanidades aconteciendo con y en el entorno marítimo-costero. Las maritimidades son esas modalidades de habitarlo.

El área donde se desarrolló el estudio cuenta con puertos (con muelles para uso de embarcaciones de pesca artesanal y deportivas), pesqueros, ciudades y localidades turísticas junto a áreas de valor ecológico y objetos de conservación ambiental. La pesca artesanal opera bajo vedas para algunas especies, permisos y zafras de acuerdo a los momentos en que se aproximan las especies objetivo de estas pesquerías. El surf se desarrolla en torno a *picos*⁵ o *spots*⁶ (algunos más secretos que otros) y posibilidades meteorológicas para la formación de olas principalmente a partir del tipo viento. La biología marina se desarrolla en una institución pública: la UdelaR⁷, en sedes tanto en Montevideo como en las ciudades de Maldonado y Rocha. En este marco, las trayectorias de las materialidades especiales que analizamos en este artículo, condensan sentidos de pertenencia, jerarquías y circulación de conocimientos. Por estas entendemos a objetos destacados por los interlocutores a los que reconocen como condición de posibilidad de la práctica y que activan determinados estatus, sentidos de pertenencia, sociabilidades y aprendizajes.

El trabajo de campo se realizó mediante observación participante prolongada (2005-2017), entrevistas etnográficas (abiertas y semiestructuradas) y charlas informales, en diversos espacios significativos para los interlocutores donde desarrollan sociabilidades durante los tiempos del trabajo o de ocio. Realicé un registro etnográfico en el puerto, la playa, el muelle, el *surfshop*, el boliche, el laboratorio, el almacén, la rambla, las dunas, el puesto de venta de pescado, el salón de clase, hogares, el camino a casa y el camino al mar. Y se incorporó al análisis datos y análisis de documentos y posteos en sitios de internet (blogs y redes sociales). La investigación se desarrolló en tres momentos diferenciados: en los dos primeros (2005-2006, 2007-2009) realicé estadías intensivas y recurrentes, muchas veces acompañada por colegas⁸, lo que amplió la interlocución y supuso traslados de algunos días de manera periódica para trabajar; en el tercero⁹ (2012-2017) residí de manera permanente en Punta del Este, compartiendo mi cotidianidad barrial y laboral con muchos de los interlocutores.

La elección de las tres prácticas responde, por un lado, a la búsqueda de actividades que estuvieran relacionadas de forma cotidiana y anual al mar. Por otra parte, comparten que las tres requieren para su despliegue de una relación intensa y directa con la costa y el mar. Y en su acontecer atraviesan e interpelan varias dimensiones: corporales, técnicas, cognitivas, afectivas y espirituales. Si bien existe una variación estacional en las características y tipos de prácticas, tanto pescadores artesanales, surfistas y biólogos marinos proyectan sus actividades a lo largo de todo el año. Además, refieren a priori a diversas esferas de la vida de los actores sociales, productiva o recreativa, sin que una

⁵ Zona donde las olas empiezan a romper y es propicio para surfear.

⁶ Lugar adecuado para la práctica de surf, donde se forman buenas olas.

⁷ Universidad de la República.

⁸ En un primer momento me incorporé a un equipo de arqueólogos y arqueólogas subacuáticas y estudiantes quienes tenían como objetivo investigar el patrimonio cultural subacuático. En el segundo momento tuve instancias colectivas de trabajo de campo con colegas antropólogos.

⁹ En 2011 la investigación se desarrolló en el marco de mi formación doctoral en antropología social en la Universidad de San Martín, Argentina.

sea excluyente de la otra¹⁰.

En el entorno marítimo-costero estas interacciones cobran una particular relevancia, ya que la relación con el mar y la costa muchas veces, está mediada por herramientas específicas que permiten la navegación, la pesca, el estudio científico y la práctica del surf. El transcurso de la investigación nos llevó al análisis de materialidades -destacadas por los interlocutores- que reflejan el papel de algunos objetos cotidianos en el desarrollo de sus prácticas y modos de habitar. En tal sentido, el eje central de análisis en este artículo será sobre los objetos cotidianos evocados (por razones de espacio solamente seleccioné tres de estos), dando cuenta de la importancia de materialidades especiales que median los modos de conocer y habitar. Puesto que en las tres prácticas se observa la existencia de materialidades que determinan una posición dentro del grupo de pares, generan una identificación, un acompañamiento y mediación en los modos de adentrarse en las prácticas, y tienen, para los interlocutores de la investigación, una condición de entidad que trasciende a la de objeto. Estas materialidades no son percibidas como meros soportes pasivos, sino como elementos activos.

El análisis se organiza en torno a dos ejes principales: por un lado el de actante y ensamblajes (Latour, 2005). Esta perspectiva sugiere que parece no haber límite a la variedad de tipos de agencias que participan en la interacción y en las asociaciones. Teniendo en cuenta que por actante, Latour (2005) considera “cualquier cosa que modifica con su incidencia un estado de cosas” (Latour; 2005:106). Lo que me llevó a poner la atención tanto en humanos como en no-humanos y a observar cómo la agencia podía partir tanto de unos como de otros. Este concepto me permitió analizar cómo *chalanas*, tablas y *papers* median relaciones, jerarquizan y componen colectivos multiespecie y multi-situados. Siguiendo a Latour, propongo recuperar la sensibilidad con respecto a tipos muy extraños de ensamblados, extendiendo el repertorio de vínculos y la cantidad de asociaciones mucho más allá del repertorio propuesto por las explicaciones sociales.

Y un segundo eje que es el de habitar y las líneas de vida (Ingold, 2012), para analizar el entrelazamiento de técnicas, cuerpos y ambientes en trayectorias que se suceden en el entorno marítimo-costero. Esta propuesta invita a considerar a los objetos no como entidades acabadas, sino como líneas de vida aconteciendo, inmersas en flujos de relación y transformación. Desde esta perspectiva, las cosas no se limitan a ocupar un lugar estático en el mundo, sino que se configuran en el movimiento, en el entretejido de fuerzas, técnicas, cuerpos y materialidades. En tal sentido observé que las materialidades participan de manera activa en el devenir de los múltiples ensamblajes que se suceden en las prácticas sociales y dan lugar a las maritimidades.

En las páginas siguientes, analizo la *chalana* como un actante, observo la tabla de surf como mediador de la experiencia del surf y los *papers* como materialidad con la cual navegar en el mundo académico, destacando su significación así como su papel en la producción y validación del conocimiento. Tanto la *chalana*, la tabla de surf como los *papers* son categorías nativas, cuya centralidad es destacada por ser materialidades

¹⁰ Es importante aclarar que las prácticas se entrecruzan en las trayectorias de los actores sociales; en las experiencias de pescadores artesanales que practican el surf y trabajan en proyectos con biólogos marinos, o de quienes son investigadores de biología marina pero sus padres fueron pescadores artesanales, o surfistas cuyos abuelos se dedicaban a la pesca artesanal, entre otros múltiples cruces. Por lo tanto, cuando hablo de pescadores, surfistas o biólogos marinos debe entenderse que me refiero a clases de prácticas y no a clases de personas.

especiales que acompañan, median, jerarquizan e identifican a quienes se desarrollan en las prácticas y por su rol en ensamblajes.

Resultados

La *chalana*

Son varias las actividades incluidas, en la categoría nativa, de lo que los pescadores y pescadoras llaman *pesca artesanal*, actividades desarrolladas por hombres y mujeres: la actividad de *alistar*¹¹ y *encarnar*¹² las artes de pesca, diferentes según la especie a capturar, la navegación hacia las zonas de pesca y el proceso de captura. Al regreso, en tierra, las actividades son: el desembarque de los pescados o moluscos, su procesamiento y acondicionamiento, la comercialización o la negociación con los intermediarios¹³. Cada fase del trabajo se divide de acuerdo al género y/o la edad. La fase de extracción de los peces o moluscos es el centro de la práctica social de este oficio, desde la percepción nativa, y es desarrollada, con escasas excepciones, por hombres desde los 18 a los 65 años, aproximadamente. Las artes de pesca y las habilidades empleadas para el desarrollo del oficio son elementos de identificación para muchos pescadores, que se autoadscriben a la categoría de pescadores artesanales. Entre estos se destaca el poder contar con una *chalana* o poder alquilarla o conseguir que alguien te suba a una como integrante de la tripulación.

En términos materiales, la *chalana* es una embarcación costera de pequeño porte, construida principalmente en madera de pino o eucalipto, aunque recientemente también se encuentran algunas reparadas con fibra de vidrio, equipadas con GPS¹⁴, ecosonda¹⁵ y diversas artes de pesca. Las técnicas para su construcción combinan saberes de carpintería de ribera y soluciones prácticas adaptadas a los recursos y conocimientos disponibles. Su estructura, de fondo chato y bordes bajos, facilita las maniobras de varado en la playa y permite navegar en la costa atlántica y del estuario del Río de la Plata. Su tamaño oscila entre los 4,5 y 7 metros de eslora, con un ancho promedio de 1,5 a 2 metros. Se utilizan motores fuera de borda, de entre 8 y 15 caballos de fuerza. Estos son adaptados a las condiciones del mar y sus características dependen de posibilidades económicas y técnicas. Navega habitualmente entre la línea de costa y hasta las 7 millas náuticas, aunque en algunos casos se mencionan desplazamientos de hasta 40 millas. Son de color naranja vivo, el cual se instauró desde fines de la década de 1970, cuando una normativa (al producirse un accidente grave) obligó a pintarlas todas iguales, con el objetivo de mejorar la visibilidad y facilitar los rescates. Tienen escrito su nombre en el lado exterior de su estructura, en color blanco o negro y en muchos casos, estos nombres evocan mujeres o a la mar. Y cuando se adquiere una embarcación con un nombre, se le advierte al nuevo propietario, que cambiarlo le traerá mala suerte. Quizás ese nombre contribuye a la agencia de la *chalana* al singularizarla y vincularla a una historia con experiencias compartidas duales, de disfrute y sufrimiento.

¹¹ Ordenar las líneas del palangre para después encarnarlas.

¹² Poner el cebo o carnada en el anzuelo.

¹³ Persona que tiene el rol de mediador entre el pescador y el consumidor o un comprador mayorista, para la exportación o procesamiento del pescado o molusco.

¹⁴ Global Positioning System; dispositivo utilizado para marcar coordenadas mediante la conexión satelital.

¹⁵ Dispositivo utilizado para medir la profundidad o distancia a la que está un cuerpo, mediante un sistema con ultrasonido.

En los trabajos sobre pesquerías artesanales se ha destacado muchas veces el lugar preponderante que tiene la embarcación, en tanto que herramienta de trabajo y espacio en el que la tripulación pasa gran parte de sus jornadas además de los espacios en el puerto y en los pesqueros, los bares. Esta adquiere otros significados que trascienden el simple uso instrumental (Malinowski, 1986; Kant de Lima y Pereira, 1987; Maldonado, 1994; Adomili, 2007; Colaço, 2015). La agencia de la *chalana* no radica solo en su funcionalidad como medio de transporte en el mar, sino en su capacidad de afectar y ser afectada dentro de un ensamblaje donde coexisten humanos, conocimientos, especies y regulaciones.

Para muchos de los pescadores que se criaron en la costa y “vienen de familia de pescador”, el significado y la relación con la *chalana* se inicia como un juego y otras veces aparece en los relatos como un trabajo, al encargarse la tarea de limpiarla a los jóvenes. El Colorado¹⁶, pescador artesanal de 76 años, recuerda cuando tenía 12 años y nos transporta a los momentos en que:

(...) bombeaba las chalanas de mis tíos abuelos (...), crecía el mar y yo la echaba y después me iba a remo con una ola para afuera, allá (...), icon esa edad! Salía cuando el mar estaba bravo, de gusto, pa probar las chalanas y para sentir otra emoción.

Los pescadores describen sentimientos algunas veces encontrados en relación con la *chalana*: “A veces se te vuelve una cosa monstruosa” (Alejandro, pescador artesanal de 60 años); principalmente en la oscuridad de las noches de navegación, y, al mismo tiempo, es descrita como la que da la seguridad en el mar, la “cáscara de nuez” a la cual se aferran en los momentos de temporales.

La *chalana* refiere a trayectorias biográficas y colectivas. Los pescadores artesanales relatan que sus primeras incursiones fueron guiadas por un practicante más experiente¹⁷. Alejandro, me cuenta que algunos pescadores mayores, patrones de pesca con experiencia, no querían embarcar y, por ende, enseñar a principiantes. El patrón de la embarcación, por lo general, es la persona encargada de enseñar, de dirigir al resto de los marineros, responsable de sus vidas y encargado de la *chalana*. Para ello, debe contar con la experiencia suficiente para encontrar los cardúmenes y, formalmente, implica haber aprobado un examen ante la Prefectura Nacional Naval, con el que se le entrega la libreta de patrón¹⁸. Económicamente, dicho rol no siempre redunde en un mayor porcentaje: a veces gana lo mismo que el resto de los tripulantes y otras su porcentaje de ganancia puede duplicar al de los marineros. Es un elemento de prestigio social y en muchos casos es un referente también en tierra, en la toma de decisiones

¹⁶ La confidencialidad de los interlocutores que participaron de esta investigación se salvaguardó mediante la sustitución de su nombre real por uno ficticio; en algunos casos, también se sustituyó el nombre de embarcaciones, especies objetivo de investigaciones e instituciones, para evitar la identificación de los interlocutores.

¹⁷ El término experiente lo utilizamos como categoría analítica a partir del análisis de Ingold sobre el proceso de redescubrimiento guiado, “en el cual cada generación descubre las habilidades por ellos mismos bajo la guía de practicantes más experientes” (Ingold, 2012: 84)

¹⁸ Documento que se obtiene luego de haber aprobado un examen ante la Prefectura Nacional Naval, y se presenta en la Prefectura Nacional Naval, apostada en el puerto de embarque, cada vez que se sale embarcado.

de índole personal. Al respecto, el maestro, el patrón: “viabiliza el mundo del trabajo, en la cualidad de elemento mediador entre esos dos mundos, los lugares de tierra y los lugares de mar...” (Godelier, citado en Maldonado, 1994:46).

Alejandro ha formado a muchos pescadores en la Azulmar, embarcación que fue vendida, recuperada, reparada y vuelta a poner en el mar, en sus palabras: “La Azulmar no se abandona”. Y me explica que en ella crió a sus hijos, salvó vidas de compañeros pescadores y la considera parte de la familia. El respeto por el nombre, por la historia que porta, por los jóvenes que formó allí y por los rescates que protagonizó la convirtieron en una entidad biográfica. La *chalana*, muchas veces, encarna prestigio, reconocimiento y legitimidad dentro del colectivo de pescadores. Asimismo se puede generar una relación afectiva, para Alejandro la relación con la embarcación puede ser sintetizada en la siguiente frase: “Capaz si enviudezco, no tengo más remedio, pero enviudar de la Azulmar también, ino!”. O en palabras de otro pescador: “Muchos pescadores llegaron a querer más a la embarcación que a la mujer”.

Pérez, carpintero de ribera y pescador de 70 años, me explica con detalle técnico y pasión cómo “la fuerza de la *chalana* no está en el motor, sino en las líneas”. Me cuenta que para la construcción de una embarcación es necesario un conocimiento técnico -el cálculo del centro de flotación, la posición de combate, el ángulo de entrada de la ola- pero también una vivencia íntima del mar. Sus palabras refieren a la proyección de la *chalana* como una forma de conocer, una forma de prever el oleaje, de anticipar la ola, de leer el viento. Una práctica corporal y sensorial en la que lo técnico y lo vital se ensamblan. En este sentido, no es un simple resultado del saber experto: es parte de un conocimiento técnico, sensorial y de la experimentación de la costa y el mar. La embarcación participa activamente en la relación entre el ser humano y el mar. Es mediadora de relaciones con el entorno, formadora de corporalidades y afectos, transmisora de conocimiento técnico y generadora de sentido. Como señalan algunos pescadores, no todas las embarcaciones ofrecen la misma seguridad: las construidas por carpinteros con conocimientos técnicos precisos como Pérez, poseen una “ciencia” incorporada en su diseño, que les permite “volver a su estado de flotación” aun sin ayudas externas. La forma en V del casco, la inclinación de la popa, la suavidad de sus líneas o el peso de la proa no son meras características técnicas, sino elementos que permiten anticipar y resistir las fuerzas del mar. Estos saberes se entrelazan con la experiencia de quienes navegan, de quienes han enfrentado temporales, han sido rescatados o han protagonizado rescates.

Asimismo observé como la *chalana* organiza jerarquías, define roles, estructura posibilidades materiales y configura desigualdades. Pues tener una embarcación construida con los conocimientos técnicos y sensoriales a los que se refiere Pérez se dificulta por cuestiones económicas. Don Rieta, un pescador de larga trayectoria, señala que lo que va a dejar para sus hijos va a ser su *chalana*, “para que se defiendan”. No es solo un medio de producción: es un bien que se hereda, un capital simbólico y material que habilita la continuidad y genera sentidos de pertenencia. Al respecto, quien hereda la *chalana* es el descendiente masculino y no femenino. Esto refleja el acceso diferenciado al mar de acuerdo al género, excluyendo, hasta hace poco tiempo, casi por completo a las mujeres de subir a la embarcación. Aunque, sí participan activamente en diversas actividades que se incluyen dentro de las pesquerías artesanales. En palabras de Miriam, pescadora artesanal embarcada de 60 años: “No es fácil que la mujer salga, hay muchos prejuicios”. Incluso habiendo atravesado temporales y tomado decisiones

técnicas clave en momentos de riesgo, Miriam no accede plenamente al estatus de pescadora “de mano”, categoría que se reserva para los hombres. Su condición de mujer implica, para la percepción del colectivo, que su condición de pescadora embarcada fuera transitoria, por no ser “socialmente dignos de recibirla, sino que está excluida para siempre...” por ser mujer (Bourdieu, 2000:39).

Desde la perspectiva de la teoría del actor-red, la *chalana* puede ser pensada como un ensamblaje de elementos técnicos (para su diseño, motorización y flotabilidad); sociales (los vínculos de transmisión de las habilidades entre generaciones); afectivos (como los miedos y lealtades que despierta); y ontológicos (al inscribirse como mediadora entre el ser humano y el mar). Asimismo, como mediadora que transforma en cada salida a un colectivo de humanos (patrón, marineros y novatos) y no-humanos (olas, vientos repentinos, cardúmenes y artes de pesca). Y que, en su dimensión técnica, condensa maderas, fibras, líneas, quilla, motor fuera de borda, estabilidad y calado con saberes situados sobre rompientes, vientos y fondos. En su dimensión social, despliega modos de transmisión de habilidades del patrón a los novatos, acuerdos de trabajo y venta, así como modos de apropiación del entorno marino- costero. Despierta sentidos de pertenencia, roles y jerarquías en quienes la habitan. En su dimensión afectiva condensa lealtades y sentidos de cuidado que son condición de posibilidad del trabajo en el mar. En su dimensión ontológica, la *chalana* posibilita un plano de habitabilidad entre la tierra y el mar. Pues hace practicable una superficie que, sin ese ensamblaje técnico-sensorial, no sería “habitable”.

Y por otro lado, siguiendo a Ingold, la *chalana* no es solamente un objeto utilizado en un espacio, sino que participa en el hacer y habitar en movimiento, donde se suceden tanto manos, como maderas y agua. Su forma cristaliza gestos, habilidades y ritmos aprendidos. Navegar en ella implica seguir materiales y fuerzas; desarrollar atención y destreza en un medio en permanente cambio. En tal sentido, su agencia se despliega en el acople dinámico de materiales, habilidades y sociabilidades, que en cada salida



Figura 1- Pescadores artesanales desembarcando las capturas durante la zafra del mingo, juvenil de corvina (*Micropogonias furnieri*), en el Puerto de Punta del Este, Autor: Leticia D'Ambrosio, Julio de 2016.

reconfigura la red y da cuenta del habitar marítimo-costero y de la particularidad de las maritimidades.



Figura 2- Chalana regresando al Puerto de Punta del Este. Autor: Leticia D'Ambrosio, Octubre de 2013.

Las tablas de surf

El surf ha sido entendido como deporte de aventura radical en el que media un riesgo y muchas veces se destaca el contacto del cuerpo y su exposición a la naturaleza. También se dice que más que un deporte es una filosofía de vida, en una mezcla del ser humano y la naturaleza (Knijnik y Oliveira Cruz, 2010). Su origen es incierto: para algunos cerca del norte de Perú, otros lo sitúan en la Polinesia, identificando el inicio de una difusión intensiva del surf hacia comienzos del siglo XX, y que, en los años 50, en California, tendrá una identificación con la rebeldía y la libertad en su modo de vida. (González, s/d: 26). En el departamento de Maldonado, el surf se aprende de manera informal; en un proceso, dentro y fuera del agua, en el que un surfista experimentado acompaña enseñando a los novatos. Asimismo, se enseña en espacios de formación como el ISEF¹⁹, donde se incluye un taller teórico-práctico introductorio. Y también es enseñado en Escuelas de Surf que, principalmente durante la temporada estival, ofrecen clases personalizadas a veraneantes o residentes (para quienes hay opciones más accesibles).

Se observa que el surf en la costa este “del país sin olas”²⁰, nuclea a jóvenes y adultos de distintas clases sociales y con diversas trayectorias en relación a la costa y al mar. Desde turistas de clase alta a turistas de menores ingresos, pobladores de distintos barrios, algunos más cercanos que otros de la playa. En auto, camioneta, bicicleta, moto, en bus o a pie, llegan a la playa los días de buenas olas y algunas veces los días sin olas. El surf refuerza, habilita la idea y una práctica de la costa, playa y mar como “bien natural-

¹⁹ Instituto Superior de Educación Física.

²⁰ Denominado así por algunos surfistas aludiendo a la poca constancia y consistencia de las olas que se encuentran en Uruguay, en comparación con otros lugares donde el mar “bombea y bombea”.

cultural común²¹”, en el contexto de una ciudad con desigualdades importantes. En este sentido, observamos cómo los límites morales y económicos de acceso al territorio son redibujados en clave de las prácticas estudiadas, dando cuenta de una desigualdad en el acceso a los bienes naturales- culturales. Si bien la costa y lo que es conocido popularmente como playa, en Uruguay, es de libre acceso (a diferencia de lo que se observa en otros países, donde se privatiza) existe un imaginario de exclusividad y turismo sobre algunas playas en particular en Punta del Este²². Al respecto, en esta investigación observé que practicar surf puede activar la legitimidad de la presencia de quien llega a la playa con una tabla, en algunos espacios *a priori* imaginados para turistas.

El desarrollo de la práctica va de la mano de acceder a un surfista experiente que enseñe y requiere contar con los equipamientos necesarios: una tabla y un traje de neopreno²³ (para surfear en los meses más fríos). En otras épocas, me cuenta Nacho, surfista de 40 años, se tiraban con la tabla que tuvieran al alcance, porque algún amigo se las prestaba o porque hubiese quedado abandonada en algún garaje de un departamento en los edificios de turistas. Además destaca que de haber tenido la tabla adecuada, y si alguien lo hubiese guiado de forma personalizada, su proceso de aprendizaje habría sido mucho más rápido.

El acceso a las tablas, y por ende al deporte, cambió en los últimos años por las nuevas formas de fabricación de las mismas que con la incorporación de máquinas pasaron a hacerse en serie. Nacho recuerda que:

(...) antes los locos [refiriéndose a surfistas de más de cincuenta años] no conseguían tablas, o sea, era imposible conseguir una tabla, o sea, hace cuarenta años atrás, se las hacían ellos (...) el pan se le llama a lo que tiene adentro la espuma, y los locos (...) llevaban a un panadero para que les hiciera una baguette enorme, pa que se las dejaran secar (...), le ponían cascola arriba y después tipo la laminaban con fibra de vidrio.

Lo que contrasta con la situación actual, en la que observa:

²¹ “Para el concepto de bienes naturales-culturales nos inspiramos en el concepto de “colectivos de naturalezas-culturas” (Latour, 2007) como una alternativa para pensar dos entidades que en el discurso moderno se postulan como separadas, sin embargo, el autor plantea que en el mundo moderno, contrario a lo que se profesó, se disolvieron las de nociones canonizadas de seres que pueblan el planeta (D'Ambrosio, 2017)”.

²² El balneario es conocido como destino de turismo internacional que genera, no solo en los turistas y potenciales turistas, una representación de este sitio donde el relato como balneario exclusivo, lujoso y costoso tiene una gran impronta. Para quien viene de afuera Punta del Este es todo lo que bordea la costa, apenas se llega al lomo de Punta Ballena, o incluso antes, al llegar a Sauce de Portezuelo (veintidós kilómetros antes de llegar a la ciudad de Punta del Este), y se extiende hasta José Ignacio (en el límite con el departamento de Rocha). Esa es la idea del balneario como marca en tanto que destino turístico de renombre. Incluso algunos emprendimientos turísticos y de bienes raíces se definen como geográficamente situados en el balneario, aunque en algunos casos se encuentren en otro departamento. Un proceso que lleva a que muchos actores sociales manifiesten un interés en trascender el sentido de habitar el espacio marítimo-costero, por el cual se le asigna exclusividad a la actividad turística y por consiguiente a la tarea de brindar servicios para el que llega, y a desarrollar políticas públicas (en distintas esferas de la vida) pensadas para el turista y no para el poblador (D'Ambrosio, 2017)

²³ Equipo protector para el agua que se usa ajustado a la piel. Por lo general, es una pieza entera de pantalón y buzo integrados, con un cierre en la espalda.

Hay como una movida, trajeron los *shapers*²⁴, son los que hacen las tablas. O sea, fue tan grande la movida en Uruguay que pusieron plata y trajeron a hawaianos, australianos a hacer tablas (...), o sea que es un país sin olas; gastamos la plata y acá no hay olas (...)

En este relato aparece el mercado configurando la existencia de un espacio para el surf, con la producción de tablas, incluso, algunas de un tamaño que no condice con el tipo de olas que se encuentran en la zona.

La tabla tiene una forma alargada, hidrodinámica, puede variar en longitud entre los 6 y 8 pies, según el tipo de tabla: “pequeña para hacer aéreos, mediana o un tablón para andar más tranquilo” y el estilo del surfista. Su núcleo, llamado “alma”, está hecho de espuma de poliuretano o poliestireno expandido, lo que le confiere flotabilidad, mientras que su resistencia y forma definitiva se logran mediante el recubrimiento con resinas de poliéster, fibra de vidrio, y se pueden emplear otros materiales como la madera. Cada una de estas capas tiene un rol técnico específico, pero también aporta al desempeño de la tabla, al modo en que se desliza, responde y se adapta al cuerpo del surfista y a la forma de las olas. Su forma es moldeada por los *shapers*, quienes algunas veces, combinan tecnología de precisión y sensibilidad artesanal, diseñan las líneas, curvaturas, quillas y espesura de la tabla. Algunos surfistas encargan sus tablas a *shapers* conocidos y en sus relatos aparece una valoración especial por la conexión con quien da forma a la tabla: “Vos podés comprar una tabla hecha, pero si te la hace alguien que te conoce, es otra cosa”, comenta Nicolás, surfista de 43 años, enfatizando la importancia de que el tipo y tamaño de tabla se adapte al cuerpo del surfista y al tipo de olas que va a tomar. Asimismo en estos casos, se le puede poner un nombre o diseño personalizado. Las transformaciones en la modelación de las tablas ha permitido surfear olas que antes eran inaccesibles debido a limitaciones en la maniobrabilidad de los equipos previos; con este nuevo dispositivo material se accede a otra naturaleza. La tabla acompaña las biografías de surfistas, modulando lo sensorial en la relación del cuerpo, la tabla y la ola y por otro lado extendiendo el vagabundeo en el entorno marítimo- costero.

En estos procesos de fabricación se condensa saberes técnicos y sensoriales, pues muchas veces me cuenta Nacho, surfista de 30 años, que los *shapers* trabajan con surfistas que prueban las tablas para ir ajustándolas en el taller, a las características de las olas en Uruguay y a lo que la sensorialidad del surfista va experimentando. Se conforma como un ensamblaje donde convergen conocimientos locales y globales, así como prácticas corporales situadas. El contar con la tabla adecuada es imprescindible, en palabras de Nacho: “podés surfar cinco años con una tabla que no sirve pero si la herramienta es mala tipo no desplegas todo tu potencial” y hace una analogía con lo que sucede en la vida: “si vos en la vida no sabés elegir las herramientas correctas, capaz que nunca llegás a desplegar todo tu potencial”.

La tabla también da cuenta del tipo de performance que tiene el surfista, dependiendo de su destreza a priori el tipo de tabla que tiene. Si bien esto tiene matices y ha ido transformándose, Sergio, surfista de 47 años, observa que en el momento en que él aprendió, estaba bien considerado el surfista que practicaba en una tabla chica, mientras que los tablones eran adjudicados para los primerizos. El tipo de tabla refiere

²⁴ Persona encargada del modelado y fabricación de las tablas de surf.

también a lo que se siente y se experimenta, de acuerdo a Sergio, la tabla grande: “es más sentir la ola, caminar, esas sensaciones, tipo otra historia, no es tan progresivo, tan volador...”

Muchos surfistas mencionan que tienen varias tablas y recuerdan las historias que vivieron con cada una, las cuales no se prestan a otros surfistas. Solamente a algún amigo muy cercano y en una situación especial. En algunos casos se conserva una tabla que ya no se usa pero que atesora las experiencias compartidas con esta y con otros surfistas. Al respecto, Liber recuerda las olas surfeadas en Chile para las que es preciso tener una tabla especial acorde a ese mar, por el tamaño mayor que despliegan las olas. En su relato aparece la importancia de contar con la compañía de la tabla para atravesarlas así como de otro surfista. Dejando entrever que hay cosas que se aprenden en otros lugares, entre estas, el saber lidiar con olas más grandes y con los surfistas locales²⁵, aprendizajes que van “más allá de ser buen o mal surfista”. Es común que en las conversaciones se mencionen las olas que han corrido en Chile, Perú, Brasil, Costa Rica, Nicaragua o en Indonesia. Muchas veces, en la anécdota aparece como recurrente el ir en la búsqueda de la ola desconocida, de la mejor ola y de la importancia de contar con la tabla para poder tomar esas olas. Observo que la representación del territorio local es construida también desde las imágenes de las olas surfadas en otros lugares, que aparecen como espejo y al mismo tiempo proyección del territorio habitado. Al respecto, coincido en que para seguir sus asociaciones hilvanamos elementos que no pertenecen al repertorio habitual, seguimos rastros que trascienden lo local, pues “la acción es dislocada, articulada, delegada, traducida” (Latour, 2005:239). Acompañando la dirección sugerida hacia otros lugares, otros momentos y otras agencias que parecen haberlas moldeado. Me pregunto, entonces, en qué medida incide en las prácticas lo que plantea Segura (2015) retomando a Durhan (2000) para el caso de la vida en la periferia urbana, donde

(...) lo común es la experiencia cotidiana de hacer frente a un conjunto de prácticas que emergen de la distancia que existe entre las expectativas socialmente construidas acerca de lo que es la vida en la ciudad y lo que efectivamente es en la periferia (Durhan, 2000, citado por Segura, 2015: 58).

Observé que la amplitud de sus conocimientos geográficos, el volumen geográfico, es decir, la zona de extensión realmente ocupada por muchos surfistas y el volumen mental que refiere a la zona geográfica que abarcan con el pensamiento (Mauss, 1979) contrasta incluso para aquellos que no han realizado viajes a esas zonas lejanas. Con

²⁵ Se observa entre los surfistas la categoría nativa de local (por cuestiones de espacio no podemos desarrollarla en este documento), la misma da cuenta de que el criterio de división del territorio en el mar es clave para la espera de la ola posible de ser surfeada. La idea de “local”, “localismo”, en palabras de los interlocutores, refiere en términos analíticos al concepto de autoctonía, por el cual, de acuerdo a John y Jean Comaroff (2013), según señalan los observadores, durante los últimos años del siglo xx se advierte en distintas partes del planeta una intensificación progresiva de un apasionado sentido de lo autóctono y de los derechos de nacimiento –para los cuales la foraneidad constituye un contrapunto negativo–, junto a otras imágenes de pertenencia, así como también la extensión mundial de un nuevo fetichismo de los orígenes, en contraposición a los efectos del *laissez faire* liberal. (Comaroff y Comaroff, 2013: 153) Falta en biblio. Siendo un criterio nativo que apela a la legitimidad territorial, fundados en una autoctonía leída en clave moral que permite al autóctono asegurarse derechos en relación con el espacio y al momento de tomar una ola frente a un foráneo.

esta idea de Mauss, analicé cómo se expanden las territorialidades más allá de lo local vía experiencias, viajes, relatos, conocimientos y objetos (tablas). En tal sentido, además de la territorialidad local, los surfistas desarrollan una relación y conocimiento territorial de las costas de otras regiones.

El viaje, el surfear otras olas, parece ser parte del *lifestyle* del surf (Wheaton, 2004). También el viaje puede estar incorporado dentro del ciclo anual, para quien tiene los recursos económicos para hacerlo. El viaje además parece ser parte de lo que Sergio define como “la mística del surf”, en busca de la ola desconocida. Pero así como señala Taks (2000) en relación a la expansión de los límites de la localidad, en su estudio sobre la modernización de los tamberos, observamos en esta investigación que, si bien la práctica de viajar se ha generalizado, existen importantes diferencias de acuerdo a las clases sociales y géneros.

La materialidad de la tabla es parte de la maritimidad que se despliega, al articular saberes sobre olas y vientos (de aquí y de allá), con trayectorias de viaje y pertenencias locales, en un movimiento actor-red que desborda lo local y lo global. El contar con un traje de surf así como con una tabla adecuada posibilita acceder a ciertas olas y mares, que de otro modo no se podrían experimentar ni conocer. En esta línea, me pregunto de qué manera otros lugares, otras materialidades en este caso las tablas, está presente en la práctica del surf en la localidad de Uruguay estudiada. En parte, a través de lo que es aprender el *lifestyle del surf*, que pareciera ser global y local, a través de un conjunto de prácticas, de lo que denominan los 10 mandamientos y de equipamientos que se tiene imaginando otras olas. Conjuntamente con la expansión de los límites de la localidad, el sentimiento de *lo local* es fuerte entre los sujetos. Por lo que se entiende el primer movimiento de lo local hacia el contexto, el cual es seguido por un segundo momento, de lo estructural a las interacciones locales y concretas (Latour, 2005). Entonces, se hace necesario postular otro movimiento, por la imposibilidad, como vimos, de quedarse en alguno de los dos sitios durante un período largo. Al introducir el concepto de actor-red, Latour conjuga ambos:

Las dos partes son esenciales (...) La primera parte (el actor) revela el estrecho espacio en el que todos los ingredientes imponentes del mundo comienzan a gestarse; la segunda parte (la red) puede explicar a través de qué vehículos, qué rastros, qué sendas, qué tipos de información se está llevando el mundo al interior de esos lugares y entonces, luego de haber sido transformados allí, se bombean nuevamente hacia afuera de sus estrechas paredes. (Latour, 2005:58)

Asimismo, las tablas de surf pueden ser entendidas en tanto que actantes, tomadas como herramientas de flotación y navegación en el mar, las cuales permiten llegar a otros entornos, otras olas, otras playas, otros países y regiones.

Algunos surfistas relatan que al surfear entran en contacto con la naturaleza tanto del mar como de la playa. Al respecto, refiere Vicente, surfista de 23 años:

Estar adentro del agua, del mar, por una hora, te hace entrar ahí en esa, te hace entrar en el medio de la naturaleza y te sentís más parte de la naturaleza, no sos tan extraño, no sé (...), es como un poco las dos cosas, a veces te sentís como conectado, estás adentro, sos parte, no sé, y a veces decís: qué raro mi presencia acá, porque a veces es como que estás en el mar y empezás a mirar, y ves todos los trajes, las tablas, las cabecitas ahí y decís: Qué es esto, isomos unos aliens!.

En este relato, Vicente expresa la ambivalencia de sentirse parte de la naturaleza y al mismo tiempo visualizarse como un ser extraño y ajeno, tan extraño como alguien que

se encontrara en la tierra siendo de otro planeta. De su relato se desprende que las distintas relaciones que establece con el mar van desde la contemplación, que lo lleva a una experiencia que lo relaciona con la naturaleza en tanto que “ambiente estético” (Mafesoli, 1996; citado en Dumont, 2011:10), a momentos en que el mar lo engloba a él y lo diferencia de otros actores humanos. La tabla y los equipamientos son los que posibilitan esas experiencias, “ser parte del ciclo alimenticio” en palabras de Vicente, pero al mismo tiempo los separan e irrumpen en el “ambiente estético” y su naturalidad.



Figura 3- Surfistas saliendo del agua en los “Los Dedos” de la Playa Brava. Autor: Leticia D’Ambrosio, Setiembre de 2016.



Figura 4- Surfistas esperando olas en Playa el Emir. Autor: Leticia D’Ambrosio, Junio de 2015.

Los *papers*

Ser biólogo marino, para la mayoría de los interlocutores de esta investigación, requiere haber realizado estudios universitarios de grado en la Facultad de Ciencias de la Universidad de la República, siendo la educación en Uruguay pública y gratuita. Su creación responde al objetivo central de la profesionalización de la ciencia y los científicos. La Licenciatura en Ciencias Biológicas se creó en 1990. Anteriormente, existía esta formación como parte de la Facultad de Humanidades y Ciencias; muchos de los interlocutores de este trabajo iniciaron sus estudios en esta etapa y continuaron en la nueva Facultad. Como expresan las biólogas y biólogos marinos, al estudio de grado le siguió el de posgrado; las alternativas eran formarse en el país en el marco del PEDECIBA²⁶, el que tenía dentro de sus cometidos la organización de posgrados, o viajar al exterior para realizar posgrados en distintas universidades extranjeras. En este proceso de formación aparece la figura de un investigador experiente, director de proyecto o de tesis, que acompaña en el trayecto.

En los distintos encuentros con biólogos marinos y biólogas marinas, surgió la importancia de los *papers* científicos para ser reconocidos en su profesión. Al respecto, estos se revelan como una materialidad que trasciende su condición de objeto técnico o documental, para constituirse en un actante en la configuración de sus colectivos, en la definición y mantenimiento de las jerarquías y en las relaciones entre ciencia y sociedad. Observé que el *paper* opera como vehículo de quién es su autor, de legitimidad, marcador de pertenencias y elemento de circulación en redes académicas que exceden lo local. El *paper* aparece como una materialidad especial que condensa prácticas técnicas, afectivas, éticas e institucionales, modelando una parte de la subjetividad del investigador y la organización del trabajo científico. En los relatos, se refieren a una presión constante por publicar que atraviesa una parte importante, tanto de sus decisiones cotidianas, como de sus trayectorias profesionales.

En consonancia con muchas de las trayectorias de pescadores artesanales y surfistas, las trayectorias de biólogas y biólogos marinos muestran que el acercamiento al mar se vive, primero, por un gusto de poder estar cerca del mar y la costa, como una desconexión de la “vida en tierra” y como una experiencia liminar que combina placer y sufrimiento. En el entorno marítimo-costero se despojan de las investiduras de tierra, lo que los enfrenta al cambio y al movimiento, y donde la agencia humana se vincula a los ciclos de la naturaleza. En palabras de Facundo, biólogo marino de 50 años:

El hecho de estar en contacto directo con el lugar, muestrear, aunque te mojes, pases frío, a veces pasás hambre, que yo qué sé qué, pero esa parte es como la que más... ¿viste?, sobre todo cuando son más jóvenes, ¿no? [risas]. Yo ya estoy medio cansado de pasar frío, ahora quiero que sean otros, pero no el placer de estar en contacto con el lugar (...)

O como observa Valentín, biólogo marino de 45 años: “es un trabajo de equipo re duro (...), te llega el agua a la cintura (...) en invierno todos los meses (...)”. En ese estar ahí, cuerpo, técnica y entorno se entrelazan en un habitar costero que moviliza sensorialidades particulares y una identificación con la práctica que está situada: los muestreos, señala José Ignacio, abren una “diversidad de tareas” que

²⁶ Programa de Desarrollo de Ciencias Básicas.

no es siempre estar encerrado en un laboratorio, porque suponen estar al aire libre, recorriendo mil kilómetros (...) meterse al agua, medir parámetros (...) e interactuar en dinámicas de equipo y con locales, algunas veces.

Pero esa misma búsqueda de conexión situada es reencuadrada por la institucionalidad académica, que restablece condiciones de la práctica mediante protocolos, calendarios y formatos de validación. Por lo que las expectativas iniciales se reorientan por el marco organizacional (laboratorio, planillas, computadoras), y el *paper* se vuelve la pieza central de representación y el resultado esperado. En el proceso el trabajo de campo muchas veces se disfruta y hay espacio para la experimentación multisensorial del mar y de la costa, sin embargo muchos de estos datos asistemáticos y de índole más sensorial y perceptiva no son rastreables explícitamente en los resultados: los *papers*. Sin embargo para Viviana, bióloga marina de 52 años, a pesar de que estaba fuera de lo que era considerado propio del método científico y valorado en la Facultad, “el cuelgue²⁷” es percibido por ella como fundamental para la obtención de los resultados que tuvo en su investigación. De acuerdo a su relato:

La tesis de doctorado me dió eso también, una libertad de poder empezar a usar más la intuición (...), con herramientas más vinculadas al método científico, sí. Esos esquemas que yo hacía en la playa, distendida, sin presión y sin un formato, era como armar pequeños esquemas de cosas que yo observaba, que, además, que me pasaba de chica, de sentarme frente al arbolito de naranja y ver bichitos, yo lo seguí teniendo, entonces yo iba a la playa, hacía ese muestreo, super pautado, sistemático y no sé qué, pero siempre había un momento en que yo (...), la observación, ¿entendés?, el cuelgue ese, ino lo perdí nunca! Esos cuelgues a mí me dieron mucho dato, que no me daba ese muestreo sistemático, por eso yo me colgaba (...).

A diferencia de Viviana, Facundo, plantea que la práctica de la observación sin una medición no correspondería al científico. No obstante, en su relato menciona, al igual que Viviana, que realiza una observación no tan sistemática, que considera de disfrute pero al mismo tiempo pareciera que en esos momentos releva información relevante para sus resultados. Uno de los cometidos principales de todo el proceso de investigación es la publicación en una revista arbitrada de prestigio internacional, en palabras de Sebastián: “A largo plazo, que esas cosas que estén publicadas en artículos de revistas arbitradas de alto impacto (...) Entonces la satisfacción científica a largo plazo es publicar ahí, en Nature.”

El *paper* en tanto que dispositivo: traduce el trabajo de campo en evidencia científica y en muestreo sistemático y robusto, reordena temporalidades (momentos de trabajo de campo por los ciclos ecológicos de las especies objetivo y tiempos editoriales de las revistas y las evaluaciones académicas) y reinscribe jerarquías (autorías, tipo de revistas, evaluaciones). Así la biología marina oscila entre la experimentación sensorial y disfrute y la normatividad que organiza la presentación del conocimiento. Se observa una dualidad: por un lado el mar como entorno de experiencia multisensorial, disfrute

²⁷ Expresión utilizada para referirse a pensamientos, ideas, sensaciones, que no tienen un hilo conductor a priori.

y proveedor de datos a ser analizados, y por otro, la institución como entorno de legibilidad que convierte esa experiencia en conocimiento público.

En su arquitectura técnica, el *paper*, puede ser descrito como un conjunto de hojas impresas o en un archivo digital en formato doc, docx o pdf. Su extensión varía según la revista, entre 5.000 y 8.000 palabras y está compuesto por secciones delimitadas: resumen, palabras clave, introducción, materiales y métodos, resultados, discusión, conclusiones, referencias bibliográficas (por lo general en formato APA²⁸), agradecimientos, notas al pie, anexos o apéndices. Suele estar escrito en inglés, con una narrativa estandarizada que muchas veces borra las tensiones del proceso. Sin embargo es el resultado material de muchas horas de trabajo que incluye momentos diferenciados: elaboración de un proyecto de investigación, búsqueda de financiamiento (a veces se cuenta de antemano con fondos), conformación de equipos, diseño de metodología de campo, compra de equipamientos y software, trabajo de campo (la fase en la que más disfrute manifiestan experimentar), análisis de muestras en laboratorio, procesamiento de los datos, confección de tablas, análisis de los resultados, análisis estadístico, discusiones entre colegas y finalmente la redacción con narrativa científica del proceso y sus resultados. Con el texto final enviado para su publicación, comienza el periplo de la revisión entre pares, correcciones editoriales, intercambios y muchas horas de pantalla, de cuerpos sentados y cabezas activas.

Al conocer su proceso de creación, desde la perspectiva de sus autores, su materialidad trasciende esa arquitectura técnica y una vez publicado muta su agencia: viaja, circula, es leído, evaluado, citado. Y en caso de no ser publicado puede generar desesperanzas, angustias y/o puede dar impulso para el reinicio del proceso para su aplicación a otra revista. Este objeto textual cuya materialidad es aparentemente neutra, opera como un ensamblaje epistémico, afectivo, colectivo y político, que refleja y transforma al colectivo de naturaleza-cultura en el que se despliega.

En este sentido, mis datos etnográficos dan cuenta de que un *paper* va mucho más allá de la comunicación de resultados: publicar, muchas veces es una parte del proceso de ser investigador que despliega modos de identificación con la práctica (en casi todos los casos más allá del tipo de ciencia que se desarrolle), habilita el acceso a financiamiento, posiciona en disputas por líneas de investigación y define quién es considerado un referente dentro de un área de conocimiento. Sobre este aspecto, entre mis notas de campo (registrada en mayo de 2016 en la UdelaR), hay una que refiere al día en que participé de una reunión entre varios equipos de investigación, en la que se disputaban la legitimidad sobre un campo de estudio para fundamentar la asignación y distribución de nuevos recursos económicos para los mismos. En particular, uno de los asistentes con mayor trayectoria argumentaba a favor de su equipo, señalando que la disputa se resolvía buscando en internet quién había publicado sobre el tema, cuánto y cómo; en sus palabras: “sabemos quién es quién viendo lo que publica”. A pesar del clima tenso y de que la controversia no parecía resolverse ese día, el resto de los presentes no cuestionaron dicho argumento.

Esta agencia atribuida al *paper* se sostiene tanto en su dimensión técnica como en su eficacia simbólica. En algunos centros de investigación y formación, la producción académica se difunde y se exhibe en carteleras junto a las oficinas o laboratorios, generando un paisaje institucional y académico donde los textos materializan

²⁸ American Psychological Association.

trayectorias y diferencias. Al respecto puede ser pensado como “recurso”:

(...) si bien en principio [...] aparecerá objetivado en alguna forma, ya sea como objeto propiamente dicho o como parte de la práctica de otros actores, muchos de entre ellos irán siendo incorporados -junto con una o más de sus modalidades socialmente disponibles de uso -como disposiciones más o menos duraderas (Boudieu, 2006, citado por Noel, 2013:17).

Y en tanto que recurso se moviliza para ser reconocido académicamente e incide de diversas formas en los modos y tipos de conocimiento, así como en la elección de los objetos de estudio.

La publicación en determinadas revistas, el número de artículos y su indexación, son elementos que organizan, por un lado, ciertos aspectos de las relaciones entre pares y por otro, marcan fuertemente las trayectorias institucionales, reformulando, muchas veces, las expectativas con las que se llega a la biología marina como vocación o deseo, como señalé anteriormente. Esta presión por publicar es experimentada, muchas veces, con dualidad y tensión: si bien garantiza visibilidad y respaldo y da satisfacción también impone una perspectiva productivista que, como ironizan algunos interlocutores de mi trabajo, a través de viñetas humorísticas que circulan entre colegas, pareciera dejar al corazón fuera del proceso. En estas representaciones gráficas, jocosamente se contrasta la figura del científico del siglo XIX, preocupada por comprender la naturaleza, con la del siglo XXI, ocupada en ajustar los resultados para que encajen en la narrativa exigida por revistas arbitradas²⁹ de renombre internacional. Al respecto, las representaciones y expectativas por las que se llega a la biología marina se van transformando y reencaminando, atravesadas por el marco institucional³⁰ y el campo académico, y el *paper* ocupa un lugar central en el momento de representar a la actividad. En las trayectorias analizadas, la identificación con la práctica incorpora este nuevo aspecto: la producción de artículos científicos. Lo que significa, para muchos, tener respaldo y legitimidad dentro del colectivo. Hay una comunidad científica con la cual se dialoga, algunas veces, anónimamente, porque la mayoría de las veces los autores de los *papers* no saben quiénes fueron sus evaluadores, pero lo importante en este proceso es que estos evaluadores representan a un colectivo. Y cuando se evalúa el *paper* de otro colega, se está contribuyendo con esa tarea a la construcción del colectivo y del conocimiento. En tal sentido, puede ser entendido como una materialidad con agencia que produce conocimiento al mismo tiempo que ensambla un colectivo. Asimismo, la circulación del *paper* no solo permite establecer legitimidades dentro

²⁹ Revistas que, mediante sistema de anonimato de autor, someten artículos a la revisión de expertos en el tema que se está tratando. Cada artículo es examinado por dos investigadores, a quienes se los conoce como árbitros.

³⁰ Al respecto, se observa que los actores sociales se ven afectados por un marco institucional, pues las instituciones bloquean de sus prácticas y productos oficiales un conjunto de actividades que son inherentes a esas mismas prácticas. En sus relatos aparecen algunas acciones, cosas que experimentan y a veces registran en el terreno, que son invisibilizadas en los productos legítimos de la disciplina. Douglas analiza cómo “las instituciones guían de manera sistemática la memoria individual y encauzan nuestra percepción hacia formas que resultan compatibles con las relaciones que ellas autorizan. Fijan procesos que son esencialmente dinámicos, ocultan sus influencias y excitan nuestras emociones sobre asuntos normalizados hasta un punto igualmente normalizado (Douglas, 1986).

del colectivo, sino que para algunos interlocutores cumple una función ética, al constituir un dispositivo de control social sobre las investigaciones y sus posibles usos. Facundo, biólogo marino de 50 años, advierte que la publicación de los resultados no sólo valida la calidad del trabajo, sino que también lo exponen a un escrutinio público. Su preocupación refiere al hecho de que la producción científica que no se publica puede alimentar desarrollos opacos, como los vinculados a la biotecnología militar o la producción de armas biológicas, campos en los que -según sostiene- trabajan muchos biólogos, amparados por grandes fundaciones o financiadores internacionales. En este sentido, publicar no es solamente necesario por el proceso de producción de conocimiento científico sino que tiene implicancias políticas y éticas, al delimitar qué investigaciones son visibles, y cuáles quedan fuera del alcance del control y validación colectiva. Otro aspecto en relación al carácter público del *paper* refiere a que el respaldo y la legitimidad operan no solo a la interna del colectivo como en relación con la sociedad civil, por lo que antes de anunciar resultados o denunciar una situación problemática, Valentín, biólogo marino de 45 años, me explica que es importante publicarlos.

En biología marina, el paper territorializa el conocimiento, estableciendo y legitimando nichos de trabajo, agendas y algunas veces incide en otras instituciones, a partir de la presentación de evidencias científicas para la toma de decisiones en gestión ambiental por ejemplo en el establecimiento de vedas o monitoreos. Así, el *paper* enlaza instituciones y colectivos de lectura con el entorno marino-costero.

El *paper* en tanto que movilizado como recurso, puede ser pensado más que como un documento escrito o un producto final en tanto que una materialidad que viaja, se exhibe, se cita, se acumula, se evalúa, se responde y que: performa. En tanto que actante, incide en la elección de los objetos de estudio, en la estructuración del tiempo de trabajo, en las disputas por reconocimiento y en las formas de narrar y/o construir la naturaleza, el ambiente. Un “recurso” que organiza el acceso a recursos, delimita campos de estudio, o “nichos”, e incide en las trayectorias biográficas de quienes investigan.

Observé que en la práctica científica marino-costera, el *paper* reordena muchas veces calendarios sociales y laborales (campanas, muestreos, trabajo de laboratorio, licencias) y define decisiones metodológicas y espaciales (sitios de muestreo, especies objetivo de estudio, vínculos con otros humanos y no humanos), por lo que participa en las formas de habitar la costa y el mar. Asimismo participa en las agendas de políticas públicas en problemáticas socioambientales. En tal sentido, como objeto, puede ser entendido como una materialidad con agencia que produce conocimiento al mismo tiempo que ensambla un colectivo y forma parte activa de las decisiones, sentires, experiencias y trayectorias de quienes investigan.



Figura 5- Biólogo marino realizando mediciones durante una salida de campo. Autor: Biólogo marino, Mayo de 2014.

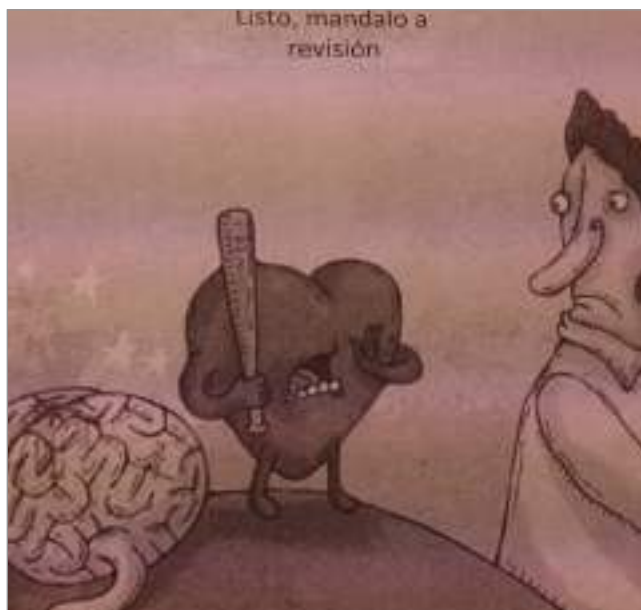


Figura 6- Comic colgado junto a la puerta de biólogo marino. Autor: Leticia D'Ambrosio, Agosto de 2017.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo propuse un acercamiento etnográfico a tres materialidades que forman parte de las prácticas sociales estudiadas, en particular, y de los modos de habitar el espacio marítimo-costero, de forma más general. En el plano metodológico el estudiar tres prácticas y tres materialidades, al mismo tiempo, posibilitó, estar alerta, agudizar mi imaginación y la observación, con vaivenes de alejamiento y acercamiento, familiarización y extrañamiento. De esta forma, fue posible confrontar distintas experiencias empíricas entre prácticas, modalidades de practicarlas y materialidades. Y en el plano conceptual me permitió sortear el análisis en clave de la excepcionalidad de cada materialidad.

Para el análisis tomé los aportes de la antropología que transformaron las perspectivas que concebían a los objetos como soportes pasivos o expresiones materiales inertes, proponiendo un abordaje que los reconoce como entidades capaces de participar en las relaciones sociales. Esta transformación epistemológica ha sido posible gracias a un giro conceptual que desplaza el foco desde la representación hacia la relación, permitiendo formas de pensar las materialidades más allá del dualismo sujeto-objeto. En este marco, los aportes de la teoría del actor-red (Latour, 2005) y la perspectivas del habitar en el movimiento con otros (Ingold, 2012), han sido herramientas relevantes para abordar a las materialidades especiales como entidades que intervienen en la producción de sentidos, afectos, conocimientos y jerarquías en el entorno marítimo-costero del Este de Uruguay.

En este proceso de comprender cómo materialidades especiales median en las formas de habitar el entorno marítimo-costero se observa que las *chalanas*, las *tablas* y los *papers* intervienen como actantes en ensamblajes, en los que confluyen dimensiones: técnicas, sensoriales, epistémicas y morales, que sostienen prácticas de vagabundeo y modos de relacionarse entre humanos y no-humanos. En este sentido estas adquieren

una dimensión que las aproxima a lo que Latour ha definido como “actantes”. Tomados como herramientas de flotación y navegación en el mar y en los círculos académicos, respectivamente, los cuales permiten llegar a otros mares, otras olas, otras playas, otras universidades, otros países y regiones. En tal sentido, aprender la experiencia de surfear para surfistas, navegar y pescar para los pescadores, muestrear y modelar para biólogos, envuelve un esfuerzo que comprende la manera como esos sujetos se relacionan con el entorno en que caminan, pisan, observan, muestrean, nadan, barrenan, reman y se sumergen, acompañados por otros humanos y no humanos (Steil y Toniol, 2011).

Cada una de estas materialidades: *chalanas*, tablas de surf y *papers*, son parte fundamental del proceso de adentrarse en las prácticas y de desarrollarlas, acompañando a los actores sociales en el encuentro con los otros significativos (humanos y no-humanos) y siendo mediadores entre cuerpos, afectos, saberes y colectivos. Y en tanto que actantes estas materialidades especiales median una relación de transmisión de la práctica entre el patrón de pesca y el pescador novato, el surfista experimentado y el surfista aprendiz y el estudiante y el director de tesis o del proyecto de investigación en biología marina.

La *chalana* no solo se utiliza para la navegación y la extracción de especies con valor comercial para las pesquerías artesanales sino que además organiza y diferencia el trabajo productivo, despliega sociabilidades, viabiliza vínculos intergeneracionales, genera sentidos de identificación y pertenencia, y acerca a una ontología relacional con el mar, concebido como un ser con agencia.

La tabla de surf además de objeto indispensable para el desarrollo del deporte aparece destacada como compañía y extensión del cuerpo del surfista en su transitar por el riesgo y el placer en el mar. En tanto que objeto forma parte de redes de producción, circulación y consumo que trascienden lo local y conectan con flujos globales de materiales, saberes y tecnologías.

Y los *papers* científicos, portadores de conocimiento, son también materialidades que nuclean y dan forma a muchas dimensiones de la práctica científica, apareciendo como un actante en los procesos de producción científica, reconocimiento académico, sociabilidades y trayectorias humanas y no humanas. Asimismo circulan en redes internacionales que dan cuenta de legitimidades, jerarquías y formas de hacer ciencia. La mayor parte de los interlocutores de esta investigación introducen de alguna manera un ideal de cómo llevar a cabo su práctica, que moralmente los sitúa en un sitio diferente al de otras formas de serlo, y en esto las materialidades analizadas actúan como “recurso” dando cuenta de esa diferenciación. El *paper*, que diferencia al biólogo marino de quien trabaja para objetivos opacos generando agrotóxicos y armas químicas. La *chalana*, que diferencia a los pescadores artesanales y los distancia de los pescadores industriales. Y los surfistas que de acuerdo a su tabla (y a su proceso de creación) imprimen un modo de ser surfista asociado a un lifestyle particular.

En perspectiva comparada- tomando los aportes de Latour e Ingold- en las tres prácticas sociales estudiadas, se desarrollan: jerarquías, pertenencias, temporalidades y movilidades que son mediadas por materialidades que pueden ser entendidas como actantes: la *chalana*, la tabla y el *paper*. Siguiendo a Latour, cada salida embarcados puede ser entendida como un ensamblaje de la red, donde el diseño, dispositivos, aprendizajes y afectos se suceden. Mientras que en el surf el despliegue técnico y performativo se condensa en la tabla y en su adecuación al spot a ser surfado. Asimismo,

en las investigaciones biológicas observé que la autoría, las coautorías y los tipos de revistas despliegan rangos y reconocimientos dentro del colectivo. Por otra parte, retomando a Ingold, observo que el vagabundeo, ofrece una clave adecuada para leer los movimientos con las materialidades que no solamente conllevan desplazamientos, sino que a partir de este se generan conocimientos situados. Con la *chalana*, habitar el mar implica conocer y anticipar cambios en los vientos, prever temporales y llegar a los lugares de pesca. Con la tabla, es aprender a leer vientos, a remar y a tomar olas, es conocer cada playa y también habitarla a partir de conocer otras. Con el *paper* es habitar la playa para muestrearla y traducirla en datos y modelos, y publicar para generar conocimiento de acceso público. En los tres casos, el vagabundeo no niega la técnica sino que por el contrario la incorpora como forma de conocer y experimentar, así como ética del cuidado (mantenimiento de las embarcaciones, cuidado de las tablas, estandarización responsable de los muestreo y publicación de los datos). Seguir sus líneas da cuenta de las movilidades que acarrear como extensiones del habitar (millas de navegación, km. de viajes por olas, circulación de muestras y papers).

La *chalana*, las tablas de surf, así como los *papers*, nos hablan de procesos globales y locales, de políticas de importación, de investigación, de centro y periferia, también de la economía del país y del departamento, que atraviesan las trayectorias y líneas de los actores en relación con otros. Los estudios del habitar y las materialidades toman relevancia y dan un giro desde esta perspectiva, entendiendo al entorno y los objetos cotidianos ensamblados a las trayectorias de humanos y no-humanos y a imágenes de otros espacios lejanos o imaginados.

Bibliografía

- Adomilli, Gianpaolo (2007). *Terra e mar, do viver e do trabalhar na pesca marítima. Tempo, espaço e ambiente junto a pescadores de São José do Norte- RS*. Tese de Doutorado. Porto Alegre: PPGAS - UFRGS.
- Altmann, Leonardo (2024) *Maldonado - Punta del Este (Uruguay): entre la urbanización turística y nuevo espacio estatal. Momentos y dimensiones de la urbanización (1974- 1982)*, Tesis de Doctorado, Buenos Aires: UGS.
- Bourdieu, Pierre (2000). *Homo Academicus*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Colaço, José (2015). *Quanto custa ser pescador artesanal? Etnografia, relato e comparação entre dois povoados pesqueiros no Brasil e em Portugal*. Río de Janeiro: Garamond.
- Comaroff, John y Comaroff, Jean (2013). *Teoría desde el sur. O cómo los países centrales evolucionan hacia África*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- D'Ambrosio, Leticia; Lembo, Victoria; Amato, Blas y Thompson, Diego (2010). *El mundo sumergido. Una investigación antropológica de la pesquería del mejillón en Piriápolis y Punta del Este*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- D'Ambrosio, Leticia (2017) *“Leer el mar”: una etnografía habitando la costa, la tierra y el mar, con surfistas, pescadores artesanales y biólogos, en un balneario del Este de Uruguay*. Tesis de Doctorado, IDAES-UNSAM.
- Diegues, Antonio (2003). *A interdisciplinariedade nos estudos do mar: o papel das ciências sociais*. Conferência proferida na XV Semana de Oceanografia. Sao Pablo: USP.

- Douglas, Mary (1986). *Cómo piensan las instituciones*. Madrid: Editorial Alianza Universidad.
- Dumont, Guillaume (2011). “Antropología multi-situada y ‘Lifestyle Sports’: por un examen de la escalada a través de sus espacios”. *Revista de recerca I formació en antropologia Perifèria*, n.º 14. Disponible en revista-redes.rediris.es/Periferia/Articles/2-Dumont.pdf (Consulta: julio de 2017).
- González, Ariel (s/d). *El juego en las olas. He’e Enalu (surfing)*. (s/d).
- Ingold, Tim (2012). *Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología*. Montevideo: Trilce.
- Kant de Lima, Roberto y Pereira, Luciana (1987). *Pescadores de Itaipu*. Río de Janeiro: EDUFF.
- Knijnik, Dorfman y Oliveira Cruz, Livia (2010). “Amazon of the Seven Seas: The Bodily Image of the Seven Seas: The Bodily Image of some Brazilian Female Surfers”. *Revista do Nufen*, ano 2, v. 1, n.º 2, julho-dezembro.
- Latour, Bruno (2005). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Maldonado, Simone (1994). *Mestres e mares: espaço e divisão na pesca marítima*. San Pablo: Annablume Editora.
- Malinowski, Bronislaw (1986). *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona: Planeta DeAgostini.
- Mauss, Marcel (1979). *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos.
- Noel, Gabriel (2013). De los códigos a los repertorios: algunos atavismos persistentes acerca de la cultura y una propuesta de reformulación. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 3(2).
- Segura, Ramiro (2015). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Steil, Alberto y Toniol, Rodrigo (2011). Ecología, corpo e espiritualidade: uma etnografia das experiências de caminhada ecológica em um grupo de ecoturistas. *Caderno CRH*, v. 24, n.º 61, págs. 29- 49, enero-abril, Salvador. Disponible en http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0103-49792011000100003&script=sci_arttext (Consulta: marzo de 2013).
- Taks, Javier (2000). Modernización de la producción lechera familiar y las percepciones del ambiente físico y social. En: Gorski, S. (comp.), *Anuario. Antropología social y cultural en Uruguay*, Departamento de Antropología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Montevideo: Nordan - Comunidad.
- Wheaton, Belinda (2004). *Understanding Lifestyle Sports: Consumption, Identity and Difference*. Londres: Routledge.



Leticia D'Ambrosio Camarero es Licenciada en Ciencias Antropológicas (FHCE-UDELAR, Uruguay), Magister en Ciencias Sociales (FLACSO, Argentina), Doctora en Antropología Social (IDAES-UNSAM, Argentina), se desempeña como Profesora Adjunta en la Universidad de la República e integra el Sistema Nacional de Investigadores de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación, Uruguay.

Red de agua y saneamiento en un barrio del conurbano bonaerense: reflexiones sobre una infraestructura a la deriva¹

[MARÍA FLORENCIA GIROLA]

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas,
Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Buenos Aires
florenciagirola@gmail.com

Resumen

Este escrito se inscribe en el campo de los estudios sociales sobre infraestructuras, al cual procuro contribuir mediante una reflexión sobre los vínculos entre habitar e infraestructura en un contexto de relegación urbana. Para ello describo y analizo las prácticas de gestión de la red de agua y saneamiento que despliegan los habitantes de Roberto Arlt, un barrio situado en La Matanza que fue producto de una política federal de construcción de viviendas. Para su abastecimiento, Roberto Arlt cuenta con pozos de captación de agua subterránea, también posee una planta de tratamiento de líquidos cloacales domésticos. Estos dos sistemas técnicos, imprescindibles para la reproducción de la vida, se encuentran a cargo de los residentes. El artículo se basa en los materiales generados durante un trabajo de campo en dicha localidad, a la cual accedí como integrante de distintos proyectos de investigación. El enfoque etnográfico adoptado priorizó el registro de situaciones de observación participante e intercambios dialógicos que compartí con los interlocutores en sus lugares de frecuentación habitual (viviendas, merendero, junto a las bombas de agua, en la planta depuradora). Este abordaje ha permitido identificar rutinas, modos de hacer y nominar, formas de clasificar, calificar, percibir y vivenciar estos objetos infraestructurales que configuran de modo particular la experiencia del habitar en Roberto Arlt.

Palabras clave: habitar, infraestructura, agua/saneamiento, etnografía

Water and sanitation network in a Greater Buenos Aires neighbourhood: reflections on a drifting infrastructure

Abstract

This paper engages in the field known as social studies of infrastructure, to which I intend to contribute by reflecting on the links between dwelling and infrastructure



¹ Artículo recibido: 10 de marzo de 2025. Aceptado: 18 de septiembre de 2025.

in a context of urban relegation. In order to achieve this, I describe and analyze the water and sanitation network management practices of the inhabitants of Roberto Arlt. This neighbourhood, which is located in La Matanza district, is the result of federal housing policies. For the internal water supply, Roberto Arlt has pumps and groundwater collection wells, as well as a treatment plant for domestic sewage. These two complex technical systems, key for the reproduction of life, are taken care of by the dwellers. This article is based on the data retrieved during my fieldwork in the neighbourhood, to which I had access as a member of different research projects. The ethnographic approach prioritized the recording of participant observation situations and discussions shared with the inhabitants in places where they frequently dwell (houses, community kitchen, by the water pumps, at the water treatment plant, among others). This approach has enabled me to identify routines, ways of doing and naming, patterns for classifying, assessing, perceiving and experiencing these infrastructural objects that shape the experience of living in Robert Arlt in a particular way.

Keywords: dwelling, infrastructure, water/sanitation, ethnography

Rede de água e saneamento em um bairro da Grande Buenos Aires: reflexões sobre uma infraestrutura à deriva

Resumo

O presente artigo faz parte do campo conhecido como estudos sociais das infraestruturas, ao qual visou contribuir refletindo sobre os vínculos entre moradia e infraestrutura em um contexto de degradação urbana. Para esse fim, descrevo e analiso as práticas de gestão da rede de água e saneamento dos moradores do bairro Roberto Arlt. Localizado no distrito de La Matanza é o resultado de políticas federais de construção de moradias. Para o abastecimento interno de água, o Roberto Arlt conta com bombas e poços de coleta de águas subterrâneas, além disso conta com uma estação de tratamento de esgoto doméstico. Esses dois sistemas técnicos complexos, fundamentais para a reprodução da vida, são cuidados pelos moradores. O artigo é baseado nos dados recuperados durante um trabalho de campo no bairro, aos quais tive acesso como membro de diferentes projetos de pesquisa. A abordagem etnográfica priorizou o registro de situações de observação participante e discussões compartilhadas com os moradores em lugares onde eles frequentemente residem (casas, cozinha comunitária, nas bombas de água, na estação de tratamento de água, entre outros). Essa abordagem me permitiu identificar rotinas, maneiras de fazer e nomear, padrões para classificar, avaliar, perceber e vivenciar esses objetos de infraestrutura que refletem de modo particular a experiência de viver no bairro Robert Arlt.

Palavras-chave: moradia, infraestrutura, água/saneamento, etnografia

Introducción



Imagen 1- Nota del Diario Clarín, 02/03/2023. Disponible en: <https://www.clarin.com/ciudades/pozo-gigante-dejo-descubierto-entranas-ciudad-colapsa-transito-calle-clave>

El titular, el copete y la fotografía publicados en un diario argentino oficializan como disparadores de las reflexiones a compartir en estas páginas. La noticia alude a una temática que podría parecer anodina, un asunto de expertos en Ingeniería sin relevancia alguna para las Ciencias Sociales. La foto capta a una transeúnte que se asoma sobre un “pozo gigante que dejó al descubierto las entrañas de la ciudad”, interesa destacar el uso del término *entraña* que remite a un órgano esencial pero escondido. La bajada de la nota enfatiza el *colapso* que provocó la irrupción repentina de *cañerías centenarias* en una calle de Buenos Aires y anuncia el arreglo que las devolverá a su habitual estado de normalidad oculta. Texto e imagen se retroalimentan para poner en juego visiones naturalizadas y extendidas sobre objetos que nos rodean pero en los que raramente pensamos: redes de circulación de agua y desechos que hacen posible la vida urbana, sistemas soterrados de carácter técnico que se abren a la mirada del peatón solo cuando un desperfecto requiere ser reparado.

En las últimas tres décadas, la investigación socio-antropológica sobre infraestructuras, pues de ellas se trata, se consolidó como un campo temático que complejizó estas concepciones arraigadas y abrió debates sobre cuestiones que también despuntan en la pieza periodística: la tensión entre invisibilidad / visibilidad; la imbricación permanente de componentes técnicos y sociales que caracterizan a las infraestructuras; su inevitable atravesamiento por parte del tiempo (la distinción entre funcionamiento normal y paralización extraordinaria es una entre múltiples temporalidades posibles); la decadencia-mantenimiento-reparación como un *continuum* donde la falla está más cerca de la regla que de la excepción.

La finalidad de este escrito es contribuir a dicho campo de especialización mediante una reflexión sobre los vínculos entre habitar e infraestructura en un contexto urbano periférico. Para concretar este objetivo describo y analizo las prácticas de gestión de la red de agua y saneamiento que despliegan los habitantes de Roberto Arlt, barrio situado en La Matanza que fue construido en el marco de una política pública de vivienda. Roberto Arlt cuenta con pozos de captación de agua subterránea y con una planta de tratamiento de líquidos cloacales domésticos, dos sistemas específicos que quedaron bajo el control de los residentes una vez finalizada la adjudicación de las casas.

El artículo se sustenta en los materiales generados durante un trabajo de campo que comenzó en 2020 cuando me incorporé al Proyecto Vectores de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires (FIUBA), una iniciativa orientada a generar propuestas que contribuyan a la transformación de la estructura productiva, económica y social de la Argentina. Para ello, este amplio proyecto se subdivide en 12 equipos que abordan temáticas diversas y de importancia estratégica (Desarrollo Sustentable, Industria Aeroespacial y Satélites, Movilidad Eléctrica, Sistema Ferroviario, Sistema Nuclear, Petróleo y Gas, TICS, etc.). En febrero de 2020, por intermedio de una antropóloga que participaba del Vector sobre Sistema Agroalimentario y Bioproductos, entré en contacto con miembros del Vector de Integración de Barrios Populares. Conformado por profesionales de distintas ramas de la Ingeniería (Agrimensura, Civil, Química, Industrial), el subgrupo estaba especialmente interesado en sumar a profesionales de las Ciencias Sociales a fin de coordinar y potenciar capacidades de distintas facultades en el abordaje de una temática compleja y multi-dimensional como es el hábitat popular. En marzo de 2020, los intercambios iniciales -telefónicos, vía correo electrónico y WhatsApp- condujeron a una primera reunión que tuvo lugar en una sede de FIUBA. Allí conocí con más detalle las actividades que venían realizando en un barrio porteño y dos bonaerenses: villa La Carbonilla (La Paternal, Ciudad de Buenos Aires), asentamiento Puerta de Hierro y barrio Roberto Arlt (Municipio de La Matanza). En el marco de un PIUBAMAS en curso (Proyecto Interdisciplinario de la UBA sobre Marginaciones Sociales), el Vector de Integración de Barrios Populares llevaba adelante -en las localidades mencionadas- acciones dirigidas a: producir información técnica relativa a la situación catastral y la regularización dominial de las viviendas; elaborar diagnósticos y propuestas para mejorar las condiciones de provisión de servicios públicos de agua y saneamiento; contribuir a la organización comunitaria y a la canalización efectiva de demandas hacia los organismos y entidades correspondientes.

Ante la imposibilidad de abarcar en profundidad todos los contextos empíricos, decidí concentrarme en Roberto Arlt por razones que entremezclaban aspectos sociales y biográfico-académicos. Por un lado, La Matanza es un municipio emblemático del conurbano bonaerense (por su extensión, gran cantidad de población, históricamente gestionado por intendentes pertenecientes al partido justicialista /peronismo, con una fuerte tradición de organizaciones y movimientos sociales) en el cual no había tenido ninguna experiencia de trabajo. Por otro lado, a diferencia de Puerta de Hierro, Roberto Arlt no era un barrio autoconstruido sino producto de una política federal, lo cual me abría una situación interesante de explorar. Por último, y no menos importante, cabe mencionar la singular situación sanitaria del barrio: fuera de la cobertura de AySA (Agua y Saneamientos Argentinos), sus redes de agua y cloacas habían sido construidas por el Instituto Provincial de la Vivienda (de ahora en adelante IPV) pero eran mantenidas

por los habitantes, esto suponía una condición liminal-intersticial digna de conocer. A lo largo de 2020, debido a la pandemia, las interacciones entre miembros del Vector de Integración de Barrios Populares y los habitantes del barrio fueron bajo la modalidad de virtualidad sincrónica. A partir de 2021 reanudamos un trabajo en terreno que se prolongó hasta 2024².

Como señalaron Hidalgo et. al. (2007), la constitución de equipos interdisciplinarios es crecientemente valorada en el ámbito universitario a la hora de conceptualizar cuestiones complejas y relevantes. Se trata de una forma mundialmente emergente de producción de conocimiento que reúne a científicos con distintas formaciones y perspectivas cognitivas. Los Programas Interdisciplinarios de la UBA surgieron en 2007 como una de sus principales apuestas para incentivar la investigación orientada a la resolución de problemas sociales (Masseilot y Carli 2025). Mi incorporación al Vector de Integración de Barrios Populares y a los proyectos antes mencionados (PIUBA-PIUBAMAS y PDE) representó un desafío que movilizó expectativas mutuas, saberes especializados y diferenciales. El diagnóstico en torno a las infraestructuras de agua y saneamiento de Roberto Arlt requería de la presencia de ingenieros y químicos (para evaluar el estado de las cañerías y su corrosión, para calcular el volumen de agua y desechos que podían soportar, para analizar la calidad microbiológica del agua de consumo -entre otros aspectos); por su parte, el mantenimiento vecinal-comunitario de ambos sistemas tornaba importante la participación de científicos sociales. Ingresé al equipo con prenociones sobre las ciencias formales y físico-naturales, a las cuales entiendo como dominios de saber cuyas potentes derivaciones tecnológicas configuraron las sociedades contemporáneas; y con una concepción de la Ingeniería como profesión encaminada a la búsqueda de soluciones que se rigen por criterios matemáticos universales de medición y predicción. En cualquier caso se trataba de prejuicios en el sentido positivo que Gadamer (1988) otorga al término, inevitables ideas *a priori* que posee todo intérprete, que se tensionaban fuertemente con las dudas respecto de mis aportes al equipo: ¿qué contribuciones podría realizar alguien proveniente de la antropología, una disciplina que tal como la ejerzo se orienta a la comprensión de procesos, prácticas e interacciones sociales particulares y contextualizados?; ¿cómo hacer dialogar la lógica experimental de la intervención técnica con un oficio etnográfico de raíz comprensivista que se aleja de la investigación instrumental para reconstruir la pluri-perspectiva sobre determinada problemática?; ¿cómo generar miradas y categorías en común en torno a lo infraestructural-inerte y su contrapuesto, lo humano-vivo, un universo simbólicamente preconstituido atravesado por el conflicto y relaciones de poder (Giddens 1982)?

No pretendo agotar la respuesta a tales interrogantes en este apartado, mucho menos adentrarme en el profundo debate relativo a la inter/multi/transdisciplina (una

² Esta labor fue realizada como parte de mi proyecto individual correspondiente a la Carrera de Investigador Científico del CONICET pero también contó con el apoyo financiero y humano de los siguientes programas: 1) Proyecto UBACYT de Investigación Básica (programación 2020) radicado en ICA-FFyL-UBA bajo mi dirección; 2) PIUBA-PIUBAMAS (Programas Interdisciplinarios de la UBA sobre Marginalidades Sociales) y PDE (Proyecto de Desarrollo Estratégico), de sucesivas programaciones, radicados en la Facultad de Ingeniería de la UBA bajo la dirección de la Dra. Rosa Pueyo y la co-dirección de la Dra. Patricia Cerrutti. La Lic. en Ciencias Antropológicas María Belén Garibotti, Becaria Doctoral UBA, también se integró a estos proyectos y participó del trabajo de campo en Roberto Arlt y en La Carbonilla (referente empírico involucrado en su investigación de Maestría y Doctorado).

deuda pendiente que espero saldar con la rigurosidad que amerita en otra ocasión), pero al menos quisiera esbozar unas pocas reflexiones -seguramente incompletas y desordenadas- que se derivan del camino transitado. Con el transcurso del tiempo, de las actividades en terreno y del establecimiento de relaciones de confianza / cooperación entre miembros del equipo y con algunos residentes de Roberto Arlt, logré -logramos- delinear roles, concretar acuerdos y matizar prenocios. En un plano que podría definir como metodológico-epistemológico me encargué del registro de las jornadas de campo, de confeccionar documentos que fijaron por escrito nuestra propia actuación y los intercambios con los habitantes a fin de contar con material que alimentara la autorreflexión colectiva. En un plano teórico-empírico, enriquecido por mi “descubrimiento” de bibliografía socio-antropológica sobre infraestructura y por la observación / registro de acciones *in situ* que ponían en juego la articulación de saberes de ingenieros y residentes (medición de la profundidad de pozos, revisión de tableros eléctricos, inspección de tanques, etc.), el grupo debatió y acordó sobre la inextricable imbricación de aspectos técnicos y sociopolíticos en el funcionamiento de los sistemas de agua y saneamiento que eran objeto de intervención. Por último, en términos más personales-cognitivos, cabe señalar que la experiencia me permitió suavizar distinciones previas y rígidas entre conocimiento experto y lego, entre la exactitud/objetividad de las “ciencias duras” *versus* la imprecisión/subjetividad de las “ciencias blandas”, comprender el carácter inescindible del mundo natural-material y social; reconocer que todos ellos están igualmente habitados por la opacidad, lo incierto, la contingencia y la contradicción.

Los datos que presentaré a continuación fueron producidos en situaciones de observación participante e intercambios dialógicos que compartí con los interlocutores en sus lugares de frecuentación diaria: el umbral, patio o interior de alguna vivienda, un merendero local, recorridos observacionales por las calles del barrio, el Salón de Usos Múltiples (SUM) y su plaza contigua, las inmediaciones de la escuela, junto a las bombas de abastecimiento de agua o la planta depuradora (“la planta” como suelen abreviarla los vecinos). Durante la estadía en campo prioricé las situaciones de conversación informal cotidiana por sobre las entrevistas previamente pautadas (Devillard et.al. 2012); estos intercambios se produjeron en caminatas y encuentros que compartí con los habitantes y profesionales de FIUBA. En ninguna de las jornadas estuve sola sino acompañada por miembros del Vector de Integración de Barrios Populares, en su gran mayoría graduados y algunos estudiantes avanzados de Ingeniería que realizan actividades en terreno para acreditar una materia del plan de estudio (la asignatura Trabajo Profesional).

El enfoque etnográfico adoptado en la investigación priorizó la elaboración de documentos escritos (notas tomadas *in situ* y posteriormente ampliadas como registros de campo) orientados a una reconstrucción lo más fidedigna posible de las interacciones ocurridas en la escala de la vida cotidiana, entendida esta última como un momento de la reproducción social general (Heller 1976; Rockwell 2009). La confección de estas fuentes primarias, que permite fijar la textualidad de lo dicho y acontecido en su contexto de producción, representa una marca del oficio y la argumentación antropológica que abreva en la tradición clásica de la disciplina. Reconfiguradas y enriquecidas en el plano teórico-metodológico y técnico a partir de debates epistemológicos recientes, las aproximaciones cualitativas/comprendistas permanecen fecundas para las investigaciones en ámbitos contemporáneos que procuran comprender la visión que

los agentes sociales tienen de sus propios mundos y reconocer la lógica implícita en la vida diaria (Batallán 2018).

El artículo se organiza en torno a preguntas que a modo de hilo conductor orientaron la investigación: ¿qué características asume la relación entre habitar e infraestructura en un contexto de relegación urbana, qué rasgos singulares asume la provisión de agua y saneamiento en el barrio Roberto Arlt, cómo vivencian y gestionan diariamente sus habitantes ambos sistemas infraestructurales; qué prácticas y saberes movilizan? Para abordar tales interrogantes he dividido el escrito en dos secciones. En la primera presento la revisión conceptual y teórica que acompañó el proceso de investigación con el foco puesto en las categorías de *habitar* e *infraestructura*. En un segundo apartado presento el referente empírico para luego describir y analizar las prácticas vinculadas a la puesta en funcionamiento, mantenimiento y reparación de la red de agua y saneamiento de Roberto Arlt, con la intención de integrar mirada teórica y exploración empírica. El abordaje etnográfico ha permitido registrar rutinas, modos de hacer y nominar; formas de clasificar, calificar, percibir y vivenciar las infraestructuras que participan de forma singular en la experiencia del habitar en este barrio bonaerense.

Apuntes sobre un recorrido de precisión conceptual y apertura teórica

Identificar las categorías analíticas involucradas en el objeto de estudio construido representa un paso indispensable de toda investigación. En este apartado interesa reponer algunos elementos vinculados a un camino de precisión conceptual y apertura teórica antes que alcanzar definiciones cerradas. Explorar los lazos entre habitar e infraestructura supone, entonces, detenernos por un momento en cada uno de estos términos.

Como primer elemento de la formulación problemática, el *habitar* alude a la relación de los seres humanos con el espacio, al establecimiento de referencias que vuelven un lugar inteligible, provisto de usos y significados colectivamente aceptados -pero también disputados y en conflicto. Habitar una metrópolis supone reconocer los distintos tipos de espacio que la componen: lugares de trabajo y producción, ámbitos para el aprovisionamiento y esparcimiento, comercios, medios de transporte, espacios públicos y muchos otros entre los cuales destaca, claro está, el hábitat con su conjunción inescindible de suelo, vivienda e infraestructuras de servicios localizadas, diferenciadas y desiguales (Lacarrieu 2021).

Bajo la influencia fenomenológica de M. Heidegger, M. de Certeau y E. de Martino, la antropóloga ítalo-mexicana A. Giglia ha reflexionado en profundidad sobre el habitar como una actividad humana básica ligada a la producción de un orden espacio-temporal procesual, socialmente construido y permanente que se gesta en condiciones marcadamente desiguales. El habitar no se reduce a residir o poseer una vivienda sino que implica hacerse presente en un lugar -de modo estable, móvil o efímero- mediante la movilización de competencias tanto prácticas -usos y apropiaciones- como hermenéuticas -sentidos y vivencias-. Esta autora construyó una reflexión contextualizada que contempla desde las colonias populares auto-construidas por sectores de bajos recursos en la Ciudad de México, hasta condominios cerrados poblados por clases medias y altas. También ha explorado los modos de habitar espacios públicos -mercados callejeros por ejemplo- y semipúblicos -centros comerciales- con eje en los códigos de urbanidad y formas de sociabilidad allí reinantes. Desde esta fructífera perspectiva, la población “sin techo” también despliega prácticas

de ocupación, domesticación y humanización de la calle y constituye, probablemente, la máxima situación de desamparo y desigualdad asociada al habitar (Giglia 2012).

La diferenciación entre habitar y residir, o la ampliación del primero hacia un horizonte que rebasa la vivienda, sintoniza con la propuesta de T. Ingold (2012) de pensar el habitar como un trabajo de diseño y composición que inscribe la huella humana en sus entornos; la práctica de habitar el mundo y sus ambientes es un devenir perpetuo de actividades que sostienen la vida y disuelven cualquier tipo de dicotomía (entre biología y cultura, entre lo natural y artificial). En el escenario regional-local, esta perspectiva resuena fuertemente en el enfoque desplegado por E. Álvarez Pedrosian y equipo. Con foco en los barrios montevideanos, este grupo procura comprender las formas urbanas contemporáneas del habitar, entendiendo a este último como un trabajo de subjetivación que involucra territorios y materialidades, humanos y no-humanos, narrativas, memorias y afectos entre otros elementos (Álvarez Pedrosian et. al. 2023)³. El grupo enriquece la concepción heideggereana del habitar/construir con aportes de M. Foucault (a través de la noción de heterotopía), G. Deleuze y F. Guattari (mediante el concepto de des-territorialización) e Ingold (mundos de la vida y dimensión vincular del proceso de habitar o habitación). Se trata de una interesante línea de trabajo que integra etnografía colaborativa, antropología, geografía, psicología social, entre otras disciplinas.

Con la seguridad de no haber agotado en absoluto los debates sobre el habitar sino de tan solo haber identificado piezas que alimentan un pensamiento en construcción, a continuación me concentro de modo algo más extenso en el segundo término de la relación problemática que interesa indagar, la *infraestructura*. Ciertamente la producción de conocimiento sobre esta temática no es algo nuevo. El análisis de los vínculos entre ciudad y provisión de servicios, para mencionar un área significativa y afín a nuestro interés, concitó desarrollos críticos elaborados desde la década del '70. El interés por los cambios en las formas de producir infraestructuras urbanas (estatización, privatización, alianzas público-privadas) y su rol dinamizador de los procesos de acumulación capitalista en países centrales y dependientes, tanto en períodos de industrialización como de globalización financiera, se ha mantenido como tópico hasta el presente (Delgadillo 2021; Rufino 2024). Sin embargo, lo que aquí interesa subrayar es que desde comienzos del siglo XXI se vienen generando investigaciones que, en continuidad con dichos antecedentes, han aportado a una renovación de objetos y abordajes. Esta revitalización se nutre de diversas disciplinas de las Ciencias Sociales y Humanidades: antropología, sociología, geografía, ciencia política, historia y filosofía -entre otras- ampliaron marcos interpretativos y categorías analíticas para trascender los aspectos técnicos, económicos-financieros y el plano jurídico regulatorio antes predominantes.

Desde la aparición de algunos artículos pioneros inscriptos en los Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología hacia mediados de los noventa, hasta compilaciones más cercanas en el tiempo, las infraestructuras pasaron de considerarse mero *background* material a estar en el centro de la reflexión social (Star y Ruhleder 1996; Star 1999; Hetherington 2019). Este desplazamiento se ha enriquecido con los debates en torno

³ Me refiero concretamente al Programa en Estudios Culturales Urbanos y Territoriales del Laboratorio Transdisciplinario de Etnografía Experimental (LABTEE) con sede en la Universidad de la República (UDELAR, Uruguay).

al antropoceno y el cambio climático, dos categorías que nos recuerdan que detrás de la gestión del agua, los desechos, las movilidades y la comunicación/información se encuentra la naturaleza del planeta que habitamos (Cortado 2024). Como remarcó este último autor, las investigaciones socio-antropológicas sobre infraestructuras han criticado la narrativa liberal-desarrollista que las equipara con progreso lineal e indiscutido; un relato que las despolitiza y reduce a una dimensión técnica ajena a efectos, afectos y percepciones bastante más ambiguas. El auge de la especialidad es particularmente fuerte en las academias anglosajonas, donde hay quienes no dudan en referirse a un giro infraestructural -*infrastructural turn*- dentro de la teoría sociourbana postcolonial (Vasan 2019). Los *infrastructural studies* tienden a coincidir a la hora de caracterizar a las infraestructuras como procesos socio-técnicos que habilitan -a la vez que deshabilitan y/o restringen- la circulación de bienes y personas; sistemas incrustados en la topografía, el clima y la vida social que incluyen objetos tan diversos como cañerías de agua/saneamiento o líneas eléctricas y otros más espectaculares como tuberías de gas y petróleo o rutas (Harvey y Knox 2015). El renovado atractivo de las infraestructuras dialoga con los enfoques postdualistas que discuten las dicotomías naturaleza/sociedad, humano/no humano, vivo/no vivo; al tiempo que se preocupan por la materialidad y eventual agencia de los artefactos (Hornborg 2025).

La definición de la categoría misma de infraestructura está lejos de ser un asunto consensuado y saldado, pero una exploración más exhaustiva excedería los límites de este escrito. No obstante, cabe apuntar que en una versión amplia remite a todo soporte de la vida social aglomerada (desde esta perspectiva escuelas y hospitales constituyen infraestructuras de educación y salud, los centros comerciales de consumo y esparcimiento, las fábricas de producción, etc.). En una acepción algo más restringida, como la que utilizaré aquí, la infraestructura alude a ensamblajes fijos e inmovilizados en el espacio que permiten la movilidad/distribución de distintos tipos de recursos y servicios (represas, caminos, redes de agua / saneamiento / electricidad, cables de fibra óptica, red ferroviaria, túneles y tuberías, etc.). Junto con la definición, también puede variar la cobertura geográfica: hay infraestructuras rurales, urbanas, regionales e internacionales. Se trata de propiciar, pues, usos siempre contextualizados que permitan reconocer los alcances del término⁴.

Los estudios más recientes prestan atención a las formas localizadas y desiguales de experimentar las infraestructuras con énfasis en el denominado Sur Global. Una recopilación de Anand, Gupta y Appel (2018), por ejemplo, es representativa de esta tendencia. La obra abarca locaciones bien diferentes a fin de problematizar temporalidades, tecnopolíticas y biopolíticas, luchas nacionalistas / anti-apartheid y anti-imperialistas involucradas en distintas infraestructuras: desde conductos petrolíferos en Guinea Ecuatorial y provisión de energía en Sudáfrica y Vietnam, hasta carreteras en Perú. Las pesquisas giran mayormente en torno a las maneras de vivenciar estos artefactos por parte de los habitantes de metrópolis de Asia, África y América Latina (las regiones del planeta con mayor crecimiento demográfico y tasa de urbanización), y muy especialmente de quienes pueblan sus zonas marginales. Los

⁴ Harvey et. al. (2017) afirman que una definición unívoca y definitiva permanece elusiva y se inclinan por una caracterización doblemente relacional de las infraestructuras: por un lado constituyen tecnologías que reúnen diversos materiales, por otro lado sostienen relaciones sociales vinculadas con algún dominio de actividades.

slums o barrios populares de ciudades como Mumbai (India), Lagos (Nigeria) Kinshasa (República Democrática del Congo) y Johannesburgo (Sudáfrica) se caracterizan por la auto-construcción de viviendas e infraestructuras precarias y provisionales que difuminan las fronteras entre formalidad e informalidad, legalidad e ilegalidad, planificación e improvisación, lo íntimo y lo público (Davis 2014; Simone 2004 y 2015). Líneas de trabajo como las de Graham y Marvis (2001) resultan muy significativas para el caso que abordo en la siguiente sección. Los autores cuestionaron el *ideal infraestructural moderno*, un modelo de provisión universal y eficiente asociado a los países desarrollados pero que ni siquiera allí se cumple cabalmente, máxime en tiempos de neoliberalismo y reducción del Estado de Bienestar. El horizonte comparativo de sus aportes ha puesto de relieve que los flujos que sustentan la vida urbana moderna funcionan mal, se interrumpen y fallan con frecuencia, o directamente colapsan de manera más o menos impresionante. Los desperfectos infraestructurales están lejos de ser un patrimonio exclusivo de los países subdesarrollados sino acontecimientos que discurren de norte a sur.

América Latina no ha permanecido al margen de estas tendencias y nuevas aproximaciones se sumaron a los estudios ya clásicos de S. Segal (1981), L. Kowarick (1984), P. Pérez (2000) y F. Carrión (2013), por mencionar solo algunos nombres. Los debates generados por estos autores en torno a marginalidad, ciudadanía, expropiación y urbanismo progresivo (en referencia a las ocupaciones de tierras y a la autoconstrucción de barrios populares) son antecedentes ineludibles para una reflexión sobre las desigualdades históricas que caracterizan a las infraestructuras urbanas del subcontinente. Recientemente, Velho y Ureta (2019) sistematizaron algunas líneas predominantes en la región: las investigaciones sobre vínculos entre formación del Estado, modernización e infraestructuras; el mantenimiento / reparación como prácticas constantes que permiten su funcionamiento -aunque no siempre óptimo; la decadencia como tendencia inherente a estos sistemas agudizada en contextos de ajustes presupuestarios; los procesos de obsolescencia/ruina/ruinación y abandono cuando el arreglo ya no es posible. A esta incompleta casuística podemos agregar: 1) la perspectiva ecológico-política para el abordaje del ciclo del agua en Guayaquil (Swyngedouw 1997); 2) las reflexiones sobre infraestructuras clandestinas, materiales y humanas (camino, rutas terrestres y aéreas, zanjas), que permiten el tráfico de drogas en la frontera entre México y Estados Unidos (Muehlmann 2019); 3) la edificación y reparación de infraestructura doméstica para almacenamiento de agua en un barrio pobre de la ciudad colombiana de Buenaventura (Fernández 2022); 4) las contribuciones teóricas brasileñas que intersectan infraestructura, género y violencia en favelas y ocupaciones (Cavalcanti y Araujo 2023; Pierobon 2021).

En el escenario argentino, el campo de los estudios socio-antropológicos sobre infraestructuras es igualmente prolífico y estimulante, en diálogo con la bibliografía internacional y regional comentada. La principal aglomeración del país concentra una vasta producción. Nardin (2019), por ejemplo, reconstruye las memorias históricas vinculadas a la construcción/mejoramiento de viviendas e infraestructuras en tomas de tierras ocurridas en la zona sur del Gran Buenos Aires. El libro compilado por Zunino Singh et. al. (2021) es un punto de referencia que recoge una diversidad de objetos y contextos. Moreno y Wagener (2023) ponen en relación las etnografías sobre infraestructuras urbanas y la antropología política a través de la reconstrucción de las acciones cotidianas de habitantes de barrios populares del norte y noroeste del Gran

Buenos Aires. Barreto (2024), por su parte, aborda los modos en que una infraestructura creada para la gestión de residuos -conocida como relleno sanitario- afecta múltiples aspectos del habitar en barrios consolidados y en nuevos asentamientos de la misma conurbación. En contextos provinciales urbanos, pero también periurbanos y rurales, cabe mencionar: 1) las reflexiones de Gaztañaga et. al. (2016) sobre el trabajo político involucrado en la producción de infraestructura vial -un enorme puente / viaducto que une las ciudades de Victoria y Rosario; 2) el análisis de Schmidt y Tobías (2021) sobre las infraestructuras -formales y alternativas- que gestionan el acceso al agua en el Chaco Salteño y entrecruzan clase/etnia/género; 3) en esa misma región Gordillo (2018) ha explorado la reducción a escombros de infraestructuras de la etapa colonial y republicana (fortines, iglesias, estaciones de tren) y los modos en que la población criolla e indígena resignifica estas ruinas; 4) Zorzoli (2017) aborda el proyecto de construcción de un tramo de ruta provincial que ha procurado combinar desarrollo productivo y conservación ambiental.

A continuación intento poner a jugar esta caja de herramientas, vasta y a mi juicio apasionante que proveen los estudios socio-antropológicos sobre infraestructuras, con los datos producidos a lo largo de una investigación etnográfica en territorio bonaerense.

Habitar e infraestructura en un barrio del conurbano bonaerense

El término conurbano bonaerense designa una unidad urbana específica, compleja y dinámica, conformada por los 24 municipios que rodean a la Ciudad de Buenos Aires en forma de anillos concéntricos (también llamados cordones o coronas)⁵. Dentro del conurbano se ubica La Matanza, su partido más extenso y populoso, con aproximadamente 1.800.000 residentes⁶. La Matanza fue creciendo desde mediados del s. XIX y a lo largo del XX al compás de la fragmentación de grandes propiedades rurales agropecuarias, la expansión del ferrocarril hacia el oeste, las migraciones internas, el avance de loteos económicos y la instalación de industrias (como frigoríficos y plantas automotrices entre otras). La historia ha configurado un territorio de contrastes socio-económicos donde conviven grandes arterias comerciales, zonas residenciales de clases medias y altas densamente pobladas (como San Justo y Ramos Mejía), barrios producidos por políticas públicas (a lo largo de sucesivos períodos bajo diversas modalidades) y barrios populares (también en distintos formatos). Virrey del Pino es la localidad más grande de La Matanza y la más alejada de la Ciudad de Buenos Aires (se extiende entre el km 34 y 47 de la Ruta Nacional 3, una suerte de periferia de la periferia o borde donde se mixtura tejido urbano, periurbano y rural que limita con los partidos de Ezeiza, Cañuelas y Marcos Paz (Agostino 2012; Enrique 2016)⁷.

⁵ El Conurbano abarca 24 municipios distribuidos en 2 cordones: Almirante Brown, Avellaneda, Lanús, Lomas de Zamora, La Matanza, Morón, Tres de Febrero, San Martín, Vicente López, San Isidro, Quilmes, Berazategui, Florencio Varela, Esteban Echeverría, Ezeiza, Moreno, Merlo, Malvinas Argentinas, Hurlingham, Ituzaingó, Tigre, San Fernando, José C. Paz y San Miguel. La Ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense conforman el denominado Gran Buenos Aires (GBA), principal aglomeración del país (Fuente: <https://www.atlasconurbano.info/pagina.php?id=751>).

⁶ Información provista por el Diario Página 12 en base a datos generados en 2022 por el Instituto Nacional de Estadísticos y Censos (INDEC). <https://www.pagina12.com.ar/520179-censo-2022-cuales-son-los-partidos-mas-poblados>

⁷ En virtud de su tamaño existe consenso en señalar que La Matanza se extiende sobre varios cordones

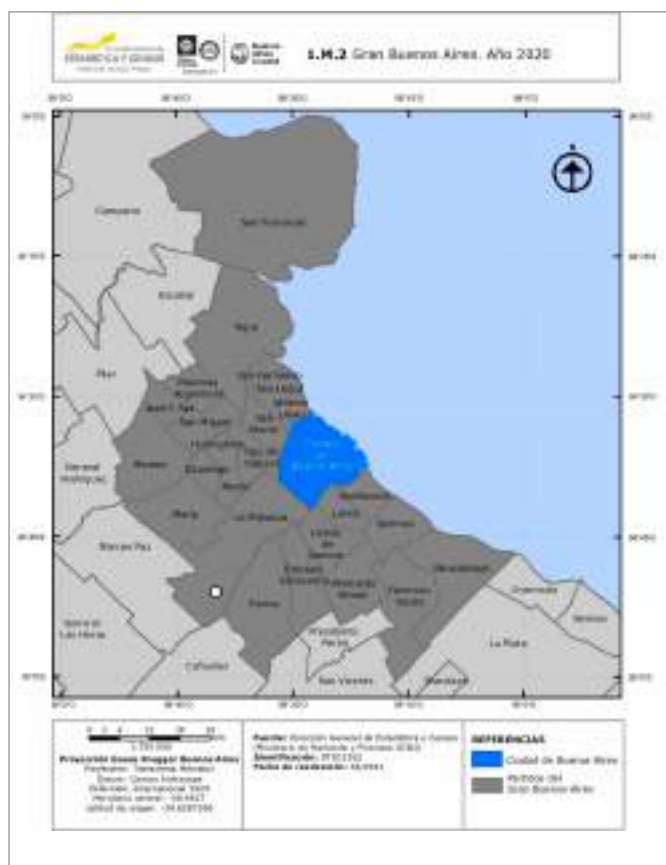


Imagen 2 - Ciudad de Buenos Aires y Gran Buenos Aires con localización aproximada del barrio Roberto Arlt. Fuente: Dirección Nacional de Estadísticas y Censos, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

En Virrey del Pino, por su extensión y disponibilidad de parcelas libres, se levantaron nuevos barrios en el marco del Plan Federal de Vivienda. A partir de 2004 y tras años de escasa o nula intervención pública en materia habitacional, el entonces Presidente de la Nación Néstor Kirchner lanzó esta iniciativa que reposicionó la importancia del acceso al hábitat en la agenda pública y al Estado como actor clave y ordenador de una política que se encontraba paralizada (Aramburu y Chiara 2016). La construcción de Roberto Arlt fue encarada de forma tripartita: la Nación se hacía cargo de los lineamientos del proyecto y de su financiamiento; la Provincia de Buenos Aires -a través del IPV- se ocupaba de la coordinación de acciones para la provisión de infraestructura; la Municipalidad de La Matanza era responsable de la inscripción y el otorgamiento de unidades. El proceso no estuvo exento de dificultades y no se cumplieron los plazos estipulados: la edificación comenzó alrededor de 2006 pero se paralizó al poco tiempo debido a un incumplimiento del contrato y en medio de tensiones entre la empresa constructora, el IPV y el gobierno municipal. Si bien se avanzó con el sorteo que definió a los beneficiarios (tuvieron prioridad las jefas de hogar, las familias numerosas o con un

del conurbano. Sin embargo, al momento de localizar Roberto Arlt, las fuentes secundarias que consulté presentaban algunas diferencias: según el Atlas del Conurbano Bonaerense (<https://www.atlasconurbano.info/pagina.php?id=170>) y el Observatorio del Conurbano Bonaerense (<https://observatorioconurbano.ungs.edu.ar/?p=7430>), Virrey del Pino se ubica en el segundo cordón. En cambio, un boletín del Observatorio Social de la Universidad de La Matanza lo sitúa en la tercera corona (https://cis.unlam.edu.ar/upload/sintesis/20_Sintesis_145.pdf). Más allá de las discrepancias, que ponen de relieve la complejidad de la aglomeración y las cambiantes formas de delimitarla, me interesa llamar la atención sobre el carácter distante del barrio Roberto Arlt, situado en los confines del partido.

integrante discapacitado), las obras se reanudaron recién en 2010, tras movilizaciones de los adjudicatarios al IPV⁸. Finalmente, las casas fueron otorgadas en diversas etapas que se extendieron desde fines de 2013 a 2015: un total de 588 edificaciones en planta baja (son casas apareadas de a dos), con dos dormitorios, living-comedor, cocina, baño y patio/jardín.

De acuerdo con Cravino (2010), el Plan Federal privilegió la provisión estatal de vivienda llave en mano a través del subsidio a la oferta y no a la demanda, al tiempo que convirtió a los municipios en actores centrales de la ejecución (comprometidos tanto con la búsqueda de suelo como con las licitaciones y adjudicaciones). En base a la clasificación elaborada por la autora para sistematizar las intervenciones desarrolladas bajo el Plan Federal, es posible definir a Roberto Arlt como una *construcción de vivienda nueva en agrupamiento barrial nuevo* que se desarrolló sin participación de los futuros habitantes en la definición del proyecto urbano. Asumiendo la crítica a los conjuntos en altura, los planificadores optaron por viviendas unifamiliares con una superficie cubierta de aproximadamente 50 m² y con provisión de servicios básicos, localizadas mayormente en zonas alejadas del conurbano debido a la dificultad para encontrar tierras vacantes acordes (Cravino 2010).

Roberto Arlt cuenta con pavimento, con gas y electricidad tarifados, pero la provisión de sus otros servicios resulta singular: aunque forma parte de la zona de concesión de Agua y Saneamientos Argentinos S.A. (AySA), la empresa no ejecutó la red correspondiente y el barrio fue otorgado con un sistema de agua de pozos y una planta de tratamiento que -por acta de entrega y compromiso- quedaron bajo responsabilidad de los vecinos aunque sin capacitación ni recursos específicos. Se trata de dos estructuras vitales vinculadas al metabolismo del cuerpo humano (a su necesidad de agua y evacuación de desechos orgánicos), complejas a la mirada de cualquier lego y cuya operación requiere de organización. Los vecinos decidieron que cada una de las 22 manzanas cuente con un representante denominado “comunicador/a” (o también referente), quien recibe y difunde información relativa a los asuntos comunes, entre los cuales “agua y cloacas” (categorías locales) tienen un lugar preponderante⁹. Aproximadamente la mitad de las manzanas tiene una comunicadora activa (predominan las mujeres), hay varias sin referentes y entre las que sí poseen el recambio es frecuente, también lo son las desavenencias internas. He observado un *continuum*, arduo y conflictivo, de organización / desorganización / reorganización que conlleva constantemente el establecimiento de criterios de generalización y diferenciación: entre quienes participan siempre, quienes nunca lo hacen y los que se “mueven” solo cuando se ven afectados.

A: Me llamo Adriana, encargada de cloacas y agua en el barrio.

D: Yo soy Delia, encargada de hacer funcionar aunque sea a medias la planta cloacal.

⁸ No logré reconstruir de modo fehaciente el conflicto vinculado a la demora en las obras ni tampoco la modalidad bajo la cual recomenzaron. Solo recuperé algunas referencias a una cooperativa de trabajo que finalizó las construcciones y que también intervino -según algunos vecinos- en la urbanización del barrio Almafuerte/Villa Palito (San Justo, La Matanza).

⁹ Las vías de comunicación incluyen grupos de WhatsApp de distinto alcance (de todos los barrios federales de La Matanza, de todos los vecinos de Roberto Arlt, solo de comunicadores del barrio, por manzana, otro grupo que compartimos habitantes y miembros del Vector de Integración de Barrios Populares), también redes sociales y encuentros personales.

A: El trabajo manual es constante, estamos como en la prehistoria, nunca pensamos tener que dedicarnos a estas cosas, a medir profundidades... (Registro de campo de reunión virtual, 10 de abril de 2021)¹⁰.

La intervención que tuvo lugar en uno de los primeros encuentros a los que asistí me llamó especialmente la atención por dos motivos. Por un lado, ambas comunicadoras se presentaron en relación directa con la infraestructura y sin aludir a otras identidades que con el tiempo fui conociendo (colaboración en un merendero local, adhesión al partido justicialista/peronismo, participación en el Movimiento Evita). Por otro lado, las alusiones al “trabajo manual” y la “prehistoria” remitían a labores diarias propias de una temporalidad arcaica, una experiencia corporizada teñida por una sensación de ausencia de modernidad (Lancione y McFarlane 2016a). Tales sentidos tensionaban los ideales de bienestar y progreso asociados a estos sistemas técnicos y denotaban sentimientos de decepción por expectativas no cumplidas, una suerte de ciudadanía hidráulica o infraestructural incompleta (Anand 2017; Heil 2023). Ambas presentaciones posicionaban a la infraestructura como una instancia de movilización de cuerpos, responsabilidades y emociones que, en este caso, se orientaban hacia el asombro y lo inimaginable (Joniak-Lüth 2019).

“Nunca pensamos tener que dedicarnos a estas cosas”: acerca de la infraestructura de agua

La Ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense conforman un área de prestación de la empresa nacional Agua y Saneamientos Argentinos S.A. (AySA). Datos sistematizados por otras investigaciones han puesto de relieve que los niveles de cobertura de los servicios de agua corriente y desagües cloacales en los partidos del conurbano son heterogéneos y que el acceso disminuye a medida que aumenta la distancia respecto de la ciudad-capital. Se trata de una realidad histórica persistente que refleja la honda desigualdad socio-espacial de la aglomeración y que se agrava en sus confines, especialmente en los sectores habitados por los grupos sociales más postergados (Bereciartua et. al. 2018; Besana et. al. 2015; Cáceres 2024). Pero a pesar de su localización en la periferia profunda, Roberto Arlt no es una villa, ni un asentamiento o urbanización informal, denominaciones locales que se utilizan para designar los barrios populares. De hecho, no fue contabilizado en el Relevamiento Nacional de Barrios Populares (RENABAP, Decreto N°358/2017)¹¹.

En tanto fruto de una política pública de vivienda, Roberto Arlt posee calles públicas catastradas cuyo ancho cumple con la normativa vigente, un argumento que los prestadores suelen esgrimir para no proveer el servicio en asentamientos populares. Aunque La Matanza es territorio de AySA, el tiempo que hubiera demorado en extender su red hacia los lindes del partido, y también los costos de inversión, llevaron a los hacedores de dicha política a cubrir las necesidades de los nuevos habitantes por otros medios. Besana y Gutiérrez (2022) distinguieron dos formas de suministro de servicios

¹⁰ Los nombres verdaderos fueron modificados.

¹¹ El RENABAP es un registro que actualiza información geo-referenciada y que unificó una definición operativa: considera Barrio Popular a los barrios vulnerables en los que viven al menos 8 familias agrupadas o contiguas, donde más de la mitad de la población no cuenta con título de propiedad del suelo ni acceso regular a dos, o más, de los servicios básicos (red de agua corriente, red de energía eléctrica con medidor domiciliario y/o red cloacal). <https://www.argentina.gob.ar/noticias/barrios-populares>

en escenarios de pobreza urbana que representan alternativas frente a la provisión centralizada por parte del Estado o mercado: la *coproducción institucionalizada* (referida a cooperaciones regulares entre agencias del Estado y grupos organizados de ciudadanos) y la *coproducción por movimientos sociales* (producto de iniciativas de la sociedad civil). Sin embargo, Roberto Arlt no se encuadra en ninguna, la construcción formal de su infraestructura (a través del IPV) y la gestión informal por parte de los vecinos constituye una modalidad más bien difusa que resulta difícil resumir en una suerte de tipo ideal. Su situación se equipara al estudio realizado por Tobías y Moreno (2025) en el partido de José C. Paz: un barrio federal que también posee un sistema descentralizado y autónomo de agua/saneamiento y que refleja la complejidad del esquema de gobernabilidad de las infraestructuras que rige en las periferias urbanas. El barrio cuenta con tres pozos, alejados entre sí, que captan aguas subterráneas, una modalidad diferente a la de AySA que toma mayormente agua de río: los que se ubican junto al SUM y la planta depuradora son los principales mientras que el de la escuela oficia de respaldo. Todos contienen bombas sumergibles sostenidas por una linga de metal y un tablero eléctrico que permite activar/desactivar un sistema que se encuentra automatizado. Lejos de la invisibilidad atribuida a las infraestructuras, el componente estético-sensorial (Larkin 2013) estaba fuertemente presente: “la bomba del SUM” -como la denominan los vecinos- dispone de un llamativo tanque hidroneumático que aporta presión a un mecanismo que debe impulsar el recorrido del agua por cañerías internas para luego derivar hacia cada vivienda.

Al comenzar el trabajo de campo solo funcionaban dos bombas del circuito tripartito ya que la del SUM estaba fuera de servicio; esto se traducía en una provisión de agua inestable, con frecuentes cortes y poca presión, especialmente exigida en verano. Para aliviar la situación algunas familias instalaron sus propios pozos a profundidades variables (entre 18 y 45 metros), pero en cualquier caso inferiores a los 60 metros de las perforaciones realizadas por el IPV. Estos montajes resultaban costosos y más o menos seguros según la calidad del encamisado, un recubrimiento de hormigón que es imprescindible para impedir el contacto del agua de consumo con la tierra:

“(…) hay gente que se hizo sus pozos, la cantidad de gente no sabemos pero podemos averiguar, hay gente que le hace encamisado para que no contamine pero no lo hacen todos, una señora iba a hacer el pozo así, sin encamisado, le dije ¿cómo vas a hacer así? contamina todo (…)” (Marido de Adriana, Registro de campo de reunión virtual, 10 de abril de 2021).

Algunas familias mezclaban las aguas de diversa procedencia en el mismo tanque de reserva dispuesto sobre el techo de las viviendas mientras que otras preferían no hacerlo y recurrían al pozo individual solo en caso de emergencia (es decir, cuando se cortaba el agua de la red). Las estrategias para suplir la deficiencia del suministro combinaban “soluciones” tanto individuales como colectivas: la compra de agua envasada era la principal (onerosa y a veces sin garantía de calidad)¹²; solicitar al municipio el envío de un camión cisterna (de modo personal y a través de un comunicador, militante

¹² El costo de un botellón de 12 litros de dos conocidas marcas oscila entre \$4800 y \$5200 (según dato de agosto de 2025). Es el más utilizado por las familias ya que ocupa menos espacio y es más fácil de maniobrar que el bidón de 20 litros.

y/o empleada del municipio); recurrir a familiares de barrios cercanos; tener agua acumulada en recipientes. La sospecha respecto de la seguridad del agua de red y los recaudos a la hora de beber o cocinar eran habituales para algunos de los residentes que conocí, quienes colocaban filtro en la canilla, hervían el agua o le adicionaban lavandina.

En un contexto de recursos económicos escasos, los habitantes abordaban permanentemente “el tema del agua”, tanto en asambleas como a través de sus comunicadores de manzana, también en encuentros ocasionales por las calles del barrio: debatían sobre criterios de pertinencia y cursos de acción (qué hacer y cómo lograrlo), sobre jerarquías y prioridades; sopesaban opciones ideales y reales, se decidían por tratar pragmáticamente la urgencia. En este juego constante de proposiciones y ordenamiento de actividades resolvían: revisar la bomba de la escuela entre dos vecinos y un electricista enviado por la municipalidad; colocar candados a modo de protección de los insumos eléctricos y designar un responsable de la llave; encarar la puesta en funcionamiento de la bomba del SUM para disponer de buena presión de agua ante olas de calor cada vez más intensas. Iniciativas de este tipo activaban una suerte de economía de la reparación (Ramakrishnan et. al. 2020): se juntaba dinero según las posibilidades de cada hogar, se realizaban festivales para recaudar fondos en Día de la Madre o del Niño, se organizaba la venta de rifas y se recibían donaciones.

El tratamiento de la bomba dañada del SUM estuvo lejos de ser un proceso lineal y libre de conflictos. Primero fue necesaria la identificación del desperfecto por parte del equipo FIUBA y de habitantes con conocimientos de plomería y electricidad: tanto ingenieros como “colaboradores” o “voluntarios” confirmaron que se había cortado la linga y que la bomba funcionaba a una profundidad inadecuada. Investigaciones socio-técnicas con perspectiva etnográfica han reconstruido las interacciones entre profesionales y sujetos a quienes no se les reconoce *a priori* una experticia socialmente legitimada. Retomando estos aportes me interesa señalar que los encuentros entre universitarios y residentes constituían una colaboración -mutuamente valorada y no exenta de debates- entre actores heterogéneos; la puesta en acto de un diálogo de saberes que no debe ser entendido en términos de simples contraposiciones entre conocimiento teórico/práctico, codificado/tácito, científico/popular (Carenzo y Trentini 2020).

Una vez definido el problema que afectaba a la bomba del SUM, se dividieron posiciones entre los vecinos que querían consultar a un pocero para “acomodar la bomba” y quienes consideraban que ese pozo ya estaba agotado y era preciso construir otro. Comunicadoras y voluntarios debatían si “subir” o “bajar la bomba”, algo que denotaba una preocupación permanente por la profundidad a la cual funcionaba; también dudaban acerca de la intencionalidad o no del corte de la linga. Ambas posiciones implicaban realizar un listado de los insumos requeridos, intercambiar opiniones sobre marcas y proveedores conocidos o recomendados, buscar presupuestos en locales de la zona y por supuesto evaluar la capacidad de reunir el dinero necesario: “...la gente acá paga \$7000 de Telecentro pero se queja si le pedís \$300 para el agua”, “de 600 casas las que participan siempre son 200”. Junto con esta distinción entre quienes aportaban y quienes no, los vecinos reconocían estar “flojos de plata” y en un contexto de inflación creciente. Tras la inspección de dos poceros se comprobó que el pozo era inutilizable, los habitantes acordaron hacer otro y comprar la correspondiente bomba, con costos estimados alrededor de \$600.000 -entre materiales y mano de obra- a comienzos de 2023. En un escenario de participación plena la erogación ascendía a \$1000 por

familia, pero como solo aportaban alrededor de 200 casas el número -como mínimo- se duplicaba y alcanzaba un monto que las comunicadoras estimaban demasiado elevado para los hogares.

Como ya mencioné, la desconfianza de algunos habitantes de Roberto Arlt respecto de la calidad del agua y los señalamientos sobre su turbidez eran frecuentes (“es dura”, “no hace espuma”, “mi hija vive en La Tablada y es otra cosa”). Había quienes directamente afirmaban y recomendaban no consumirla alegando recurrencia de enfermedades gastrointestinales, sarpullidos y forúnculos en la piel; mientras que otros no le reconocían perjuicio alguno (incluso ironizaban “yo la tomo y sigo vivo”). Las preocupaciones de ciertos residentes rondaban también la antigüedad y condición de los componentes de la infraestructura (“los caños, todo, es medio pelo”) y las impurezas que se pudieran arrastrar por oxidación de las cañerías.

En el marco de las actividades planificadas por el Vector de Integración de Barrios Populares se tomaron muestras de agua -de la red, y de pozos particulares próximos a la planta depuradora- para análisis químico (buscando elementos como arsénico, cromo, cadmio, plomo, etc.) y microbiológico (para detectar organismos coliformes fecales y no fecales). Según los datos procesados el agua de la red interna no contenía contaminación cloacal pero sí presentaba una bacteria con potencial infeccioso -*pseudomona aeruginosa*- en cantidades superiores a las permitidas por el Código Alimentario Argentino. Los resultados obtenidos impulsaron una decisión acordada en conjunto por los comunicadores y el equipo universitario: la compra de 3 bombas dosificadoras de cloro (una para cada pozo de agua de la red) que mejorarían sustancialmente la calidad del recurso al eliminar el patógeno detectado¹³.

“La planta la tenemos entre algodones”: acerca de la infraestructura de saneamiento

En el marco de un relevamiento realizado por la APDH-La Matanza (Asamblea Permanente por los Derechos Humanos) en junio de 2020, durante la pandemia por coronavirus, dos vecinas grabaron un video descriptivo que encuentro elocuente y amerita ser citado en extenso. La exposición condensa buena parte de los sentidos respecto de la infraestructura de saneamiento que circulaban entre residentes del barrio y sobre los cuales me interesa llamar la atención en esta sección: problemas de funcionamiento y deterioro progresivo a lo largo del tiempo, miedo a la contaminación de la red interna de agua por filtración cloacal, riesgo para la población y el medio ambiente, la tensión en la atribución de responsabilidades a organismos estatales:

“Esta es la planta purificadora del barrio Roberto Arlt, esto son los piletones a donde va supuestamente el agua tratada, como verán no están funcionando, está todo lleno de pastos y seguramente nido de ratas. Esta es lo que sería la planta cloacal donde solamente tenemos en funcionamiento dos bombas aéreas que lo único que hacen es disolver los desechos y tirarlos al piletón.

¹³ También se detectó arsénico pero es presencia natural -no por contaminación- en las napas subterráneas de la región pampeana, algo que pone de relieve la interacción de la infraestructura con la hidrogeología del lugar. El cloro sería efectivo contra los micro-organismos pero no para el arsénico. Para una ampliación de las actividades que se realizan en el barrio Roberto Arlt se puede consultar: Publicación del Proyecto Vectores (2022) *Integración de Barrios Populares*. FIUBA, PIUBAD-PIUBAMAS. Disponible en: https://cms.fi.uba.ar/uploads/04_Integracion_de_Barrios_Populares_94a6f176ea.pdf

Los aireadores no están funcionando (...) Tenemos una bomba de agua a no menos de 30 metros y es una de las que le da agua al barrio, teniendo el peligro de que se haya fisurado esta planta y que lógicamente contamine las napas. Estaríamos hablando de un problema sanitario grave. Todos los desechos van así como quedan, automáticamente, a un pequeño arroyo que hay que es un brazo del río Matanza, sin ser procesados de ninguna forma como para no contaminar el medio ambiente. Municipalidad nos ayuda dentro de lo que puede, esperemos que La Plata tome las medidas necesarias, somos federales y por lo tanto pertenece a la Provincia de Buenos Aires”. Disponible en: <https://www.facebook.com/apdhlamatanza/videos/barrio-roberto-arlt/711178679641552/>

Roberto Arlt cuenta con una planta de tratamiento de líquidos cloacales o efluentes domésticos, términos que designan residuos generados por actividades humanas, desde las llamadas aguas grises (de lavado o provenientes de duchas, lavarropas y lavabos) hasta las aguas negras (procedentes de inodoros). La pieza fue concebida para eliminar los contaminantes mediante un conjunto de procesos físicos (por ejemplo, el tamizado o remoción de sólidos), químicos (como la cloración) y biológicos (como los producidos en una cámara de aireación donde bacterias formadas naturalmente utilizan/degradan la materia orgánica como alimento). Roberto Arlt comparte esta planta con el contiguo barrio Mugica¹⁴.

La espectacularidad del sistema, que entre Arlt y Mugica abastece a más de 900 casas, es innegable: al componente visual, ya presente en la infraestructura de agua pero aquí reforzado por su mayor tamaño, se suman elementos sonoros (ruido constante de descarga de agua) y olfativos (mal olor) que caracterizan los alrededores y afectan a las viviendas cercanas. El carácter vistoso de la planta es tan llamativo como la complejidad de su tablero eléctrico (por los menos ante mis ojos de absoluta desconocedora): perillas para accionar 3 bombas sumergibles, 3 centrífugas, 1 dosificadora y 3 aireadores; pulsadores luminosos -verdes, rojos y amarillos- que indican si los componentes antes mencionados se encuentran -respectivamente- en marcha, parados o en falla. La jerga que rodea a la planta me resulta igualmente novedosa, sigo aprendiendo sobre sus partes y funciones (digestor, sedimentador, aireador, serpentina de clorado, playa de secado, tratamiento de lodos, etc.).

El informe diagnóstico elaborado por el equipo FIUBA constató el funcionamiento mínimo de la planta: las unidades internas están anegadas y los componentes electromecánicos fuera de servicio, el único equipamiento operativo es una bomba que impulsa el ingreso de los efluentes, su pasaje y descarga -sin tratamiento- en un arroyo de la Cuenca Matanza-Riachuelo (“(...) la planta por ahora es un caño a cielo abierto (...)” sostuvo un ingeniero). La bomba nunca estuvo automatizada y es algún voluntario designado quien comanda un tablero situado dentro de una pequeña construcción bajo llave. Además de la operación manual, el encendido / apagado depende también de la

¹⁴ Mugica también se ubica sobre la ruta 3 (km 45) y está formado por 343 viviendas. Otros barrios federales con pozo de captación de agua y planta de tratamiento de líquidos cloacales son Rodolfo Kush, Areco y Arturo Jauretche, distribuidos en las localidades matanceras de Virrey del Pino y González Catalán. Fuente: La Izquierda Diario (15/01/2021). Disponible en: <https://www.laizquierdadiario.com/La-falta-de-agua-en-La-Matanza-en-medio-de-la-segunda-ola-de-contagios-y-el-calor>

electricidad, algo que pone de relieve el desempeño siempre articulado de las distintas infraestructuras (quienes viven frente a la planta afirman que los desechos desbordan rápidamente cuando se corta la luz).



Imagen 3 - Planta de tratamiento de efluentes

Fotografía realizada y autorizada por miembros del Vector de Integración de Barrios Populares (FIUBA)

Apuntalar el desempeño de la planta, por más ínfimo que fuera, requería de varias tareas, entre las principales se contaba la colocación de “mallas” para protegerla del ingreso de sólidos (como trapos, papeles o ramas). La renovación periódica de estos “canastos” era informada por WhatsApp y Facebook, acompañada de fotos y de la factura de gastos, ya que la administración transparente de lo recaudado era una preocupación constante. El rol de las comunicadoras-tesoreras resultaba particularmente difícil: encargadas del dinero transferido por los habitantes a una cuenta específica del barrio, objeto de las sospechas y escrutinio que suele acarrear su manejo, obligadas a construir vínculos de confianza a través de “pruebas” de honestidad como compartir anotaciones en cuaderno y celular. Otras labores de sostén incluían la limpieza de piletones en desuso; la compra de algún insumo necesario; averiguaciones en torno a la viabilidad de conformar una cooperativa de trabajo que se ocupara de su puesta a punto y posterior operación; la elevación de cartas hacia la APDH-La Matanza y la Defensoría del Pueblo de La Matanza; la solicitud de reuniones con la Dirección General de Tierras y Desarrollo Habitacional/Casa de Tierras de la Municipalidad de La Matanza para abordar el problema. Estas actividades conllevaban distinciones y valoraciones en torno al universo de habitantes (“yo me comprometo”, “yo estoy en esto porque quiero lo mejor para mi barrio”, “están los que rosquean y los que nos ocupamos”) y una constatación tan dura como irrefutable: “nadie quiere bajar a la cloaca pero la cochinidad es de todos”.

En conversaciones que presencié en relación a la planta depuradora, la alusión al “miedo”, los “riesgos para la salud” y la “contaminación ambiental” eran recurrentes;

al igual que la preocupación por posibles fisuras que derivaran efluentes hacia la napa de agua subterránea que abastece los pozos -algo descartado por los análisis antes comentados. He notado que el mantenimiento de la planta era mayormente realizado por varones que rotaban con asiduidad (un trabajo calificado de “duro y sucio”¹⁵), pero tanto estos colaboradores como las comunicadoras manifestaban una compartida sensación de desgaste:

“(…) algunos se cansaron y se fueron, otros porque consiguieron un trabajo, los pocos que estamos hacemos todo, la gente tiene sus cosas, no se quiere meter (...) las 24 horas hablando de cloacas, bombas de agua, no nos da la cabeza, estamos cortos de tiempo y de gente (...)” (Mercedes, Registro de jornada de campo en Roberto Arlt, 10 de septiembre de 2022).

La bibliografía sobre prácticas improvisadas de saneamiento y manejo de desechos orgánicos en barrios pobres del Sur Global constituye un tema específico de los estudios urbanos. Desai et. al. (2015) lo consideran un aspecto sub-investigado quizás porque la teorización de las excretas humanas tensiona los principios de higiene bajo los cuales se configuró la ciudad moderna-burguesa (donde la defecación aparentaba ser un asunto privado libre de condicionantes sociales). En sintonía con estos y otros autores, mi experiencia en Roberto Arlt pone de relieve que las tareas de mantenimiento de los residentes intersectaban infraestructura y cuerpo a través de experiencias de desagrado y percepciones de indignidad (Lancione y McFarlane 2016b). Disponer de tiempo, invertir en recursos materiales y desplegar habilidades técnicas conllevaban un agotamiento reflejado en la recurrencia de expresiones que distaban del empoderamiento que a veces se asocia a la auto-gestión comunitaria: “(...) es muy arduo, nos cuesta mucho (...)”, “(...) es muy pesado, la tenemos que remar (...)”. En torno a los procesos imbricados de decadencia y mantenimiento de la planta, los habitantes construían articulaciones con el Estado local: formulaban pedidos mensuales de camión atmosférico para desobstruir cañerías de casas particulares (previamente anotadas en un listado) y bocas de registro¹⁶; se acercaban a candidatos a la intendencia en tiempos de elecciones; se movilizaban hacia las dependencias pertinentes -provinciales (IPV) o municipales (Dirección de Tierras de La Matanza). En 2023, como parte de las actividades de acompañamiento del equipo FIUBA, se firmó un convenio entre el Ministerio de Hábitat y Desarrollo Urbano (de la Pcia. de Buenos Aires) y la Municipalidad de La Matanza destinado a la puesta en funcionamiento de la plantas de tratamiento de los barrios federales; el primer organismo se comprometió a suministrar los fondos y el segundo a ejecutar las obras¹⁷.

¹⁵ Dos interlocutores me relataron que contrajeron enfermedad gastrointestinal y respiratoria asociada al manejo de la planta.

¹⁶ Bocas de acceso, ventilación y limpieza de cañerías situadas en esquinas del barrio, están cubiertas por tapas de acero que provee el municipio pero algunas fueron sustraídas. Para evitar accidentes, los vecinos las rodeaban con piedras y neumáticos.

¹⁷ Los proyectos que llevó adelante el Vector de Integración de Barrios Populares de FIUBA lograron algunos resultados tangibles que interesa consignar: el convenio vinculante con entidades estatales recién apuntado; un diagnóstico del estado de la planta depuradora y un plan de costos para su arreglo; capacitaciones a los vecinos que operan los sistemas de agua y saneamiento. Asimismo, el informe de evaluación de la calidad del agua, que fue transmitido a los habitantes por medio de los comunica-

Palabras finales

La infraestructura ocupa un lugar preponderante entre los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible -ODS- que conforman la Agenda 2030. Según este documento acordado por Naciones Unidas, las infraestructuras -fiables, sostenibles, resilientes, de calidad y acceso equitativo- son fundamentales para el bienestar de las poblaciones. Agua, saneamiento, transporte, energía y TICS son sistemas técnicos que posibilitan nuestras actividades diarias (trabajo, alimentación, desplazamiento, refrigeración/calefacción de ambientes, etc.); convivimos tanto con objetos/artefactos asociados a los desechos del cuerpo humano (quizás de los más antiguos) como con otros más recientes que cimentan el funcionamiento del capitalismo financiero y la Inteligencia Artificial (Crawford 2022).

La infraestructura es sin duda una dimensión central de las ciudades y de todo espacio habitado. En los sectores medios y altos de la urbe, los servicios de agua y saneamiento son provistos por canales estándares, ya sea a través de empresas públicas o privadas (como sucede en las urbanizaciones cerradas de la periferia acomodada), se dan por hecho y aseguran un flujo que solo ocasionalmente puede volverse un problema para sus usuarios. En estas páginas describí una situación muy diferente: reconstruí la gestión de la red de agua y cloacas de un barrio federal bonaerense, la cual incluye desde usos individuales diarios (como el consumo de agua o la descarga de inodoro) hasta prácticas -cotidianas y colectivas- de operación, mantenimiento y reparación. A pesar de tener acceso a ambos servicios, la cobertura de los habitantes de Roberto Arlt no es continua ni confiable sino intermitente. La descripción documentó relaciones entre actores sociales heterogéneos (habitantes del barrio, agentes estatales, universitarios, técnicos); también vínculos con la materialidad de dichos sistemas y con los recursos en movimiento -agua y desperdicios. El análisis puso de relieve que la gestión de estos sistemas entre los sectores populares conlleva preocupaciones y esfuerzos diarios, siempre acechados por la precariedad y la insuficiencia.

El enfoque etnográfico refleja que la gestión de estos sistemas representa un asunto corriente que configura el habitar en Roberto Arlt con una omnipresencia que resulta impensable en espacios privilegiados. Tanto para quienes se ocupan directamente como para el resto de sus habitantes, las infraestructuras estudiadas participan y modelan la experiencia del habitar; al tiempo que se constituyen como potentes catalizadores y claves analíticas de la producción / reproducción de las desigualdades urbanas.

El mejoramiento sustancial del agua de Roberto Arlt -cuya calidad microbiológica no es óptima- depende de una nueva perforación que reemplace al obsoleto pozo del SUM y de la colocación de bombas cloradoras a calibrar en sus dosis justas (tal como fue acordado por los vecinos). Ambas decisiones requieren de acciones mancomunadas entre habitantes (juntar fondos, realizar adecuaciones eléctrico-sanitarias), el Estado local (el cloro necesario sería provisto por la Unidad Ejecutora de Barrios Federales de La Matanza) y el asesoramiento técnico del equipo FIUBA. La recuperación de la planta depuradora, mucho más difícil y onerosa según el diagnóstico de los ingenieros con quienes compartí el trabajo, ha quedado en manos de una colaboración provincial-municipal que empezó a dar los primeros pasos: la pileta alledaña fue vaciada y se sacaron los aireadores (accesorio que agrega aire a las aguas residuales para permitir

dores, permitió descartar el temor relativo a la contaminación de las napas de agua con material fecal proveniente de la planta de efluentes.

la degradación de los componentes contaminantes). Los organismos locales se comprometieron a llevar adelante la refuncionalización de la planta depuradora en un contexto por demás aciago, signado por un gobierno nacional de ultraderecha basado en el ajuste fiscal, la paralización de la obra pública y la privatización de servicios (AySA entre ellos). Quiero entonces cerrar estas páginas apelando a la noción de deriva del título, un término que escogí para subrayar la importancia de la temporalidad de los ensamblajes infraestructurales, en este caso sus posibles rumbos futuros, siempre abiertos a la posibilidad y la incertidumbre.

Agradecimientos

Agradezco a los/las vecinos/as de Roberto Arlt que participaron en las jornadas de campo y compartieron generosamente sus experiencias. Mi gratitud hacia todos los miembros del Vector de Integración de Barrios Populares de FIUBA: muy particularmente hacia Patricia Cerruti (Dra. en Ciencias Químicas), Luciano Cianci (Ingeniero Industrial), Isabel Hernández (Ingeniera Química), Ricardo Leuzzi (Ingeniero Civil), Rosa Pueyo (Dra. en Agrimensura) y Daiana Scasserra (Ingeniera Civil), por todas sus enseñanzas sobre una temática que me resulta tan novedosa como fascinante. Mi agradecimiento también a Ana Padawer, colega y compañera docente, quien me contactó por primera vez con dicho vector. Agradezco infinitamente los comentarios de los evaluadores anónimos cuyos valiosos aportes me permitieron enriquecer las reflexiones vertidas.

Bibliografía

- Agostino, N. H. (2012). La urbanización en el partido de La Matanza: Historia de sus barrios. En Actas de las Cuartas Jornadas de Historia Regional de La Matanza. Universidad Nacional de La Matanza, pp. 393-410.
- Álvarez Pedrosian, E; Blanco Latierro, M.V.; Fagundez D'Anello, D. & Moreira Selva, S. (2023). Comunicación y subjetividad en las etnografías del habitar: una perspectiva desde los estudios culturales urbanos y territoriales. *Cuadernos del CLAEH*, 42 (117), 99-114.
- Anand, N. (2017). *Hydraulic City: Water and the Infrastructures of Citizenship in Mumbai*. Durham and London: Duke University Press.
- Anand, N.; Gupta, A. & Appel, H. (2018). *The promise of infrastructure*. Durham: Duke University Press.
- Aramburu, F. & Chiara, C. (2016). Los planes federales de vivienda en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Trabajo presentado en las IX Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata. Ensenada, Argentina, 5 al 7 de diciembre de 2016.
- Barreto, L. (2024). De infraestructuras para “purificar la ciudad”, injusticias espaciales y activismos: sostener la vida urbana cerca de un relleno sanitario en Buenos Aires, *Iluminuras*, 24 (67), 319-354.
- Batallán, G. (2018). Antropología y metodología de la investigación. Contribución conceptual y pedagógica. Trabajo presentado en las IX Jornadas de Investigación en Antropología Social Santiago Wallace. Buenos Aires, FFyL-UBA, 27 al 29 de noviembre de 2018.
- Bereciartua, P.; Lentini, E. J.; Brenner, F.; Mercadier, A. & Tobías, M. (2018). El desafío de la accesibilidad a los servicios de agua potable y saneamiento en los barrios populares de Buenos Aires. *Social Innovations Journal*, (45), 1-14.

- Besana, P. B.; Gutiérrez, R. A. & Grinberg, S. (2015). Pobreza urbana, comunidad local y Estado-socio en Argentina: la provisión de servicios públicos en un asentamiento de la Región Metropolitana de Buenos Aires. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 60 (225), 79-102.
- Besana, P. B. & Gutiérrez, L. (2022). Coproducción, agua y cloacas de red en barrios populares de la periferia metropolitana de Buenos Aires, Argentina (1983-2022). *Revista Uruguaya de Antropología y Etnografía*, 7 (2), 1-35.
- Cáceres, Verónica L. (2024). Política pública y gestión del agua y el saneamiento. Agua y saneamiento en el Área Metropolitana de Buenos Aires (2006-2022). *Realidad Económica*, 367 (54), 81-112.
- Carenzo, S. & Trentini, F. (2020). Diálogo de saberes e (in)justicia epistémica en la construcción colaborativa de conocimientos y tecnologías: interpelando dicotomías desde las prácticas”. *Ucronías*, (2), 99-129.
- Carrión, F. (2013). El ensamble de las infraestructuras urbanas: el desafío para la gestión pública. En: J. Erazo Espinosa, (coord.) *Infraestructuras urbanas en América Latina: gestión y construcción de servicios y obras públicas* (pp.11-32), Quito: Editorial IAEN.
- Cavalcanti, M. & Araujo, M. (2023). Autoconstrução e produção da cidade: outra genealogia dos estudos de infraestruturas urbanas. *Estudos Avançados*, (37), 7-24.
- Cortado, T. (2024). La notion d’infrastructure comme outil rhétorique. Travail présenté à l’occasion de la Rencontre “Politiques des mondes matériels: natures et infrastructures”. École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), 13 décembre 2024.
- Cravino, M. C. (2010). Percepciones de los nuevos espacios urbanos en Buenos Aires. Un análisis del Plan Federal de Viviendas desde la perspectiva de los receptores. *Revista DeArq*, (6), 20-31.
- Crawford, K. (2022). *Atlas de la Inteligencia Artificial: Poder, política y costos planetarios*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Davis, M. (2014). *Planeta de ciudades miseria*. Madrid: Akal.
- Delgadillo, V. (2021). Financiarización de la vivienda y de la (re)producción del espacio urbano. *Revista INVI*, 36 (103), 1-18.
- Desai, R.; McFarlane, C. & Graham, S. (2015). The Politics of Open Defecation: Informality, Body, and Infrastructure in Mumbai. *Antipode*, 47 (1), 98-120.
- Devillard, M. J.; Franzé, A. & Pazos, Á. (2012). Apuntes metodológicos sobre la conversación en el trabajo de campo. *Revista Política y Sociedad*, 49 (2), 353-369.
- Enrique, A. (2016). *Historia del Virrey del Pino. Orígenes de La Matanza*. Mar del Plata: Gogol Ediciones.
- Fernández, F. (2022). Construir y reparar frente al desabastecimiento: Estado, provisión de agua e infraestructura en Buenaventura, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, 58 (2), 105-129.
- Gadamer, H. G. (1988). Acápite 3 del Cap. 11, pp. 439-458. *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- Gaztañaga, J., Piñeiro Carreras, J., & Ferrero, L. I. (2016). Afectos y efectos de Estado: procesos políticos en torno de la creación de infraestructura, planificación urbana y turistificación. *Estudios Sociales del Estado*, 2 (3), 125-153.
- Giddens, A. (1982). Hermenéutica y teoría social. *Profiles and Critiques in Social Theory*, University of California Press. Traducción de J. F. García.
- Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*.

UAM-Iztapalapa: Anthropos.

Gordillo, G. (2018). *Los escombros del progreso: ciudades perdidas, estaciones abandonadas, soja y deforestación en el norte argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Graham, S. & Marvin, S. (2001). *Splintering Urbanism: networked infrastructures, technological mobilities and the urban condition*. London: Routledge.

Harvey, P.; Casper Bruun, J. & Atsuro, M. (2017). Introduction: Infrastructural complications. In: P. Harvey, J. Casper Bruun & M. Atsuro Morita (Ed.) *Infrastructures and Social Complexity: A companion* (pp. 1-22), London-New York, Routledge.

Harvey, P. & Knox, H. (2015). *Roads: An Anthropology of Infrastructure and Expertise*. Cornell University Press: Ithaca.

Heil, M. (2023). Negotiating infrastructural citizenship beyond the state: philanthropy, non-profit organizations and the Flint Water Crisis. *Urban Geography*, 45 (6), 1052-1071.

Heller, A. (1976). *Sociología de la vida cotidiana*. Madrid: Península.

Hetherington, K. (2019). *Infrastructure, Environment, and Life in the Anthropocene*. Duke University Press.

Hidalgo, C.; Natenzon, C. & Podestá, G. (2007). Interdisciplina: Construcción de conocimiento en un proyecto internacional sobre variabilidad climática y agricultura. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, 3 (9), 53-68.

Hornborg, A. (2025). Los objetos no tienen deseos. Hacia una antropología de la tecnología más allá del antropomorfismo. *Etnografías Contemporáneas*, 11 (20), 148-175.

Ingold, T. (2012). *Ambientes para la vida: conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología*. Montevideo: CSEAM, UDELAR, Trilce.

Joniak-Lüth, A. (2019). Infrastructure as an Asynchronic Timescape. *Infrastructural times: Roadsides*, (1), 3-10.

Kowarick, L. (1984). Los caminos de encuentro reflexiones sobre las luchas sociales en Sao Paulo. *Revista Mexicana de Sociología*, 46(4), 67-83.

LacARRIERE, M. (2021). Habitar y gobernar los territorios de la pobreza en tiempos de pandemia: tensiones entre el aislamiento y los derechos a la ciudad. *Revista Cuestión Urbana*, 4 (8/9), 39-59.

Lancione, M. & McFarlane, C. (2016a). Infrastructural becoming: sanitation and the (un)making of life at the margins. In: Blok, A. & Farías, I. (Org.). *Urban Cosmopolitics: agencements, assemblies, atmospheres. Questioning Cities* (pp. 45-62), New York: Routledge.

Lancione, M. & McFarlane, C. (2016b). Life at the urban margins: Sanitation infra-making and the potential of experimental comparison. *Environment and Planning A*, 0(0), 1-20.

Larkin, B. (2013). The Politics and Poetics of Infrastructure. *Annual Review of Anthropology*, (42), 327-343.

Masseilot, B. & Carli, S. (2025). La relación universidad-sociedad en Argentina y su vinculación con el despliegue de la inter y la transdisciplinariedad: la experiencia institucional de la UBA. *Revista Nupem*, 17 (41), 1-21.

Moreno, L. & Wagener, M. (2023). Infraestructuras urbanas y formas de acción política en barrios populares del Gran Buenos Aires. Trabajo presentado en el III Encuentro Nacional de la Red de Asentamientos Populares, Universidad Nacional de Tucumán,

10 al 13 de mayo.

Muehlmann, S. (2019). Clandestine Infrastructures: Illicit Connectivities in the US-Mexico Borderlands. In: K. Hetherington (Ed.) *Infrastructure, Environment, and Life in the Anthropocene* (pp. 45–65). Duke University Press.

Nardin, S. (2019). Memorias sobre tomas de tierras en San Francisco Solano: acción directa, vínculo de ciudadanía y distinciones sociales. Tesis inédita para optar por el Título de Magíster en Estudios Urbanos, Universidad Nacional de General Sarmiento. http://abcdnuevo.ungs.edu.ar/bases/cungs/docs/Tesis_Nardin.pdf

Pierobon, C. (2021). Fazer a água circular: tempo e rotina na batalha pela habitação. *Mana*, 27 (2), 1-31.

Pírez, P. (2000). Servicios urbanos y equidad en América Latina. Un panorama con base en algunos casos. *Serie Medio Ambiente y Desarrollo*, N°26, CEPAL, Santiago de Chile.

Ramakrishnan, K.; O' Reilly, K. & Budds, J. (2020). The temporal fragility of infrastructure: Theorizing decay, maintenance, and repair. *Environment and Planning: Nature and Space*, 4 (3), 674-695.

Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.

Rufino, B. (2024). Infraestrutura na metropolização do espaço. Privatização da rede metroviária na metamorfose urbana de São Paulo. *Ciudadánías. Revista De Políticas Sociales Urbanas*, (14), 1-30.

Segal, S. (1981). Marginalidad espacial, Estado y ciudadanía. *Revista Mexicana de Sociología*, 43 (4), 1547-1577

Shmidt, M. & Tobías, M. (2021). Infraestructuras de agua potable y desigualdades hídricas en áreas periurbanas y rurales del Chaco Salteño, Argentina. *Estudios Rurales*, 11(24), 1-19.

Simone, A. (2004). People as infrastructure: Intersecting fragments in Johannesburg. *Public Culture*, 16 (3), 407-429.

Simone, A. (2015). Reconfigurando las ciudades africanas. *Íconos, Revista de Ciencias Sociales*, (51), 131-156.

Star, S. L. & Ruhleder, K. (1996). Steps Toward an Ecology of Infrastructure: Design and Access for Large Information Spaces. *Information Systems Research*, 7(1), 111-134.

Swyngedouw, E. (1997). Power, nature and the city. The conquest of water and the political ecology of urbanization in Guayaquil, Ecuador: 1880-1980. *Environment and Planning*, 29 (2), 311-332.

Star, S. L. (1999). The Ethnography of Infrastructure. *American Behavioral Scientist*, 43 (3): 377-391.

Tobías, M. & Moreno, L. (2025). Infraestructuras de agua y saneamiento, y desigualdad en barrios periféricos del Gran Buenos Aires, Argentina. *Revista de Geografía de Norte Grande*, (92), 1-24.

Vasan, S. (2019). Seeing through infrastructure. *Economic & Political Weekly*, 54 (47), 1-4.

Velho R. & Ureta, S. (2019). Frail modernities: Latin American infrastructures between repair and ruination. *Tapuya, Latin American STS*, 2 (2), 1-14.

Zorzoli, F. (2017). Infraestructura, territorio y conservación: aportes para el debate

sobre modelos de desarrollo y su inserción territorial a partir de un caso de intervención en infraestructura vial en el norte argentino. *Revista Transporte y Territorio*, (17), 172-202.

Zunino Singh, D.; Piglia, M. & Gruschetsky, V. (2021). *Pensar las infraestructuras en Latinoamérica*. Buenos Aires: UNQUI y Teseopress.



María Florencia Girola es profesora, licenciada y doctora en antropología de la Universidad de Buenos Aires, se desempeña como docente adjunta regular en la Carrera de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

Del mate a meta. Alarmas comunitarias, grupos y smartphones en las tramas de la vigilancia vecinal¹

[JOAQUÍN VÉLEZ]

Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad , Facultad de Trabajo Social,
Universidad Nacional de La Plata
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Escuela del Instituto de
Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de Gral. San Martín
jv9891@gmail.com

Resumen

En este trabajo abordamos problemáticas asociadas a la (in)seguridad urbana y las disputas por el uso del espacio habitado en la ciudad de La Plata (2018-2022) condensadas en diferentes esquemas de vigilancia vecinal (*vecinos en alerta*) que implican objetos técnicos y herramientas digitales. Profundizamos en las formas de asociación y control emergentes en sectores urbanos específicos, así como en sus efectos de lugarización y productividad sociourbana en la conformación de fronteras y límites. Así observamos, a partir de las prácticas securitarias en grupos vecinales, cómo es que participan -o al menos procuran hacerlo- de la regulación -y definición- del espacio habitado a partir de sus asociaciones entre sí y con otros actores, la instalación de objetos como alarmas vecinales o comunitarias y su dispersión espacial, el uso de dispositivos *smartphones* y la conformación de redes en base a soportes virtuales. Prácticas que desde su punto de vista se orientan a producir lugares menos inseguros pero que también inscriben alterizaciones, formas de regulación mutua y sociabilidades emergentes en torno a lo securitario.

Palabras clave: objetos, (in)seguridad, ciudad, vigilancia vecinal



¹ Artículo enviado: 10 de abril de 2025. Aceptado: 15 de julio de 2025

² Investigación financiada por Beca Doctoral CONICET 2017-2023 en el marco del Doctorado en Antropología Social cohorte 2016 (EIDAES-UNSAM). Algunas exploraciones previas fueron presentadas y debatidas en las XII Jornadas de Sociología UNLP.

From *mate* to *meta*. Community alarms, groups, and smartphones in the plots of neighborhood watch

Abstract

This paper addresses urban (in)security and disputes towards dwelling and uses of inhabited space in La Plata city (2018-2022), which are condensed in different schemes of neighborhood watch surveillance (*vecinos en alerta*) involving technical objects and digital tools. We delve into the ways in which these forms of association and control are produced through these media in specific sectors of the city of La Plata, as well as their effects on location and socio-urban productivity. Thus, we observe, based on the security practices of neighborhood groups, how they participate - or at least try to do so - in the regulation - and definition - of inhabited space based on their associations both with each other and with other social agents, the installation of objects in groups such as neighborhood watch schemes or community alarms and their spatial dispersion, the use of smartphones and the formation of networks based on virtual supports. Practices that from their point of view are oriented to produce less insecure places, but that also inscribe otherness and social displacement, forms of mutual regulation and emerging sociability around security.

Keywords: objects, (in)security, city, neighborhood watch

De *mate* a *meta*. Alarmes comunitários, grupos e smartphones nas tramas da vigilância local

Resumo

Este artigo aborda questões associadas à (in)segurança urbana e às disputas pelo uso do espaço habitado na cidade de La Plata (2018-2022), que se condensam em formas de vigilância de bairro (redes de vizinhos protegidos o *vecinos en alerta*) e envolvem diferentes objetos técnicos e ferramentas digitais. Aprofundamos nas maneiras pelas quais essas formas de associação e controle são produzidas a partir desses suportes em alguns setores específicos da cidade, bem como seus efeitos na localização e na produtividade sociourbana. Assim, observamos a partir das práticas de segurança de grupos de bairro, como eles participam – ou pelo menos tentam fazê-lo – da regulação – e definição – do espaço habitado a partir de suas associações entre si e com outros atores, da instalação de objetos como alarmes de bairro ou comunitários e sua dispersão espacial, do uso de smartphones e da formação de redes a partir de suportes virtuais. Práticas que, do seu ponto de vista, estão orientadas a produzir lugares menos inseguros, mas que também inscrevem alteridades, formas de regulação mútua e sociabilidades emergentes em torno da segurança.

Palavras-chave: objetos, (in)segurança, cidade, vigilância local

Un sonido para el espanto

Meses después de cerrar el trabajo de campo, todavía residía en uno de los “barrios” analizados para la investigación doctoral sobre la productividad socioespacial de la (in)seguridad³ urbana en la que se enmarca este trabajo. Un sábado por la madrugada,

³ En ocasiones empleamos la inscripción *(in)seguridad* para dar cuenta de los sentidos por momentos ambivalentes e intercambiables entre los significantes “seguridad” e “inseguridad” a partir de los usos identificados en la movilización de reclamos y asociaciones vecinales.

luego de festejar mi cumpleaños en el 'PH'⁴ que alquilaba, nos dirigimos caminando con personas amigas hacia una zona de bares mientras conversábamos. Aunque nuestro tono de voz era bajo y no detuvimos nuestro desplazamiento transeúnte en un andar ni lento ni apresurado, a unos cincuenta metros comenzó a sonar la estridente bocina de una de las alarmas vecinales instalada en esa cuadra. Con molestia por el celo con el que -quizás- procuraban disuadir nuestra efímera presencia -ya que las activaciones involuntarias eran recurrentes-, sucumbimos ante el mecanismo y apuramos la marcha. Era la primera vez que era objeto de regulación de estos dispositivos, aunque había podido presenciar ocasiones en las que habían sido activadas en este sector, e incluso la instalación y testeado de una de ellas.

Estas alarmas vecinales son identificables en varias zonas urbanas de La Plata⁵ y su proliferación está asociada a las iniciativas vecinales que contratan empresas de seguridad privada para su colocación y mantenimiento. Suelen consistir en un circuito con luces y bocinas donde quienes forman parte del esquema cuentan con un dispositivo de control remoto para accionarlo dada alguna eventualidad, en un radio de entre cien y doscientos metros -según el dispositivo-. En estos casos relevados, intentaban aunar varias unidades residenciales para distribuir los costos, ya que estas formas de asociación se constituyen por fuera de programas de financiamiento estatal o institucional -lo que les diferencia de los esquemas de *neighborhood watch* sajones de donde proviene su difusión (Rosenbaum, 1987), así como de otros municipios argentinos-.

Concurrente a su instalación, suelen crearse grupos de mensajería instantánea para la comunicación, coordinación y la aclaración ante eventualidades y activaciones (in) voluntarias del mecanismo disuasivo y de alerta. La corriente eléctrica y el soporte físico para su colocación tienden a estar provistos por el tendido, postes y estructuras del propio municipio que son aprovechadas en arreglos informales entre residentes y empresas privadas. Lo que resulta más difuso en el caso platense es cómo se produce y constata el acuerdo vecinal para su efectiva colocación, lo que también parece estar poco formalizado por las conversaciones mantenidas con integrantes de estos esquemas: qué postes utilizar, en qué zona de la vereda, cerca de qué domicilio o "frente" y en particular al lado de qué ventana y cómo llevar adelante disidencias o negativas respecto de su colocación.

La mayoría de las personas con las que conversé con posiciones contrarias o críticas no lo manifestaban de forma explícita o directa en estas grupalidades para "no escupir el asado" como diría Pipo (65)⁶. Señalaba que derivaba en una "privatización de la seguridad pública" por propia iniciativa de estos grupos. Más allá del posible oxímoron, suponía una apropiación diferencial de las "veredas", no sólo respecto de no residentes sino también entre quienes residían allí pero no participaban de las

⁴ Departamento en "propiedad horizontal"; alude a la subdivisión de inmuebles en una planta.

⁵ La Plata se ubica a 56 km en dirección sudeste desde la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, formando parte del corredor sur de la Región Metropolitana de Buenos Aires. Según datos de INDEC, para el censo del 2022 contaba con 768.470 habitantes con una edad promedio de 33 años, con su "cuadrado" fundacional caracterizado por sectores medios y una población en torno a los 200.000 habitantes. La ciudad tiene un perfil administrativo y universitario por ser la capital de la provincia de Buenos Aires y sede de la Universidad Nacional de La Plata.

⁶ Se han modificado los nombres propios para el resguardo del anonimato y empleamos la numeración entre paréntesis para indicar la edad en años de la persona entrevistada.

redes. La ausencia de regulaciones municipales hacía a esta suerte de laguna o vacío formal que no dejaba de tener sus positivities y efectos productivos. Estas alarmas se estructuraban a partir de arreglos prácticos en un “dejar hacer” que nos invita a visitar planteos similares que se interrogan por los relevos ciudadanos o comunitarios en el marco de gobiernos neoliberales (Low 2009) produciendo marcos regulatorios en estos esquemas de gubernamentalidad (Foucault 2007). ¿Quiénes (no) participan de estos arreglos securitarios? ¿Cómo se usan? ¿Ante qué tipo de eventos o presencias son puestos en acción?



Imagen 1: “Bernal Alarmas, Ingeniería en Seguridad”, publicado en FB de la asamblea vecinal del barrio El Mondongo el 11 de marzo de 2015.

Juntarse para separarse: analizamos aquí las tramas y usos que se conforman en torno a “la vecinal”, como fue denominada por algunas personas entrevistadas. A partir del trabajo etnográfico en un “barrio” platense, indagamos a partir de entrevistas, observación participante y corresidencia desarrolladas entre 2018 y 2022 acerca de las formas de regulación y control social emergentes. De esta manera, procuramos acceder a las prácticas y sentidos situados tanto respecto de las figuras del “desorden” alterizadas, estigmatizadas y a ser desplazadas u observadas, como en torno a los aprendizajes, sociabilidades y arreglos “internos” donde se construyen segmentaciones y límites socioespaciales. Luego de visitar distintas narrativas y usos de estos esquemas de vigilancia vecinal en una primera parte, contrastamos el relevo cartográfico de estas alarmas respecto de la participación en las asambleas vecinales vinculadas a la inseguridad, encontrando patrones que complejizan la ecuación y las asociaciones lineales entre sí. Retomamos así trabajos que se interrogan por los mecanismos formales e informales de control, tanto estatales como civiles, así como sus “entres” y porosidades, para pensar las formas de regulación del espacio urbano por quienes lo habitan cotidianamente.

Límites, grupos y vigilancia vecinal en la ciudad de La Plata

Proponemos como eje central de este trabajo el abordaje de las relaciones de vecindad y las fronteras sociourbanas en tanto objetivación de los procesos de diferenciación que tienen lugar en las zonas analizadas de la ciudad de La Plata a partir de los problemas asociados a la (in)seguridad urbana. Como mencionábamos, dichas disputas por el uso del espacio habitado implican diferentes objetos técnicos y herramientas digitales desplegadas para su regulación. Profundizamos así en las formas en que se produce “vigilancia vecinal” a partir de estos soportes en algunos sectores específicos de la ciudad, en particular dentro del “cuadrado” fundacional de dicha ciudad, así como en sus efectos de lugarización y productividad sociourbana por ejemplo en la conformación

de fronteras y límites sociales y espaciales. Así observamos, a partir de las prácticas securitarias en grupos vecinales, cómo es que participan -o al menos procuran hacerlo- de la regulación -y definición- del espacio habitado a partir de sus asociaciones entre sí y con otros actores, la instalación de objetos, dispositivos y la conformación de redes en base a soportes virtuales, prácticas que desde su punto de vista se orientan a producir lugares menos inseguros. En este movimiento, podemos observar distintas formas de “cierre” y las clausuras sociales que se (re)producen a partir de estos arreglos materiales y límites colectivos. A pesar de los imaginarios asociados a la noción de “vecinocracia” (Rodríguez Alzueta 2019) que en la obra homónima de Bértola se cristalizan en bizarros *cyborgs* vecinales que anudan objetos, cuerpos y casas-, los cierres no dejan de ser incompletos, inconclusos y sujetos a una variedad de procesos, tensiones y disputas.



Imagen 2: “Vecinocracia” J.L. Bértola, 2020

Una de las estrategias que identificamos en el caso de La Plata es la instalación de alarmas vecinales en diferentes sectores urbanos. Esta distribución y conformación de redes nos permite pensar en “pedazos” en términos de la antropología urbana brasilera de José Magnani (2018) como formas de diferenciación y zonificación entre espacios urbanos a partir de los usos, prácticas y sentidos. En ocasiones orientando su foco en las “alarmas”, en ocasiones sin ese epicentro totémico condensado por estos objetos, anclados principalmente en la conformación de “grupos de mensajería” vecinales, con diferentes segmentaciones territoriales. De esta forma, intentamos comprender algunas de las estrategias mediante las cuales los espacios de circulación de la ciudad se “abren” -y sobre todo, se “cierran”- a partir de dichos arreglos (Low 2009). Es decir, cómo sin fronteras materializadas en barreras o rejas, aunque sí en la distribución de estos objetos y la mirada compartida en grupos virtuales, se dificulta o impide la circulación de determinadas personas en colaboración (o no) con distintas agencias estatales.

En el análisis de estas distribuciones espaciales de objetos, profundizamos en las distintas relaciones entre el registro material y las prácticas que las sedimentaron, con procesos y significaciones. Esto nos permite cuestionar una visión reduccionista, unilineal y reponer las mediaciones en cada contexto entre los patrones de dispersión de las alarmas y prácticas securitarias, recordando que las cosas y artefactos también están producidos y sostenidos en arreglos prácticos. La imbricación de los usos de dispositivos, tecnologías o entornos digitales y el intento de regulación del espacio

habitado será una de las aristas a recorrer, donde la proliferación de nuevos soportes y objetos parece modificar las formas de la vigilancia vecinal en estos lugares específicos, combinando formas analógicas y digitales que resultan en modos de zonificación y lugarización en la productividad urbana de la inseguridad. Indagamos así sobre las formas en que dispositivos y redes con soportes en internet modulan, regulan y gestionan el espacio urbano, para visualizar los pliegues y ensambles que se producen entre la ciudad “material” y los usos de soportes digitales.

(In)seguridad, ciudad y tecnologías: del *mate* a *meta* en la imbricación de espacios y pantallas

Al comenzar a delinear la investigación doctoral en 2015 y 2016 no había previsto la relevancia que tendrían los soportes digitales en el posterior transcurso del trabajo etnográfico. En las conversaciones entabladas con residentes de las zonas analizadas, fueron recurrentes los imaginarios asociados a un pasado barrial donde “estar” y “tomar mate en la vereda”, “jugar a la pelota” o simplemente “charlar” allí incluso hasta altas horas de la noche resultaba frecuente como espacio de sociabilidad que hacía no sólo al reconocimiento mutuo sino también a la mirada compartida como forma de lo que Jane Jacobs denominó como control o “vigilancia natural” (2011) donde estas formas de cohabitación y ocupación del espacio público participan de la regulación introyectiva de la mirada y la prescindencia de una tercerización o de la necesidad de presencia policial ubicua para disuadir ilícitos. Estos relatos se contrastaban con un presente donde resultaban más frecuentes las interacciones en entornos digitales como grupos de mensajería o plataformas virtuales, en general propiedad de la empresa actualmente denominada “Meta”, que pertenece -al momento de esta escritura- a una de las personas con más dinero del planeta.

Estas afirmaciones vecinales no carecían de cierta performatividad estratégica ya que se dirigían a criticar la “falta de participación” presencial en las reuniones convocadas por residentes, frente a la gran cantidad de personas dispuestas a “postear” o “comentar” en los “grupos” digitales. De todos modos, nos permite identificar percepciones y definiciones situadas, como el lugar central que ocupa el uso de internet y los soportes digitales en el día a día. Este tipo de afirmaciones tendían a invisibilizar las interacciones cara a cara que efectivamente continuaban existiendo, aún en la posible tendencia de un mayor repliegue sobre los espacios privados e interiores. “Un barrio puertas adentro” diría Santiago (45) a pesar de la gran cantidad de personas en desplazamientos diarios que era posible identificar en el cotidiano en este sector urbano. También se condensaría en el comentario de un subcomisario durante una reunión de asamblea que planteaba que “la plaza de ayer es la red social de hoy”, mientras proponía la creación de un espacio digital con representantes estatales para las demandas vecinales de su jurisdicción a cargo. Así, la distinción “presencial” y “digital” era significativa a la hora de la participación asamblearia. Aunque las redes virtuales permitían asociaciones, intercambios y otras formas de establecer “grupos” y redes que hacen a las prácticas de vigilancia vecinal relevadas, no se las consideraba como un mero relevo o reemplazo de los espacios de encuentro cara a cara. Más bien resultaban una extensión o acompañamiento a estos encuentros, distanciándose de los planteos que proponen estas nuevas tecnologías como formas de acceso y participación ciudadana a “la cosa” pública en sí mismas.

Más allá de esta visión local, esto no es ajeno a las sociedades tardomodernas

contemporáneas: en lo que va del siglo XXI es posible identificar la presencia y proliferación de redes y objetos vinculados a los sistemas de navegación virtual y telecomunicación revisitando un vínculo entre “ciudad” y “tecnología” que ha acompañado el desarrollo de la modernidad. Pero también el proceso de urbanización de larga duración en la acuñación del concepto de “revolución neolítica” para comprender la transición hacia la agricultura y el sedentarismo como modos de producción predominantes, el surgimiento de formaciones estatales y su asociación a los asentamientos urbanos más antiguos registrados. Suturando varios milenios, en la última década la existencia generalizada de la telefonía celular ha crecido en importantes sectores poblacionales de diversos países. En Argentina llegaba en 2022 al 90% de la población mayor a 4 años en la muestra de la Encuesta Permanente de Hogares en los principales conglomerados urbanos y al 97% entre personas en la franja de 18 a 64 años. Esto ha suscitado una serie de debates sobre las modificaciones que implican en la vida cotidiana de las personas, así como en relación a las limitaciones de privacidad de la información, propagandas y uso de grandes *stocks* de información suministrada por la actividad de las propias personas con fines comerciales y electorales en lo que pareciera tender a nuevas formas de gestionar estas poblaciones -tanto humanas como de datos- a partir de su utilización que actualmente se vincula al uso de inteligencia artificial en los procesos productivos. En este marco, el mercado de la seguridad constituye una de las industrias tecnológicas con mayores ingresos y la cantidad de trabajadores empleados en el rubro es significativa (Lorenc Valcarce 2014) con redes extensas y bien consolidadas, innovaciones y financiamiento para desarrollo. Dimensión que no resulta tangencial al capitalismo tardío, sino que para diversos autores contemporáneos esta relación entre seguridad y tecnología en tanto “industria” o “cultura del control” está en su condición misma de posibilidad.

Apps a la mano

En estos movimientos que entrelazan objetos, formas, temporalidades y espacios, los dispositivos de telefonía celular parecen formar parte de nuestro cuerpo y aparato sensorperceptivo. Diseminan soportes *multitask*, en los que las *apps* permiten asociaciones insospechadas o novedosas (Haraway 1995) y la conformación de pliegues urbanos en los que la mediación de pantallas en las interacciones cobra una mayor centralidad. Para una buena parte de la población urbana contemporánea, la posesión de “smartphones” pareciera tornarse un insumo relevante para la vida cotidiana y las formas de comunicación en el día a día, resultando en ocasiones también imprescindible para el desarrollo del trabajo etnográfico. Esto excede a las funciones de telefonía incorporando microprocesadores similares a una “computadora portátil” y un carácter *abierto* por la inespecificidad de las aplicaciones y usos posibles. Se asemeja, en cierto modo, a esa *apertura* en la propia condición humana, así como el “*machine learning*” que bajo principios conductistas se aplica actualmente en la inteligencia artificial. La proliferación de tecnologías de alta gama para usos diarios urbanos, dependientes de cadenas de suministros globalizados del “capitalismo fragmentario” (Tsing, 2023), ha generado la presencia y circulación de objetos pequeños con alto valor de cambio. Esto ha sido señalado como una de las características ecológicas (Kessler 2009) que mejora las oportunidades para pequeños robos y hurtos, aprovechando el anonimato de las urbes de mediana y gran escala (Simmel 2014) pero también la falta de medidas estructurales en investigación criminal que impidan la proliferación de estos

mercados. Entrelazamientos que nos permiten entender múltiples escalas y procesos que participan de las tramas de la inseguridad urbana en los territorios indagados en este trabajo.

Continuando la reflexión sobre algunas características de las ecologías urbanas contemporáneas, retomamos las reflexiones de Bruno Latour (2012) acerca de que no siempre es fácil encontrar *objetos*. Pero si pensamos en actores-redes, ensambles o asociaciones de (no) humanos, deberían ser pedestremente rastreables -retomando el pragmatismo del francés- para construir un observable a partir de indicios y asociaciones significativas. Según Tim Ingold,

El origen del problema yace, una vez más, en el desliz que ocurre cuando se pasa de los materiales a materialidad. Esto es lo que nos lleva a suponer que los seres humanos, al atravesar las puertas, viven alternativamente en el adentro y en el afuera de un mundo material. Es como si este mundo fuera un queso *gruyere*, lleno de agujeros y sin embargo contenido en la envoltura de su superficie externa. En el mundo de los materiales, sin embargo, no hay ni agujeros internos ni superficies exteriores. Claro que hay superficies de todo tipo, de diversos grados de estabilidad y permeabilidad. Pero, como ha mostrado Gibson, estas superficies son interfases entre un tipo de materia y otro – por ejemplo entre piedra y aire – no entre lo que es material y lo que no lo es. Puedo tocar la piedra, ya sea de la pared de una cueva o del piso bajo mis pies, y así obtener una sensación de lo que la piedra es en tanto *material*. Pero no puedo tocar la *materialidad* de la piedra. La superficie de la materialidad, por tanto, es una ilusión. No la podemos tocar porque no está ahí. Como cualquier otra criatura, los seres humanos no existen al “otro lado” de la materialidad sino que nadamos en un océano de materiales. Una vez que nos damos cuenta de nuestra inmersión, lo que este océano nos revela no es la homogeneidad anodina de los distintos matices de la materia, sino un flujo en el que materiales de los más diversos tipos – a través de procesos de adición y destilación, de coagulación y dispersión, y de evaporación y precipitación – sufren una continua generación y transformación. Las formas de las cosas, lejos de haber sido impuestas desde afuera sobre un substrato inerte, se elevan y son sostenidas – como también lo somos nosotros – dentro de esta corriente de materiales. Como con la misma Tierra, la superficie de cada sólido no es sino una corteza, el más o menos efímero congelamiento de un movimiento generativo. (Ingold 2013:27)

No sólo señala Ingold el riesgo de buscar “materialidades” -alertando sobre la reificación de constructos abstractos- sino de su contracara: perder de vista las conexiones, procesos y relaciones materiales en este “océano” y reintroducir *ad-hoc* oposiciones trascendentales. Nos permite pensar que los objetos, como las superficies sobre las que nos sostenemos, son a su vez procesos en un “más o menos efímero congelamiento de un movimiento generativo”. Aunque los cosifiquemos o fetichicemos, su conato es también movimiento y transformación. Su estabilidad, hecha cotidiana e irreflexiva -al menos mientras funcionan correctamente en tanto ‘cajas negras’-, remite a relaciones que les permiten durar, mantener juntas sus partes, soportar desgastes y usos; donde

tanto su conexión con otras superficies como su singularización precisa ser sostenida o actualizada.



Imagen 3: Dispositivo de alarma comunitaria.

Cuando pasa algo. El objeto de la sociabilidad

Impulsos, una señal que produce una perturbación identificable en un campo y activa el circuito electrónico. En relación con las formas de asociación y sociabilidad en torno a su instalación, Santiago, protesista dental y residente de un sector urbano asociado a la “zona roja” relataba su experiencia, así como algunas de las características de estos esquemas de vigilancia vecinal en base a estos dispositivos comunitarios de seguridad:

Yo me conozco con tres o cuatro nada más de antes y después, una vez que se armó el grupo, ya nos fuimos conociendo más entre todos. Tenés gente que opina algo diferente y no todos tienen la misma forma de pensar, pero lo que nos une es el tema de la seguridad del barrio. Por eso planificamos, no solamente en mi cuadra pusimos la alarma vecinal, sino que tenemos grupos directamente por cuadras, en varias de acá a la vuelta, se puso en todas las zonas y están todas conectadas. Cada vecino tiene pulsadores y los puede activar cualquier alarma en cualquier poste, con lo cual tiene reflectores y siguen apareciendo muy de vez en cuando, haciendo sonar la alarma y se van. Estamos todos conectados, hay distintos grupos, hay grupos de cuadra por cuadra y después hay un grupo general de vecinos (Santiago, entrevista 2020)

En estos pasajes podemos identificar una de las dimensiones que hacen a la productividad urbana de la (in)seguridad en la instalación de las alarmas vecinales: la tracción de formas de sociabilidad y reconocimiento mutuo en lugares donde describían un aumento del anonimato en su experiencia urbana. En sentido opuesto, estas asociaciones generaban lazos y vínculos localizados a partir de arreglos de protección y seguridad, pero que luego también participan de otros problemas, redes o fines urbanos. Santiago describía no sólo “haberse conocido” y la construcción de lazos sociales con personas vecinas que desembocaría en la instalación de las alarmas, sino también las formas de organización, segmentación y el funcionamiento de estos dispositivos técnicos. Las alarmas estaban en ocasiones asociadas entre sí y al accionarlas se disparaba un conjunto determinado en estas agrupaciones por sector, generalmente de a dos o a tres. Al no estar monitoreadas por empresas de seguridad o por fuerzas de estatales, una parte central de este dispositivo comunitario era precisamente la respuesta colectiva

vecinal y poder coordinar formas de acción ante la “alarma”, algo que retoma en su etimología Rodríguez Alzueta en *Vecinocracia* (2019) cuando indaga en el sentido del vocablo.

La conformación de grupos de mensajería reforzaba el lugar de sociabilidad y coordinación para poder establecer cierta “eficacia colectiva” (Rosenbaum, 1987), tal como suelen mencionar estudios que analizan estos dispositivos. Sin embargo, se torna necesario especificar qué tipo de sociabilidades y entre quiénes efectivamente ocurre. Santiago mencionaba que no había tenido participación en el espacio de la asamblea porque “no los conocía” aunque se había contactado recientemente con algunos de sus referentes compartiendo contactos con medios de comunicación y distintas estrategias para desplazar prácticas y personas asociadas a la circulación nocturna de trabajadoras sexuales y jóvenes subalternizados. Esto se había desencadenado a partir de un conflicto que desembocaría en la mudanza de un vecino de la cuadra, luego de ataques hacia su domicilio. Tendría gran cobertura mediática, aunque personalmente ese vecino prefería no cobrar visibilidad pública. “Yo decía en el grupo que, si empezamos a armar un grupo por ahí por cuadra directamente, por ahí va a ser más organizado, *para poder sacar a esta gente de acá*” (Santiago, entrevista 2020). El objetivo explicitado no era sólo impedir eventos, sino también personas.

Estas tramas anudaban sociabilidades, el empleo de las alarmas o la presencia de medios -de alcance nacional en este caso- ante eventos noticiables. También manifestaba un conocimiento de la asamblea vecinal por la inseguridad en el barrio, que no necesariamente implicaba una participación o sentido de pertenencia con ella, a pesar de su reconocimiento y trabajo conjunto. Dichas iniciativas se llevaron adelante en diferentes temporalidades; traccionaban interacciones y reconocimientos mutuos entre corresidentes, orientados a una mayor capacidad disuasiva y de desplazamiento de personas o prácticas que consideraban extrañas o amenazantes. Podemos observar cómo en estos casos, el fin narrado no se dirigía tanto a la “prevención” de ilícitos o el pedido de ayuda, sino más centralmente hacia el intento de impedir o dificultar formas de ocupación del espacio específicas e indeseadas por estas grupalidades “vecinales”. En los barrios relevados, según los relatos de las entrevistas -visible en los desgastes de estos objetos- algunas de las alarmas llegaban a tener en los momentos de registro más de diez años de instalación, mientras que otras fueron instaladas en el transcurso del trabajo de campo entre 2017 y 2022. Diego (55), taxista y presidente de la asamblea vecinal del barrio, mencionaría algunas controversias sobre su instalación y usos:

Cuando pasa algo se acuerdan que pueden poner una alarma vecinal, en el barrio se han puesto varias alarmas vecinales en varias cuadras, si se usa a conciencia, si realmente se usa a conciencia con vecinos conscientes, bárbaro, ahora se están quejando porque suena la alarma. Se les canta sonar la alarma. Una vecina se quejó, ahora pareciera que todas las noches le prenden la alarma a morir y dicen que hacen pruebas de alarma cuando las pruebas se hacen de día y no de noche, son tomadas de pelo, lo usan para la joda, lo usaban en un clásico Estudiantes-Gimnasia, lo usaban para la Selección [argentina de fútbol masculino], lo usaban si ganaba un partido, es decir, eso ya depende de los vecinos, ¿no? Si la usan bien o mal, al principio la usan a conciencia porque les costó la platita. Ahora que ya pasó un tiempo la usan para la joda... qué va a ser, esperemos que se den cuenta de que es

algo para usar en serio, no una pavada, lo usen para lo que tengan que usar
(Diego, entrevista 2019)

¿Qué significaba que *pase algo*? Se presentaba la dificultad de identificar, definir y clasificar *eventos*. Diego indicaba que “cuando pasa algo” -en relación con acontecimientos vinculados a ilícitos, ilegalismos urbanos o necesidad de regulación- “se acuerdan que pueden poner una alarma vecinal”, reforzando tanto el lugar en el repertorio de estrategias posibles en la vigilancia vecinal, como de su instalación en tanto “respuesta” a alguno de estos ‘hechos’ *ex post*. El correcto uso de los mecanismos, donde era necesario establecer acuerdos, pero también construir un compromiso con estas formas de grupalidad y una autoridad que permitiese regular o expulsar a quienes no se adecuaban, era una vez más señalado como central. Había sido empleada en rivalidades futbolísticas entre los principales clubes locales, como en festejos por triunfos de la Selección argentina de fútbol masculino. Aunque esto no necesariamente disminuyese su efecto disuasorio, su uso reiterado podría morigerar la atención expedita o la “alerta” del celular y llevar a eso que Simmel (2014) mencionaba como un “embotamiento de los sentidos” ante la multiplicidad de estímulos sensoriales en la vida urbana. Pareciera que el acuerdo en torno a la necesidad de crear estos grupos de comunicación o la instalación de alarmas no aseguraba que la definición de las situaciones y eventos ante los cuales era correcto su empleo fuera sencilla o unánime. Esto parecía favorecer su proliferación, aunque no tanto su eficacia respecto de sus fines buscados. Podía al menos reforzar cierta “propiedad” o “potestad” vecinal sobre esos lugares tan particulares que son las veredas o las cuadras. Las acciones a regular -lo cual no necesariamente implican *ilícitos*-, permitían a estas vecindades activarla en situaciones tanto vagas o sospechosas, así como en otras que ostensiblemente no se encuentran tipificadas legalmente y al no encontrarse prohibidas, están permitidas según la ficción legal, profundizando este acceso desigual y discrecional al espacio urbano.

De mitologías a desplazamientos: efecto y paradojas

A lo largo del tiempo, las sirenas cambian de forma. Su primer historiador, el rapsoda del duodécimo libro de la Odisea, no nos dice cómo eran; para Ovidio, son aves de plumaje rojizo y cara de virgen; para Apolonio de Rodas, de medio cuerpo arriba son mujeres y, abajo, aves marinas; para el maestro Tirso de Molina (y para la heráldica), “la mitad mujeres, peces la mitad”. No menos discutible es su género; el diccionario clásico de Lemprière entiende que son ninfas, el de Quicherat que son monstruos y el de Grimal que son demonios.

Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero, Manual de zoología fantástica

De las epopeyas y mitologías, a la física y la electrónica de la modernidad, del *mythos* al *logos*. La pregnancia sonora -y lumínica- de la activación del mecanismo parecían tener generalmente un efecto centrípeto para la atención de quienes la escuchaban e intentaban saber qué estaba pasando, o las razones de su activación; opuesto al desplazamiento centrífugo para quienes intentaban ser disuadidos o prevenidos de realizar alguna práctica pasible de ser objeto de vigilancia. En este segundo sentido,

las “sirenas” cobraban un resultado más bien contrario al relatado en las travesías de Odiseo -a las que deben su nombre desde su invención por Cagniard de la Tour en 1819- aun cuando al igual que estos dispositivos se amarrase a un poste, no sin cierta impronta totémica o fálica.

Uno de los efectos estudiados en estos mecanismos de seguridad comunitaria (Rosenbaum 1987) es el del desplazamiento de actividades delictivas hacia otras zonas. Esto no necesariamente implica una reducción en términos globales y resulta una de las críticas a su eficacia en la disminución del delito en un territorio más extenso que el del correspondiente a la instalación de las alarmas y esquemas de vigilancia vecinal. Así identificaba y describía este proceso Paula (70), química, vecina de la zona y nacida en el barrio, durante nuestra entrevista: “(...) en esta zona de acá se empezaron a poner cámaras, que las luces, que qué sé yo... lo único que se consiguió con eso es irlos corriendo de una esquina a otra esquina”. Paula explicitaba la instalación de diferentes dispositivos de seguridad, vigilancia y control junto a sus efectos disuasivos, donde lo que se producía era más un desplazamiento que una “prevención situacional” que pudiese tener efectos en la comisión o no de ilícitos y eventos violentos. Su percepción de entonces era que “es más peligroso andar” y refería a la profusa instalación de “sirenas” allí:

Acá todo el mundo puso sirenas, que suenan a cada rato porque lo único que hace eso es espantarlos... hay, en casi todas las cuerdas hay vecinales, las que no tenían ya las empezaron a poner, hará dos años empezaron en una... lo que pasa que hubo una época en que teníamos tiroteos en 2 y 66, la gente de la calle 2 había puesto vecinales hace bastante pero ahora yo vi que están aumentando (Paula, entrevista 2020)

El relato oscilaba entre lo familiar y lo extraño respecto de “esta zona”, un lugar donde siempre vivió, pero que ahora encontraba “muy intranquilo”, sobre todo al aproximarse las horas nocturnas con situaciones que habían incluso llegado a “tiroteos”. A pesar de escuchar seguido la activación de las alarmas, su percepción era que “poner cámaras” o “las luces” sólo había conseguido desplazar las actividades indeseadas por estos grupos de vigilancia vecinal, algo que como veremos se corresponde con el patrón de dispersión espacial de las alarmas vecinales allí.

Uno de los aspectos paradójicos respecto de lo que Gabriel Kessler denomina “sentimiento de inseguridad” (2009) en ciertas derivas de estos objetos de seguridad y la percepción del ambiente es que, por un lado, parecen reforzar la capacidad de cuidado y vigilancia; al mismo tiempo, resultarían un recordatorio constante de vivir en un lugar en el que se consideran necesarios estos dispositivos. En todo caso, disminuiría cierta impotencia frente a “no poder hacer nada” más allá de las quejas, sin llegar al uso de la coacción directa por parte de vecindades, algo que cuando roban a personal policial de civil suele ser frecuente, produciendo letalidad de ambos lados.

Por la cantidad de veces que suena *la vecinal* deben estar todas las noches, desde las siete y media, ocho, que se empieza a escuchar el ruido de las sirenas, y después para, como a las diez, se ve que los vecinos ya no... se cansaron [risas] o ellos también, no lo sé (Paula, entrevista 2020)

Su relato indicaba una menor frecuentación del espacio exterior por la pandemia, pero “el ruido de las sirenas” era un indicio de las prácticas de regulación en el paisaje sonoro, así como su recurrencia horaria que participaba de los ritmos diarios. Esto invita a volver sobre lo mencionado respecto de la paradoja en los efectos mnemotécnicos para la percepción del lugar como ‘inseguro’ -que en vez del efecto “ventanas rotas” podría ser “ventanas enrejadas”-, algo que para Paula no solía estar acompañado de un sentido de claro de protección en torno a la presencia o activación de las sirenas. Paula señalaba que no participaba de las reuniones vecinales, a pesar de considerar problemática la situación. También su desconocimiento de quiénes vivían o no en las inmediaciones de la cuadra por los “muchos edificios y gente que va y viene”, indicando tanto un relativo anonimato -que no estaba disponible para las trabajadoras sexuales que por el contrario eran hiperespectacularizadas (Sabsay 2011) y no podían gozar de una “ética de la indiferencia” en términos de Simmel (2014). Paula no se sentía parte de esa grupalidad vecinal, así como Santiago indicaba no estar interesado en unirse a la asamblea vecinal a pesar de sus intercambios frente al conflicto en “su cuadra”.

Espíritu de colaboración

En otra de las “cuadras” de esta zona donde habían instalado alarmas vecinales vivía Jaime (65), quien participaba del grupo que había tomado la iniciativa de su colocación. Médico y nacido “en el barrio” al preguntarle por la instalación de alarmas vecinales y dispositivos de seguridad, Jaime mencionaba los “hechos de inseguridad” que habían conllevado no sólo a la instalación de la alarma, sino al refuerzo en el “cierre” de las “aberturas” de su casa: rejas y alarmas. No sólo construía una perspectiva sobre un empeoramiento de las condiciones de seguridad en el barrio, sino también la expectativa de que “en los próximos tiempos no va a mejorar”. Luego sí profundizaría en la entrevista sobre la instalación de los dispositivos comunitarios de vigilancia, describiendo las formas de su empleo, las dimensiones del aprendizaje colectivo para su uso y la extensión de su presencia “en gran parte de las cuadras del barrio”. Residía a unas cuatro cuadras de Paula y relataba otras articulaciones en torno a estos objetos:

Nosotros acá en el barrio tenemos una alarma vecinal desde 2018, hubo inquietud de dos o tres vecinos que tienen *espíritu de colaboración*, inicialmente se puso una sola alarma en la cuadra, después se puso una segunda sirena, que es la alarma vecinal que se ven en la gran parte de las cuadras del barrio y anda muy bien la alarma, apretás un botoncito y la alarma suena, el tema es que acá por suerte en la cuadra tenemos una buena organización vecinal (Jaime, entrevista 2020)

“Apretás un botoncito y la alarma suena”: la expresión de Jaime se asemejaba a la frase publicitaria en el cartel consignado más arriba (Imagen 1) de una de las empresas que las vendía e instalaba: “Potentes luces y sirenas con sólo apretar un botón”. Esto aludía a cómo accionarla, lo que en cierta forma invisibilizaba el trabajo de su instalación, mantenimiento y funcionamiento en tanto “caja negra”. También evitaba hacer referencia a la provisión de corriente eléctrica o las posibles regulaciones municipales en una apropiación de “la vereda” por parte de estos grupos, algo que por ejemplo también se manifestaba en “Seguridad 63” o Mondongo en las podas de la arboleda pública sin permiso municipal. Jaime enfatizaba la iniciativa de “dos o tres vecinos”

con “espíritu de colaboración”, señalando cómo la preocupación por la inseguridad era de algún modo necesaria pero insuficiente para poder consolidar esquemas de vigilancia vecinal. Era preciso que algunas personas tomaran la iniciativa de alguna acción o medida para que se generase cierto contexto y aprobación por parte de otras vecindades, no necesariamente como “emprendedores morales” como en el caso de “referentes” de las asambleas, sino más bien con cierta volición práctica y resolutive para “una buena organización vecinal” y el uso responsable de la alarma.

“No se toca al cuete”

Jaime proseguía con su descripción del “tiempo de aprendizaje” que implicaba el conocimiento y correcto uso de los dispositivos vecinales y que para él hacía a la “buena organización vecinal” que no era siempre identificable en estos grupos y esquemas:

Después de un tiempo de aprendizaje, te diría que costó más o menos un año organizar que los vecinos tocaran la alarma como correspondía, se armó un grupo con WhatsApp donde cada uno tiene un control asignado con un número, cuando vos activás el control la alarma toca una sirena y dice qué control activó la alarma, entonces el resto de los vecinos sabe quién activó la alarma, hay una lista armada con el nombre del vecino, el número de código que tiene y dónde vive, entonces el resto de los vecinos se vuelven solidarios para con quien tocó la alarma, se ha terminado de organizar bien la cosa, así la alarma no se toca al cuete, cuando uno ve que la alarma suena alguna cuestión grave puede haber ocurrido, si alguien toca la alarma sin querer rápidamente reporta en el grupo que tocó sin querer y nadie se termina alertando (Jaime, entrevista 2020)

La respuesta de las otras personas -o de quienes pasasen por la vía pública y pudiesen dar algún tipo de ayuda o asistencia- era así central en el funcionamiento de la alarma, dado que no contaba con un monitoreo de la empresa de seguridad o de agencias estatales. No sólo refería a un menor anonimato entre personas vecinas, sino a obligarlas moralmente a actuar en caso de ser necesario. Una “deuda compartida” para retomar el sentido que le da Roberto Espósito en “Inmunitas” (2019) revisando otra filología posible del vocablo “comunidad” a partir de la raíz etimológica del sufijo *munus*: deberse a las otras personas. Lo que vincula es así más la deuda -o el don, una diferencia- que lo común -una identidad-, lo que podría orientarse a disminuir la “indiferencia” en sentido peyorativo y la construcción de identidades no esencialistas. Jaime luego daría cuenta de casos de uso y de su “experiencia auspiciosa” para la disuasión de eventos delictivos que había presenciado mientras circulaba en su coche:

Hemos tenido alguna experiencia auspiciosa con la alarma, hace poco vimos a dos pibes que estaban robando una moto acá en la cuadra, veníamos con el auto, vimos la intención de los flacos, uno se bajó de una moto, empezó a desarmar la caja de cables de la moto para arrancarla, tocamos la alarma y los pibes miraron la alarma y se fueron. (Jaime, entrevista 2020)

Estas situaciones no se limitaban a eventos delictivos o similares, sino que también remitían a otras posibilidades que desplegaba en canal de comunicación entre personas

vecinas, algo que ya estaba de alguna manera incorporado en las tecnologías de control remoto. En estos modelos más nuevos permitían distinguir entre “tipos de alarma” a partir de botones diferenciados según la eventualidad:

Otra vez un hombre mayor que se había caído en el baño y no podía levantarse, estaba con su alarma en el cuello, la accionó y se alertó a la familia para que entrara a la casa, había tenido una lesión de cadera y no se podía levantar, lo hospitalizaron y todo terminó bien, son dos cosas, dos hechos puntuales que por ahí donde la alarma fue eficiente. (Jaime, entrevista 2020)

En estos “dos hechos puntuales” la alarma había sido “eficiente” según la descripción de Jaime, donde uno de los dos remitía la capacidad de comunicar situaciones por fuera de lo delictivo, reforzando vínculos de ayuda mutua, cuidado y alerta ante accidentes domésticos o urgencias de salud. La coordinación y el aprendizaje en el uso del “grupo” era nuevamente considerado central, pero también la construcción de cierta autoridad para poder moderarlo. La especificidad de los usos en las alarmas, pero sobre todo en los grupos, tenía que lidiar con una constante estimulación y atención a mensajes y aplicaciones, donde la gran cantidad de interacciones y “notificaciones” podían operar como “ruido” o disminuir la posibilidad de identificar situaciones urgentes -lo que lleva nuevamente a pensar en el embotamiento simmeliano-. Esto no era ajeno a la economía de la atención y a las formas en que estos regímenes cognitivos operan a partir de la proliferación y usos de dispositivos con conectividad: suponía que las personas estaban en general conectadas y atentas, disponibles a ser notificadas por el objeto de telecomunicación.

Distribución espacial de alarmas vecinales en barrio el mondongo y aledaños

A partir de recorridos sistemáticos a pie pude relevar la presencia de las alarmas vecinales colocadas hasta finales de 2021, lo que fue plasmado a una cartografía con su distribución espacial (Imagen 4). En una suerte de palimpsesto donde se superponen temporalidades de diferentes estratos arqueológicos, podemos identificar de todas formas algunos patrones en esta dispersión. Por ejemplo, en aquellas “cuadras” donde había más de una alarma, estas solían ser del mismo tipo y antigüedad, por lo que es posible suponer que fueron generalmente instaladas de a díadas o tríadas, algo también señalado en las entrevistas.

En la cartografía es posible observar cómo en el barrio El Mondongo y aledaños la dispersión territorial tiene subrepresentada la zona donde residían algunos de sus referentes (sector superior-derecho de la imagen). Podríamos así ensayar el argumento o hipótesis respecto de que la organización ciudadana aminora la privatización de la seguridad, introduciendo esta diferencia entre lo civil y lo privado -en tanto empresa tercerizada- que en muchas situaciones se homogeniza. Sin embargo, hay otra posible lectura del patrón de dispersión cartografiado y que remite al conflicto por la “zona roja”, la oferta de trabajo sexual callejero nocturno y al desplazamiento que han realizado a partir su “expulsión” vecinal y el hostigamiento policial: marcas materiales que evidencian la centralidad de esta actividad en la regulación mediante las alarmas. En este sentido, en el barrio El Mondongo existe una correlación directa

entre las zonas de calles internas que han participado del circuito de oferta de trabajo sexual y sus cambios a lo largo del tiempo -principalmente en las dos calles paralelas y contiguas a la avenida principal- y la instalación de alarmas y señaléticas. Sin embargo, es significativa su ausencia en avenidas, a pesar de que parte del circuito de oferta de trabajo sexual que intentaban desplazar se solía concentrar en ellas.

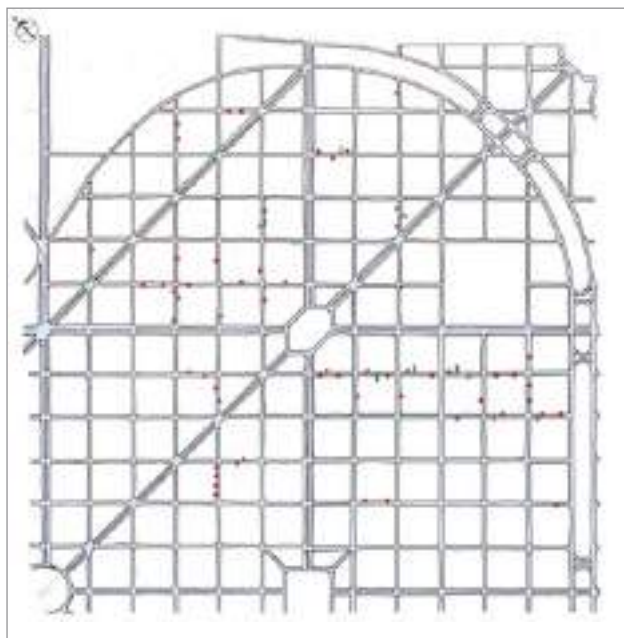


Imagen 4. Distribución de alarmas vecinales en Barrio El Mondongo.

Esta correlación negativa con las grandes vías de circulación se oponía a una concentración “entre” las avenidas, es decir en calles interiores al “cuadrado”, “triángulo” o “sector circular” que según el caso que delimitaban las avenidas donde se producía el cauce principal al flujo de personas y objetos. Quizás algunas de las causas de estas diferencias en el diseño urbano se vinculasen tanto a las formas arquitectónicas -línea constructiva uniforme sobre las avenidas sin espacios de mediación,

mayor iluminación y espacio de calzada, mayor presencia de comercios y edificios- como a sus usos, donde la mayor circulación de personas y vehículos podría disminuir la capacidad de frentistas y residentes de “apropiarse” de las veredas o el espacio exterior a sus viviendas. También un menor flujo y calles más angostas podrían mejorar la capacidad de vigilancia y cuidado y ser más propicio para el sentido de su utilidad como filtro o disuasión. En este sentido, las avenidas podrían ser “más públicas” y las calles internas “más privadas”. También en muchos de edificios contaban con sistemas de videovigilancia y grupos de WhatsApp propios, por lo que esto también podría seleccionar de forma negativa la instalación de alarmas.

La instalación de estos dispositivos no sólo produjo un cambio explícito en el paisaje y la capacidad de dar alerta o disuadir acciones y tránsitos en el espacio habitado, sino que su propia instalación y la toma de decisiones vinculados a la misma ha sido un canal para formas de socialización y sociabilidad allí donde las tendencias urbanas del anonimato y lo impersonal que subrayan autores como Georg Simmel (2014) tienen mayor prevalencia ante la mayor densidad poblacional y la existencia de edificios que agrupan varias unidades domésticas.

Estas estrategias estaban a su vez constreñidas por múltiples factores, uno de los cuales era el acuerdo y la voluntad de aportar dinero propio de cada persona o unidad doméstica que participa de la red de vigilancia. Estos artefactos son principalmente de origen extranjero por lo que los precios suelen estar asociados a las variaciones de la cotización de las divisas en Argentina. Esto podría tener una incidencia en su mayor o menor pregnancia como opción “a la mano” e implica que hay quienes optan por no gastar en estos dispositivos y desarrollar estrategias que dependen de soportes privados

-principalmente los grupos de mensajería- pero que no generan un costo adicional a quienes cuentan con dispositivos que puedan emplear la mensajería instantánea con servicio de “datos móviles” o internet. Podríamos pensar que el “objeto” en el espacio público, con ciertas cualidades totémicas por su ubicación como en la representación de una pertenencia grupal fetichizada en esta mercancía, es un camino que ahorra, simplifica o condensa la organización social y la capacidad de “vigilancia natural” allí donde la misma no es considerada suficiente por parte de quienes habitan y sienten derecho o propiedad moral sobre estos espacios “públicos” que lindan y adyacen a sus espacios o propiedades “privadas”. Vemos así la interdependencia que existe entre las dimensiones privadas y públicas incluso en configuraciones bien específicas donde se instalan, como “las veredas” en tanto lugar de propiedad difusa. Esto puede llevarnos a pensar cómo se articulan distintas “capas de vigilancia” (Firmino y Trevisan 2012) incluso dentro de las propias prácticas vecinales, además de ser una dimensión donde se intersecan agentes estatales, grupos ciudadanos y empresas privadas en torno a una forma de localidad y localización.

Cierres inconclusos

En los arreglos y redes mapeadas en torno a la problemática securitaria y la instalación de objetos securitarios, pudimos observar diferentes operaciones de territorialización y segmentación en torno a los espacios habitados. No sólo respecto de prácticas de regulación socioespacial, sino también en la construcción de imaginarios, fronteras simbólicas y discusiones sobre la definición de límites simbólicos y materiales. La instalación de las alarmas vecinales, sus usos y sentidos asociados nos permitieron focalizar en estas tramas urbanas y las formas en que la problemática se inscribe materialmente en el entorno habitado. Observamos así la manera en que se (re) producen tipos de espacios específicos en relación con sus contextos de securización: el “barrio”, secciones por “cuadras”, “manzanas”, así como segmentos vinculados a los grupos de mensajería y alarmas.

En esta dirección, entendemos que los “cierres sociales” (Weber 1977) precisan de alguna forma articularse en “cierres” materiales y urbanos, revisitando así las intuiciones de Simmel sobre relaciones entre *espacio* y *sociedad* (2014). Nos lleva también a visitar algunos planteos éticos desde una perspectiva de una seguridad ciudadana que observe principios democráticos e igualitarios frente a la legalidad. Aunque resulta claro que se trata de un principio de ficción jurídica, no deja de tener cierto peso en el imaginario de un acceso a los bienes comunes y del estado que, a pesar de su carácter ficcional, no deja de producir efectos: ¿sería necesario regular estas formas de comunicación con las fuerzas de seguridad y la administración de la seguridad estatal? En caso afirmativo, ¿es esto posible? ¿Qué consecuencias podría tener? ¿Mejora la calidad de vida en general? ¿O sólo la de quienes acceden a estos dispositivos y grupalidades, reforzando sesgos de estigmatización, fragmentación y segregación de sectores subalternizados y en posiciones desventajosas? ¿No produce esto una mayor desigualdad en el “derecho a la ciudad”? Quienes no acceden no sólo a estos grupos, sino a dispositivos de telefonía y conectividad, ¿no quedan también por fuera de esas otras *capas* virtuales y entrelazamientos que actualmente se tejen en la experiencia urbana, profundizando en las formas desiguales de acceso a una ciudad?

Estas relaciones no sólo buscan marcar límites de un “adentro” y un “afuera” del barrio, sino que también generan diferenciaciones y límites hacia el interior del barrio en torno

a las formas de agruparse, a quiénes se consideran (o no) “vecinos” -aun habitando en las inmediaciones del “barrio”- y qué otras personas o instituciones participan de la consolidación de estas redes, como personal policial o empresas de seguridad privada. De esta forma, generan pliegues y divisiones internas que nos permiten visualizar formas de sociabilidad y reconocimiento mutuo, así como límites en el seno de la vida urbana hacia personas alterizadas y prácticas a desplazar. Quienes integran los grupos suelen compartir movimientos que consideran sospechosos, denuncias elevadas o acontecimientos disruptivos, en especial cuando algo o alguien se encuentra “fuera de lugar” (Galimberti y Segura 2015), marcando fronteras y adecuaciones morales que se atribuyen a los diferentes espacios y personas. En este sentido, queda expuesta la relevancia que adquieren nuevas formas de comunicación y de estar en el mundo a partir de la incorporación de nuevas tecnologías, como la proliferación y generalización de *smartphones*, *apps* y sistemas de videovigilancia para mediar y estabilizar o potenciar relaciones en la (re)producción urbana. La centralidad del uso de la mensajería instantánea, los debates y conflictos que se generan en torno y a partir de su utilización, como la pregnancia del recurso de las cámaras de vigilancia o la proliferación de alertas vecinales y dispositivos privados de seguridad son indicios de estos suelos securitarios en los que gravitan estos sentidos.

En todos los casos expuestos, la articulación entre tecnologías de comunicación o vigilancia y el espacio urbano muestra imbricaciones y emergentes particulares, que nos permiten problematizar la separación virtual/real (Vélez 2019) a la vez que las relaciones de desterritorialización/reterritorialización que suponen los anclajes territoriales. Pero también rompen cierta “ilusión de control” depositada en estos pliegues y arreglos tecnológicos, donde las relaciones de poder inscritas se encuentran con resistencias e imposibilidades que exceden a la confianza en la técnica y que se entrelaza con las complejas relaciones territorializadas entre ciudadanías, agencias estatales (policiales, judiciales, ejecutivas) con sus propias lógicas prácticas y articulaciones.

A diferencia de otras experiencias en las que las plataformas trabajadas han sido impulsadas por iniciativas estatales, en los casos analizados la autogestión y posterior negociación e incorporación de agencias estatales ha sido una nota distintiva. Otras de las recurrencias están relacionadas a los usos correctos e incorrectos que se establecen como condiciones en las interacciones virtuales y que delimitan condiciones de admisión y exclusión. La aclaración, moderación y regulación de los mensajes que circulan resultan centrales, tanto por la cantidad de integrantes como por la operatividad que se pretende de dichas plataformas como por los clivajes morales y afectivos que se asocian a los comentarios, incorporaciones o bajas de dichas plataformas. En esta serie de casos, los soportes innovadores traccionan dinámicas -tanto previas como novedosas- y permiten continuar o consolidar redes, formas y modos, a la vez que emergen nuevas posibilidades de acción colectiva.

Lejos de la promesa de horizontalización democrática que traería la difusión de internet en esquemas de redes y formas rizomáticas romantizadas como modelo organizativo, la concentración y centralización que permiten las plataformas se ha mostrado sideral, conformando los conglomerados tecnológicos con mayores ingresos del mundo. En aras de orientar acciones hacia una democratización del acceso y uso al espacio urbano, podemos abrir el interrogante en torno a qué de estas tendencias participan de un “cercamiento de los comunes” en la producción cotidiana del espacio urbano con relación a determinadas personas o sectores subalternizados que habitan por fuera

de estos barrios y el “cuadrado” como condensación entre el “adentro” y el “afuera”: ¿ciudad para quiénes?

Bibliografía

- Esposito, R. (2019). *Protección y negación de la vida*. Buenos Aires: Amorrurtu.
- Firmino, R. y Trevisan, E. (2012): Eyes of Glass: Watching the Watchers in the Monitoring of Public Places in Curitiba, Brazil. *Surveillance & Society*, 10 (1), 28-41.
- Foucault, M. (2007). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: FCE.
- Galimberti, C. y Segura, R. (2015). ¿Fuera de lugar? (In)visibilidades, conflictos y usos del espacio público. En Chaves y Segura (comp.) *Hacerse un lugar. Circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos*. Buenos Aires: Biblos.
- Haraway, D. K. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Ingold, T. (2013). Los materiales contra la materialidad. *Papeles de Trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la UNSAM*, 7 (11).
- Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing.
- Kessler, G. (2009). *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Latour, B. (2012). *Nunca fuimos modernos. Ensayos de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lorenc Valcarce, F. (2014). *Seguridad privada. La mercantilización de la vigilancia y la protección en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Low, S. (2009). Cerrando y reabriendo el espacio público en la ciudad latinoamericana. *Cuadernos de Antropología Social*, (30), 17-38.
- Magnani, J. (2018). Antropología urbana en Brasil: de la periferia al centro. *Investiga Territorios* (7), 9-28.
- Rodríguez Alzueta, E. (2019). *Vecinocracia: olfato social y linchamientos*. Buenos Aires: EME.
- Rosenbaum, D. (1987). The Theory and Research behind Neighborhood Watch: Is it a Sound Fear and a Crime Reduction Strategy? *Crime & Delinquency*, 33 (1), 103-134.
- Sabsay, L. (2011). *Fronteras sexuales: espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*, Buenos Aires: Paidós.
- Simmel, G. (2014). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. México: FCE.
- Tsing, A. L. (2023). *Los hongos del fin el mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Buenos Aires: Caja negra.
- Vélez, J. (2019). Ciudades, tecnologías e (in)seguridades: la imbricación de redes sociales y servicios de mensajería en la (auto)gestión securitaria del espacio urbano. *Etnografías Contemporáneas*, 5 (9), 182-203.
- Weber, M. (1977). *Economía y sociedad*. México: FCE.



Joaquín Vélez es Licenciado en Antropología por la Universidad Nacional de La Plata y Doctor en Antropología Social por la Escuela del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Gral. San Martín. Forma parte del Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad de la Facultad de Trabajo Social (UNLP) donde participa de diferentes proyectos de investigación y se desempeña como docente en ésta y otras instituciones.

Antropología y tecnologías digitales: viñetas etnográficas sobre la vida de jóvenes en el conurbano bonaerense¹

[MARÍA GIMENA PERRET MARINO]

Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Ciencias Antropológicas,
Universidad de Buenos Aires
gimenaperret@hotmail.com

[VERÓNICA LÍA ZALLOCCI]

Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Ciencias Antropológicas,
Universidad de Buenos Aires
veronikalia@hotmail.com

Resumen

El presente artículo analiza el modo en que los objetos digitales están transformando/mutando las experiencias de las personas. El análisis de la vitalidad de las tecnologías digitales en contextos de periferia urbana, constituye el punto de partida de nuestra reflexión, enfocándonos en cómo las tecnologías digitales articulan, constituyen y son parte, a través de su uso cotidiano, de formas particulares de ser y estar en el mundo. Poner en foco a estos objetos digitales -en este caso, los celulares junto con las redes sociales- nos permite desnaturalizarlos y reflexionar en torno a las implicancias de la digitalización de la vida cotidiana en las subjetividades y vínculos, para así problematizar los usos, apropiaciones y sentidos que los jóvenes (de entre 15 y 25 años) realizan en contextos urbanos periféricos de la provincia de Buenos Aires. Desde el punto de vista de la estrategia metodológica, partimos de un enfoque etnográfico multisituado, incorporando prácticas digitales e interacciones virtuales. En este trabajo, compartimos avances del trabajo de campo con el objetivo de aproximarnos a la diversidad de usos de las tecnologías digitales, así como a los contextos, la vida cotidiana y las formas de sociabilidad entre los jóvenes. Si bien presentamos tres momentos del trabajo de campo realizado entre 2020-2024, nos centraremos en el tercer momento en el que elaboramos una propuesta de corte cualitativo basado en el diseño de bitácoras personales. A partir de estas, los jóvenes narran y describen una semana cotidiana con



¹ Artículo recibido: 27 de febrero de 2025. Aceptado: 15 de septiembre de 2025.

su dispositivo tecnológico, confeccionando así una narrativa del *yo* que les permite lograr un proceso de extrañamiento y objetivación desde sus propios lugares de habitar el mundo. Compartimos algunas viñetas etnográficas (a modo de recorte) junto a su análisis, que brindan pistas acerca de nuevas formas de relacionarse y experimentar el mundo social.

Palabras clave: tecnologías digitales, vida cotidiana, jóvenes, conurbano bonaerense

Anthropology and digital technologies: ethnographic snapshots of the lives of youth in the Buenos Aires metropolitan periphery

Abstract

This article analyzes how digital objects are transforming/mutating people's experiences. The analysis of the vitality of digital technologies in urban peripheral contexts serves as the starting point for our reflection, focusing on how digital technologies articulate, constitute, and are part of, through their everyday use, particular ways of being and existing in the world. By focusing on these digital objects -in this case, cell phones and social networks- we can deconstruct them and reflect on the implications of the digitization of daily life on subjectivities and relationships, in order to problematize the uses, appropriations, and meanings that young people (aged 15 to 25) engage in within the urban peripheral contexts of the Buenos Aires province. From a methodological standpoint, we adopt a multisituated ethnographic approach, incorporating digital practices and virtual interactions. In this paper, we share progress from fieldwork with the aim of approaching the diversity of digital technology uses, as well as the contexts, everyday life, and forms of sociability among young people. While we present three stages of fieldwork conducted between 2020 and 2024, we will focus on the third stage, in which we developed a qualitative proposal based on the design of personal diaries. Through these diaries, young people narrate and describe a typical week with their technological device, thus creating a narrative of the self that allows them to achieve a process of estrangement and objectification from their own places of inhabiting the world. We share some ethnographic vignettes (as a cut-out) along with their analysis, which offer clues about new ways of relating to and experiencing the social world.

Keywords: digital technologies, everyday life, young people, bonaerense suburbs

Antropologia e Tecnologias Digitais: Retratos Etnográficos da Vida de Jovens na Periferia Metropolitana de Buenos Aires

Resumo

Este artigo analisa como os objetos digitais estão transformando/mudando as experiências das pessoas. A análise da vitalidade das tecnologias digitais em contextos periféricos urbanos constitui o ponto de partida para nossa reflexão, focando em como as tecnologias digitais articulam, constituem e fazem parte, por meio de seu uso cotidiano, de formas particulares de ser e estar no mundo. Colocar em foco esses objetos digitais -neste caso, os celulares juntamente com as redes sociais- nos permite desnaturalizar-los e reflexionar sobre as implicações da digitalização da vida cotidiana nas subjetividades e vínculos, para problematizar os usos, apropriações e significados que os jovens (entre 15 y 25 años) realizan em contextos urbanos periféricos da província de Buenos Aires. Do ponto de vista da estratégia metodológica, partimos de uma abordagem etnográfica multissituada, incorporando práticas digitais e interações virtuais. Neste artigo, compartilhamos avanços do trabalho de campo com o objetivo

de nos aproximarnos da diversidade de usos das tecnologias digitais, bem como dos contextos, da vida cotidiana e das formas de sociabilidade entre os jovens. Embora apresentemos três momentos do trabalho de campo realizado entre 2020 e 2024, enfocaremos no terceiro momento, no qual elaboramos uma proposta qualitativa baseada no design de diários pessoais. A partir delas, os jovens narram e descrevem uma semana cotidiana com seu dispositivo tecnológico, criando assim uma narrativa do eu que lhes permite alcançar um processo de estranhamento e objetivação de seus próprios lugares de habitar o mundo. Compartilhamos algumas vinhetas etnográficas (como um recorte) juntamente com sua análise, que fornecem pistas sobre novas formas de se relacionar e experimentar o mundo social.

Palavras-chave: tecnologias digitais, vida cotidiana, jovens, subúrbios bonaerenses

Introducción

Hace ya casi cien años Marcel Mauss, en su *Ensayo sobre el Don* (2009 [1925]), se preguntaba ¿Cuál es el don de los objetos? ¿Cuál es su fuerza, su cualidad? Entendía que este don que poseían los objetos, es decir, la obligación de dar y recibir que generaban, iba más allá de una simple transacción económica sino que tenía un significado simbólico y cultural que facilitaba y entramaba los vínculos y relaciones sociales de los diversos grupos.

Hoy, frente al avance del capitalismo de las plataformas y el desarrollo de las infraestructuras digitales, volvemos a esta pregunta. Centrándonos en las tecnologías digitales, en el intento por identificar su fuerza o cualidades, partimos del supuesto que el don que poseen es el de ser invisibles (Miller, 2005, 2021; Zallocchi, 2024). Esta invisibilidad hace referencia a la naturalización de los objetos digitales en la vida cotidiana, que los corre de foco o los hace periféricos. En este sentido, la posibilidad de objetivar esta materialidad nos permite entender, por ejemplo, como sostiene Miller (2005), que el concepto de Internet se disolvió desde ser una cosa dada a una especificidad de su consumo local. En el caso de las tecnologías digitales este “ser invisible”, nos lleva a pensarlas como externas, considerándolas como meros instrumentos que se pueden utilizar o desechar sin consecuencias visibles en el entramado social.

Este aspecto instrumentalista y externo de las tecnologías digitales quedó expuesto fuertemente en el contexto de la pandemia del año 2020, cuando en Argentina se dispuso primero el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO) y, más tarde, el Distanciamiento Social, Preventivo y Obligatorio (DISPO), medidas que implicaron restricciones a la circulación y al contacto presencial durante varios meses.²

Las tecnologías digitales están tan naturalizadas en nuestra vida cotidiana, se vuelven tan familiares, que vamos perdiendo nuestra capacidad crítica para pensarlas y reflexionar sobre ellas. Se vuelven transparentes y es aquí donde reside su potencia y adquieren un tipo particular de vitalidad (Gómez Cruz, 2022), noción sobre la que volveremos más adelante. Esta naturalización, no solo hace que perdamos de vista su materialidad -de ahí su humildad-, sino que consolida una tendencia hacia su universalización, “ocultando” situaciones de desigualdad social y normalizando la extracción de datos

² Esto fue profundizado en el proyecto de investigación FILOCyT “Tecnologías digitales, subjetividad y producción de conocimientos. Aportes epistemológicos y metodológicos desde la Antropología” (FC 19090, 2022-2024) Directora: María Gimena Perret Marino.

funcionales al capitalismo actual.

Nuestro interés de investigación general hace pie en este estado de situación planteado. Desde el 2014, en el marco de estudios de postgrado y de diversos proyectos de investigación, hemos explorado acerca de los usos, sentidos y apropiaciones que jóvenes de territorios periféricos del conurbano bonaerense (Argentina) realizan de las tecnologías digitales.

Destacamos el tipo de territorialidad en la que se inscriben las biografías de los jóvenes³ participantes de nuestra investigación, una territorialidad que definimos como de periferia e insular. Esto es, a grandes rasgos, caracterizada por el deterioro y degradación del medio ambiente, altos grados de vulnerabilidad socioeconómica y afectiva y de aislamiento relativo -tanto objetivo como subjetivo-. Y que por sus características de infraestructura y servicios, escasa y dificultosa conectividad y accesibilidad en términos de movilidad y vinculación con las zonas centrales, moldean toda una experiencia de lugar que podemos definir como de periferia y de insularidad (Soldano, 2008).

Durante el contexto de pandemia en 2020 y 2021, que confinó a toda la población -y en particular a los jóvenes con quienes trabajamos- a sus hogares, constatamos que el uso de las tecnologías digitales matizó y dio cierto “alivio” al encierro, sin embargo, no logró evitarlo completamente, sino todo lo contrario, se reforzaron las paredes, los muros, al volverse evidente el aislamiento subjetivo que estos jóvenes ya percibían antes del confinamiento, vinculado con procesos de desigualdad socio-económica de larga data (Perret y Zallocchi, 2023). Nos interesa, en este sentido, profundizar en las vivencias y experiencias vitales de los jóvenes en relación a las apropiaciones de las tecnologías digitales, entendiendo a lo digital como una forma situada en los mundos cotidianos, múltiples y diversos.⁴

Como dijimos al inicio, por su cotidianidad las tecnologías digitales se vuelven transparentes, están ahí pero las perdemos de vista. Por ello, resulta un desafío teórico y especialmente metodológico hacerlas visibles y dar cuenta de su vitalidad.

El concepto de vitalidad (Gómez Cruz, 2022) sintetiza la relación que tenemos con las tecnologías y nos permite volver a plantear que no hay una separación tan clara entre las personas y las tecnologías y que estas no son simplemente un instrumento para nuestros fines sino que forman parte de nosotros/as mismos/as. Junto con Gómez Cruz, sostenemos que lo que hace el concepto de vital es situar a las tecnologías digitales en un plano distinto que el de su materialidad, su uso o las prácticas y narrativas que las cruzan. Lo que moviliza el concepto de vital es la pregunta de cómo las tecnologías articulan, constituyen y son parte, a través de su uso cotidiano, de formas particulares de ser y existir en el mundo. Esta idea de la vitalidad se vincula, no solo a las tecnologías, sino a una pregunta mucho más amplia que tiene que ver con el mundo actual, el capitalismo posindustrial y las formas actuales de habitar este mundo. La vitalidad no surge de las tecnologías en sí mismas, sino de las múltiples formas que las personas se las apropian para dar cuenta de sus necesidades, deseos, problemáticas y vivencias

³ A los efectos de agilizar la lectura, utilizamos el masculino “los estudiantes” / “los jóvenes”, sin que esto implique un no reconocimiento de la diversidad de género.

⁴ Este trabajo se enmarca en los resultados preliminares del proyecto de investigación UBACyT “Jóvenes de la periferia del conurbano bonaerense: indagaciones acerca de sus experiencias y apropiaciones de las tecnologías digitales. Aportes para un estudio etnográfico multisituado incorporando las prácticas digitales e interacciones virtuales” (2023- 2025) Directora: Verónica Lía Zallocchi. Co- Directora: María Gimena Perret Marino. En curso.

cotidianas. Es esta vitalidad las que las hace invisibles, las naturaliza. Entonces, si el don de las tecnologías digitales es su invisibilidad es, por esto mismo, urgente hacerlas visibles, darle protagonismo. Hacerles preguntas críticas y reflexivas en las que se eviten los determinismos, apologías y/o binarismos.

Sostenemos que la digitalización de la vida cotidiana nos acerca a nuevos modos de experimentar y vivenciar el mundo contemporáneo junto con nuevas subjetividades que rompen o se distancian de las subjetividades hegemónicas propias de la modernidad.

A partir del recurso metodológico de la bitácora -a modo de diario personal diseñado especialmente por nosotras- vamos a presentar cómo usan y qué sentidos le atribuyen a las diferentes materialidades digitales, los jóvenes participantes de la investigación. De modo de acercarnos a estas nuevas maneras de experimentar el mundo, sin perder de vista sus particularidades vinculadas con el contexto de insularidad que habitan y sus condiciones de vida, materiales y simbólicas.

Si bien nuestro objetivo es recuperar el proceso etnográfico desarrollado desde agosto de 2024, especialmente con relación al trabajo realizado con las bitácoras, presentamos brevemente algunos aspectos clave del trabajo previo, que nos dio información relevante sin la cual sería difícil contextualizar y comprender mucho de lo que los jóvenes describen en sus bitácoras.

A continuación, presentamos este itinerario organizado en tres momentos del trabajo de campo. En el tercero y último, ampliamos los aspectos centrales de lo trabajado con las bitácoras para luego, presentar algunas viñetas etnográficas (a modo de recorte) y su análisis. Finalmente, las reflexiones, nuevas preguntas y pasos a seguir.

Decisiones teórico - metodológicas. Tres momentos convergentes

Las transformaciones socioculturales, históricas, económicas y políticas que estamos experimentando de forma acelerada en los últimos años (Deleuze, 1991, Sibilia, 2013, Berardi, 2017, Gómez Cruz, 2022) traen, junto con las tecnologías digitales, reconfiguraciones epistemológicas y metodológicas al momento de producir conocimiento. Movernos entre la conectividad, la sensibilidad y sus matices, nos vuelve hacia la pregunta sobre cómo construimos nuestro objeto de estudio, nuestra pregunta de investigación. Partiendo de este movimiento, podemos entender que lo “real” y lo “virtual” no son campos opuestos sino convergentes, complementarios, continuos. Un contexto de cambio y transformación como el actual, invita a expandir y explorar otros modos de construcción del trabajo de campo, pensando diferentes modos de “estar allí”. Entonces, para acercarnos a nuestra problemática de investigación, diseñamos un abordaje metodológico flexible (Di Próspero, 2017; Gómez Cruz, 2017; Pink, 2019), en el que se viesen involucrados diferentes modos de aproximarnos al campo, de acuerdo a las preguntas que nos propusimos problematizar.

Mi barrio en tiempos de pandemia

Un primer momento del trabajo de campo, consistió en una propuesta de aula-taller virtual realizado durante el confinamiento pandémico del año 2020: “*Mi barrio en tiempos de pandemia*”⁵, en donde les propusimos a nuestros jóvenes participantes

⁵ Para profundizar se puede consultar: Perret Marino, María Gimena y Zallocchi, Verónica Lía (2023), “Apuntes de una experiencia docente en tiempos de COVID 19: paisajes cotidianos y confinamiento en la periferia del conurbano bonaerense”, en *Revista Electrónica de Didáctica en Educación Superior*, Nro.

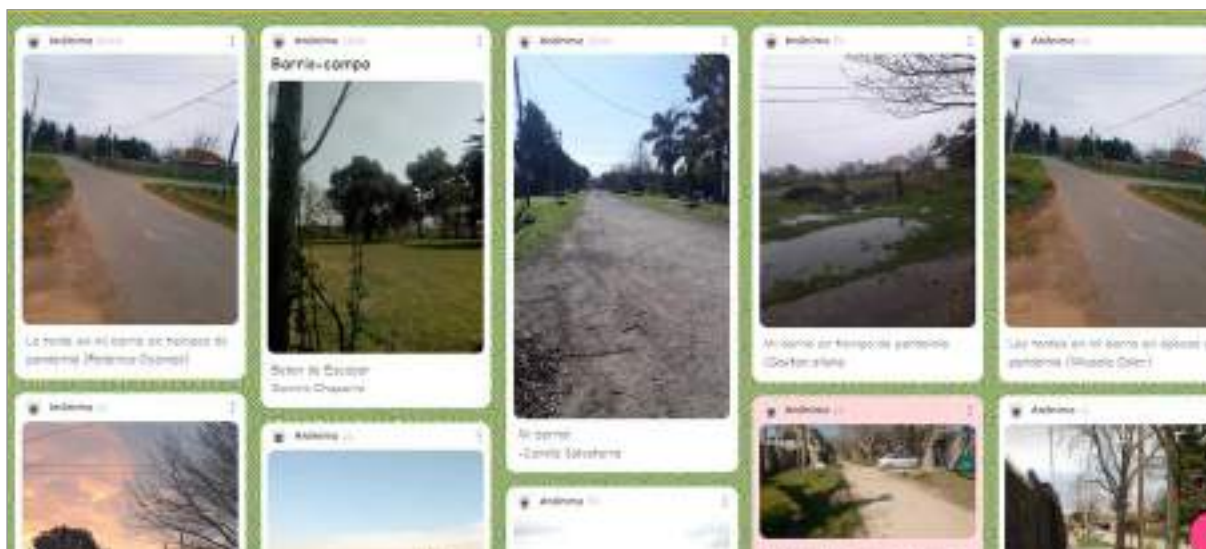


Imagen 1. Captura de pantalla del muro virtual en el que los estudiantes compartían sus fotos. Fuente: Trabajo de campo

un ejercicio de extrañamiento del espacio próximo cotidiano a partir del uso de fotografías celulares. Desde el registro visual fotográfico que los jóvenes realizaron, pudimos conocer algo de lo que podemos denominar el “contexto de uso” de las tecnologías digitales y, a la vez, entender que el confinamiento y/o aislamiento que experimentaban nuestros participantes trascendía a la pandemia y se vinculaba más con una situación de insularidad y de aislamiento subjetivo, como mencionamos más arriba. Las tecnologías digitales, en este caso los teléfonos celulares, posibilitaron que estos jóvenes -confinados en sus hogares- vean el mundo a través de sus pantallas, más allá de las ventanas físicas. Los celulares se constituyeron, en muchos casos, en *portales* a partir de los cuales pudieron generar encuentros, estudiar, comprar, entretenerse, socializar, festejar, entre otras situaciones de la vida cotidiana. Así, identificamos no sólo las características de su espacio próximo, de su territorialidad y lo que sentían sobre esta, sino que visibilizamos al celular como el objeto a través del cual mantenían vínculos y relaciones consideradas significativas, especialmente, a partir del uso del *Whatsapp* que les permitía también sostener, en algunos casos y con mucha dificultad, la continuidad pedagógica, especialmente durante los meses del confinamiento más estricto. Sin embargo, también pudimos observar que para estos jóvenes que viven en contextos de desigualdad, los portales que las tecnologías digitales habilitan, se conjugan con sus propias biografías, dónde las paredes o muros se vuelven a materializar a partir de las condiciones sociotécnicas que los atraviesa. En este sentido, tanto la materialidad como las infraestructuras son fundamentales para dar cuenta de las formas particulares de vitalidad que configuran las tecnologías digitales (Gómez Cruz, 2022), ya que nos permite explicitar la relación entre el acceso a determinadas infraestructuras y los capitales sociales, económicos, culturales y, a partir de estas dimensiones, poner en relieve las situaciones de desigualdad y vulnerabilidad.

Habitar el mundo en y desde la insularidad

En un segundo momento, realizamos un cuestionario virtual que fue respondido por 97 jóvenes de entre 15 y 25 años residentes en la zona noroeste del conurbano bonaerense. El cuestionario lo realizamos a través de un formulario de Google, ya que nos resultó una forma rápida, económica y sencilla de difusión y visualización de resultados. El objetivo fue doble, por un lado, tener un primer acercamiento a los usos, frecuencias, motivos y actividades que realizan de las tecnologías digitales y, por el otro, conocer los sentidos y percepciones que tienen sobre éstas. Brevemente⁶, destacamos que todos los participantes de la encuesta dicen utilizar el celular como el principal dispositivo tecnológico, mientras que la computadora queda en un segundo lugar. El celular lo utilizan para hablar con amigos, familiares y otras personas conocidas, navegar por las redes (principalmente *Instagram* y *Whatsapp*), para escuchar música, estudiar, como despertador, entre otras actividades. El uso del celular se da a lo largo del día, de manera sostenida y en casi todas las actividades cotidianas. Quizás lo que más nos llamó la atención, es lo que los jóvenes no hacen con el celular. Es decir, ninguno de los encuestados dice realizar actividades vinculadas a la producción de videos, *streamings* u otras actividades que impliquen una participación activa en las redes. Es posible que esto se vincule a los condicionamientos culturales y materiales que atraviesan a estos jóvenes, relacionados no solo a habilidades o competencias digitales sino, como dijimos anteriormente, a los aspectos más básicos de la materialidad y de la infraestructura digital: las posibilidades de tener una conectividad segura, estable, con una buena velocidad y un rendimiento óptimo. En efecto, a partir del análisis de la encuesta, entendimos que nuestros participantes utilizan al celular como un sostén de encuentros y vínculos afectivos, principalmente, dónde además realizan toda una serie de actividades como escuchar música, ver series, películas, buscar información, entre una amplia gama de situaciones cotidianas. El celular se presenta, más que como un objeto o instrumento para la comunicación, como un espacio dentro del cual transcurren sus días y se refuerzan sus vínculos afectivos. Esto último amplió la información que se vislumbró en el primer momento del trabajo de campo atravesado por la pandemia y, como veremos más adelante, profundizamos en el tercer momento etnográfico.

Como dijimos en la introducción, el deterioro de las condiciones de vida de los territorios donde llevamos adelante nuestro trabajo de campo se vincula con procesos de insularización propios no sólo de las zonas periféricas del Gran Buenos Aires, sino de muchas otras áreas metropolitanas latinoamericanas. En estos contextos, el celular se presenta como una parte vital del ser y estar en el mundo. La mayoría de los jóvenes que respondieron el cuestionario, no considera que sus vínculos se vean alterados o empobrecidos debido al uso de las tecnologías digitales. Aquí, la particularidad de lo local, los procesos de insularización que vivencian (calles intransitables, transportes públicos caros, inseguridad en las calles, entre otros aspectos) es condición de posibilidad para que los vínculos socioafectivos se refuercen.

⁶ Puede verse un desarrollo pormenorizado de los resultados de la encuesta en “Jóvenes de la periferia del conurbano bonaerense (Argentina). Primeras indagaciones acerca de las nuevas maneras de habitar el mundo en un contexto de creciente digitalización de la vida cotidiana”, ponencia presentada en la XIV Reunión de Antropología Social, Universidad Fluminense, Rio de Janeiro, agosto 2023.



Imagen 2. Diseño de la tapa de la bitácora entregada a los jóvenes. Fuente: Trabajo de campo

Bitácora de un viaje digital

Con estas inquietudes continuamos nuestro trabajo de campo etnográfico. Realizamos, en un tercer momento, con algunos de los participantes de la encuesta, talleres de reflexión colectiva que nos permitieron indagar sobre sus experiencias digitales e invitarlos a elaborar un diario personal donde durante siete días escribieran su cotidianidad con el dispositivo tecnológico más utilizado. En un intento por volver a poner en foco y darle visibilidad a estos objetos, el énfasis lo pusimos en las apropiaciones y sentidos que construyen desde su experiencia y como parte vital de sus vidas cotidianas. La escritura diaria significó para nosotras una apuesta por habilitar, a partir de la bitácora, la posibilidad del extrañamiento y objetivación de su cotidianidad. La idea de la bitácora se nos presentó como un objeto disruptivo o, que al menos, ponía en tensión las subjetividades propias de la modernidad. El diario íntimo, la escritura en soledad, nos vinculan con una introspección y autoexploración personal. Con una intimidad protegida de la mirada de los otros. Esta estrategia de trabajo etnográfico nos pareció potente ya que incentivaba a nuestros participantes a realizar un corrimiento, un movimiento en donde lo extraño se vuelva familiar y viceversa. La actividad se la propusimos, como ya dijimos, a algunos de los jóvenes que contestaron la encuesta previamente, con quienes realizamos un primer encuentro grupal para explicar el sentido de la propuesta y aclarar dudas e inquietudes. La mayoría de estos jóvenes viven en el Partido de Escobar, San Miguel y Los Polvorines. Los cuadernos-bitácoras los elaboramos con un diseño amplio para que ellos pudieran explayarse todo lo que necesitaran, aclarando, en un breve instructivo al comenzar la bitácora, lo que esperábamos de su escritura.

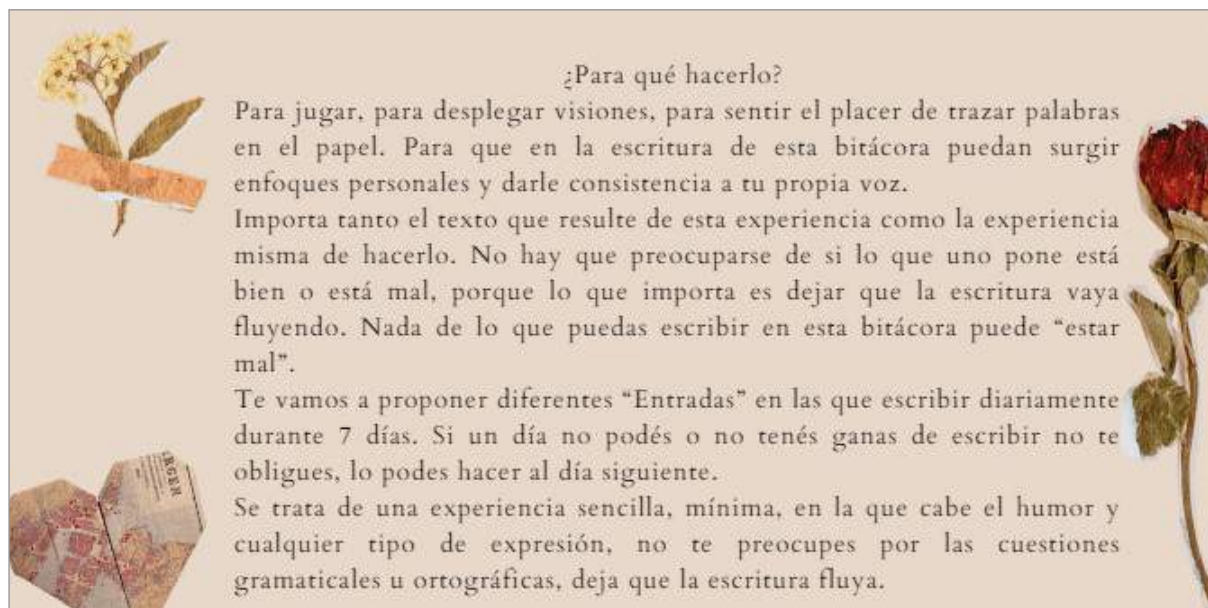


Imagen 3. Primera página de la bitácora, un breve "instructivo" de ¿Para qué hacerlo? Fuente: Trabajo de campo

A lo largo de la bitácora, les proponemos diferentes entradas que se vinculan con actividades o preguntas que guían la escritura. Muchas de estas preguntas se relacionan con estados de ánimo, con sus propias autopercepciones, vínculos afectivos e interacciones con las tecnologías digitales en lugares y tiempos diversos. Siendo nuestras dimensiones de análisis los vínculos, sentimientos y emocionalidad en relación a las tecnologías digitales; sus reflexiones en torno a los usos y a la propia intimidad. Nos interesa identificar qué tipo de vitalidad aparece, es decir, cómo las tecnologías digitales organizan el sentido de la vida cotidiana de estos jóvenes. Presentamos a continuación, un recorte a manera de viñeta de cuatro de las diez bitácoras realizadas hasta el momento.

Enredados: bitácora de un viaje digital

Sofí (18 años): *"Si fuese un objeto sería unos auriculares"*.

A Sofí le gusta mucho la música, además de leer, ver series y películas, reírse (a carcajadas) y estar, principalmente, con la familia y amigos (en ese orden). Escribe su primera página de la bitácora en la cama, en su casa, a la noche, ya lista para dormir. Ese es el momento que elige para escribir, y nos aclara, que también es el momento del día que más utiliza las redes.

Nos cuenta que su día fue bastante aburrido, que usó el celular y que cree que no hay un día que no lo use:

No sé si podría estar unos días sin usar el celular, no necesariamente las redes, sino whatsapp. (...) se volvió una pieza fundamental para una persona del siglo XXI (no sé si es muy sano la verdad, jaja).

Estuvo en *TikTok* viendo videos, escuchando canciones. No publicó nada en ninguna red.

No soy de las que publica demasiadas cosas, sino soy más o de las que no suben nada o directamente resuben cosas que hicieron otras personas en las que aparezco, obvio solo lo resubo si me gusta como salí, sino no.

Además de *TikTok* usa *Instagram* y *Twitter*, en menor medida. Dice que utiliza las redes para entretenerse pero que, a la vez, se siente un poco abrumada, con mucha información que “va y viene a mi cabeza, lo rápido que llega todo, lo cambiante que es”. Sofi nos dice que la palabra que expresa su relación con las redes sociales es: *caos*. Según ella tiene un lado bueno: “mata el aburrimiento”, sirve para recordar, memorias, cosas vividas. El acto de subir cosas es una forma de exteriorizar lo que uno siente, nos dice, es una manera de estar conectado, “saber lo que pasa en el mundo”. Pero, a la vez, las redes sociales tienen un aspecto negativo:

Es abrumante, que cada treinta segundos aparezca contenido nuevo, con opiniones nuevas, con personas diferentes, con temas distintos, que producen emociones distintas y todo esto (...) a veces agobia, y también te puede desconectar un poco de la “realidad” y quitar tiempo a cosas más necesarias o importantes.

Más adelante, vuelve a estar presente esta sensación *abrumadora*. Escribe:

Algo que a veces pienso es que creo que las redes sociales pueden insensibilizarnos un poco, o al menos que no tienen muy buenos efectos en nosotros. Hay como una sobrecarga de información que es re cambiante. Te aparece un video de un gatito, que es tierno, vas para abajo y es un video de una guerra que te hace poner super triste pero en 30 segundos después vas abajo y te aparece un meme re gracioso que te hace reír y así sucesivamente como una montaña rusa de emociones en donde pasamos de llorar a reírnos en segundos (...) También se puede ver cierta “deshumanización” en las redes, es común que las personas sean violentas o agresivas en los comentarios hacia otras personas, ignorando la humanidad del otro y los efectos que tiene en los demás. (...).

Cuando le proponemos que intente detallar un día con su celular, nos cuenta que al despertarse lo primero que hizo fue fijarse si tenía mensajes en *Whatsapp*, luego *entró* a *Instagram* y *TikTok*. No publicó nada, solo vio algunas historias y publicaciones de otros. Si bien no detalla qué vio en esos espacios, sí nos aclara que fue el día de las elecciones presidenciales, por lo que la mayoría de contenido que le *apareció* era político

(...) me sorprendió (en realidad me entristeció, pero al mismo tiempo me enojó bastante) el odio y la violencia que se genera en las redes (...) las agresiones verbales, como se promueve el odio. (...) todos creyéndose mejores que los otros (...).

Sofi, también nos dice, que el celular es un objeto fundamental en su vida diaria, es lo primero que miramos al levantarnos y lo último que vemos al dormirnos. Todo el día transcurre a través de las tecnologías digitales. Sin embargo, no utiliza las redes para subir producciones propias.

Yo no soy de las que sube demasiadas cosas (...) creo que porque le doy mucho valor a la mirada ajena, a la aprobación de un otro, a caer bien, entonces sobrepienso mucho lo que voy a subir y me estreso y termino no subiendo nada. (...) creo que las redes un poco fomentan mi problema, hay como los me gustan, los comentarios, conceptos como *cringe* (vergüenza ajena) que hacen que yo sea más así.

Sofi, utiliza las redes sociales a lo largo del día, todos los días. Sin embargo, también cree que los vínculos con sus amistades se ven, a veces, perjudicados por las tecnologías digitales. Cuando se junta con sus amigos, a veces se enojan porque, incluso en medio del encuentro, algunos (y ella misma) continúan usando el celular.

(...) a mí me re molesta estar hablando con alguien y que ese alguien este con el celular, me hace sentir que lo que digo no importa o que no están interesados en mí (...).

Pero a la vez, Sofi reconoce la necesidad de un momento de intimidad y/o privacidad que posibilitan estas mismas tecnologías.

Es medio loco, pero también hay momentos en donde estuvimos todo el día juntos y entendemos que se acaba la batería social y necesitamos un ratito para estar solos, distraernos un ratito con las redes (...).

Sofi, se propuso un reto: estar una semana sin usar las redes sociales, y le costó muchísimo. Tenía la sensación de que se estaba perdiendo algo importante, que estaba quedando “*fuera de la corriente*”. Se aburría. Se sentía ansiosa por

(...) ver qué mensajes me habían mandado, si habían subido algo conmigo, si había un nuevo audio y video viral. (...) se parece muchísimo a una adicción pero lo logré, me decía a mí misma que las redes no pueden tener tanto poder o espacio en mi vida (...) cuando me las volvía a instalar me di cuenta que finalmente no me perdí de nada (...).

Los celulares ya no son aparatos que usamos, se han convertido en lugares en los que vivimos, en hogares portátiles. Ella está de acuerdo con esa frase sobre la que les propusimos reflexionar. Dice que los celulares son como el *Para Tí* de *TikTok*, en dónde se guardan las cosas que la pueden hacer reír, llorar, recordar: música, fotos, videos. “Gran parte de nuestra identidad está en nuestro celular”, escribe. Hacia el final de la bitácora le propusimos que reflexione sobre esta experiencia y nos dice:

(...) escribir sobre mí y el uso de las redes sociales cambió y me ayudó mucho
(...) siempre me consideré una persona pensante y reflexiva, pero

poder tener un espacio y una oportunidad para plasmar lo que pienso y siento me re gustó. Me gustaría que todos tengan la oportunidad de hacer algo así, me parece sano. (...) Te lleva a replantear y pensar muchas cosas (...) y no tener la presión de que sea perfecto (...).



Imagen 4. Dibujo realizado por Lauti en su bitácora. Fuente: Trabajo de campo

Lauti (19 años).

Lauti se autopercibe varón y escribe de noche, tarde, desde su habitación. No se siente a gusto en su casa, no le parece un lugar seguro. Vive con su papá, su madrastra y su hermano. Este dibujo lo realizó para identificarse (Imagen 4). Al inicio de su bitácora nos relata que tuvo un día tranquilo, que fue a su taller de arte y lo disfrutó mucho. Luego de terminar su cuadro le sacó una foto con el celular pero no la publicó en ninguna

red social, la guardó como un recuerdo para él. Utiliza *Pinterest* (hace seis meses) e *Instagram* (desde el año anterior). Ambas redes sociales las utiliza para ver fotos, consejos de pastelería o moda.

Cuando uso esas aplicaciones me siento tranquilo y como son perfectas para la creatividad de una persona o distraerse un poco si tuviste un mal día (...) tiene un lado negativo, también, que serían los comentarios o publicaciones de gente que se queja exigiendo que podría ser mejor o no es lo que esperaba.

La palabra que expresa su relación con las redes sociales es: “entretenida”. También Lauti nos cuenta que trabaja muchas horas por lo cual hay días que casi no usa el celular ya que no lo dejan en el trabajo.

Hoy tuve doble turno en el trabajo por ende no pude usar mi teléfono (creo que para lo único que lo utilice fue para enviarle un mensaje a mi encargada. Para contarle que por culpa del transporte llegaría 20 minutos tarde).

Sin embargo, en otros días, utiliza de forma intensa su celular, casi adictiva como dice él: “Hoy usé mi teléfono para ver videos de gatos, en Instagram. Fue muy adictivo, estuve como 3 horas viendo sus caritas peludas y adorables”. Lauti escribe que hoy en día es casi imposible no tener relación con la tecnología, incluso se usa muchas veces inconscientemente, “sin darnos cuenta”. Y, a la vez, estos usos, también tienen un aspecto negativo en relación a los vínculos. “(...) en Internet siempre habrá personas contra vos que tratan de decir o hacer creer lo peor de ti a las personas que más quieres”. Esto genera malentendidos e incluso rompe amistades. Nos cuenta, que durante un

tiempo *siguió* por Instagram a una chica de California que enseñaba tips de belleza. Comenzó a observar que algunas personas en la parte de comentarios la insultaban por ser “un poco rellenita y eso me pareció injusto, me dio mucho odio, ella no se merecía eso, nadie merece ese trato horrible”. Lauti no habla demasiado de él en la bitácora, todas las referencias y ejemplos aparecen como externos. Como un simple observador, que muchas veces toma partido pero sin participar activamente en las redes. Observa a través de ellas, busca a partir de sus intereses (arte, gastronomía, belleza). No menciona demasiado ni a los amigos ni a la familia como parte de sus vínculos mediados por la interacción digital. Si se tiene que pensar sin su celular se imagina como cuando tenía 8 años de edad, se la pasaría dibujando y leyendo, nos dice. Pero también siente que si no tuviera su teléfono celular se “aburriría muy rápido, me pondría triste por no poder hablar con mis amigos que viven lejos”. Lauti usa la tecnología “para todo” y siente que “es inevitable poner un poquito de nuestra personalidad en nuestros móviles”. Al final de la bitácora escribe:

(...) la mayor parte de lo que conté no es ni muy bueno ni muy malo, pero he de aclarar que siempre pasan cosas malas/raras en las redes sociales. Ya sea gente que finge ser alguien que no es hasta molestar a personas por no ser lo suficiente para algo. Esto me ha hecho pensar que es lindo reírse o perder el tiempo con lo que quieras pero, también, pienso que no hay que encariñarse con aquellas cosas que nos divierten.

Joni (17 años): “¿Por qué no soy como ellos?”

Joni tiene 17 años, se autopercibe como varón cisgénero. La frase que elige para terminar su día (el primero de escritura de la bitácora) es: “¿Quiero cambiar por mí o por los demás?”. Joni también dice que lamenta haber tardado en escribir en la bitácora y sigue escribiendo:

Estoy ansioso y sobrecargado, comencé a usar mi teléfono más de lo que debería, pase horas en Instagram, subí una historia de mí siendo iluminado por el sol diez minutos más tarde la eliminé. Comencé a ver imperfecciones en mi piel, mi nariz, mi pelo, etc. No estoy disfrutando esto, me encuentro forzándome a publicar cosas que sean extremadamente estéticas para parecerme a las chicas y chicos que encuentro divagando en mis tableros de pinterest, quiero ser como ellos, tomar clase de yoga, ir al gimnasio, comenzar una vida espiritual, ser sociable pero por mi falta de disciplina no logro aferrarme a una rutina. Resulta más fácil quedarme acostado en mi cama viendo reels o tik tok por horas que tratar de ser el chico que veo en las redes, observando como todos obtienen todas las cosas que yo quiero tener. Se está volviendo tedioso ese sentimiento de decepción cada vez que me veo al espejo y me pregunto ¿por qué no soy como ellos?

No escribe todos los días. Pasados tres días, escribe que estuvo muy ocupado con la escuela por lo cual casi no usó ninguna red social. Solamente *entró* a Instagram porque había recibido un mensaje:

(...) era de un chico que me parecía lindo, me respondió una historia en la que yo estaba en un espejo mostrando mi outfit. Me dijo lindo y me emocioné un poco. Comenzamos a hablar pero después de unos minutos él comenzó a decirme cosas muy fuera de lugar.

No quiere entrar en detalle sobre los comentarios que le hicieron pero sí aclara que se sintió incómodo y le dejó de responder a esa persona. En relación con esto último que escribe, las palabras que elige para expresar su relación con las redes sociales son: “¿por qué la gente es tan atrevida?” A lo largo de su escritura también se leen días positivos y exitosos, como Joni dice. Escribe desde la cama, escucha música con *Spotify*, utiliza el traductor de inglés, habla con sus amigos por *Whatsapp* y vuelve a usar Instagram para ver *reels*⁷. Utilizó el *Classroom* (aula virtual de Google), jugó juegos virtuales (gastronómicos), usó Pinterest. A veces siente que cuando está mucho con el celular su día no es muy productivo. Joni sin celular,

(...) ganaría tiempo, productividad y ganaría la capacidad de tener imaginación sin la necesidad de ver alguna imagen. También dejaría de idealizar las cosas, como tener pareja, también mis opiniones no serían influenciadas por los medios de comunicación, aunque perdería la posibilidad de comunicarme y estar al tanto de todo lo que pasa en el mundo, no formaría parte de él.

Para él estar conectado en las redes sociales significa estar al tanto de lo que pasa en el mundo. No se puede imaginar una vida sin wifi, computadoras, celulares y televisores, ya forman parte de nosotros, dice Joni. Hacia el final de la bitácora, nos cuenta que se considera un chico tranquilo y bastante extrovertido con las personas que tiene confianza. Le gusta la música, el arte, las películas de *Disney* y *Kit Connor*. Para él, el celular, lo ayuda mucho “a la hora de entretenimiento, conocimiento y expansión” pero también, sigue escribiendo, le causó bastantes crisis e inseguridades:

(...) fui demasiado influenciable, aunque las redes sociales, ni los medios son los culpables. Nosotros somos los responsables de nuestra propia vida, sobre qué es lo que consumimos y que dejamos que nos inflencie, nosotros hacemos que algo hermoso y útil sea algo irreversible y caótico.

Angie (17 años): “*Todo depende de cómo se vea y actúe*”.

Angie tiene 17 años, vive en Escobar junto a sus padres, hermana y mascotas. Está en el último año de la escuela secundaria, no trabaja y nos cuenta que está en pareja. Suele escribir en su bitácora a la tarde/noche, en su cuarto o en el patio mientras merienda. Cuando le preguntamos si usó el celular, nos cuenta que hay días que no lo usa mucho y cuando lo hace es para hablar con su novio al despertar (saludarlo) y antes de acostarse, por *Whatsapp*. Suele usar *TikTok* y *Pinterest*, sobre todo para entretenerse e inspirarse. Esto es algo que menciona varias veces a lo largo de la bitácora: las redes las usa principalmente para entretenerse e inspirarse y estas parecen ser las cualidades

⁷ Hace referencia a un tipo de video corto que los usuarios pueden crear y compartir en las redes sociales.

principales que les otorga. Por lo que dice de sí misma, es una persona que reflexiona y revisa sus sentimientos y pensamientos y a la que le gusta mucho el tarot y buscar frases inspiradoras vinculadas con eso. En cuanto al *Whatsapp*, lo usa desde 2016, desde que tiene celular y destaca que es útil para comunicarse “y hasta el día de hoy la ayuda para lo mismo”. También nos relata que *TikTok* es una de sus redes sociales preferidas y que la usa desde el 2019 aproximadamente, “es una de mis apps favoritas porque aunque hay polémicas ridículas, me ha inspirado muchísimo por mucho tiempo y hasta el día de hoy”. En otro momento de la bitácora cuenta que usa *Pinterest* en busca de *inspiración*, que usa la computadora para jugar videojuegos y mirar series en *Netflix*.

Su día comienza con la alarma del celular, luego saluda a su novio vía *Whatsapp*, escribe consejos que saca del tarot (de *TikTok*) y escucha música a través de *Spotify* mientras se baña. Se puede leer que, en general, se siente bien en su día a día, si bien a veces dice estar un poco cansada y otros muy pensativa, lo valora como algo positivo, cierta introspección que ella dice tener respecto de sus propios pensamientos y emociones diarias.

Cuando le preguntamos qué piensa en relación a que los celulares se han convertido en hogares portátiles, si está de acuerdo o no con esta idea, hace un dibujo de una balanza en equilibrio y escribe “todo depende de cómo se vea y actúe”, ella destaca que dependiendo del uso que le demos al celular, se puede transformar en algo nocivo/negativo, debido a la dependencia que nos puede generar. Pero, al mismo tiempo,

(...) es innegable cómo nos ayuda a organizarnos, informarnos y hasta comunicarnos. Y agrega, que las tecnologías, sea un celu, televisión, compu, lo que sea, deberían ser sólo herramientas, porque cuando las convertimos en extensiones o algo tan nuestro, nos hacemos dependientes de algo tan temporal y nos olvidamos de lo que somos realmente. Y en parte todo se trata de encontrar su uso correcto y sano adecuado a nuestras necesidades. Siempre con un equilibrio.

En las bitácoras les preguntamos si los vínculos con otros/as se ven perjudicados por el uso de las tecnologías digitales. Angie plantea que

(...) todos nos vemos arrasados por estéticas de las redes, sometiéndonos a estándares que creemos que otros deben seguir para ser nuestros amigxs olvidándonos de que somos humanos y lo creado (reglas sociales y estándares) deben ser externos a nosotros y no formarnos como personas.

Tal vez, por esta razón, en su bitácora no dice si subió contenido propio o si siente alguna presión en relación a ello, su uso del celular se vincula más con *hablar* con su novio mediante mensajes de *Whatsapp* y mirar redes sociales como *TikTok* y *Pinterest* para entretenerse e inspirarse. Para ella, estar conectada a las redes sociales significa: “Estar consciente”.

Hacia el final de la bitácora, planteamos dos consignas. Una en la que les pedimos que se imaginen, que se piensen sin celular y/o sin acceso a redes sociales, cómo se sentirían, qué cosas ganarían o perderían. Angie plantea lo siguiente:

(...) sinceramente sería muy difícil, quizás gane menos ansiedad, duerma más temprano y haga más cosas/proyectos que tengo pendientes (de hecho hacerme más consciente de la pregunta me hace dar cuenta lo apegada que puedo estar a las redes). Sin embargo, no podría hablar por las noches con mi novio, poner mis alarmas o hablar con amigos o pasar los mensajes de la *prece* Miriam al grupo o incluso no podría inspirarme por Pinterest.

Y otra, en la que proponemos que reflexionen acerca de si escribir sobre cómo utilizan el teléfono celular y las redes sociales cambiaron la forma en que experimentan su uso. Angie plantea:

(...) me gustó escribir sobre cuestiones personales para conocerme más (...) escribir sobre mi uso con el celular también ayuda mucho con el autoconocimiento porque nos metemos en nuestro interior de cierta manera. Todo esto me hizo pensar/recordar que hay muchas cosas que puedo/quiero realizar y solo me veía “atada” a mi celular cuando el mundo tiene mucho más para ofrecernos más allá de TikTok o Pinterest al que me acostumbre tanto.

Materialidades digitales: usar, sentir, hacer...

Pensar en las cosas no deja nunca de ser un pensar en nosotros.
(Landa y Ciarlo, 2020: 206)

Volviendo sobre las viñetas, podemos afirmar que los teléfonos celulares son vitales para las actividades cotidianas de estos jóvenes. Como sostenemos en otros trabajos (Zallockchi, 2020; Perret y Zallockchi, 2023b), los teléfonos celulares y, en menor medida, las computadoras, no son sólo herramientas o instrumentos para realizar ciertas actividades, comunicarnos o, simplemente, informarnos, sino que son objetos que sustentan los vínculos sociales, las relaciones interpersonales, el trabajo, el estudio, los viajes, la salud, entre otras dimensiones vitales. En este sentido, podríamos preguntarnos siguiendo a Miller (2021), en primer lugar ¿en qué medida los celulares son teléfonos? El teléfono es un objeto para realizar llamadas, sin embargo, los teléfonos celulares son utilizados para toda una serie de actividades donde las llamadas de voz prácticamente no son utilizadas, especialmente entre nuestros/as participantes. Si el teléfono celular no se utiliza como teléfono -la característica con lo que se lo nombra en general no lo define, entonces: ¿cuál es su atributo/cualidad?, ¿fotografiar y compartir lo cotidiano con los otros?, ¿entretener y jugar videojuegos, ver películas, arte, etc.?, ¿navegar por diferentes plataformas y así mantenerse informado, conocer gente, buscar temas de interés?, ¿mandar mensajes/audios/videos? Todas estas actividades son mencionadas en las bitácoras pero, también, podríamos sumar una larga serie de actividades que aparecieron en otros momentos del trabajo de campo: localizar un lugar, realizar trámites, transferir dinero, comprar, sacar turnos médicos, estudiar, realizar reuniones/encuentros, medir el tiempo, realizar actividades vinculadas al bienestar físico/emocional, cargar la SUBE⁸, entre muchas otras. Sin

⁸ La SUBE (Sistema Único de Boleto Electrónico) es una tarjeta prepaga que se utiliza en Argentina

embargo, ninguna de estas acciones es suficiente para dar cuenta del objeto en sí y de sus implicancias. Uno de los logros del teléfono celular -y que no era parte de su objetivo inicial al desarrollarse como tecnología- es unir actividades que hasta hace poco tiempo se presentaban como separadas tanto espacial como temporalmente. Todas las prácticas cotidianas que mencionamos anteriormente, se solían hacer con objetos diferentes, en diferentes tiempos y espacios, hoy todas están contenidas en el celular. De ahí, que nuestros participantes digan que entran a las redes sociales y/o aplicaciones. Estas cualidades de los teléfonos celulares configuran una vitalidad específica relativa a la vida (Gómez Cruz, 2022) a partir de la cual se reconfigura la perspectiva de lo cotidiano por parte de nuestros sujetos (la manera de moverse en el espacio, de relacionarse con otros, de estudiar, de vincularse con el mundo, etc.) confluyendo con las subjetividades emergentes contemporáneas, que plantean un desplazamiento de experiencias interiorizadas a la exposición de la vida privada y la intimidad (Sibilia, 2008).

A lo largo de las bitácoras, pudimos registrar que los celulares cobran sentido dentro de ciertos contextos y en determinados espacios. Los jóvenes se vinculan con estos objetos, transformándolos y transformándose, en un mismo movimiento. Para entender las apropiaciones que realizan de los dispositivos, es necesario verlos menos como objetos que se usan y más como un lugar dentro del cual viven (vivimos), como un hogar portátil (Miller, 2021). Guardan cosas, objetos íntimos, recuerdos. Entran y salen. Encuentran privacidad “cuando se acaba la batería social”. Dibujan, escuchan música, ven series y películas, etc. Actividades todas que asociamos con un espacio: el hogar, el ámbito de lo doméstico, de lo cotidiano. En la bitácora de Sofi, por ejemplo, observamos esto sumado a las tensiones que se produce cuando se juntan con los amigos pero muchos “no están ahí”, o están en múltiples espacios habilitados por el celular. Reforzando esta imagen se menciona que “gran parte de nuestra identidad está en nuestro celular” es el lugar donde se guardan cosas propias, el *Para tí* de *TikTok*, el cuarto propio de un joven adolescente (Zallocchi, 2020). Esto deja entrever una vitalidad particular que adquiere el celular en estos contextos de desigualdad y vulnerabilidad que habitan los jóvenes, en donde tal vez, el único espacio de privacidad que poseen sea el celular. Esta afirmación pone en tensión ciertas narrativas contemporáneas que sostienen que los celulares y las redes sociales habilitan el fin de la privacidad.

A su vez, los celulares poseen un sentido de transporte, de movilidad. Los cargamos en nuestros cuerpos, los tenemos siempre con nosotros, y esto nos da acceso a lo que Miller (2021) denomina oportunismo perpetuo. En las bitácoras aparece, de manera casi reiterativa, la idea del entretenimiento, el contacto permanente, el hacer fotográfico, la búsqueda de creatividad/ inspiración que Angie, Sofi, Lauti, Joni y el resto de nuestros participantes realizan con los celulares. No son actividades que demanden mucha planificación, sino que están ahí, al alcance de sus manos: realizan el dibujo y sacan la foto para recordar; se despiertan y consultan el tarot de *TikTok*; la luz del sol propició un ambiente especial en la habitación y toman la fotografía. En el mismo momento que ocurre algo pueden compartirlo y comentarlo o leer los comentarios

como medio de pago para el transporte público. Se carga con dinero en efectivo o desde las diversas tarjetas de débito, billeteras virtuales, aplicaciones bancarias, como también, desde la propia aplicación de la SUBE que se puede instalar en el celular y desde allí acreditar el monto en el momento de usarla en transporte público.

de otros y saber que le está pasando. Este conocimiento del oportunismo perpetuo -que establece una relación entre lo transitorio y lo oportunista- cambia nuestras expectativas y nuestras experiencias del mundo que nos rodea, señala Miller (2021). Estos jóvenes dependen menos de la planificación, respondiendo a las experiencias cotidianas a medida que se van desarrollando a su alrededor. Al igual que el cuarto propio, el celular los complementa y expande sus propias capacidades. El celular es una prótesis que se suma y potencia determinados aspectos de nuestra humanidad. Es un disco duro donde se guardan recuerdos, memorias; se organiza información; extiende el alcance geográfico. No solo entretiene sino también es fuente de inspiración. Es vital y su ausencia puede provocar un estado de ansiedad, aunque también su presencia, vinculada al uso intensivo que dicen hacer del mismo. Aparece una ambivalencia, una situación ambigua en su vitalidad. Como escriben en sus bitácoras, entretiene y vincula pero también abrume, confunde, genera dependencia e inseguridad en relación con lo que otros piensen.

Resulta difícil imaginar un día a día sin el celular y el *Whatsapp* asociado a este. En mayor o menor medida, muchos de nosotros podemos identificarnos con este sentir expresado en las bitácoras. La vitalidad de la tecnología se hace evidente ante el reconocimiento de tornarse imprescindible para la vida cotidiana. Estar conectados, estar visibles y disponibles. Tanto en las bitácoras, como en las encuestas, los jóvenes manifestaron un uso intensivo en relación a la cantidad de tiempo que pasan con el celular, en donde afianzar lazos y vínculos sociales -y en menor medida crear nuevos- es una actividad central. Al contrario de ciertas generalizaciones que sostienen que las redes sociales vuelven más individualistas y narcisistas a las personas, en nuestra investigación nos encontramos con jóvenes que dan un uso más conservador a las redes sociales donde se continúan y/ o refuerzan los lazos de la vida *off line*.

Las bitácoras nos invitan a reflexionar sobre los sentidos en torno a la intimidad. Estos jóvenes eligen qué mostrar: seleccionan, suben, modifican, bajan y/o resubir cosas en las que aparecen. Experimentan lo que Winocur (2013) denomina una extimidad selectiva. Y, a su vez, no se reconocen como productores de contenido, es decir, no publican sino que en general son espectadores/consumidores. Destacamos dos cuestiones a partir de esto, por un lado, sobre las condiciones vinculadas a la dimensión sociotécnica cuya consecuencia es una desigualdad en torno a las apropiaciones tecnológicas y, por el otro, a la relación con la mirada del otro. Un otro que exige, demanda, maltrata e incluso, es parámetro del deber ser o, por lo menos, así lo vivencian nuestros participantes. Lauti señala la exigencia que generan las redes: “La gente se queja exigiendo que podría ser mejor o no es lo que esperaba”. Esta relación con los otros se construye en un complejo juego de espejo, en el que se despliegan multiplicidad de modalidades identitarias que ponen en juego en sus bitácoras los jóvenes participantes de la investigación. Las nuevas formas de ser y estar en el mundo entran en diálogo con estos procesos de identificación que ponen en evidencia la versatilidad, mutabilidad y contingencia de los procesos socioculturales, políticos y económicos contemporáneos. De hecho, tanto Sofi como Angie, valoran la escritura de la bitácora como un momento de introspección y como un momento de escape a las exigencias o el perfeccionismo que producen las redes sociales.

Al igual que en un diario íntimo, en las bitácoras hay trazos de sentires, percepciones, emocionalidad de la vida que transitan estos jóvenes. Allí podemos identificar la intensidad y el dinamismo respecto del contenido que consumen, que para algunos

de ellos provoca múltiples y ambivalentes estados de ánimo en poco tiempo. Estar conectados es al mismo tiempo, “desconectar de la realidad”, dice Sofi, por ejemplo y “perderse de las cosas importantes”. Nuestros jóvenes destacan sentidos contradictorios asociados al uso del celular y de las aplicaciones que consumen (*Instagram, TikTok, Pinterest*, principalmente), ya que imaginan que su día a día podría ser muy aburrido sin él, pero pasar tres horas viendo videos de gatitos en *TikTok*, como refiere Lauti, lo reconocen como un exceso, no llegan a plantearlo en términos de pérdida de tiempo pero sí, quizás, puesto en tensión al no lograr autorregularse o realizar un uso “más equilibrado”, como plantean tanto Angie como Sofi.



Imagen 5. Dibujo realizado por Jime en su bitácora. Fuente: Trabajo de campo

Palabras finales

Nuestro análisis de lo relevado hasta ahora estuvo centrado en los usos y sentidos que las y los jóvenes van construyendo en torno a y desde las tecnologías digitales, particularmente con el celular. Partimos de la experiencia del usuario, desde su punto de vista, como parte vital de la vida cotidiana. Por ello, centramos la atención en las actividades diarias que realizan y cómo éstas están atravesadas por las tecnologías digitales, intentando, a su vez, identificar la percepción que tienen de ello, sus sentires e imaginarios.

Estas exploraciones intentaron comprender, de manera contextualizada, cómo experimentan y vivencian los jóvenes sus vidas en un mundo cada vez más digitalizado, donde las tecnologías digitales se fueron configurando como vitales en el entramado de los vínculos sociales. En su hacer, en sus experiencias del habitar el mundo, estos jóvenes se van apropiando (resignificando, transformando, resistiendo, construyendo) de significados, sentidos, objetos, prácticas y relaciones. La vitalidad, entonces, no surge de las tecnologías digitales sino de las apropiaciones que realizan los sujetos para responder a sus necesidades y experiencias cotidianas locales. La bitácora, como estrategia metodológica, nos permitió comprender algunas de estas cuestiones, descentrándonos del objeto tecnológico particular y enfocando en “cómo son percibidas,

utilizadas, concebidas, imaginadas, sufridas, experimentadas, incorporadas, es decir, vividas” (Gómez Cruz, 2022: 132), alejándonos, de esta manera, de una visión tecnocéntrica.

Los modos de vida contemporáneos tienden a la visibilización y la conectividad continua. No obstante, esa visibilidad también está construida, es seleccionada, pensada, preparada, como producto de la agencia de los sujetos. Es una extimidad selectiva como decíamos más arriba. En las bitácoras de Angie, Joni, Lauti y Sofi se admite la necesidad de mostrarse en la red sin que esto signifique una pérdida de su intimidad. Al mismo tiempo, plantean muchas dudas a la hora de subir algo propio, en relación a la mirada de los otros. Tampoco establecen una clara distinción entre lo *on line* y lo *off line*, lo experimentan como complementario y continuo. Podemos pensar que estas nuevas configuraciones de subjetividades van acompañadas con otras percepciones, otros sentidos de lo que es la intimidad. En este sentido, sostenemos que es fundamental, para no caer en narrativas totalizadoras o en extrapolaciones, investigar sobre las tecnologías digitales de manera contextualizada. Entendemos que para muchos de nuestros participantes las redes sociales no son el fin de la intimidad sino el comienzo de su privacidad.

Explorar la vitalidad de las tecnologías digitales en contextos de periferia urbana, es un punto sobre el que nos interesa seguir avanzando, ya que nos permite pensar desde esta vitalidad que construyen nuestros jóvenes participantes, una construcción situada en la periferia del conurbano bonaerense. En nuestro caso, las tecnologías digitales y especialmente las redes sociales (usadas desde el teléfono celular) se constituyen en un andamiaje para sostener una gran diversidad de actividades cotidianas. Desde matar el aburrimiento, entretenerse, hasta la construcción de la memoria como un espacio individual y colectivo. Afianzar los lazos socio-afectivos y construir imágenes de sí y de otros/as múltiples y flexibles. Estos aspectos nos dan pistas de nuevas formas de relacionarse que, si bien, ponen en cuestión la intimidad moderna, no terminan aún de configurar las nuevas maneras de experimentar los vínculos sociales.

A su vez, la ubicuidad de los dispositivos tecnológicos y la emergencia de nuevas formas de vinculación a través de los mismos pusieron en tensión nuestros propios procesos de investigación en la medida que implican una ruptura con el sentido tradicional del trabajo de campo como estar ahí, en un espacio físico definido. Asumimos el desafío de repensar la forma de etnografiar los mundos de la digitalización. Pensamos que este nuevo campo de investigación, necesita de una metodología que expanda preguntas, que sea creativa, reflexiva y contextualizada.

Como dijimos al inicio, el don que poseen las tecnologías digitales es su invisibilidad. Atraviesan permanentemente nuestra vida cotidiana pero no las vemos, están normalizadas. El acto de extrañar lo familiar, como uno de los grandes desafíos de la antropología contemporánea, se vuelve imprescindible como ejercicio de crítica y reflexión. Las bitácoras, y lo que los jóvenes nos transmiten a través de ellas sobre las tecnologías digitales, es un aporte en esa dirección, e implica no sólo una reflexión crítica sobre las tecnologías mismas, sino también sobre la vida y nuestra condición humana.



Imagen 6.
La bitácora de Joni. Fuente: Trabajo de campo

Bibliografía

- Berardi, F. (2017). *Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Deleuze, G. (1991). Posdata sobre las sociedades de control. En Christian Ferrer (Comp.), *El lenguaje literario* (pp. 1-5). Montevideo: Nordan.
- Di Próspero, C. (2017). Antropología de lo digital: Construcción del campo etnográfico en co-presencia. *Virtualis*, 8(15), 44-60.
- Gómez Cruz, E. (2017) Etnografía Celular: Una propuesta emergente de etnografía digital. *Virtualis*, 8(16), 77-98.
- Gómez Cruz, E. (2022). *Tecnologías vitales. Pensar las culturas digitales desde Latinoamérica*, México: Universidad Panamericana.
- Landa, C. y Ciarlo, N. (2020). Tecnología, cultura material y materialidad: aproximaciones conceptuales a las actividades del ser humano y sus producciones materiales. *Revista Española de Antropología Americana*, (50), 191- 210. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/REAA/article/view/71750/4564456554770>
- Mauss, M. (2009) [1925]. *Ensayo sobre el Don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: KATZ Editores.
- Miller, D. (2005). Materialidad: Una introducción. En David Miller (Ed.). *Materiality* (pp. 1-50). Durham: Duke University Press.
- Miller, D. (2021), El smartphone global: Más allá de una tecnología para jóvenes. doi: 10.14324/ 111.9781787359611
- Perret Marino, M. G. y Zallocchi, V. L. (2023a). Apuntes de una experiencia docente en tiempos de COVID 19: paisajes cotidianos y confinamiento en la periferia del conurbano bonaerense. *Revista Electrónica de Didáctica en Educación Superior*, (21),

1-26. Recuperado a partir de <https://ojs.cbc.uba.ar/index.php/redes/article/view/140>
Perret Marino, M. G. y Zallochi, V. L. (2023b). Jóvenes de la periferia del conurbano bonaerense (Argentina). Primeras indagaciones acerca de las nuevas maneras de habitar el mundo en un contexto de creciente digitalización de la vida cotidiana. Renata de Sá Gonçalves, Deborah Bronz, Felipe Berocan Veiga (comp.), *XIV Reunião de Antropologia do Mercosul: reconexões e desafios a partir do sul global [livro eletrônico]*, 1-18.

Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Sibilia, P. (2013). *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Soldano, D. (2008). Vivir en territorios desmembrados. Un estudio sobre la fragmentación socio-espacial y las políticas sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1990–2005). En A. Ziccardi (comp.), *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social. Los retos de las políticas sociales de las ciudades latinoamericanas del siglo XXI*, (pp. 37-69). Bogotá: Siglo del hombre Editores, Clacso–Crop.

Winocur, R. (2013). Etnografías multisituadas de la intimidad online y offline. *Revista de Ciencias Sociales*, (23), 7-27.

Zallochi, V. L. (2020). *Jóvenes y tecnologías digitales en contextos escolares: sobre uso, resistencias y apropiaciones* [Tesis de Maestría, Universidad de Buenos Aires]. Recuperado de <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/13061>

Zallochi, V. L. (2024). El “don” de los objetos: Materialidad, digitalización y procesos de enseñanza. En *Enseñar antropología: Los desafíos de la construcción de conocimientos en contextos diversos*. Compiladores. Rúa, M., Hirsch, M., García, J. y Cerletti, L., 1a ed.-CABA: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires.



María Gimena Perret Marino es Jefa de Trabajos Prácticos en la materia Antropología del CBC-UBA e integrante del Equipo Antropología en Red (FFyL-UBA). Es Doctora en Ciencias Antropológicas (UBA) y co-directora del proyecto UBACyT “Jóvenes de la periferia del conurbano bonaerense: indagaciones acerca de sus experiencias y apropiaciones de las tecnologías digitales”. Sus líneas de investigación incluyen tecnologías digitales, migraciones, juventudes y desigualdades sociales en contextos urbanos vulnerables.



Verónica Lía Zallochi es docente regular del Departamento de Ciencias Antropológicas (FFyL-UBA) e integrante del Equipo Antropología en Red. Es Magíster en Tecnología Educativa y Profesora en Ciencias Antropológicas (UBA). Dirige el proyecto UBACyT “Jóvenes de la periferia del conurbano bonaerense: indagaciones acerca de sus experiencias y apropiaciones de las tecnologías digitales”. Sus investigaciones abordan juventudes, prácticas digitales, educación y entornos virtuales desde una perspectiva etnográfica multisituada.

Cadenas operativas de producción cerámica en el Gran Chaco Americano (siglos XX y XXI)¹

[JOSÉ A. SANMILLÁN]
Universidad Nacional de Salta
jassanmillan@gmail.com

Resumen

En este trabajo se pretende llevar a cabo un proceso de reconstrucción de cadenas operativas de producción cerámica en el Gran Chaco americano, a partir de información disponible en obras etnográficas producidas durante el siglo XX y las primeras dos décadas del siglo actual (XXI). Para ello, se apela a recursos teóricos desarrollados por la escuela francesa de Antropología de la tecnología, cuyo fin apunta a la definición de las tecnologías a través de las cualidades materiales de los objetos, actividades llevadas a cabo por los técnicos y factores que forman parte de los esquemas organizativos y simbólicos de una sociedad. El objetivo principal busca indagar sobre aquellos elementos sociales y simbólicos involucrados, con el fin de evaluar la implicancia que tienen las representaciones técnicas en la producción de los recipientes cerámicos. De este modo, por medio del concepto de sistema tecnológico, se intenta establecer puntos de contacto y divergencia entre los modos de hacer la cerámica de grupos indígenas pertenecientes a las familias lingüísticas mataco-mataguayo y guaycurú del Gran Chaco americano.

Palabras clave: Etnografía, tecnología, operaciones técnicas, Gran Chaco, modos de hacer, cerámica

Pottery operational chains in the American Gran Chaco (20th and 21st centuries)

Abstract

This study aims to reconstruct the operational sequences involved in pottery production in the American Gran Chaco, drawing on ethnographic sources produced throughout the 20th century and the first two decades of the 21st century. The analysis is grounded in theoretical frameworks developed by the French school of the Anthropology of



¹ Artículo recibido: 17 de junio de 2025. Aceptado: 15 de octubre de 2025.

Technology, which emphasizes the relationship between the material qualities of objects, the actions of craftspeople, and the organizational and symbolic systems within a society. The main goal is to explore the social and symbolic dimensions embedded in these practices; to assess how technical representations shape the production of pottery vessels. Using the concept of a technological system, the study seeks to identify both commonalities and differences in the pottery-making practices of Indigenous groups from the Mataco-Mataguayo and Guaycurú language families in the American Gran Chaco.

Keywords: Ethnography, technology, technical operations, ways of making, Gran Chaco, pottery

Cadeias operatórias de produção de cerâmicas no Gran Chaco Americano (séculos XX e XXI)

Resumo

Este estudo busca reconstruir as sequências operacionais envolvidas na produção de cerâmica no Gran Chaco americano, com base em fontes etnográficas elaboradas ao longo do século XX e nas duas primeiras décadas do século XXI. A análise apoia-se nos referenciais teóricos da escola francesa de Antropologia da Técnica, que destaca a relação entre as propriedades materiais dos objetos, as ações dos artesãos e os sistemas organizacionais e simbólicos presentes em uma sociedade. O objetivo central é explorar as dimensões sociais e simbólicas que permeiam essas práticas, a fim de compreender como as representações técnicas influenciam a fabricação das vasilhas cerâmicas. A partir do conceito de sistema tecnológico, o estudo procura identificar tanto os elementos comuns quanto as particularidades nas práticas ceramistas dos povos indígenas pertencentes às famílias lingüísticas Mataco-Mataguayo e Guaycurú do Gran Chaco americano

Palavras-chave: Etnografia, tecnologia, operações técnicas, modos de fazer, Gran Chaco, cerâmica.

Introducción

El Gran Chaco americano se ubica en el centro del subcontinente sudamericano y abarca los países de Argentina, Bolivia, Paraguay y Brasil. Se extiende a lo largo de 1.141.000 km², y se constituye como la segunda región boscosa más extensa de América del sur después de la Selva Amazónica. Sus límites incluyen: por el norte, la llanura aluvial del Pantanal; al este la cuenca del río Paraná-Paraguay; al sur, la región pampeana; y al oeste, el piedemonte de las sierras subandinas. Se pueden reconocer dos grandes subregiones, delimitadas fundamentalmente por sus regímenes de lluvia: el Chaco seco o semiárido y el Chaco húmedo (Kamienkowski y Arenas 2012) (figura 1).

Se identifican en la región alrededor de dieciocho grupos étnicos distribuidos en seis familias lingüísticas. Cada una de ellas, además de poseer una lengua particular, puede llegar a presentar variaciones dialectales (Kamienkowski y Arenas 2012). Las mismas son: Guaycurú: toba (qom), pilagá, y mocoví (moqoit); Mataco-mataguayo: wichí, nivacle, choroti y maká; Tupi-guaraní: ava guaraní-chané y tapiete; Enhlet-enenhlet: enxet norte, enlhét sur, angaité, sanapaná, guaná y toba-maskoy o enenhlet; Zamuco: chamacoco o ishir y ayoreo y Lule-vilela: lengua, vilela.



Figura 1. Mapa de la región del Gran Chaco americano (autoría propia).

Emprender una investigación sobre el Gran Chaco, rápidamente enfrenta al investigador a un corpus de información temáticamente diverso. La inevitable necesidad de circunscribir su temática u objeto de estudio, lo obliga a desplegar un instrumental teórico-metodológico acorde al tipo de preguntas que se realice. En este caso, el grado de dispersión con el que se presenta la información vinculada al abordaje de la cultura material en dicha región y su carácter acotado, constituye el punto de partida de esta propuesta. Es así –como se verá a lo largo del trabajo– que se propone en adelante, un programa orientado a la sistematización de la información etnográfica disponible, vinculada a la producción, uso y significación de una clase de objeto constitutivo de la vida cotidiana indígena chaqueño: el recipiente cerámico.

Al hacer referencia sobre los objetos de la vida cotidiana, resulta necesario navegar en los mares del conocimiento tecnológico de aquellos grupos humanos que los confeccionan, utilizan y dan sentido. Hacerse preguntas sobre la tecnología automáticamente obliga a buscar las respuestas en la estructura social de la comunidad en la cual se trabaja. García Roselló y Calvo Trías (2013), proponen dos direcciones a seguir al momento de indagar sobre el contenido social que subyace al sustrato material. Ambas vías, se encuentran íntimamente vinculadas con la perspectiva del observador y van, por un lado, de la estática a la dinámica –de la materia a la acción– y, por otro, de la dinámica a la estática –de la acción a la materia–.

El primer caso -de la estática a la dinámica- asociado a una forma clásica del quehacer arqueológico, donde de pronto el arqueólogo se topa con objetos que cumplieron algún

rol en la vida cotidiana de las personas en el pasado. A través de su análisis por medio de estrategias teórico-metodológicas basadas en la mensura de variables sobre el material, intenta emprender un acercamiento a los contextos de producción, uso y significación. El sentido contrario –de la dinámica a la estática– responde al *modus operandi* de la Etnografía, donde a partir del registro *in situ* de los procesos productivos, el etnógrafo busca documentar por medio de la observación participante, todas aquellas acciones ejecutadas mediante operaciones y gestos técnicos que se materializan en el artefacto. En ambos casos, el objetivo apunta a la comprensión de las estructuras cognitivas que modelan estos objetos y que forman parte de esquemas sociales insertos en complejas redes de transmisión de saberes dentro de una matriz espaciotemporal.

He aquí la duda ¿Existen alternativas a estas dos vías que proponen los autores? y si las hay, ¿Cuáles serían? En este trabajo se plantea una posibilidad que busca comprender los procesos de producción y significación de los objetos a partir de un soporte material que resulta familiar para la Antropología: la obra etnográfica. Lo que se pretende es poner en juego una propuesta metodológica con el fin de evaluar el potencial que tienen estas investigaciones para la reconstrucción de cadenas operativas y la posibilidad de generar un esquema contrastable con la evidencia material. Es sabido que, como todo documento escrito en un determinado tiempo y espacio, la obra etnográfica puede llegar a cargar en sus espaldas el yugo de los prejuicios y preconceptos del investigador que la produjo. Por ello, otro de los objetivos al que se apunta es a evaluar la fiabilidad de los datos que aportan dichos trabajos a través de la comparación entre sí.

Para ello, se pone el foco de análisis en el estudio de la tecnología cerámica de grupos correspondientes a las familias lingüísticas matakó-mataguayo y guaycurú del Gran Chaco, a través del registro de datos ofrecidos por la etnografía de aquella región. Si bien esta información se trató desde un punto de vista heurístico, la misma presenta un carácter excelsamente descriptivo, sobre todo en lo que refiere al abordaje de la cultura material en general y los procesos involucrados en la confección de recipientes cerámicos en particular. Esto permite contar con información detallada sobre los sistemas tecnológicos de los grupos indígenas que habitan dicha región y permiten generar un esquema analítico aplicable a otros sistemas espacial y temporalmente distantes. Si bien el foco se encuentra puesto exclusivamente en la alfarería, la intención de este artículo es poner a prueba un esquema metodológico de análisis totalmente válido para su aplicación sobre distintos sistemas tecnológicos.

El abordaje de la cultura material del Gran Chaco Americano

El estudio de la cultura material del Gran Chaco se enmarca en diferentes enfoques según las distintas épocas de intervención en la región. En un comienzo, los primeros acercamientos se vieron ligados a incursiones con fines eclesiásticos y militares entre los siglos XVIII y XIX, cuyo objetivo apuntó fundamentalmente a la construcción de un panorama general sobre un territorio potencialmente productivo y necesariamente conquistable (Baldrich 1890; Maeder 2004; Paucke 2010; Sanmillán 2024).

Hacia principios y mediados del siglo XX, el tratamiento de la vida material de los grupos indígenas chaqueños comienza a tomar importancia desde una perspectiva científica, inscripta en una ontología evolucionista-unilineal (Nordenskiöld 2002; Outes, 1909; Von Rossen 1903). El enfoque responde a un abordaje holístico, en donde no solo interesaba registrar el sustrato material, sino también otros aspectos de la cultura como por ejemplo la organización social, la economía, la religión, el lenguaje,

la subsistencia, el arte de la guerra, entre otros. Otra de las características durante este periodo –que se mantiene posteriormente- fue la necesidad de dar sustento material a aquello que se documentaba a través del relato etnográfico escrito. El mecanismo consistió en la conformación de colecciones a través de la puesta en marcha de distintas estrategias, desde la recepción de regalos y adquisiciones a través de la compra, hasta la recolección de objetos abandonados, e incluso el uso de la fuerza. Estos materiales serían luego trasladados a las grandes ciudades, y pasarían así a exhibirse en las vitrinas de distintos museos nacionales e internacionales (Benedetti 2006; Arias 2017).

Vinculados a la producción cerámica, se pueden mencionar los aportes de Outes (1909) y Métraux (1929, 1930), asociados a la descripción de la alfarería de grupos guaraní y chané del extremo occidental del Chaco, al límite con la ceja de selva pedemontana, definida en este momento como “cerámica chiriguana”. Otra obra de gran importancia es la de Palavecino (1944), abocada a la descripción de la “alfarería chaqueña”, correspondiente a grupos de las familias lingüísticas matakó-mataguayo y guaycurú de la franja central del Chaco argentino y boliviano.

Posteriormente, hacia fines del siglo XX y las primeras dos décadas del XXI, la investigación vinculada a la cultura material del Gran Chaco adquiere otro sentido y responde fundamentalmente a la sistematización de la información generada y a la contextualización del material recolectado por los etnógrafos durante el periodo anterior (Alvarsson 2012; Arenas 2003; Cerrutti 1966; Barazutti 2020; Montani 2008, 2017; Sanmillán 2024, 2025; Susnik 1986; Vidal 2017, 2020).

La antropología de la tecnología: hacia la comprensión del concepto de cadenas operativas

El abordaje compartimentado de, por un lado, el conjunto de instituciones que constituyen la estructura social de un grupo y, por el otro, el repertorio de objetos que hacen a la vida material obtura el proceso de análisis y ofrece únicamente una visión sesgada de la dinámica que presenta una sociedad. Una propuesta que aúne ambos dominios permite ver la conexión entre la condición material, la acción social y los procesos de cognición en los cuales se inserta la tecnología. Es por ello por lo que se afirma la necesidad de un estudio del universo de la tecnología desde una visión sociológica y antropológica de las técnicas, que permita superar los vicios del instrumentalismo y la descriptividad de la Arqueología y Etnografía clásicas.

Desde este trabajo, se entiende a la tecnología, no solo como una extensión del cuerpo humano por medio de la cual, el individuo se vincula con el ambiente físico, sino que se trata, además, de sistemas integrados en la estructura social (Lemonnier 1984, 1992; Gramajo Bühler y García Roselló 2020). Engloba toda una serie de procesos que van desde la innovación, hasta la transmisión de conocimientos de manera tradicional. Por otro lado, tampoco debe tomársela solo como un medio material para la fabricación de artefactos, si no, además, como un fenómeno cultural dinámico y complejo, inserto en la acción social, las visiones del mundo, los mecanismos de reproducción social y la agencia humana en general, es decir, en la vida cotidiana (Dobres y Hoffman 1994). Es la interacción de elementos físicos, sociales y simbólicos, la que permite hablar de sistema tecnológico. Lemonnier, ve un cierto grado de encaje físico entre los elementos involucrados en un proceso técnico, estos son:

(...) los actores sociales, las fuentes de energía, las herramientas, las materias primas, los gestos [y] los procedimientos mentales en una acción dada destinada a obtener algún resultado material (Lemonnier 1993:4).

La relativa compatibilidad entre estos elementos deriva en productos más o menos tangibles, que otorgan la posibilidad de ser pensados en el marco de una lógica sistémica. Como se viene afirmando, los artefactos o acciones resultantes de dichos procesos, debido a la coherencia con la cual se presentan, desempeñan también un rol en algún aspecto simbólico de la vida social. Esto se debe a que los agentes sociales, al constituirse como técnicos -pero antes como miembros de una sociedad- tienen “ideas” -conscientes o no-, a las que Lemonnier (1993) refiere como “representaciones técnicas”. Son estas representaciones técnicas, esquemas insertos en sistemas simbólicos más amplios, que permiten a las personas ordenar el mundo que los rodea, operando como “constreñimientos objetivos” (*sensu* Rizzo 2012) que “limitan” o “habilitan” durante los procesos técnicos.

El modo de organización de las sociedades se materializa en acciones concretas concatenadas entre sí, que se denominan operaciones técnicas. En los términos que lo plantea Sigaut, “La operación es ‘alguien haciendo algo’ cuando ese algo es el cambio material más pequeño que se puede observar de manera útil” (Sigaut 1994:425). Ese “algo” además, debe hacerse de una determinada manera, o de determinadas maneras –siempre limitadas al seno social que las ejecuta-; esto da origen al *savoir-faire* característico de una sociedad.

Al término francés *savoir-faire* se lo comprende de la siguiente manera:

(...) también denominado conocimiento operacional y secuencial, es el producto de las representaciones mentales y de las acciones que se están realizando sobre la materia (García Roselló y Calvo Trías 2013:20).

La acción sobre la materia puede englobar desde algunos gestos a secuencias de fabricación completas, en donde los técnicos dan cuenta de los procesos de aprendizaje y esquemas mentales compartidos, transmitidos generacionalmente de forma tradicional (Gramajo Bühler y García Roselló 2020). Este concepto remite al saber hacer, o a los modos de hacer algo en base a las elecciones técnicas aprehendidas y transmitidas por una sociedad (García Roselló y Calvo Trías 2013). El abanico de posibilidades vinculadas a las elecciones técnicas disponibles, son motivadas no solamente por las características fisicoquímicas de los elementos involucrados dentro del proceso técnico, sino, además –como se dijo anteriormente- por factores de orden social y simbólico. Lo central de la noción de elecciones técnicas es la conciencia por parte de los agentes, de la existencia de dos o más alternativas posibles dentro del proceso de dar solución a un determinado problema tecnológico (Lemonnier 1993).

Los modos de hacer implicados en el proceso de elaboración de la cultura material y los mecanismos de transmisión de conocimientos involucrados pueden abordarse de manera esquemática a través de la reconstrucción de la *chaîne opératoire* o cadena operativa. Esta última, concebida como herramienta idónea para el análisis de las producciones tecnológicas, permite vincular características propias de la materia, el pensamiento humano y la organización social (García Roselló y Calvo Trías 2013). Por su carácter clasificatorio, admite generar un esquema basado en la comparación

y clasificación de artefactos, operaciones y gestos técnicos correspondientes a cadenas operativas geográfica e incluso temporalmente variables, otorgando la posibilidad de documentar el “estado del sistema tecnológico” en un momento dado: artefactos existentes, secuencias operativas, relaciones físicas entre técnicas y las representaciones sociales que subyacen a los procedimientos técnicos. Es decir, todos aquellos procesos mentales “extremadamente diversos” de fondo, que operan de base durante la ejecución de acciones materiales reales (Lemonnier 1993).

La cadena operativa puede definirse como:

(...) serie de operaciones que parten de una materia prima y conducen a un producto fabricado. Cada cadena tiene una serie de pasos, cada paso comprende una operación, caracterizada tanto por un término indígena como por un término científico; un objetivo, una acción (tipo de percusión); un gesto es un asunto; una herramienta; una fuente de energía; y un periodo de tiempo (Cresswell y Hanning 1976:5).

Dos elementos claves que caracterizan esta definición son la posesión de una consistencia interna, es decir, que se trata de un proceso coherente y, además, reconoce la relación entre las técnicas implicadas y la estructura social.

Por su parte, Dobres entiende la cadena operativa en términos de metodología analítica (investigación de cadenas operativas), que también define como “análisis de la cadena de comportamiento” o como “investigación de historia de vida”:

(...) documenta con extraordinario detalle la secuencia física de operación y gestos corporales que los antiguos técnicos empleaban para fabricar, utilizar y reparar objetos. Como metodología analítica con base empírica, la *chaîne opératoire* es un punto de entrada eficaz en la ciencia de los materiales para identificar (dependiendo de la persuasión ontológica del investigador) factores del mundo real que inciden en el diseño, fabricación y uso de artefactos, así como factores cognitivos, simbólicos y sociales que dan forma a la acción tecnológica (Dobres 2010:4).

Son entonces estos elementos teóricos, a) la idea de sistema tecnológico, como noción que integra componentes físicos, sociales y simbólicos; b) el concepto de operación técnica, como los modos en los que se materializa la acción dentro de cada sistema tecnológico y; c) los distintos tipos de *savoir-faire* o modos de hacer, como el reflejo de las variantes características en las que se nos presentan las operaciones asociadas a elecciones técnicas; aquellos principios que nos permiten ordenar el planteo de base desarrollado a posteriori. Para ello, el modelo de cadenas operativas resulta clave no solo para sistematizar la información producida, sino porque, además, ontológicamente se constituye como una herramienta que reconoce la implicancia social de los sistemas tecnológicos.

De este modo, a partir de lo recientemente planteado, se propone que todos los procesos involucrados en la producción cerámica perteneciente a las familias lingüísticas matakataguayo y guaycurú del Gran Chaco americano, se corresponderían con un sistema tecnológico, en donde sería posible registrar constreñimientos de índole material y social, con implicancias en los ritmos de producción y en las elecciones técnicas a lo

largo de las etapas involucradas en las cadenas operativas de producción. Por lo cual, sería posible explorar las “otras” dimensiones, encarnadas por los objetos de la vida cotidiana, logrando ingresar en el plano de los sentidos y funciones simbólicas de los mismos.

Materiales y métodos

El proceso de selección de la bibliografía etnográfica para llevar a cabo el análisis propuesto implicó primero identificar referencias asociadas a la producción de objetos cerámicos. El total de trabajos que cumplieran con estos requerimientos fueron cinco. En primer lugar, una obra publicada en la primera mitad del siglo XX (Palavecino 1944) y, en segundo lugar, cuatro trabajos de las primeras dos décadas del siglo actual (Alvarsson 2012; Arenas 2003; Montani 2008, 2017). Esta selección, no implica que no haya otros autores que traten la temática (Cerrutti, 1966; Métraux 1946; Nordenskiöld 2002; Paucke 2010; Susnik 1986; Von Rossen 1903; entre otros), el recorte surge a partir de la precisión al momento de la descripción y la amplitud de la información sobre los procesos técnicos, desarrollado por los distintos autores. En la tabla número uno (tabla 1) se detalla el nombre de los autores, las obras trabajadas, grupos étnicos estudiados y el área geográfica.

TABLA 1				
Autor	Obra	Año	Grupo	Área geográfica
Alvarsson, J.	Belleza y utilidad – La cultura material	2012	wichí	Bosque tropical del Chaco seco argentino y boliviano
Arenas, P.	Etnografía y Alimentación entre los Toba-Nachilamolek y Wichí-Lhuku'tas del Chaco Central (Argentina)	2003	toba (gom), wichí	Chaco central. Provincia de Formosa. Pescado Negro, Vaca Perdida, La Rinconada, Pozo de Maza, Ingeniero Juárez.
Montani, R.	La etnicidad de las cosas entre los wichí del Gran Chaco (provincia de Salta, Argentina)	2008	wichí	Comunidad “Los Baldes”, Embarcación, Salta, Argentina
	El mundo de las cosas entre los wichí del Gran Chaco: un estudio etnolingüístico	2017		
Palavecino, E.	Alfarería chaqueña	1944	mataco (wichí), toba (gom).	Chaco en general

Tabla 1. Nómima de trabajos etnográficos analizados.

Gran parte de los elementos conceptuales, sobre todo aquellos vinculados a las técnicas de manufactura de las piezas, se toman de la nomenclatura establecida por la 1º Convención Nacional de Antropología Argentina (1966), asociada a la definición de tipos cerámicos. Esto se hace con el fin de evitar ambigüedades o inexactitudes a la hora de establecer la comparación de la información adquirida.

Por debajo, se sigue una estructura que se ordena y lee de forma vertical, de arriba hacia abajo. En la elaboración de esta, se retoman elementos de la secuenciación definida por García Roselló y Calvo Trías (2013:33-40) y, se considera toda información identificable en las obras etnográficas anteriormente citadas que remita a la consecución de materias primas, proceso de manufactura, tipos de recipientes, usos, denominaciones, etc. Se incluyen los siguientes ítems:

1. Etapas: todas aquellas acciones generales encaminadas a la consecución, manipulación, transformación de la materia prima, uso, descarte y reciclaje. En ocasiones, puede incluir subetapas, en aquellos casos en donde se registran acciones específicas vinculadas entre sí. Se pueden identificar las siguientes etapas y subetapas:
 - a- Obtención y preparación de materias primas: actividades implicadas en la identificación de fuentes de materia prima, recolección de arcillas, antiplásticos, tratamiento y elaboración de las pastas, etc.
 - b- Modelado: operaciones que van desde la manipulación de la pasta arcillosa ya temperada, hasta los tratamientos finales previos a la cocción. Este ítem se divide en dos subetapas:
 - b.1- Levantado: técnicas asociadas a la confección de base, cuerpo, cuello y borde; se incluye aquí la incorporación de elementos funcionales como asas, picos vertedores, apéndices, etc.
 - b.2- Acabado de superficie: técnicas implicadas en la homogeneización de las superficies interna y externa, aspectos decorativos, procesos de secado y todo tratamiento previo a la cocción.
 - c- Cocción: acciones asociadas a la quema de las piezas, desde la preparación del terreno, el uso de determinados combustibles, morfología de la estructura de cocción, tiempos, etc.
 - d- Acabados de superficie post-cocción: cualquier proceso implicado en la terminación de la pieza una vez cocida.
 - e- Uso: utilización de las piezas en los contextos donde se producen y/o distribuyen. Responde a dos subetapas:
 - e.1- Categoría, morfología y función: categorización de las piezas en los contextos identificados; puede incluir la denominación en el idioma del grupo indígena que las produce y utiliza. Formas y dimensiones generalizadas de las piezas y tareas desempeñadas en base a su uso.
 - e.2- Reparación: acciones implicadas en la refuncionalización de un recipiente dañado, materias primas empleadas, aspectos en los que afectan estas reparaciones, etc.
 - f- Descarte: criterios y condiciones en los que una pieza cae en desuso y es abandonada.
 - g- Reciclaje: formas en que se pueden refuncionalizar piezas, fundamentalmente en estado fragmentario.
2. Operación técnica: aquí se procede a la identificación de las acciones concretas implicadas en cada una de las etapas definidas anteriormente.

3. Herramientas asociadas: herramientas utilizadas para la realización de las distintas operaciones técnicas.
4. Materias primas: toda característica relacionada a las materias primas empleadas ya sea las fuentes de obtención, características fisicoquímicas, aspecto de estas, incluso también maneras de definirlas por parte de los grupos étnicos.

Este primer ordenamiento, permite luego una lectura a partir del acoplamiento de las cadenas operativas generadas, en donde, desde una perspectiva comparativa, se pueden abordar todas las operaciones, herramientas y datos involucrados en un mismo momento. Para el proceso de representación se utiliza un cuadro de doble entrada con filas que representan etapas y operaciones y, columnas en donde se sistematiza variables, en el cual se incluye toda la información detallada anteriormente dentro de cuadros. La lectura de estos esquemas sigue un orden cronológico vertical de arriba hacia abajo y un orden homólogo de izquierda a derecha y viceversa.

A fin de simbolizar lo desarrollado anteriormente en los siguientes apartados y en los gráficos que representan los procesos técnicos aquí definidos, se emplea la letra “E” para hacer referencia a la palabra “Etapa”, a la cual le sigue la letra, o letra y número, correspondiente a la etapa o subetapa de la cual se esté hablando. Por ejemplo, si se

TABLA 2

1. Etapas		2. Operación técnica	Autor, (año)	
			Grupo étnico	
			Ubicación geográfica	
			3. Herramientas asociadas	4. Materias primas
a. Obtención y preparación de materia prima				
b. Modelado	b.1- Levantado			
	b.2- Acabado de superficie			
c. Cocción				
d. Acabados de superficie post-cocción				
e. Uso	e.1- Categoría, morfología y función			
	e.2- Reparación			
f. Descarte				
g. Reciclaje				

Tabla 2. Ficha de registro de aspectos técnicos identificados en las obras etnográficas.

procede a desarrollar la Etapa de Modelado, se la simboliza “Eb” o si se nombra la subetapa de Reparación -que se encuentra dentro de la Etapa de Uso- se simboliza “Ee.2”.

Resultados

El desarrollo de cada uno de los ítems definidos en el apartado anterior no se dio de manera homogénea, es decir, en muchos casos se producen vacíos de información que implican por ejemplo el salto de una operación a otra sin una descripción de las técnicas o acciones intermedias. Lo mismo ocurre con la descripción de las herramientas utilizadas o las particularidades vinculadas a la caracterización de las materias primas empleadas. Esto podría responder sobre todo al interés puntual del investigador, factor que influye a la hora de ahondar en ciertos aspectos u omitirlos en sus descripciones. De igual modo ocurre con otros datos como ser la ubicación geográfica, donde muchas veces se suele apelar a criterios regionales amplios, debido fundamentalmente a las características mismas de las expediciones etnográficas de principios y mediados del siglo XX, campañas llevadas a cabo durante meses o años, a lo largo de un gran número de poblados (Nordenskiöld 2002; Palavecino 1944; Von Rossen 1903).

Sin embargo, se observaron puntos en común que permitieron seguir un criterio ordenado al momento de avanzar en el proceso de reconstrucción de las cadenas operativas de producción cerámica, correspondiente a grupos de las familias lingüísticas mataco-mataguayo y guaycurú del Gran Chaco.

Antes de continuar, se debe aclarar que en todas las obras se hace referencia acerca del papel que juega la mujer en esta actividad. La producción de recipientes cerámicos es una labor que les compete completamente a las alfareras del grupo. Sin embargo, en la actualidad, en un contexto donde la producción cerámica se orienta completamente a su inserción en el mercado de artesanías, se puede observar también la intervención de hombres ceramistas, que, a pesar de ello, siguen siendo minoría (Montani 2017; Vidal 2017). De esta manera, al momento de hacer alusión a la persona que ejecuta la acción, se decide en este trabajo asignarle una connotación femenina, apelando al término “alfarera(s)”.

Obtención y preparación de materias primas (Ea)

En esta etapa se lograron identificar algunos aspectos coincidentes en relación con las primeras operaciones técnicas vinculadas a las condiciones de obtención de materias primas, sus características y el preparado de la pasta arcillosa (figura 2). Aquí la actividad parte siempre de la recolección de la arcilla, ya sea en estado seco o húmedo, a través del uso de palos cavadores, palas, machetes y bolsas. Cuando se recolecta en húmedo se suma una operación al proceso, que tiene que ver con el secado de la arcilla al sol, con el fin de procesarla posteriormente.

Las arcillas mencionadas, responden por lo menos a 5 tipos distintos: el barro amarillo y rojizo proveniente de peñas cercanas a los ríos, denominadas *a: ʼli:hik-* en idioma qom e *inhyät te ichät* en wichí. Por otro lado, se registró información sobre el barro azul-negro o tierra negra de lagunas secas, *i`hiat to:ik#ya ʼlax*, *i`hñot to:ich#ya ʼlaz* en wichí, posiblemente coincidente con la tierra de ciénaga o cañadas *inyät tẽ ichalaj*. Denominaciones estas, probablemente vinculables a la acepción genérica de “barro” *iyhät* identificada por Alvarsson (2012) entre los *weenhayek*. Por último, se suman otros dos tipos definidos solamente por Montani (2008, 2017), que son la tierra “salada”

de peladar *hohnat tä nosoy* y la tierra de “hormiguero” *lhul*.

En lo que respecta al transporte de la arcilla, Montani (2008, 2017) identifica en un contexto sociohistórico más reciente el uso de bolsas de *nylon*, mientras que Palavecino (1944) hace referencia al empleo de una bolsa de chaguar o caraguatá. Esta última, se trata de una bolsa de red sin nudo de fibra vegetal conocida como *sikiet*, *sichet* o *sikyeyet*, objeto típico utilizado por mujeres en el transporte de enseres en general (Millán de Palavecino 1973; Montani 2007).

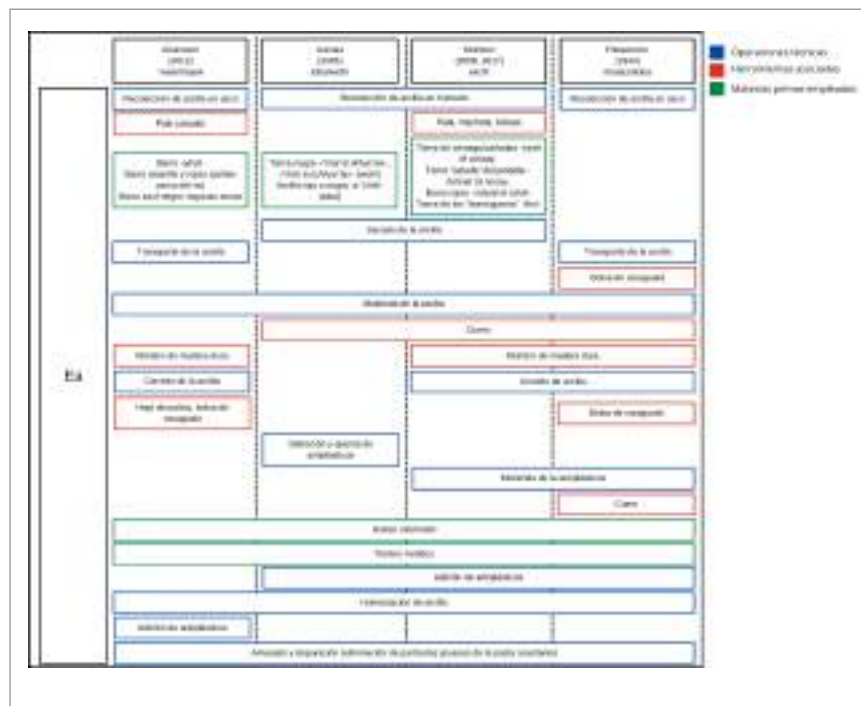


Figura 2. Cuadro correspondiente a la Etapa de Obtención y preparación de materias primas.

Una vez almacenada la arcilla en estado seco, se procede a la molienda de esta. Para ello se registró tanto el uso de un mortero de madera dura -quebracho, por ejemplo-, como así también el de un cuero, con el fin de llevar los bloques a un estado de polvo. Posteriormente se procede al cernido, para el cual se identificó el uso de una bolsa de caraguatá -en este caso de malla fina- o el empleo de una hoja de palma.

Acto seguido, se inicia con la molienda de los antiplásticos seleccionados, principalmente tiestos molidos. Se registró también el uso de hueso calcinado molido, materia prima que Palavecino (1944) vincula a los “tobas orientales” (qom) y que puede ser rastreable también -en otras obras no tratadas aquí- entre grupos moqoit (Vidal 2018). Sobre ello, Montani (2017), ofrece un pequeño relato acerca del tabú que implica el uso de este temperante entre comunidades wichí, pero no del desconocimiento e incluso su utilización en algunas ocasiones, tal como lo refleja también Alvarsson (2012) para los `weenhayek. En general se pudo observar que la proporción de arcilla y antiplástico suele ser la misma, esto podría deberse a las características del método de cocción empleado -que implica una inmediata exposición al calor- y con la obtención de una consistencia adecuada para el modelado de las piezas.

Una vez unidos ambos componentes, se humecta la mezcla y se procede a amasar y depurar la pasta, proceso que implica eliminar partículas gruesas ya sea de los antiplásticos u otros elementos intrusivos como “palitos”, “pasto”, “piedras”, etc.

Modelado (Eb)

1. Levantado (Eb.1)

En relación con la etapa de levantado (figura 3), los autores trabajados concuerdan en que inicia con la conformación de un disco de arcilla, excepto en el caso de Arenas (2003), quien habla de la elaboración de un pequeño cuenco, probablemente formatizado a partir también del modelado de un disco inicial. A esta base, le sigue el urdido de las paredes de la pieza por medio de la técnica de superposición de rodetes en espiral, a través de la conformación de un cilindro de arcilla, formado por la alfarera entre ambas manos.

2. Acabado de superficie (Eb.2)

En lo que respecta al acabado de superficie (figura 3), la consolidación de la pared de la pieza se logra homogeneizando la unión entre rodetes, a través del “cocido” de los mismos y por medio de un alisado general. Para esta última operación técnica, intervienen distintos tipos de herramientas, desde trozos de madera, mazorcas de maíz, el dorso de cucharas metálicas y de cañas, uñas de oso bandera, hasta los mismos dedos y nudillos de la alfarera. Pero un objeto en el cual coinciden todos los relatos es una concha de molusco denominada *nahààkwe* o *lēchālejnat* (wichí). Esta valva se constituye como un recurso empleado con diversos fines entre las comunidades del Chaco, que van desde fines utilitarios como recipientes culinarios, hasta incluso ornamentales como por ejemplo para la confección de cuentas de adornos corporales (Alvarsson 2012; Von Rossen 1903). En el caso aquí tratado, se aprovecha el dorso de la concha como instrumento para el alisado de las paredes de una pieza cerámica. A medida que se alisa y homogeneiza el exterior e interior, se humecta la pieza de forma intermitente, con el fin de mantener las cualidades plásticas de la arcilla mientras se modela el recipiente.

Ocasionalmente las piezas pueden llevar decoración por desplazamiento de materia, a partir de la representación de improntas digitales sobre el total de la superficie o sobre la zona del cuello. En circunstancias incluyen además decoración por aplicación y desplazamiento de materia, fundamentalmente motivos serpentiformes con incisiones sobre pasta fresca.

Una vez obtenida la forma y homogeneizada la superficie, se procede al secado de la pieza. Este varía según cada autor, ya que puede hacerse al sol directo o bajo una sombra. Así, una vez que seca el recipiente, se lo humecta ligeramente con el fin de iniciar con el proceso de bruñido tanto externo como interno, dependiendo el grado de constricción de la pieza. Para ello, se emplean cantos rodados, el dorso de una caña, de una cuchara metálica o también de una concha de molusco. Una vez terminado el proceso, se deja secar el recipiente listo para su cocción.

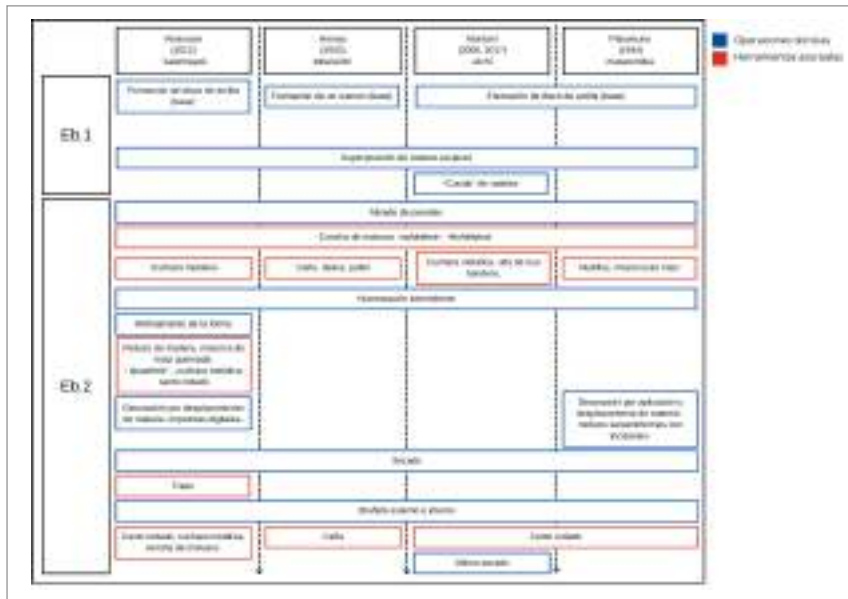


Figura 3. Cuadro correspondiente a la Etapa b.1 Levantado y b.2 Tratamiento de superficie.

Cocción (Ec)

Para esta etapa existe una convergencia en la lectura de los autores, en tanto coinciden en que la cochura de las piezas se realiza en una estructura abierta, es decir, en atmósfera oxidante (figura 4). De ahí que la mayoría del material cerámico etnográfico vinculado a las familias lingüísticas mataco-mataguayo y guaycurú, sea de pasta roja, naranja o ante -coloración marrón claro- (Sanmillán 2024, 2025).

La mayoría afirma que el proceso inicia con el cavado de un hoyo en el suelo que oscila los 10 a 20 cm de profundidad, dentro del cual se disponen las piezas, ya sea sobre una cama de brasas, sobre una cama de leña o directamente sobre el suelo descubierto. Acto seguido, se apilan leños de forma cónica, que eventualmente se tapan con estiércol vacuno, dando inicio al quemado, al encender la estructura generada. Con respecto a la duración del proceso, quizá es en donde se evidenció mayor desacuerdo. Alvarsson (2012) afirma que la misma dura una hora; Arenas (2003) sostiene que se extiende por “toda la noche” y Montani (2008, 2017), logra registrar un lapso de 30 minutos. En todos los casos, no se deja en claro si se tiene en cuenta el tiempo que lleva también el enfriamiento de las brasas que genera la leña utilizada, por lo cual se entiende que exista esta variación en el relato.

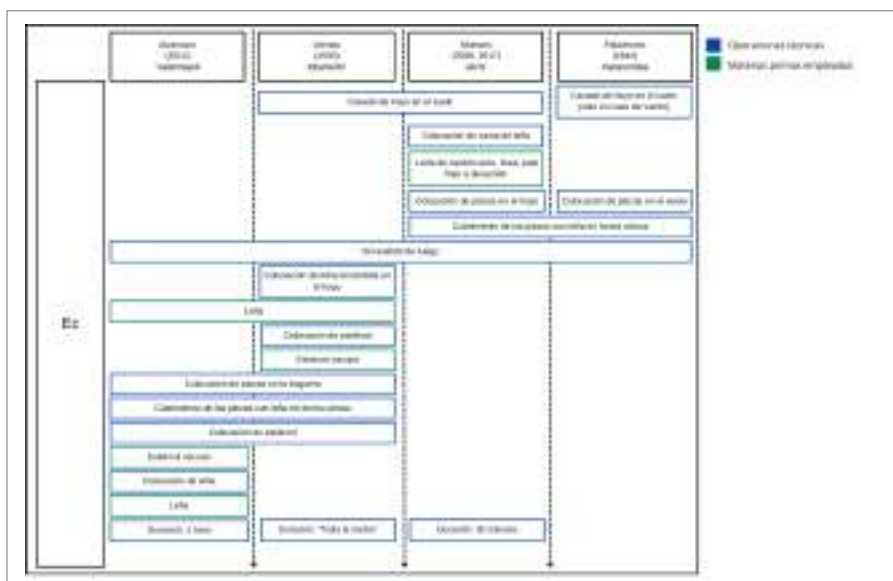


Figura 4. Cuadro correspondiente a la Etapa c Cocción.

Acabado de superficie post-cocción (Ed)

Esta etapa da cuenta de operaciones técnicas sumamente características en lo que respecta a la decoración de la cerámica mataka-mataguaya y guaycurú (figura 7). La misma consta de apoyar un cañón de pluma de ave, colofonia de palo santo o una pezuña de corzuela sobre la superficie caliente del recipiente recién quemado. Esto genera una impronta de color negra por medio de la cual se representan motivos decorativos circulares, líneas quebradas u onduladas, puntos, etc. Si bien no toda esta cerámica presenta decoración pintada, aquella que si la tiene, concuerda con este modo de hacerlo.

Uso (Ee)

1. Categoría, morfología y función (Ee.1)

Entre las categorías cerámicas identificadas, los autores coinciden en cinco tipos de recipientes generales (figura 5).

En primer lugar, la olla, denominada *towej*, *tu'wex to:ihiot* o *thqthi* entre los wichí y *'weenhayek* y, *'biye* o *tachi* para los qom. La misma, de forma subesférica, cintura alta, base plana y ocasionalmente con dos asas, se emplea para la cocción de alimentos, fundamentalmente guisados, sopas o para el hervor de carnes y verduras. Otros usos refieren al almacenamiento de ciertos productos como el agua o grasa de pescado y, a su utilización como tambor ritual, colocando un cuero sobre la boca de la pieza y llenándola hasta la mitad con agua (figura 6a).

Otra categoría de gran difusión en el Chaco es la botija, denominada *'iyááte*, *yote*, *yäte* o *ioté* en wichí y *'nakona* o *nákona* en qom (figura 6b). Este recipiente se utiliza fundamentalmente para el transporte de agua, actividad llevada a cabo principalmente por mujeres. La botija responde a una morfología específica que consta de una base convexa o ligeramente plana, un cuerpo de tendencia esférica, una constricción en el ecuador flanqueada por dos asas en posición vertical (por las cuales cruza una cuerda de fibra vegetal empleada para su transporte) y un cuello estrecho y corto. Si bien puede presentar variaciones en cuanto a tamaño y forma, mantiene en general una estructura y una distribución básica de los componentes descritos anteriormente (Sanmillán 2024, 2025).

Un tercer tipo de recipiente es la tinaja, definida en wichí y *'weenhayek* como *inááthih*, *tu'wex* y *towej*. En este caso, se trata de un recipiente específicamente pensado para el almacenaje y refrigeración del agua. Si bien recibe a veces el mismo calificativo que el de la olla para cocción de alimentos, la tinaja es concebida para un fin distinto, y morfológicamente puede diferenciarse por presentar una base convexa, por lo cual se asocia con el uso de un gancho trébol de madera, en donde se apoya para darle estabilidad (figura 6c).

Un cuarto tipo cerámico es el plato *'asset*, *awset* o *aset* en idioma wichí y *koyit* en qom, el cual normalmente presenta bordes ligeramente más altos que un plato occidental y cuya función responde al servicio y consumo de alimentos (figura 6d).

Una última categoría cerámica, es una variación morfológica y dimensional de la botija (figura 6e). La caramayora o cantimplora es definida por los wichí como *'noop'okw*, *'noop'okw' aq*, *iyáátejwaj*, *iyo'te'lhs*, *p'aqle* (entre los hombres), *yäte-häs* (entre las mujeres) y *suluj*; y por los qom como *ne'yogoho*, *naqona qoqo'te*. Se trata de una botija en miniatura que en ocasiones presenta las paredes achatadas y una constricción bien marcada en la zona media que suele generar un contorno en forma de ocho (8).

Al igual que la botija, cuenta con asas en posición vertical en la zona de la constricción, por las cuales cruza una soga de fibra vegetal. Se trata de un objeto utilizado para la hidratación personal durante las incursiones al monte. Incluso Montani (2017), comenta que, en las jornadas de meleada, se la solía llenar con miel de abeja una vez agotada el agua de su interior.

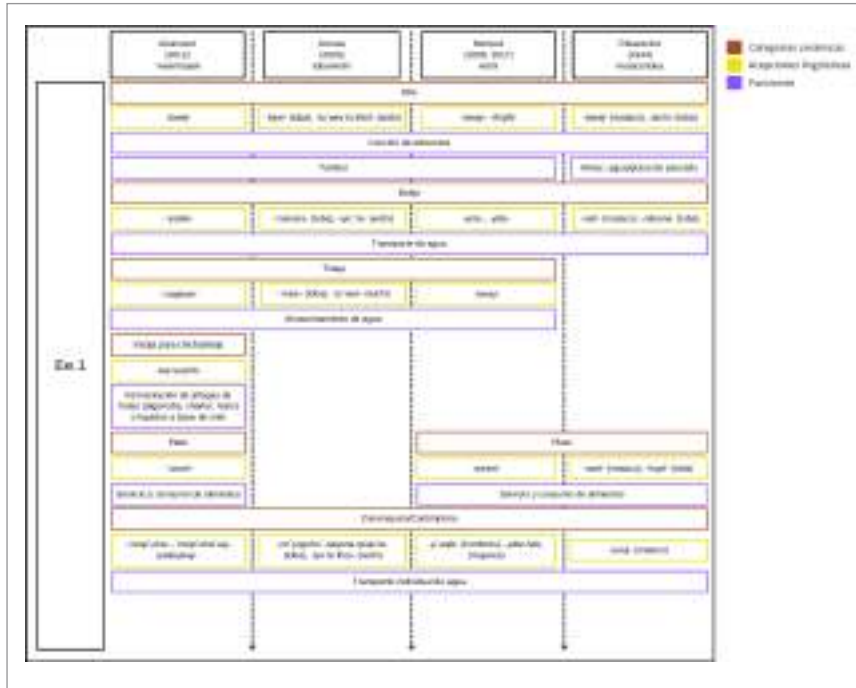


Figura 5. Cuadro correspondiente a la Etapa e.1, identificación de Categoría, morfología y función.



Figura 6. a) Derecha: representación gráfica de dos ollas – con y sin asa-, izquierda: tambor ritual (Von Rossen 1903); b) representación gráfica de una botija (Palavecino 1944); c) izquierda: fotografía de una tinaja, derecha: tinaja apoyada sobre un gancho trébol, acompañada de una niña weenhayek que bebe agua (Alvarsson 2012); d) fotografía de dos platos cerámicos (Alvarsson 2012); e) fotografía de una cantimplora o caramayora (Alvarsson 2012).

2. Reparación (Ee.2)

Aquí, si bien no se trata de una etapa desarrollada por todos los autores, en los dos casos que sí lo hacen, describen el proceso con bastante detalle (figura 7). Alvarsson (2012) y Arenas (2003), reconocen cada uno tres técnicas vinculadas a la reparación de recipientes. La primera, consiste en aplicar cera caliente de abeja *puumtsaj*, *weejyhattaj* (idioma weenhayek), *yana*, *moro moro*, *mestiza* o *alpamiski*, sobre la rajadura. La segunda, sigue la misma lógica, pero emplea colofonia de palo santo.

Una tercera técnica registrada por Alvarsson (2012) entre los weenhayek de Bolivia, refiere al temperado de colofonia de palo santo y huevos blancos de hormiga – *suwaanhis*-. La mezcla resultante, se aplica sobre la rajadura, parche que se refuerza

luego con una segunda capa de huevos blancos de hormiga.

Por su parte, Arenas (2003) registra para los qom el uso de brea. Para ello, se quema una rama de este árbol hasta extraer la resina, denominada *paga`achikli`cha#a*. La misma se reúne utilizando como herramienta una rama de árbol pequeña o “palito”, que luego se vuelve a calentar al fuego untándose el pegamento sobre la rajadura. En cualquiera de estos métodos de reparación, el recipiente queda totalmente inhabilitado para su exposición al fuego.

En lo que respecta a las etapas de descarte (Ef) y reciclaje (Eg), no se localizaron descripciones específicas ni extensas. Únicamente alguna que otra referencia en torno al abandono de una pieza debido a la destrucción de esta, y sí, en todos los casos, el reciclaje o reutilización de los tiestos resultantes, como antiplásticos para la confección de una vasija nueva.

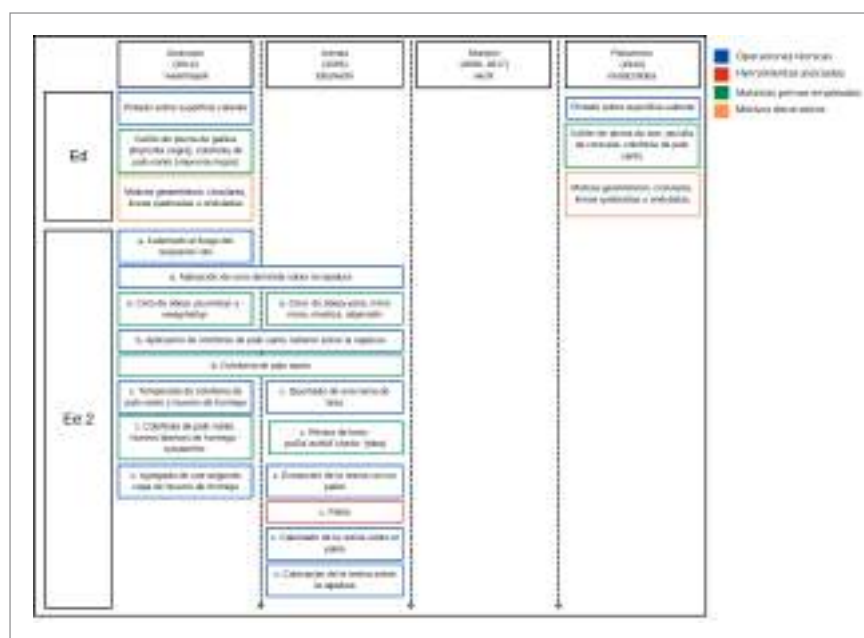


Figura 7. Cuadro correspondiente a la Etapa d. Tratamiento de superficie post-cocción y e.2 Reparación.

Discusión

Durante el registro de los procesos técnicos, se pudieron observar algunas consistencias y divergencias técnicas dentro del sistema tecnológico mataco-mataguayo y guaycurú, en base al establecimiento de relaciones entre los distintos elementos que lo componen. En primera instancia, si bien la recolección de materia prima se lleva a cabo tanto en estado seco como húmedo, la identificación de al menos cinco tipos básicos de arcilla como lo son el barro amarillo, rojizo y azul-negro, de hormiguero y tierra salada de peladar, dan cuenta de la diversidad de alternativas en lo que respecta a las posibles elecciones técnicas mencionadas en los relatos analizados. A su vez, la identificación de ciertos “constreñimientos”, permite la documentación de aquellos factores que limitan o posibilitan el acceso a los recursos. A este propósito, Montani (2017), observa constreñimientos ambientales y sociales vinculados a la obtención de las materias primas. Por un lado, la posibilidad de extraer arcillas de buena calidad se encuentra sujeta a las inclemencias estacionales de las lluvias. El ingreso a cañadas y lagunas sin

agua, parecen diagramar parte de las etapas de producción de recipientes cerámicos en el Chaco. Por otra parte, entre grupos wichí, el ingreso a las áreas de recolección se encuentra signada por el pedido de “permisos” a ciertos seres mitológicos, como, por ejemplo, según Palavecino (1944:231), a *Honatwuk* el dueño de la tierra, al cual en compensación se le daba una tira de trapo rojo o hilos del mismo color. Otro factor influyente refiere a los problemas ocasionados debido a las prohibiciones fundadas en el tabú vinculado a la menstruación y el puerperio. La imposibilidad de ingresar al monte por parte de una mujer wichí encinta o puérpera, limita sus incursiones a la recolección de arcilla, sumada a la prohibición de acercarse a las fuentes de agua “(...) so pena de ser atacada por *Lëwo* o por *Chalajitaj* (...)” (Montani, 2017:248).

En lo que respecta a la incorporación de antiplásticos, resulta una operación técnica ineludible. Otorga firmeza y resistencia a la pieza, brindando la posibilidad de modelar y mantener en pie el recipiente fresco. El uso de determinados tipos de antiplásticos, deja entrever también, el establecimiento de algunos juicios de valor en relación con la naturaleza de estos y se presta para la discusión sobre las elecciones técnicas involucradas en el sistema. El aprovechamiento de los tiestos molidos de vasijas rotas en desuso aparece como una constante, mientras que el empleo de hueso calcinado molido presentaría algunas discordancias en torno al relato que ofrece la etnografía. En primer lugar, Palavecino afirma que: “Entre los Tobas orientales el antiplástico preferido es el que obtienen con huesos calcinados y pulverizados” (Palavecino 1944:231-232). Por otra parte, Vidal (2018:13), señala en un pie de página que entre comunidades qom y moqoit, al hacer referencia sobre el uso de hueso molido, se incluye también conchilla de agua dulce, pero que, sin embargo, sobre todo los moqoit, identifican propiedades distintas entre ambas materias primas. Para esta última autora, el hueso calcinado molido no solo otorga firmeza y contribuye en el aceleramiento del secado de las paredes de la pieza, sino que además juega un papel importante como agente bacteriostático que facilita la limpieza del agua de consumo. Arenas, observa también similitudes técnicas en la confección de vasijas, así comenta:

La técnica wichí es similar a la toba. Partes iguales de arcilla y antiplástico se remojan en su justa medida de manera que no se suelten las tiras de barro. El antiplástico es hueso molido vacuno, burro o caballar, o bien, trozos pulverizados de otra cerámica descartada. Huesos de animales del monte no habrían usado para esto (Arenas 2003:228).

Mientras tanto, Montani sostiene:

(...) las mujeres de los Baldes conocen también el antiplástico de hueso calcinado y molido, pero no lo utilizan, cosa que sí hacen las mujeres de Las Lomitas, Formosa (Montani 2008:126).

En otro pasaje dice:

Al preguntar si las mujeres utilizan también hueso calcinado y molido como antiplástico –como vi en dos comunidades wichís de Las Lomitas (Formosa)-, algunos hombres de Los Baldes me dijeron que eso lo hacen los *humahnuy* (chorote) y uno de ellos me explicó que la práctica le resulta repulsiva ‘porque en seguida el agua agarra olor a muerto y enferma’ (Montani 2008:131).

Por lo tanto, se puede observar que la elección técnica vinculada al uso del hueso calcinado molido cumple un papel importante en términos fisicoquímicos como depurador del agua. Sin embargo, la decisión técnica sobre su incorporación o no, se constituye como un factor posiblemente sujeto a valoraciones de tinte simbólico, en donde cuestiones como la muerte y la enfermedad tienen peso al momento de la selección de algunas materias primas. Restaría también indagar sobre las implicancias que pueden llegar a tener los restos óseos de animales del monte, si su “no uso” se debe a cuestiones simbólicas o tiene que ver con aspectos intrínsecos a las cualidades fisicoquímicas de este material.

Sin dudas en lo que refiere al modelado de las piezas, el inicio de abajo hacia arriba, a partir de un disco de arcilla y luego el urdido del cuerpo por medio de la superposición de rodets en espiral, se constituye como un elemento común. Para este caso, Vidal hace referencias sobre algunas discordancias en torno a las técnicas de manufactura de cerámica en el Chaco. Particularmente –entre otros aspectos– hace foco en lo que respecta a la confección de la base, la cual además de realizarse a partir de una bola de arcilla aplastada sobre una superficie plana, presenta variaciones, como su formación por medio de rodets y también el uso de posibles moldes: “El hoyo recubierto por tela descrito por Niklison (1916) se asemeja a la técnica utilizada por los moqoit desde el siglo XVIII (Paucke 2010; Tartaglia 1959)” (Vidal 2017:368).

Parte de las operaciones vinculadas a esta etapa, no sólo se encontrarían signadas por la existencia de alternativas asociadas a la amplitud de opciones técnicas, sino que también, sería posible reconocer algunos constreñimientos de tinte simbólico, al momento de ejecutar el modelado de una pieza. La importancia que se le presta a factores que pueden llegar a intervenir en la integridad de los artefactos, ya sea durante su confección, como al momento de su uso, adquieren un peso relevante en los esquemas de representaciones técnicas de las alfareras. Así, la decisión –o imposición– de intervenir o no la materia durante el tránsito de determinados estados por parte de las mujeres, se ve constreñida por el sentido que le adjudica la sociedad a ese estado de tránsito. Un factor como lo es el duelo se constituye como un impedimento al momento de confeccionar una vasija. La influencia que tiene este estado de dolor y pérdida entre grupos wichí, según Montani (2017:249), tendría un efecto directo sobre las cualidades fisicoquímicas de la materia prima, ya que, por alguna razón, se piensa que las piezas se desarmarían mientras se las modela e incluso durante su quema, podrían llegar a generar explosiones y su posterior destrucción, lo cual implicaría el vaticinio de una serie de desgracias inevitables.

Otro factor que se presta para la discusión sobre los elementos sociales y simbólicos involucrados dentro de los sistemas técnicos es la función de los artefactos. En ocasiones, el despliegue de estrategias asociadas a la caracterización formal de los recipientes cerámicos, nos ofrecen resultados parciales acerca de la funcionalidad que adoptan los distintos enseres en la sociedad. Esto no implica que su definición utilitaria con relación a, por ejemplo, la forma implique un desatino. No obstante, hay cuestiones que escapan al reconocimiento de cualidades morfométricas y que la información etnográfica procede a evacuar. Por momentos, resulta claro vincular una imagen y una función cuando se menciona una olla, una botella o un plato. Sin embargo, la exploración de los distintos sentidos que adquieren estas categorías permite ir más allá y poder transitar un poco más en los esquemas simbólicos en los que se insertan los sistemas tecnológicos. La identificación de los tipos de recipientes

definidos en base a las etnografías consultadas permite desarrollar esto. La olla, la tinaja, la botija, el plato y la caramayora, parecen cumplir con tareas específicas, amén de que puedan desempeñar otras funciones en el esquema que ordena el mundo de los grupos que constituyen las familias lingüísticas matakó-matagayo y guaycurú. Por lo cual, el utillaje cerámico no solamente se emplea para la cocción, el almacenamiento o el servicio de los alimentos, sino que puede constituirse también, por ejemplo, como un objeto “transicional” de un estado de las cosas, a otro. Alvarsson da cuenta de ello, y responde a destiempo una inquietud de Nordenskiöld, a partir de una observación entre los ´weenhayek de Bolivia:

La olla *towej* tenía una importancia especial en la vida de los ´weenhayek. Nordenskiöld nunca entendió por qué –y se queja de que no puede conseguir un ejemplar entre los ´weenhayek-. Según uno de mis informantes, al iniciar preparaciones para matrimonio la joven mujer se preparó haciendo una olla, un cántaro y unos platos de cerámica (Alvarsson 2012:64).

Otro tipo de transición es aquella que se da entre la vida y la muerte, mediada a través del duelo. En ello, la olla desempeña un rol fundamental como tambor ceremonial, que propicia el ritmo a través del cual los seres queridos dejan el plano terrenal:

Entonces se quitaron las asas de la olla; se la llenó hasta la mitad de agua; se estiró una piel de ciervo o cabra sobre la olla, y se ató con una cuerda de caraguatá. Luego se usaba el tambor para marcar el ritmo de los cantos de dolor durante los días de luto (Alvarsson 2012:65).

Relatos asociados a los mitos de origen de las sociedades y concepciones vinculadas al nacimiento, son aquellas nociones que se pueden asociar a los contenedores cerámicos como matriz de vida. En primer lugar, entre los wichí, el cántaro se puede constituir como un espacio de donde “surgen los hombres” dando lugar al “origen de los grupos étnicos” (Montani 2017:235). En segundo lugar, surge una inmediata asociación entre el cántaro y el útero de la madre. Asociación que se refuerza en descripciones “nativas” de procesos biológicos de otras especies, que, por ejemplo, Montani logra registrar para el Chaco salteño. Tal es el caso de una abeja, de la familia *Bombyliidae*, que se conoce con el nombre de chilaló o *tsawotaj* en wichí, y que tiene la particularidad de cavar un pequeño hoyo en el suelo, hidratándolo paulatinamente, conformando una especie de recipiente en donde deposita el polen recolectado y de donde brota posteriormente una pequeña flor. Sobre este fenómeno, Montani recaba el siguiente relato: “Pero aún más, Nicodemo me dijo que el *tsawotaj* fabrica su tinajita [*lhäkwe*] y así va haciendo hijo como mujer” (Montani 2017:256).

Uno de los elementos que rigen los principios de organización social dentro de los sistemas tecnológicos, tiene que ver con la ejecución de determinadas operaciones técnicas y el acceso o no a ciertos artefactos por parte de los distintos subgrupos que constituyen una sociedad. Estos pueden responder a principios de género, etarios, políticos, económicos, religiosos, etc. (Lemonnier 1993). La fabricación de recipientes cerámicos opera como un marcador de relaciones de género. Tal como se observa en todos los trabajos etnográficos abordados, se refleja el carácter femenino de la actividad (Alvarsson 2012; Montani 2017; Von Rossen 1903; Nordenskiöld 2002; Arenas 2003).

Nociones como la de origen, nacimiento, matriz, útero, etc., se presentan como una constante en los relatos asociados. Sin embargo, se logró identificar también otra función vinculada al recipiente cerámico, como intermediario en el proceso de socialización de la mujer en el grupo. Como actividad netamente femenina, la recolección de agua se constituye como un proceso técnico en sí, que incluye una serie de conocimientos vinculados a la ubicación de ríos y lagunas, la identificación de los peligros y bondades, prohibiciones y permisos para transitar por el monte, la intervención de un complejo artefactual -que incluye la botija cerámica-, y un conjunto de gestos técnicos asociados a la acción de recolectar y transportar. Nordenskiöld, en sus trabajos entre grupos choroti y ashluslay del Chaco, logra llevar a cabo una serie de observaciones, en donde registra un proceso de aprendizaje a través del juego por parte de las niñas:

El niño indígena aprende la vida en el juego. Cuando la madre va en busca de agua con su hijita en brazos, la niña lleva un minúsculo cántaro similar al de su madre. Cuando la madre llena su cántaro grande de agua, también llena el de su hijita. La chica va creciendo y el cántaro también. Pronto acompaña a su madre a pie y al igual que esta lleva su propio cántaro en la cabeza (Nordenskiöld 2002:60).

El conjunto de valores, derechos y obligaciones que implica la portación de un determinado artefacto, permite la identificación de parte de aquellos principios que rigen los procesos de configuración de una sociedad. La posibilidad de transitar más allá de las funciones utilitarias –incluso cuando las funciones utilitarias operan también como termómetro de las relaciones sociales de un colectivo- se constituye como una puerta de entrada al entendimiento de los esquemas sociales y simbólicos que subyacen los procesos técnicos.

Conclusiones

Se pudo observar a lo largo de este artículo, que las etnografías aquí analizadas, a pesar de presentar ciertas inconsistencias en sus descripciones, reflejan un determinado orden lógico visible en la identificación de algunos elementos comunes dentro del sistema tecnológico de grupos pertenecientes a las familias lingüísticas matak-mataguay y guaycurú del Gran Chaco americano. Del mismo modo, se pudieron registrar rasgos divergentes, asignables a las opciones técnicas disponibles, materializadas en la diversidad de modos de hacer dentro del sistema. Son todos estos elementos, los que habilitaron a la organización de la información en una estructura de cadena operativa, pudiendo vincular aspectos materiales, sociales y simbólicos.

Por otra parte, la posibilidad de acceder a los relatos etnográficos constituye una puerta de ingreso a concepciones que van más allá de las cualidades fisicoquímicas de la materia. Se pudo indagar sobre, no solo aspectos vinculados a la organización social y a cuestiones simbólicas intervinientes en distintas etapas de la producción de vasijas cerámicas, sino también a los sentidos y representaciones involucradas en el uso de estas. La importancia que adquieren ciertos fenómenos como la menstruación, el puerperio y el duelo, se distribuyen de manera diferencial a lo largo de la cadena operativa de producción cerámica, estableciendo criterios para el uso de los artefactos e imposibilitando el accionar de quien ejecuta, al constituirse como elementos tabúes que atentan contra la integridad de la alfarera o del recipiente que se confecciona. Así

también, la presencia de entidades mitológicas “dueñas” y ordenadoras del entorno natural, en conjunto con el devenir propio de los fenómenos ambientales, se constituyen como “constreñimientos” que dictan el ritmo temporal al cual se desarrolla parte de la cadena operativa.

Una vasija cerámica en uso –un artefacto en acción, movilizado por un técnico que ejecuta- no sólo da cuenta de su capacidad para cocinar, servir alimentos o de transportar agua, sino también de poner en juego todo un complejo sistema de valores, obligaciones, derechos, roles y esquemas de orden del mundo que otorgan coherencia a una sociedad. Desde su función como contenedor, hasta su concepción como espacio de donde “surgen las etnias” o como matriz de vida, el cántaro ocupa un lugar como marcador de las relaciones que se dan hacia adentro de la sociedad. Por ejemplo, roles de género, a través de la recolección de agua, o como intermediario en el proceso de socialización de las mujeres del grupo, o como factor de tránsito entre el estatus de soltería y matrimonio, o indicador del paso de la vida a la muerte, a través de su uso como tambor ceremonial.

Por último, así como se tuvo acceso a elementos que forman parte del conjunto de representaciones técnicas que constituyen el sistema tecnológico asociado a la producción cerámica de las familias lingüísticas mataco-mataguayo y guaycurú del Gran Chaco, se considera que este se realizó de forma inacabada. Por un lado, la información disponible es amplia y requiere de sistematización, por lo cual, el esquema desarrollado se presta para continuar sumando datos acerca de la producción cerámica en la región. Por otro lado, la actividad vinculada a la confección de recipientes de barro constituye una muy pequeña porción del amplio mundo de la cultura material de los grupos indígenas del Gran Chaco. Esto requiere de continuidad investigativa, de este modo, se apunta también a sentar las bases metodológicas y teóricas, para ampliar el esquema de análisis aquí planteado a otros sistemas tecnológicos y grupos étnicos.

Agradecimientos

Este ensayo se desprende de la tesis de grado de quien suscribe como autor y supone el inicio de una nueva etapa profesional. La misma no podría haberse escrito sin el apoyo incondicional del equipo Tecnoriginaria y, sobre todo del Proyecto Cafayate y Quebrada de las Conchas. Agradecimiento especial a Rossana Ledesma, Rodrigo Cardozo, Jimena Villarroel, Valentina Torres López, Florencia Ganam Campos y Micaela Carabajal.

Bibliografía

- 1ª Convención Nacional de Antropología (1966). *Publicaciones*. Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades, Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba.
- Alvarsson, J. (2012). *Etnografía ´weenhayek Volumen 3: Belleza y utilidad – La cultura material*. Uppsala: Universidad de Upsala/FI`WEN.
- Arenas, P. (2003). *Etnografía y Alimentación entre los Toba-Nachilamole#ek y Wichi-Lhuku`tas del Chaco Central (Argentina)*. Buenos Aires: Edición del autor.
- Arias, A. (2017). Wanda Hanke y la recopilación de información y colecciones antropológicas (1934-1944). *Revista del Museo de Antropología* 10(2), 105-118.
- Baldrich, A. (1890). *Las comarcas vírgenes. El Chaco central norte*. La Plata: Jacobo Pauser.

- Barazutti, M. (2020). Etnoarqueología y registros etnográficos como marco metodológico aplicado en el abordaje de las sociedades prehispánicas tardías y coloniales tempranas de la llanura de Santiago del Estero. *Zaranda de ideas* 18(2), 22-39.
- Benedetti, C. (2006). Antropología y formación de colecciones: las producciones artesanales del pueblo chané. *Runa* XXVI, 247-262.
- Cerrutti, R. (1966). *Manual de artesanías indígenas*. Santa Fe: Ediciones Colmegna.
- Cresswell, R. y Hanning, G. (1976). *Transferts de techniques et chaînes opératoires*. Paris: note sur l'habitat traditionnel, UNESCO.
- Dobres, A. & Hoffman, C. (1994). Social Agency and the Dynamics of Prehistoric Technology. *Journal of Archaeological Method and Theory* 1(3), 211-258.
- Dobres, A. (2010). Archaeologies of technology. *Cambridge Journal of Economics* 34, 103-114.
- García Roselló, J. y Calvo Trias, M. (2013). *Making Pots. El modelado de la cerámica a mano y su potencial interpretativo*. Catalunya: BAR INTERNATIONAL SERIES 2540.
- Gramajo Bühler, C. y García Roselló, J. (2020). Aproximaciones Traceológicas a la Cerámica del Primer Milenio d.C. de Quebrada de Los Corrales (El Infiernillo, Tucumán, Argentina). *Revista del Museo de Antropología* 13(2), 349-358.
- Kamienkowski, N. y Arenas, P. (2012). La colecta de miel o “meleo” en el Gran Chaco: su relevancia en etnobotánica. En P. Arenas (ed.), *Etnobotánica en zonas áridas y semiáridas del Cono Sur de Sudamérica* (1 ed., pp. 71-116). CEFYBO-CONICET.
- Lemonnier, P. (1984). L'Ecore Boute Chez les Anga de Nouvelle-Guinée. *Techniques et culture* 4, 127-175.
- Lemonnier, P. (1992). *Elements for an anthropology of technology*. Michigan: Ann Arbor.
- Lemonnier, P. (1993). *Introduction to Technological choices: Transformation in Material Cultures since the Neolithic*. London: Routledge.
- Maeder, E. (2004). El conocimiento antropológico del Gran Chaco desde el siglo XVIII hasta mediados del siglo XX. *Folia Histórica del Nordeste* 15, 5-14.
- Métraux, A. (1929). Alfarería de los indios Chiriguano. *Ensayos. Ideas, crítica y literatura* 2, 1-3.
- Métraux, A. (1930). Études sur la civilisation des indiens Chiriguano. *Revista del Instituto de Etnología de la Universidad de Tucumán* 1, 295-493.
- Millán de Palavecino, D. (1973). Tejidos chaqueños. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 8, 249-257.
- Montani, R. (2007). Vocabulario wichí del arte textil: entre la lexicografía y la etnografía. *Mundo de antes* 5, 41-72.
- Montani, R. (2008). La etnicidad de las cosas entre los wichís del Gran Chaco (provincia de Salta, Argentina). *Indiana* 25, 117-142.
- Montani, R. (2017). *El mundo de las cosas entre los wichís del Gran Chaco. Un estudio etnolingüístico*. Colección “Scripta autochtona”, 17. Cochabamba: ILAMIS.
- Nordenskiöld, E. (2002). *La vida de los indios: El Gran Chaco (Sudamérica)*. La Paz: APCOB.
- Outes, F. (1909). La Cerámica Chiriguana. *Revista del Museo de la Plata*, XVI 3, 121-136.
- Palavecino, E. (1944). Alfarería Chaqueña. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología; tomo 4*, 232-235.
- Paucke, F. (2010). *Hacia allá y para acá. Una estadía entre los indios mocobíes (1749-*

- 1676). Santa Fe: Ministerio de Cultura de la Provincia de Santa Fe.
- Rizzo, N. (2012). Un análisis sobre la reproducción social como proceso significativo y como proceso desigual. *Sociológica* 77, 281-297.
- Sanmillán, J. (2024). Modos de hacer la cerámica en el Gran Chaco Americano: Caracterización de una colección etnográfica en base a su morfología y decoración. *Cuaderno de Humanidades* 39, 124-147.
- Sanmillán, J. (2025). La cerámica etnográfica del Museo de Antropología de Salta “Juan M. Leguizamón”: primera caracterización del conjunto en base a criterios morfológicos, decorativos y de manufactura”. *Revista del Museo de Antropología de Córdoba* 18(1), 37-44.
- Sigaut, F. (1994). Technology. En Ingold, T, (Ed.): *Companion Encyclopedia of Anthropology* (1 ed. pp. 420-459). London & New York: Routledge.
- Susnik, B. (1986). *Artesanía indígena. Ensayo analítico 1º ed.* Asunción: Asociación Indigenista del Paraguay.
- Vidal, A. (2017). Territorios ancestrales y alfarería ausente. La cerámica del pueblo qom (Gran Chaco, Argentina). *Complutum*, 28(2), 359-377.
- Vidal, A. (2018). Modelando identidades: la cerámica qom en Resistencia (Chaco) a finales de la década de 1960). *Anales del Museo de América XXVI*, 7-30.
- Vidal, A. (2020). Del botijo a la lechuza. La cerámica qom en el último siglo. *Arqueología* 26(1), 127-147.
- Von Rossen, E. (1903). *Ethnographical research work. During the Swedish Chaco-Cordillera-Expedition 1901-1902*. Stockholm: C.E. Fritze.



José Sanmillán es Licenciado en Antropología por la Universidad Nacional de Salta, forma parte de los proyectos “Carta arqueológica de Cafayate y Quebrada de Las Conchas (Salta)” y “Colección Antonio Serrano de la Universidad Nacional de Salta. Análisis de estrategias tecnológicas y gestión de datos arqueológicos” del Consejo de Investigación de la unas; e integra el Equipo de investigación arqueológica Tecnoriginaria.

Reseñas y comentarios
de libros

Book reviews and
commentaries

Resenhas e comentários
de livros

Vázquez, Melina y Spataro, Carolina.
Sin padre, sin marido y sin Estado.
Feministas de las nuevas derechas.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Siglo XXI editores, 2025, 270 pp¹

[JUAN IGNACIO DE ANDRADE BERTELLO]
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires
juanignaciodeandrade@gmail.com

Resumen

Sin padre, sin marido y sin Estado. Feministas de las nuevas derechas es una de las más recientes contribuciones al corpus de estudios sobre las derechas actuales en nuestro país. En este libro, Melina Vázquez y Carolina Spataro se proponen analizar, a través de una serie de dimensiones puntuales, de qué manera las mujeres habitan espacios que se identifican con ideas de derecha, y de qué manera recurren a las ideas del feminismo en contextos que pueden resultarles hostiles. Mediante un trabajo minucioso que implicó una larga experiencia etnográfica con mujeres pertenecientes a estos sectores, las autoras logran trazar un panorama amplio y exhaustivo de esta temática, recurriendo a un enfoque que combina una mirada analítica profunda y una atención especial a las perspectivas nativas. Así, la publicación no sólo se inscribe como una valiosa contribución académica, sino también como una invitación a un debate público más amplio.

Palabras clave: derechas, mujeres, feminismo

Abstract

No father, no husband and no State. New right-winged feminist is one of the most recent contributions to the field of current right-wing studies in our country. In this book, Melina Vázquez and Carolina Spataro propose an analysis of the ways in which women participate in right-wing spaces, and how they resort to feminist ideas in contexts that may appear hostile to those ideas. Through a detailed fieldwork that implied a long ethnographic experience with women who belong to these political sectors, the authors



¹ Reseña recibida: 24 de septiembre de 2025. Aceptada: 10 de diciembre 2025.

manage to outline a vast outlook of this field, focusing on a deep analytical glance combined with a special attention to native perspectives. In this way, this publication becomes not only a valuable academic contribution, but also an invitation to a more wide and open public debate.

Keywords: right-wing, women, feminism

Resumo

Sem pai, sem marido e sem Estado. Feministas das novas direitas é uma das mais recentes contribuições para o corpus de estudos sobre a direita atual no nosso país. Neste livro, Melina Vázquez e Carolina Spataro propõem-se analisar, através de uma série de dimensões específicas, de que forma as mulheres habitam espaços que se identificam com ideias de direita e de que forma recorrem às ideias do feminismo em contextos que podem ser hostis para elas. Através de um trabalho minucioso que envolveu uma longa experiência etnográfica com mulheres pertencentes a estes setores, as autoras conseguem traçar um panorama amplo e exaustivo desta temática, recorrendo a uma abordagem que combina um olhar analítico profundo e uma atenção especial às perspectivas nativas. Assim, a publicação inscreve-se não só como uma valiosa contribuição académica, mas também como um convite a um debate público mais amplo.

Palavras-chave: direitas, mulheres, feminismo

En *Sin padre, sin marido, sin Estado. Feministas de las nuevas derechas*, Melina Vázquez y Carolina Spataro abordan un costado poco explorado del proceso político de ascenso de los espacios de derechas: la participación de las mujeres. A partir de este abordaje, se contribuye a complejizar un proceso que no sólo llevó a la presidencia a Javier Milei sino que, además, pareciera reconfigurar ciertas subjetividades sociales más amplias y en diversos ámbitos de la vida cotidiana. Estas subjetividades se van a erigir como el tema central del libro: de qué manera las militantes de espacios que sostienen y defienden el ideario de las nuevas derechas comprenden su presencia en estos sectores, de qué forma buscan compatibilizar y darle sentido a sus formas de involucrarse y de estar en ámbitos en los cuáles la presencia de las mujeres es escasa y, sobre todo –y aquí emerge la incógnita que transversalmente atraviesa todos los capítulos–, cómo buscan reivindicarse como “feministas”, o al menos recuperar cierto ideario afín al feminismo, al interior de estos mismos espacios.

Para lograr esto, las autoras buscan poner en el lugar central las perspectivas nativas de las personas que formaron parte de su investigación, sin por eso comprometer la búsqueda de trazar un panorama más general del universo de las derechas. Este marco sirve también para que las autoras dialoguen no sólo con ciertos elementos teóricos (que aparecen esporádicamente, para reforzar en algún punto el carácter más directo y divulgativo de la obra) sino con las acepciones y prejuicios más amplios; los cuáles no funcionan como hombres de paja sino cómo parte de las reacciones que las autoras vivieron tanto en conversaciones como en las reacciones a algunas de sus publicaciones previas, al analizar un tema relativamente controversial y divisivo a partir de una pregunta crucial: ¿se puede ser feminista y de derecha? Para responder este cuestionamiento, a veces producto de la curiosidad y en otras oportunidades del prejuicio, las autoras van a recorrer de manera cruzada tres dimensiones que van a

pasar a estructurar los tres capítulos centrales de su libro.

En el Capítulo 1 las autoras parten de los clivajes generacionales. A partir de estructurar el capítulo en función de las “señoras”, las “pibas” y la mención a una “generación intermedia”, exploran no sólo las divergencias presentes en las trayectorias de las militantes que las llevan a participar en distintos espacios, sino también como las mismas emanan tanto de sus experiencias personales como de los contextos sociales más amplios en los cuáles estas mujeres se criaron, crecieron y trabajaron. Así, aquellas que son calificadas como “señoras” por Vázquez y Spataro tienen diferentes formas de entrar a la política, pero en todas ellas aparecen las experiencias vitales como guiando ciertas posturas, tanto a partir de mandatos familiares impuestos a partir de roles de género tradicionales o en función de adversidades ocasionadas por ciertos hechos de coyuntura, como la pandemia de COVID-19. Por otro lado, esta divergencia se hace presente en aquellas militantes que se agrupan bajo la idea de “pibas”, término propuesto por las autoras en función de agruparlas sino también una categoría que se observa en al menos dos de las organizaciones con las que se trabaja en esta parte del libro. En ellas, que son mujeres aproximadamente de entre 18 y 35 años, se ve cómo se ven atravesadas por el feminismo, incluso cuando se expresen críticas a lo que entienden como “feminismo hegemónico/de las zurdas”. En ese punto se narra una llegada a la política a través de distintos factores, entre los que cala por ejemplo la pandemia, pero también la mala situación económica de los últimos años de la Argentina; no obstante, una vez “adentro” de la política, se ve de manera más clara un afán por disputar espacios del feminismo: yendo a las marchas por el día de la mujer, planeando encuentros de mujeres liberales, o teniendo como punto central de su militancia el propósito de sumar mujeres a los espacios en los cuáles militan. Considero que el principal mérito de este capítulo es justamente, a través de estas caracterizaciones, demarcar de manera sucinta y visible las diferencias y similitudes entre las diferentes generaciones de mujeres de derechas.

Luego de repasar las trayectorias de las distintas militantes, poniendo el acento en las razones que las llevaron a involucrarse, en sus preceptos ideológicos y en las redes en las cuáles se fueron insertando, las autoras pasan a analizar, en el segundo capítulo, el rol que juegan los libros en la sociabilidad de estas mujeres, independientemente de su edad, y cómo los mismos van posibilitando no sólo la llegada a ciertas ideas y su recepción de distintas maneras, sino también el tejido de ciertas redes que funcionan con el objetivo de formar espacios de mujeres al interior de un campo masculinizado. En este punto las autoras parten desde escritoras, ensayistas y referentes intelectuales, y desde las referencias a figuras del feminismo de distintas épocas, más algunas mujeres centrales en la historia del liberalismo, para luego ir integrando en el análisis a aquellas mujeres insertas en los espacios comunes que detallaron en el primer capítulo, y de qué manera ellas incorporan las ideas de esos libros y tejen ciertas redes de sociabilidad entre sí. Esta concepción al mismo tiempo discute, de manera inteligente y honesta, con ciertas nociones bastante extendidas en la sociedad, que busca menospreciar en términos intelectuales a los militantes de los distintos espacios de derechas (y en este caso, especialmente a las mujeres), asociando su militancia y su adhesión a ciertas ideas a razones puramente emocionales o a “engaños”, producto de consumir ciertos medios o utilizar ciertas plataformas y/o redes sociales.

Es en el tercer capítulo en el que las autoras se meten de lleno a la cuestión de cómo estas militantes se reapropian de ciertas figuras retóricas y consignas del feminismo, al

tiempo que eligen dejar de lado otras. En este punto van a desplegar esta resignificación que la mayor parte del tiempo va a pasar a conjugarse con otras dos dimensiones: por un lado, los postulados y las ideas del liberalismo económico y, por otro, aunque en constante retroalimentación, las ideas más cercanas a los conceptos de “optimización del yo”, presente en numerosos y numerosas militantes del liberalismo, así como también en personas que adhieren a una cierta subjetividad sin necesariamente participar en un espacio político puntual. Este entrecruzamiento inicial planteado por las autoras va a servir para volver sobre las trayectorias de las militantes, algunas de las cuáles ya presentaron en los capítulos anteriores y otras que se incorporan aquí al análisis. Emerge aquí la forma en la que se intenta convivir tanto con sectores de lo que denominan “feminismo hegemónico”; pero también con sectores de las derechas que, ya sea en redes sociales o desde el Estado, a partir de la asunción de Javier Milei, pasando por la militancia más cotidiana, ponen ciertos reparos: ahí aparecen las respuestas que las autoras detallan cuando una de las organizaciones publica datos sobre femicidios, o la reticencia del Ministerio de Capital Humano de la Nación respecto al uso de ciertos términos que asumen como “cargados” con un cierto significado feminista.

Las características del momento político hacen que las conclusiones del libro estén naturalmente cruzadas por la cierta incertidumbre de un campo en constante movimiento. También este punto las autoras muestran su sagacidad para remarcar algunos puntos que quizás puedan escapar del debate público: por ejemplo, las posturas disidentes internas y externas que van apareciendo por parte de algunas de estas mujeres y las posibles implicancias que eso puede tener para el proyecto político de La Libertad Avanza.

Para terminar, y en lo que me parece otra decisión particularmente inteligente, aparece un resumen sobre qué es lo que opinan algunas de estas mujeres y espacios sobre algunos puntos centrales a las agendas feministas, tales como el aborto, la ESI, o las posiciones ante la comunidad LGBTIQ+. Si bien algunas de esas posturas aparecen de manera explícita o implícita a lo largo del texto, es saludable recuperarlas y resumirlas de manera más concreta y sucinta, y así poder proyectar de manera clara ciertos debates que el libro busca generar y que, a juzgar por ciertas reacciones públicas, está logrando. *Sin padre, sin marido y sin Estado* logra lo que se propone: mapear un aspecto poco explorado del proyecto político que gobierna la Argentina, esquivando todo lo que se pueda los prejuicios inherentes que existen, sin por eso dejar de abonar una mirada rigurosa, crítica y amplia.



Resúmenes de tesis

Thesis abstracts

Resumos de teses

Bodhisattvas de la Tierra. Subjetividades, moralidades y la construcción de la mirada humanista en el budismo Soka argentino

[DENISE WELSCH]

Tesis de Doctorado en Ciencias Antropológicas
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires
Director y co-director: Pablo Wright y Catón Carini
Fecha de defensa: 19 de julio de 2025
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
welschde@gmail.com

Bodhisattvas of the Earth. Subjectivities, moralities and the construction of the humanist perspective in Argentine Soka Buddhism

Bodhisattvas da Terra. Subjetividades, moralidades e a construção do olhar humanista no budismo Soka argentino.

Esta tesis explora la práctica y cosmovisión del budismo de la Soka Gakkai Internacional de Argentina (SGIAR) centrándose en los procesos de transformación de sí que llevan adelante sus miembros a partir de la construcción de un *self* moral particular. La Soka Gakkai es una organización budista laica fundada en 1930 en Japón. Está dedicada a la práctica, estudio y difusión de la corriente budista japonesa de Nichiren. En 1960 comenzó su expansión global, llegando a Argentina y otros países de la región. Su sede central se encuentra en la Ciudad de Buenos Aires, y cuenta además con centros culturales en la provincia de Buenos Aires y en otras ciudades del país. La investigación se basa en el trabajo de campo etnográfico iniciado en el año 2010 y finalizado en 2021. Además de la observación participante en distintas instancias de la práctica budista y las entrevistas abiertas y semiestructuradas a miembros de la organización, se realizó un relevamiento bibliográfico que permitiera poner en diálogo el presente de SGIAR con sus orígenes a comienzos del siglo XX, así como con el budismo Nichiren, la corriente budista de la que forma parte.

La tesis se compone de cinco capítulos distribuidos en dos partes. La primera, “Antecedentes”, presenta los múltiples procesos históricos que dieron forma a la Soka Gakkai. Primero, indago sobre el proceso de transnacionalización de movimientos religiosos y el modo en que se entabla el diálogo entre lo global y lo local. Desde esta perspectiva analizo la llegada del budismo al mundo occidental y el modo en que los procesos modernizadores (tanto asiáticos como



euro-norteamericanos) dieron lugar a nuevas formas de entender el budismo, en muchos casos dejando de lado elementos rituales y privilegiando la textualidad y el abordaje racionalista de sus enseñanzas. Asimismo, me refiero al caso particular de las nuevas religiones japonesas, surgidas como parte del proceso acelerado de modernización y militarización que se dio en ese país desde fines del siglo XIX. Estas religiones comparten varias características, como fuertes lazos comunitarios, liderazgos carismáticos y una estructura institucional de tipo corporativo. Por último, describo el campo religioso argentino y la inserción de las distintas tradiciones budistas en sus áreas periféricas. Esto me permite dar cuenta del caso de estudio de manera más concreta, en tanto que la forma de organización de SGIAR está atravesada por el entrelazamiento de todos estos procesos.

En el capítulo dos ubico a la Soka Gakkai en el vasto mapa histórico-filosófico del budismo. Empiezo con una breve reconstrucción histórica de las corrientes que le dan forma: la tradición Mahayana, la escuela china T'ien T'ai y su variante japonesa, el budismo Tendai. Repaso luego el contexto en el que el sacerdote Nichiren Daishonin (1222-1282) estableció su visión del budismo basada en la entonación del mantra *nam myoho rengue kyo*. A continuación, me refiero al Japón de comienzos del siglo XX. Allí exploro los sucesos que marcaron el surgimiento, crecimiento y el rumbo actual de la Soka Gakkai. Finalmente, analizo la reactualización de las ideas y prácticas promovidas por Nichiren en la práctica actual de SGIAR, como una forma de construir un puente simbólico que una el presente de esta organización con los tiempos del fundador del linaje.

La segunda parte de la tesis adopta una forma etnográfica y lleva como título "En la Soka". El recorrido de los capítulos que la componen busca acercarse al tema central de la tesis de manera gradual, llevando al lector por un recorrido similar al de alguien que recién entra en contacto con la organización. Esta parte comienza con un breve relato sobre la primera vez que presencié la práctica ritual, ofreciendo una descripción espacial y sensorial de la entonación grupal del mantra. En el capítulo tres presento las distintas categorías de pertenencia de SGIAR: los miembros, los *shakubukus* (quienes no formalizaron aún su ingreso) y los "nuevos". Describo así el funcionamiento institucional, basado en la organización de sus miembros según género, edad y zona de residencia y en la presencia de una capa de liderazgos intermedios que hace de nexo entre la base de miembros y la institución. Argumento que ambos aspectos son fundamentales para la construcción de la comunidad de fieles y para generar un sentido de pertenencia que se expresa en identificaciones colectivas como las de "miembros" y "discípulos" del líder espiritual, el maestro Daisaku Ikeda.

En el capítulo cuatro presento los tres pilares de este budismo: práctica, estudio y fe. En un primer apartado describo las prácticas rituales y sus símbolos principales, el mantra *nam myoho rengue kyo* y el *Gohonzon* que lo corporifica, como también las reuniones de diálogo y su importancia en el proceso de construcción subjetiva. Luego presento las concepciones más importantes para el argumento de esta tesis, relativas a la esencia del ser, su naturaleza iluminada inherente y su lugar en el mundo. En el último apartado me refiero a la noción local de fe destacando su carácter altamente pragmático.

El capítulo cinco aborda el modo en que todas estas prácticas y formas de organización se traducen en esfuerzos para reconstruir el *self* moral de los miembros, orientándolo hacia los "estados de vida altos". Empiezo vinculando aportes teóricos de la antropología simbólica y de las moralidades para pensar la relación entre el sujeto, la moralidad y el símbolo religioso. A partir de esto analizo como a través de figuras históricas, como Nichiren y los presidentes fundadores de la Soka Gakkai, se transmiten modelos de acción moral que se expresan en tres símbolos específicos: el *Bodhisattva* de la Tierra, el maestro y el discípulo. Analizo el

lugar de los discursos institucionales sobre ellos como narrativas mitificadas que promueven un lenguaje particular para interpretar situaciones cotidianas, que permite invertir sentidos, transformando lo problemático y negativo en algo positivo para la vida. Finalmente, argumento que las reuniones de diálogo funcionan como una instancia de formación moral, y exploro cómo esos mismos discursos morales y la noción local de “revolución humana” se aplican para trabajar sobre sí y como base para el activismo social humanista, que busca transformar positivamente el entorno social.

Entre cuidados y violencias. Una etnografía con niñxs en un barrio en proceso de gentrificación de una agrolocalidad media bonaerense

[LUISINA MORANO]

Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales
Universidad Nacional de General Sarmiento
Directora y co-directora: Andrea Szulc y Pía Leavy
Fecha de defensa: 04 de Julio de 2024
Los Polvorines, Buenos Aires, Argentina.
luisinamorano@gmail.com

Between Care and Violence: An Ethnography with Children in a Gentrifying Neighborhood of a Medium-Sized Agricultural Town in Buenos Aires Province

Entre Cuidados e Violências: Uma Etnografia com Crianças em um Bairro em Processo de Gentrificação de uma Agrolocalidade Média da Província de Buenos Aires

Esta Tesis de Doctorado se sustenta en una etnografía realizada entre 2016 y 2023 en el Barrio Verde, un vecindario periférico de Junín una agrolocalidad media bonaerense, situada en la pampa argentina. La investigación documenta y analiza el modo en que se configuró y transformó la trama de cuidados y violencias que atravesaba la vida de las familias de sectores populares en este barrio que, a partir de 2010, ha experimentado un vertiginoso proceso de gentrificación, intensificado por la pandemia. Mi apuesta analítica se desplegó desde una perspectiva interseccional que buscó poner de relieve el rol central que en ese contexto adquirieron tanto la infancia (en su carácter de noción siempre tensionada y disputada) como lxs niñxs de carne y hueso, pertenecientes a sectores populares y generalmente de ascendencia *moqoit*, con quienes he trabajado. Así, a partir de charlas, recorridos en bicicleta y caminatas por el barrio con distintos grupos de niñxs realizadas en diferentes ocasiones a lo largo de los años, se registraron y analizaron los modos en que ellxs experimentaron las transformaciones del espacio urbano: el pasaje abrupto de un entorno cuasi rural a un paisaje poblado de muros, alambrados electrificados y cámaras de vigilancia, que alteró sustancialmente sus



habituales lugares de juego, reunión y cuidado. En este contexto de cambios acelerados, la investigación también registró las distintas formas de violencia (de género, urbana y policial) que se intensificaron especialmente durante la pandemia, poniendo de manifiesto que la precariedad (Butler 2006) está desigualmente distribuida y algunos (en función de su posición de género, clase, edad y etnicidad) están mucho más expuestos al daño que otros.

La etnografía documentó el avance del capital inmobiliario, el retroceso estatal en su dimensión asistencial y el incremento de su faceta securitista encarnada en la creciente presencia policial, pero también registró y analizó los modos en que, tanto los niños como sus madres y abuelas, desplegaron acciones para disputar el espacio barrial y poder seguir viviendo allí del mejor modo posible. La revitalización de redes de cuidado en clave étnica (específicamente *moqoit*) es uno de esos mecanismos observados mediante el que mujeres de distintas generaciones se articularon, propiciando condiciones para sostener la vida y permitiendo avizorar también un proceso de comunalización en ciernes (Brow 1990).

La Tesis se desarrolla en siete capítulos, el primero presenta los andamiajes conceptuales que abrevan principalmente de los estudios sociales sobre infancias y las etnografías con niños (Szulc y Cohn 2012, Szulc et al 2023). El segundo capítulo explicita el encuadre teórico-metodológico, explorando las potencialidades de la etnografía para propiciar encuentros que permiten generar conocimiento. El tercer capítulo se focaliza en el análisis del Barrio y de la ciudad que, de intrincadas formas, lo contiene. Se propone una problematización del recorte empírico en tanto localidad bonaerense (Gravano y Boggi 2016) y se profundiza en la gravitación que han tenido tanto la actividad agrícola como el “campo” en tanto sector sociocultural (Kunin 2018). Luego se presenta un paréntesis conceptual para analizar la noción de gentrificación (Janoschka, 2016) y gentrificación periférica (Frediani et al 2018).

A partir del cuarto capítulo se inicia una trilogía donde propongo analizar las transformaciones de la trama de cuidados y violencias en función del avance de la gentrificación, prestando atención al modo en que los niños de sectores populares participaron de esos procesos. Se identifican tres momentos: 1) Entre 2016 y 2019; 2) Pandemia (2020-2021); y 3) Post-pandemia (2022-2023).

El capítulo cuatro aborda el primer período y se organiza en función de los sectores que componen la organización social del cuidado (Faur 2014), profundizando en las múltiples relaciones que, sobre todo los niños y las mujeres adultas de sectores populares entablaban a través de las instituciones que conformaban cada sector para sostener la vida. Para ello operativizó una óptica que incluye a las emociones en relación con la espacialidad como parte integral de un abordaje interseccional para analizar los cuidados (Rodó Zárate 2021).

El capítulo cinco analiza cómo se reconfiguró la trama de cuidados y violencias durante la pandemia. Se explora la forma en que el Estado (en sus múltiples niveles) intervino mediante políticas públicas orientadas al cuidado y también al control (Sirimarco 2021), que tuvieron efectos coyunturales y estructurales. Mi apuesta explicativa sostiene que, en ese complejo escenario de tendencias múltiples y contrapuestas, se conformó una dinámica socio espacial excepcional para los niños del barrio, que puede considerarse un hiato en medio de un proceso de gentrificación que avanzaba hacia el policiamiento del espacio público y el desplazamiento de sectores populares. Al mismo tiempo, otras tendencias como la creciente privatización del cuidado implicaron un incremento de

las desigualdades y un recrudecimiento de las violencias, tanto en clave de género, como en términos de hostigamiento policial.

El sexto capítulo aborda el período pandémico desde otro ángulo. Se argumenta que, tanto el proceso de gentrificación como la pandemia y sus secuelas, funcionaron como escenarios que, al poner en crisis los contratos sociales existentes para organizar la vida en común (Escolar 2007), habilitaron el fortalecimiento (y visibilización) de lazos comunitarios contruidos en clave étnica, específicamente indígena. Desde el enfoque de la aboriginalidad (Beckett 1988, Briones 1998) exploro las experiencias de las familias *moqoit* del Barrio, considerando cómo inciden en esos procesos la posición generacional y sexogenérica. A modo de hipótesis, se identifican indicios de un proceso de comunalización en ciernes.

El último capítulo explora la post pandemia, momento en que los velos de la excepcionalidad se corren y tanto las desigualdades como las violencias quedan sobreexpuestas. Para profundizar en la manera en que lxs niñxs experimentaron ese momento, comienzo mapeando sus espacios de juego y reunión comparativamente con el periodo anterior. Continúo detallando cómo el arrinconamiento y la sensación de inseguridad que lxs niñxs sentían en el espacio barrial movilizó a sus madres y abuelas a emprender acciones (como la difusión de comunicados) con la intención de hacer lugar en el barrio para sus hijxs/nietxs. La segunda parte explora espacios de interacción abiertos a partir de esos comunicados. Analizo tres situaciones donde lxs niñxs están físicamente ausentes (pues no fueron convocadxs a participar), pero adquieren un rol protagónico. Estas secuencias, que ponen en diálogo a agentes diversa y desigualmente posicionados, permiten advertir tensiones y disputas en torno a qué problemas del barrio se consideran urgentes, el rol de las jóvenes generaciones en esos contextos y los modos de concebir las relaciones intergeneracionales. Así la tensión cuidado-control, como la propia noción de infancia y las prácticas espaciales concretas de lxs niñxs pobres del barrio, se tornan ejes medulares de un debate entre adultxs que discuten si lo que hay que cuidar son lxs niñxs o la propiedad privada, si la policía cuida o controla y, en cualquier caso, a quién cuida y a quién controla.

Finalmente, en las conclusiones propongo un recorrido panorámico que destaca argumentos centrales de la Tesis y hallazgos que considero relevantes para seguir pensando las múltiples formas en que cuidados y violencias se entraman, contorneando de maneras diversas y desiguales la vida social.

Bibliografía

- Beckett, J. (1988) *Past and Present. The construction of aboriginality*. Lugar: Aboriginal Studies Press.
- Briones, C. (1998) *La alteridad del cuarto mundo*. Lugar: Ediciones del Sol.
- Brow, J (1990) Notes on Community, Hegemony, and Uses of the Past. *Anthropological Quarterly* 63(1):1-6
- Butler, J (2006). *Vida precaria*. Lugar: Paidós.
- Escolar, D. (2007) *Los dones étnicos de la Nación*. Buenos Aires, Prometeo.
- Faur, E. (2014). *El cuidado en el siglo XX: Mujeres malabaristas en una sociedad desigual*. Lugar: Siglo XXI
- Frediani, J., Rodríguez Tarducci, R., & Cortizo, D. (2018). Proceso de Gentrificación en Áreas Periféricas del Partido de La Plata, Argentina. *QUID 16. Revista del Área de Estudios Urbanos*, 9(1): 9-37.

- Gravano, A y Boggi, S (2016). *Ciudades vividas*. Lugar: Café de las ciudades.
- Janoschka, M. (2016). Gentrificación, desplazamiento, desposesión: procesos urbanos claves en América Latina. *Revista INVI*, 31(88): 27-71
- Kunin, J.R (2018). Prácticas de cuidado, mujeres y agencia en el interior rural de B.A. *Perifèria*. 23(2): 12
- Rodó-Zárate, M. (2021) *Interseccionalidad. Desigualdades, lugares y emociones*. Lugar: Editorial Bellaterra
- Sirimarco, M. (2021). Entre el cuidado y la violencia. Fuerzas de seguridad argentinas en pandemia y aislamiento. *Revista de Estudios Sociales*, 78(1): 93-109
- Szulc, A.P. y Cohn, C. (2012). Anthropology and Childhood in South America: Perspectives from Brazil and Argentina Bibliography. *AnthropoChildren*. 1(1) 1-17.
- Szulc; A. Guemureman, S.; García Palacios, M. y A. Colangelo (2023). *Niñez Plural. Desafíos para repensar las infancias contemporáneas*. Buenos Aires: Editorial El Colectivo.

Alimentación infantil: aproximaciones a los saberes de pediatras de centros de salud

[NURIA CAIMMI]

Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Directora: Andrea Mónica Solans

Fecha de defensa: 4 de octubre de 2021

Buenos Aires, Argentina

nuriacaimmi@gmail.com

Child Nutrition: Insights from Primary Care center Pediatricians' knowledge

Alimentação infantil: abordagens ao conhecimento dos pediatras dos centros de saúde

La alimentación infantil ha sido históricamente una problemática central en Argentina, atravesada por transformaciones en sus significados y formas de abordaje. Como plantea Almeida Dutra (2015), constituye un escenario de disputa simbólica donde intervienen múltiples actores. Esta tesis se propuso anclar dicha discusión en el campo sanitario, a partir del análisis de los saberes construidos por pediatras de centros de salud públicos en una localidad bonaerense.

El trabajo de campo se realizó durante 2019, en un contexto crítico marcado por la promulgación de la Ley de Emergencia Alimentaria, el sostenido aumento del costo de la canasta básica (53,6% respecto al año anterior), y una alarmante tasa de pobreza infantil (48%). Desde un enfoque que articuló aportes de la antropología médica, de la infancia y de la alimentación, la investigación tuvo como objetivo describir y analizar los saberes de pediatras de Centros de Atención Primaria de la Salud (CAPS) en relación con las prácticas de crianza y cuidado.

Con una perspectiva etnográfica, se combinó observación participante con entrevistas abiertas, en profundidad y semi-estructuradas a integrantes de los equipos de salud, siendo las pediatras las principales interlocutoras. El registro se realizó en dos etapas



(septiembre-diciembre de 2018 y marzo-julio de 2019), incluyendo espacios de interacción cotidiana entre profesionales y pacientes: consultorios, salas de espera, jardines, cocinas, talleres, charlas y oficinas de información. También se analizaron materiales gráficos y escritos que circulaban en los centros, como volantes, fichas, libretas sanitarias, registros de desnutrición y planillas de entrega de leche.

El primer capítulo caracteriza el referente empírico: cuatro centros de salud ubicados en la periferia del casco urbano de la ciudad de La Plata (Buenos Aires, Argentina). Se reconstruyen las coordenadas históricas y geográficas del área, marcada por su origen como barrio obrero y procesos migratorios. Esta zona, atravesada por alta densidad poblacional, precariedad habitacional y contaminación ambiental, constituye uno de los sectores más críticos del Gran La Plata. Se describen también las particularidades de cada centro, las intervenciones alimentarias existentes y las trayectorias laborales de las pediatras entrevistadas, que evidencian condiciones de informalidad, incluyendo situaciones de trabajo sin retribución económica.

El segundo capítulo aborda los saberes de las pediatras en torno al cuidado y la crianza infantil. Se observa la centralidad asignada a la figura materna, asociada a un ideal maternalista que se contrapone a la imagen de “mala madre”. Aunque algunas médicas reconocen la participación de otros actores (abuelas, hermanas, vecinas), predomina un modelo normativo de familia nuclear con pocos hijos, donde la cantidad de niñeces es vista como un factor que afecta negativamente la calidad del cuidado.

En cuanto a los espacios de crianza, algunas profesionales sostienen una mirada nostálgica sobre el ámbito familiar, en torno a la “mesa compartida”, mientras otras consideran también el rol de instituciones escolares y comunitarias. En uno de los CAPS, la figura del médico de familia que realiza visitas domiciliarias amplía esta noción hacia una perspectiva más comunitaria del cuidado, en línea con los debates sobre la “organización social del cuidado” en contextos de desigualdad.

Las pediatras entienden su rol como una función educativa, un “gesto pedagógico” (Castellanos, 2003) orientado a suplir una supuesta falta de información de los cuidadores. Esta función se articula con la distinción entre conocimiento médico y “creencias populares”, dando lugar a procesos de alterización, estigmatización y juicios morales sobre las familias, atribuyéndoles responsabilidad individual por problemáticas estructurales. En este sentido, se observa una doble dinámica de culpabilización y victimización sobre la población.

El tercer capítulo se centra en los saberes específicos respecto a la alimentación infantil. A pesar del fuerte proceso de nutricionalización de la alimentación, las profesionales reconocen la escasa formación en alimentación durante su carrera médica. Esta ausencia fue suplida por trayectorias personales, experiencias laborales y capacitaciones, provenientes tanto de organismos estatales, ONGs o laboratorios privados, que configuran un campo heterogéneo y segmentado de formación alimentaria médica.

La noción de “modelo educo-preventivo” (Zafra Aparici, 2014) permite analizar el trabajo pedagógico de las pediatras, basado en la idea de una socialización alimentaria familiar deficitaria que requiere reeducación. Este enfoque enfrenta múltiples límites: la creciente presencia de productos ultraprocesados dirigidos a la infancia, los mecanismos de marketing de la industria alimentaria, y el escaso acceso de las familias a alimentos adecuados y suficientes. Además, lo que las profesionales denominan “dimensión cultural” de las prácticas alimentarias, atribuidos a familias en condición de desigualdad socioeconómica y migrantes, asociados a estilos de vida “no saludables”,

sin considerar su inscripción en contextos atravesados por distintos ejes de desigualdad. Se identificaron diversas formas de leer el cuerpo y diagnosticar problemas alimentarios. En un mismo CAPS coexistían múltiples criterios para identificar la desnutrición, datos antropométricos, gráficos de crecimiento, percepciones subjetivas (por ejemplo, que un niño está “flaquito” o “excedido”), criterios clínicos y conocimientos situados.

Las intervención alimentaria del centro de salud articulaba con otras organizaciones mediante diversos mecanismos. El Programa Nacional de Salud Escolar (PROSANE), pese a su diseño interinstitucional, mostró limitaciones en la práctica debido a la falta de avales para implementar las actividades previstas. También se registró la implementación del Plan Más Vida (con entrega de tarjetas para compra de alimentos) y la articulación con centros privados de recuperación nutricional de la fundación CONIN, cuyas intervenciones se centraban en el trabajo moralizante con las madres. La entrega de leche de fórmula en los centros de salud evidenció la articulación entre salud pública, industria alimentaria y laboratorios farmacéuticos.

Las conclusiones señalan que los saberes construidos por las pediatras se moldean por tres dimensiones principales: la formación médica (con escasa formación alimentaria), los imaginarios sociales extendidos (que reproducen representaciones estigmatizantes en torno a clase, género y migración), y las trayectorias profesionales personales, influenciadas diferencialmente por organismos estatales y privados. El trabajo subraya la importancia de profundizar el estudio etnográfico de la alimentación infantil en el sistema de salud, dada su centralidad en la agenda social y política contemporánea.

Bibliografía

Almeida Dutra, R. (2015). Consumo alimentar infantil: quando a criança é convertida em sujeito. *Sociedade e Estado*, 30(2), 451-469.

Castellanos, M. (2003). *A pediatria e a construção social da Infância: uma análise do discurso Médico-pediátrico*, (Tesis de Doctorado). Faculdade de Ciências Médicas da Universidade Estadual de Campinas.

Zafra Aparici, E. (2014). *Aprender a comer: Procesos de Socialización y Trastornos del Comportamiento Alimentario*. Barcelona: (Tesis de Doctorado), Universidad de Barcelona.